NAPOLEÓN

ANDRÉ MAUROIS

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



NAPOLEON

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

NAPOLEON

ANDRÉ MAUROIS

Prólogo
CARMEN LLORCA

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa: Napoleón,
publicada por Thames & Hudson, de Londres.
Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8148-9
Depósito legal: NA-662-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

Indice



Napoleón (1769-1821)

Napoleón Bonaparte nació en 1769 en Ajaccio (Córcega). Estudió en las escuelas militares de Brienne y París y, tras una fulgurante carrera militar, fue nombrado general. En 1796 se casó con la influyente criolla Josefina de Beauharnais. Al mando del ejército francés en Italia, realizó campañas victoriosas contra los austríacos y en 1798-99 sus éxitos en Egipto contribuyeron a aumentar su prestigio. En 1799, aprovechando la crisis del Directorio, encabezó un golpe de Estado, tras el cual fue nombrado primer cónsul y más tarde cónsul vitalicio. En 1802, después de una brillante etapa de victorias en el exterior y de reformas internas, fue coronado emperador en Notre-Dame. Se enfrentó nuevamente entonces contra una coalición de potencias europeas organizada por Gran Bretaña. Aunque su armada fue destruida en Trafalgar (1805), consiguió derrotar en sucesivas ocasiones a sus enemigos en el continente, conquistó Portugal e invadió España y los Estados Pontificios. En 1810 se divorció de Josefina y contrajo matrimonio con María Luisa de Austria, con la que tendría su único hijo, Napoléon II. Tras fracasar su alianza con Rusia, entró en Moscú (1812), pero la crudeza del invierno le obligó a realizar una desastrosa retirada. Su precipitado regreso a París, en 1814, no pudo evitar que las tropas aliadas tomaran la capital. Después de esta derrota, fue confinado en la isla de Elba. Pero al año siguiente regresó a Francia, arrebató el poder a Luis XVIII e intentó restaurar su Imperio. Sin embargo, la derrota de Waterloo (1815) puso fin a su carrera. Desterrado en la isla de Santa Elena, Napoleón murió en 1821.

◀ *Retrato de Napoleón, por Gros. Museo del Louvre, París.*

PROCLAMATION

DU GÉNÉRAL EN CHEF

BONAPARTE.

Le 19 Brumaire onze heures du soir.

A mon retour à Paris, j'ai trouvé la division dans toutes les Autorités, et l'accord établi sur cette seule vérité que la Constitution était à moitié détruite et ne pouvait sauver la liberté.

Tous les partis sont venus à moi, m'ont confié leurs desseins, dévoilé leurs secrets, et m'ont demandé mon appui ; j'ai refusé d'être l'homme d'un parti.

Le Conseil des Anciens m'a appelé ; j'ai répondu à son appel. Un plan de restauration générale avait été concerté par des hommes en qui la nation est accoutumée à voir des défenseurs de la liberté, de l'égalité, de la propriété : ce plan demandait un examen calme, libre, exempt de toute influence et de toute crainte. En conséquence, le Conseil des Anciens a résolu la translation du Corps législatif à Saint-Cloud ; il m'a chargé de la disposition de la force nécessaire à son indépendance. J'ai cru devoir à mes concitoyens, aux soldats périssant dans nos armées, à la gloire nationale acquise au prix de leur sang, d'accepter le commandement.

Les Conseils se rassemblent à Saint-Cloud ; les troupes républicaines garantissent la sûreté au dehors. Mais des assassins établissent la terreur au dedans ; plusieurs Députés du Conseil des Cinq-cents, armés de stylets et d'armes à feu, font circuler tout autour d'eux des menaces de mort.

Les plans qui devaient être développés, sont resserrés, la majorité désorganisée, les Orateurs les plus intrépides déconcertés, et l'inutilité de toute proposition sage évidente.

Je porte mon indignation et ma douleur au Conseil des Anciens ; je lui demande d'assurer l'exécution de ses généreux desseins ; je lui représente les maux de la Patrie qui les lui ont fait concevoir : il s'unit à moi par de nouveaux témoignages de sa constante volonté.

Je me présente au Conseil des Cinq-cents ; seul, sans armes, la tête découverte, tel que les Anciens m'avaient reçu et applaudi ; je venais rappeler à la majorité ses volontés et l'assurer de son pouvoir.

Les stylets qui menaçaient les Députés, sont aussitôt levés sur leur libérateur ; vingt assassins se précipitent sur moi et cherchent ma poitrine : les Grenadiers du Corps législatif, que j'avais laissés à la porte de la salle, accourent, se mettent entre les assassins et moi. L'un de ces braves Grenadiers *(Thomé)* est frappé d'un coup de stylet dont ses habits sont percés. Ils m'enlèvent.

Au même moment, les cris de *hors la loi* se font entendre contre le défenseur *de la loi*. C'était le cri farouche des assassins, contre la force destinée à les réprimer.

Ils se pressent autour du président, la menace à la bouche, les armes à la main ; ils lui ordonnent de prononcer le hors la loi : l'on m'avertit ; je donne ordre de l'arracher à leur fureur, et six Grenadiers du Corps législatif s'en emparent. Aussitôt après, des Grenadiers du Corps législatif entrent au pas de charge dans la salle, et la font évacuer.

Les factieux intimidés se dispersent et s'éloignent. La majorité, soustraite à leurs coups, rentre librement et paisiblement dans la salle de ses séances, entend les propositions qui devaient lui être faites pour le salut public, délibère, et prépare la résolution salutaire qui doit devenir la loi nouvelle et provisoire de la République.

Français, vous reconnaîtrez sans doute, à cette conduite, le zèle d'un soldat de la liberté, d'un citoyen dévoué à la République. Les idées conservatrices, tutélaires, libérales, sont rentrées dans leurs droits par la dispersion des factieux qui opprimaient les Conseils, et qui, pour être devenus les plus odieux des hommes, n'ont pas cessé d'être les plus méprisables.

Signé BONAPARTE.

Pour copie conforme : ALEX. BERTHIER.

A PARIS, DE L'IMPRIMERIE DE LA RÉPUBLIQUE Brumaire an VIII.

Proclama de Napoleón Bonaparte el 19 Brumario

Prólogo

El último Emperador de Europa

por ***Carmen Llorca***

Lo extraordinario y lo sencillo se conjugan, con sorprendente buena armonía, en el personaje histórico que es Napoleón Bonaparte. De él se pueden hacer, con igual derecho y razón, las mayores alabanzas y los peores ataques. Estos últimos siempre se detienen en un punto que es el del temor a la grandeza que emana de su figura, aunque carezca de esa majestad imperial con la que él quiso envolver su poder. Las alabanzas alcanzan cotas no superadas por ningún protagonista de la historia.

Junto a él, por buscar figuras equiparables que le han precedido, Alejandro Magno está en la pura mitología y Julio César es el hombre interrumpido por los idus de marzo. Napoleón no es ninguna de las dos cosas, pero los tres guardan un extraño parecido porque la máquina de la historia ha repetido este modelo de héroe hasta extraer del mismo las últimas esencias. Y después de Napoleón, que realiza análogas y superiores hazañas a las de Alejandro y César por las mismas rutas y con parecidos procedimientos en los transportes de los ejércitos e intendencia, se tiene la certeza de que el gran corso es el último de esta serie de hombres, lo que acrecienta el romanticismo de su figura con la despedida, para siempre, a esta clase de seres que ya no volverán a existir. Incluso la humanidad de Napoleón, como expresión de violencia bélica, ha sido sustituida por la impersonal ciencia de la guerra como factor de destrucción.

Esa interpretación de la violencia, que aproxima a Napoleón a los héroes del pasado, es la que le diferencia de sus imitadores en el siglo XX.

Cuando Napoleón dice «mi talento es ver claro», con lo que hace una profesión de fe en la lógica y el método, y pasados los años resuena como un falso eco en las palabras de Hitler al decir «mi talento es simplificar», queda establecida una distancia histórica y humana imposible de aproximar.

Napoleón, el hombre de la guerra, tiene la otra faceta de gobernante y de gran organizador. Hijo de la Revolución Francesa o,

menos filialmente si se quiere, producto de la misma, utiliza las circunstancias en beneficio propio con un insuperable instinto. La vocación del poder, y más concretamente del poder personal, es el motivo de todos sus comportamientos. Cuando lo alcance en toda su plenitud dirá: «Me ha costado tanto alcanzarlo que no consentiré que me lo arrebaten, ni siquiera que me lo envidien.»

Durante su primera campaña de Italia, celoso el Directorio de sus triunfos y preocupado por la utilización política que haría de los mismos, le envía al general Kellermann; Napoleón se enfrenta inmediatamente a los gobernantes de París, a quienes dice con toda claridad: «El general Kellermann hará la guerra mejor que yo, pero los dos juntos la haremos mal.»

Lo conoce todo, miserias, grandezas y derrotas, que transforma en beneficio propio hasta Waterloo. Desde la «vergüenza», como la juzgará Bainville, de su desembarco en la isla Magdalena, la gloria de Tolón, hasta la masacre del 13 Vendimiario, todo sirve para la elaboración del héroe, la creación de la imagen del gran personaje que adivina ya en Tolón el general Dugommier, cuando dice a los revolucionarios de París: «Promoved a este joven, porque de otro modo acabará promocionándose a sí mismo.» Estas palabras pesan más que la condena de su paisano Pozzo di Borgo cuando le define como «un tigre sanguinario», porque cuando Barras le necesita valora justamente esta apreciación negativa.

«Irá lejos si las circunstancias le favorecen», exclama el diputado Salicetti, y las circunstancias le favorecen. Le acompaña el desparpajo, y los gritos de desastres tan graves como la expedición a Egipto se ahogan ante la suerte de este hombre que camina sobre el peligro y supera todos los riesgos, gracias al talento y al destino.

Creador del golpe de Estado, asume lentamente la oferta de poder personal que le hace un pueblo deseoso de fijar y mantener posiciones e intereses después de la gran Revolución. Despierta la admiración de Francia y de Europa con su acertado gobierno de cónsul, se hace acompañar en el poder por figuras míticas de la Revolución, de las que se desprenderá cuando no las necesite. Asume la historia europea, con toda la tradición del protagonismo personal, poco después de que en otra nación nacida de una revolución, como los Estados Unidos de América, su primer presidente, el general Washington, ha renunciado a un tercer mandato presidencial por miedo a la tentación dictatorial que anularía el origen democrático de su lucha por la independencia de las naciones y de los hombres.

Es el peso de Europa el que decide su conducta. Para mejor organizarla necesita un Imperio y una dinastía. Crea las dos cosas y

el precio que paga por ello es el de su propio drama personal, a fuerza de querer dejar tan asegurada la unidad de Europa como la herencia del poder en su familia.

Quería un Imperio que uniera a los mismos «pueblos geográficos que han disuelto, despedazado, las revoluciones y la política», y aspiraba a alcanzar «el ideal de la civilización: la unidad de los códigos, de los principios, de las opiniones y de los intereses de la gran familia europea», y que no hubiera más que una flota, un ejército, un mando.

Para llevar a cabo este propósito Napoleón recorre Europa a pie y a caballo, en carruaje o en trineo. La convierte en un campo de batalla. Está presente en los más variados escenarios. Resuelve problemas, los crea, y su talento organizador se impone de tal forma que lo que parece el mayor desbarajuste de Europa resultará el nuevo mapa político que el Congreso de Viena, compuesto por sus enemigos, sancionará.

Su pasión por la geografía y el conocimiento de los pueblos le lleva al perfecto delimitar de las fronteras, a la institucionalización de la guerra como soporte de su Imperio y se desarrolla en él la antinomia entre la fe y la destrucción del continente que tanto ama.

El gran estratega que es Napoleón no desea la guerra como factor de mantenimiento de su poder. Cuenta el conde de Ségur que durante la víspera de Borodino se le vio con la cabeza entre sus manos mientras murmuraba: «¿Qué es la guerra? Un oficio de bárbaros, donde todo el quid *está en ser más fuerte que el adversario en un punto determinado.»*

Es este espectáculo, permanentemente repetido en su vida, con brillantes victorias como la de Austerlitz –que es un auténtico modelo de la historia de las guerras– y derrotas como las de España y Rusia, el que marca el ciclo evolutivo de Napoleón, que queda muy bien expresado en la protesta de Ney ante las vacilaciones del gran corso en Borodino: «¿Hemos venido desde tan lejos –preguntará el mariscal– para que nos baste la conquista de un insignificante campo de batalla? ¿Qué hace el emperador detrás de su ejército? Allí sólo le alcanzarán las derrotas, no las victorias. Puesto que no quiere hacer la guerra por sí mismo, ya que no quiere ser general y se conforma con su papel de emperador, que regrese a las Tullerías y nos deje a los generales hacer el trabajo.»

En Napoleón confluyen actividades a veces incompatibles: la guerra, el poder y la política; pero él no abandonará ninguna de ellas. Por lo demás, las Tullerías le aburren y no sabe moverse entre las intrigas de una corte. Y es justamente esta forma de compartir las glorias y las penalidades lo que le distingue de los demás

hombres y lo que hace que sus soldados le sigan, aunque gruñan. Llegará un momento en que sus fieles guerreros murmurarán entre sí, ante tanto recorrido por Europa: «El emperador ya no gana las batallas con nuestros brazos, sino con nuestras piernas.» Pero, a diferencia de sus mariscales, necesitan verle en el campo de batalla.

Es esta dimensión la que destacará Anatole France para analizarle detenidamente en su novela La Azucena Roja. *«Era violento, ligero y, por lo mismo, profundamente humano, semejante a todo el mundo. Quiso, con fuerza singular, todo lo que la mayoría de los hombres estiman y desean. Compartió las ilusiones que imponía a los pueblos. Esta fue su fuerza y su debilidad; ésta fue su belleza. Creía en la gloria. Pensaba acerca de la vida y el mundo casi lo mismo que uno de sus granaderos. Guardó siempre la gravedad infantil que se goza en los juegos de sables y tambores y una especie de inocencia característica de los buenos militares. Estimaba sinceramente la fuerza. Fue el hombre de los hombres, la carne de la carne humana.»*

Es sensible como un poeta y brutal como un guerrero. Durante una de sus campañas ordena la ejecución de un soldado por una infracción cometida. Conocedores de los arrebatos de Napoleón, los compañeros del soldado buscan entre la población civil a una mujer y varios niños para que, cuando el emperador vuelva a cruzar la calle, le imploren juntos el perdón, haciendo pasar a esta comparsa como miembros de la familia del sentenciado. Al contemplar Napoleón la escena perdona la vida al soldado sin más averiguaciones.

No sin razón el historiador portugués Teixeira de Pascoães dirá que el emperador «es el único personaje de la historia humana que siendo el mayor guerrero es el más poético: un poema humanizado». Y esta humanización la ha obtenido Napoleón de su contacto directo con la naturaleza y los pueblos.

Se enamora por igual de los principios y de las ideas que de los seres humanos. De la misma manera que, apasionado por Europa, deja de ella un desolado campo de batalla, de su amor por las mujeres y por la familia queda un cuadro no menos patético. Abandona a su primer amor, Desirée Clary, se deja arrastrar por una viuda atractiva y mayor que él, un producto de la revolución, Josefina Beauharnais, entre el ayer y el futuro. Disfruta de un amor romántico con María Walewska, siente una breve pasión por la imperial María Luisa. Se mueve entre su madre Leticia, que le observa, y las hermanas atentas a saborear las delicias del Imperio. Se acumulan los hijos ilegítimos y el heredero, el rey de Roma, es arrancado de su lado. Una familia que sostiene riñas de ambiente

mediterráneo. Mujeres que le persiguen, intelectuales que le desprecian o le odian, mujeres inaccesibles como Madame Recamier. El retrato que de él dejan las mujeres es importante. Por retener uno de los más definitivos, el de Madame de Staël destacó lo más significativo: «No era ni bueno, ni violento, ni dulce, ni cruel como los otros hombres. Un ser que no tenía iguales no podía provocar ni inspirar ninguna simpatía; era más y menos que un hombre.»

Atrabiliario, indiferente al aspecto exterior de su persona, maravilla su indumentaria. Stendhal dice que «no podía convencer a nadie de que aquel hombre era un general». Mucho menos podía convencer de que era un emperador. Durante la ceremonia de la coronación lleva un manto que corresponde a la dinastía de los Valois, una corona de laurel, el cetro de Carlomagno, las sandalias de un revolucionario.

La permanencia de la figura de Napoleón, siempre actual, da la medida de su validez en la historia, de que posee en el más alto grado esas características que definen a los grandes personajes. Cuando Goethe, por citar a una mente poderosa que vive en su tiempo y que trasciende al futuro, se entrevista con el célebre corso, no puede ocultar una cierta turbación. Por escoger a otro alemán, Hegel, en la carta que le escribe a su amigo Niethamer, en octubre de 1806, dice de Napoleón triunfante en Jena: «He visto al Emperador, Alma del Mundo, cabalgar a través de la ciudad para hacer un reconocimiento. Se experimenta ciertamente un sentimiento prodigioso al ver a semejante individuo que, concentrado aquí, en un punto, montado sobre un caballo, abraza al mundo y lo domina. En cuanto a los prusianos, todo parecía inclinarse a su favor; la victoria de los franceses ha sido mérito exclusivo de este hombre extraordinario, que es imposible no admirar.»

En la oda de Alejandro Manzoni Il Cinque Maggio *se puede observar esta dificultad, esta incerteza para juzgar al extraño hombre de su tiempo.* «Fù vera gloria? Ai posteri/ l'ardua sentenza: uni/ chinian la fronte al Massimo/ Fattor, che volle in lui/ del creator suo spirito/ più vasta ormai stampar.»

Tras su desaparición dejó dudas, miedo, asombro en Europa. ¿Qué sería del viejo continente sin su presencia? Todos los gobernantes de su tiempo saben que no le pueden suplir. Nadie mejor que Metternich expresó este sentimiento de estupor general: «Yo no quería su desaparición. Yo sólo quería recortarle las alas.»

No hubiera sido Napoleón, no hubiera podido decir de sí mismo, al contemplar su existencia, «¡Qué novela mi vida!» No hubiera tenido esa obsesiva dedicación de todos los biógrafos para abordar el tema Napoleón. André Maurois, como esos cientos de escritores

que han tratado de averiguar los misterios de su vida y su obra, nos ofrece con su maestría una interpretación del emperador en que a la sugestión del brillante análisis se une la riqueza de elementos. Ese conjunto de acontecimientos casi imposible de unir y de contener en la vida de un solo y mismo hombre.

Me he referido a que es difícil admitir que el artífice de Tolón llegue a ser el general Vendimiario, que el hombre del golpe de Brumario sea el primer cónsul, que el realizador de la obra maestra que es la batalla de Austerlitz sea el de la campaña de Rusia, que el recluido de la isla de Elba sea el reaparecido de Waterloo, y así, de sorpresa en sorpresa, hasta llegar al desterrado en la isla de Santa Elena, en otro clima diferente al de Europa y del Mediterráneo, ese mundo que le pertenecía por derecho propio y del que fue arrancado para ser sometido a la tortura de otro orden, de una luz y color diferentes en un paisaje extraño, todo, antes de entrar en la muerte.

1. Años de juventud

Los grandes destinos son imprevisibles. ¿Quién hubiera podido adivinar, en 1769, que un niño nacido ese mismo año en Córcega crearía un imperio en Francia y repartiría entre sus hermanos los tronos de Europa? ¿Quién hubiera previsto en 1794 que un joven teniente, que apenas era francés, sería en 1800 dueño de Francia? ¿Quién se hubiera atrevido a pronosticar en 1810 que cinco años más tarde se apagaría su brillante estrella? ¿Quién hubiera podido imaginar en 1815 que seis años de exilio iban a servir de pedestal a la gloria póstuma más deslumbrante del siglo? ¿Y quién pensaba entonces que el recuerdo de este hombre –que en el espacio de veinte años llevó a los franceses a la guerra, a la victoria y a la derrota– seguiría siendo apreciado por todos hasta convertirse en una de las más bellas leyendas de la historia?

Cuando nació Napoleón, el 15 de agosto de 1769, hacía sólo un año que Córcega era francesa. En 1768, los genoveses habían vendido a Francia esta bella isla montañosa y poblada de árboles. Los invasores italianos ya estaban cansados de las incesantes revueltas del orgulloso pueblo corso. Si Luis XV hubiera hecho caso a muchos de sus consejeros que desaprobaban esta adquisición, ¿qué habría sido de Napoleón Bonaparte? O bien la isla hubiera conseguido la independencia bajo el gobierno de Paoli, jefe de la resistencia corsa, y sus habitantes se hubieran acostumbrado a una política de clanes; o bien hubiera sido conquistada por los ingleses, pueblo demasiado conservador para que fuera probable en la isla una carrera fulgurante. El resultado hubiera sido un modo de vida mediocre, tal vez feliz, entre unas cuantas hectáreas de moreras, viñas y olivos.

Carlos Bonaparte (o Buonaparte), de origen italiano, era un notable de la isla y pertenecía a una familia noble, aunque sin gran abolengo, natural de Toscana. Los Bonaparte vivían modestamente en Córcega de algunas tierras mediocres y de sus irregulares ingresos como notarios o escribanos. Dos tíos sacerdotes, «hombres acaudalados», sostenían el clan. Uno de ellos llegó a ser arcediano

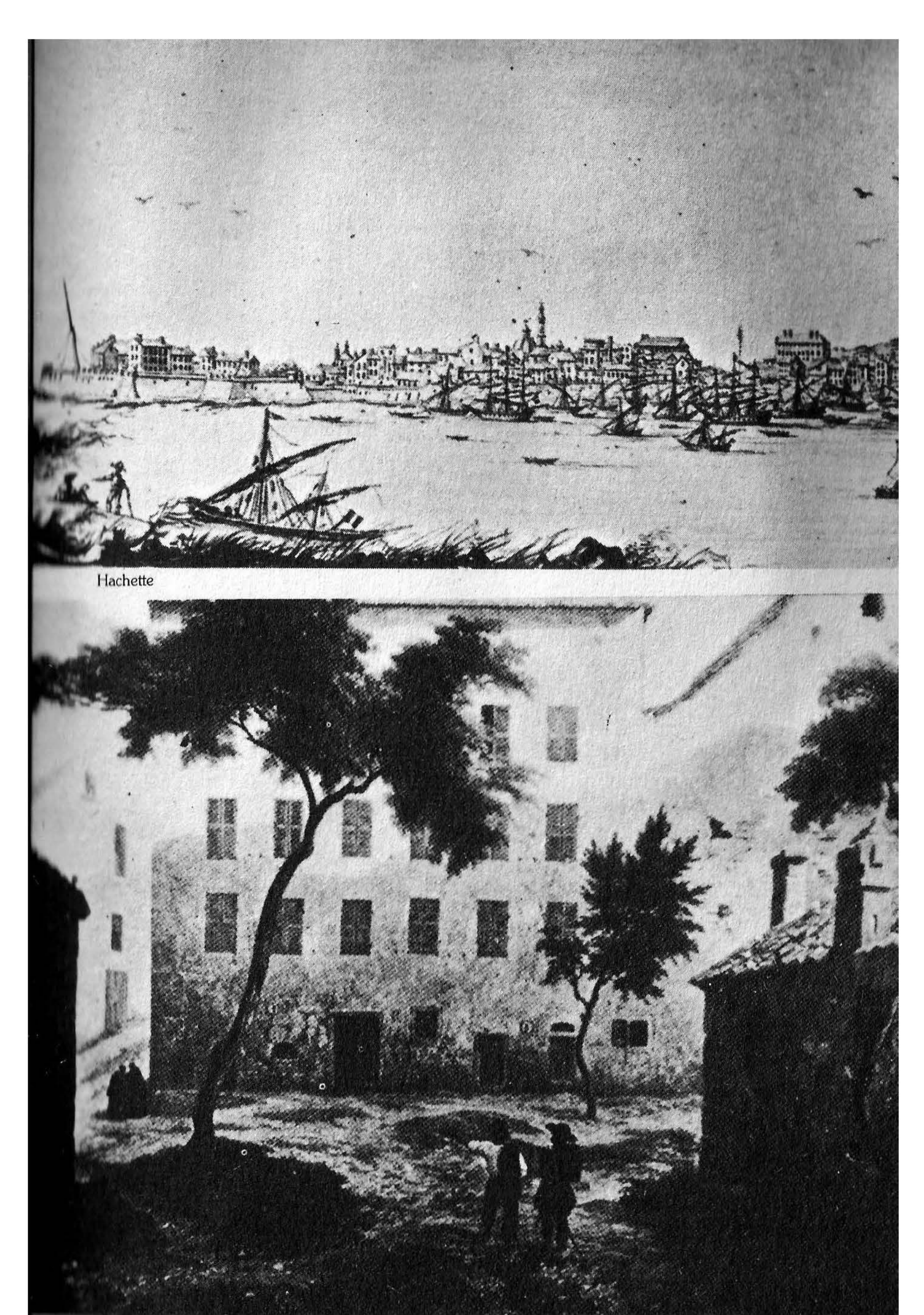


Carlos Bonaparte, padre de Napoleón, y su madre, Leticia.

Vista de Ajaccio en 1769, año del nacimiento de Napoleón, y la casa de Bonaparte en Ajaccio, por Alexis Dalige de Fontenay. ▶

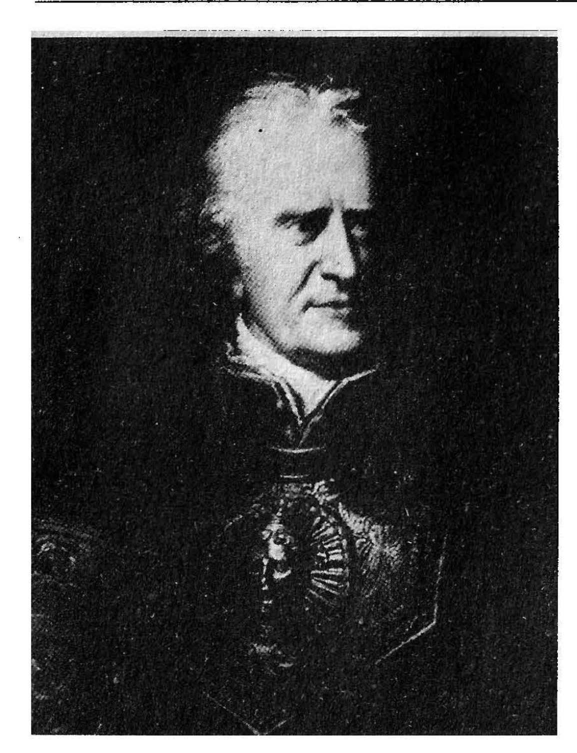
de Ajaccio. Carlos Bonaparte, decidido y apuesto, se había casado a los dieciocho años con Leticia Ramolino, que tenía catorce y era hija de un funcionario al servicio de Génova. Durante toda su vida, Leticia Bonaparte demostró tener el profundo sentido del honor y la dignidad natural de los corsos. Si incluso en la riqueza continuó siendo parca y moderada, era porque había conocido la pobreza. Stendhal, al elogiar su carácter impasible, firme y ardiente, la compara con las mujeres de Plutarco y con las heroínas italianas del Renacimiento.

Tan pronto como los franceses tomaron posesión de Córcega, Paoli, paladín irreductible de la independencia, empezó a luchar contra los extranjeros. Carlos Bonaparte, acompañado siempre de su joven y bella esposa, permaneció fiel al héroe de la resistencia. Y solamente después de la derrota y de la marcha de Paoli se decidió a aceptar un salvoconducto del comandante francés y volvió a su casa de Ajaccio, donde en el mes de agosto su mujer dio a luz a su segundo hijo, Napoleón. La leyenda cuenta que Leticia no pudo



Hachette

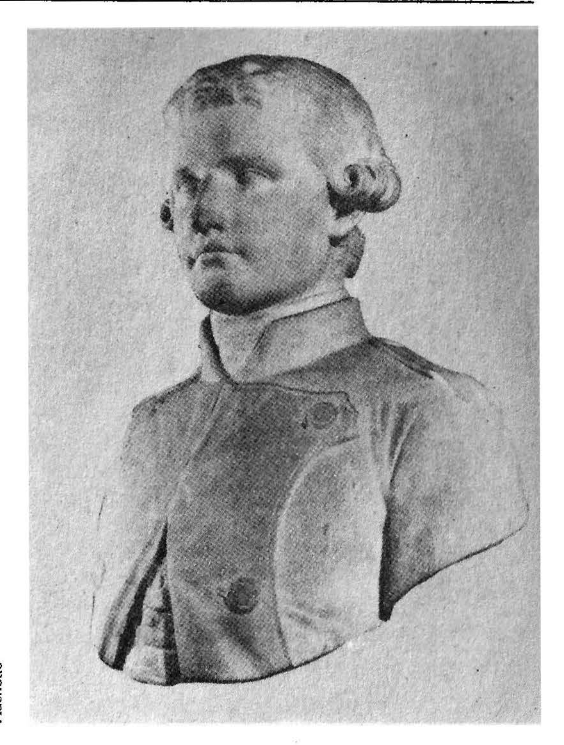
Bulloz



Napoleón fue durante mucho tiempo un ferviente admirador del general Pasquale Paoli. En la imagen, retrato del general por Ricardo Corway. Galería Uffizi, Florencia.

llegar a tiempo a su habitación, y colocó al niño en la antecámara sobre una alfombra con figuras antiguas. Leticia tuvo trece hijos, de los que sobrevivieron ocho: José (el mayor), Napoleón, Luciano, Jerónimo, Luis, Carolina, Elisa y Paulina.

Para alimentar a una familia tan numerosa era necesario trabajar, y reconciliarse con los franceses, quienes estaban dispuestos a ofrecer el perdón y el olvido. Carlos Bonaparte se unió al partido francés. Sin embargo, procuró que sus hijos no olvidaran nunca al gran Paoli y su sueño de una Córcega libre. Paoli fue el primer modelo de Napoleón. El líder corso había llegado a ser jefe de la resistencia antes de los treinta años y citaba constantemente a Plutarco, cuyas obras se convirtieron en el catecismo del joven Napoleón. Leticia Bonaparte, que se distinguía tanto por sus cualidades espirituales como por su belleza física, había llamado la atención del general francés, el conde de Marbeuf, «que le hacía la corte al estilo italiano» (Stendhal). Gracias a la amistad de Marbeuf, Carlos Bonaparte fue reconocido como noble (condición que ya poseía) y, en

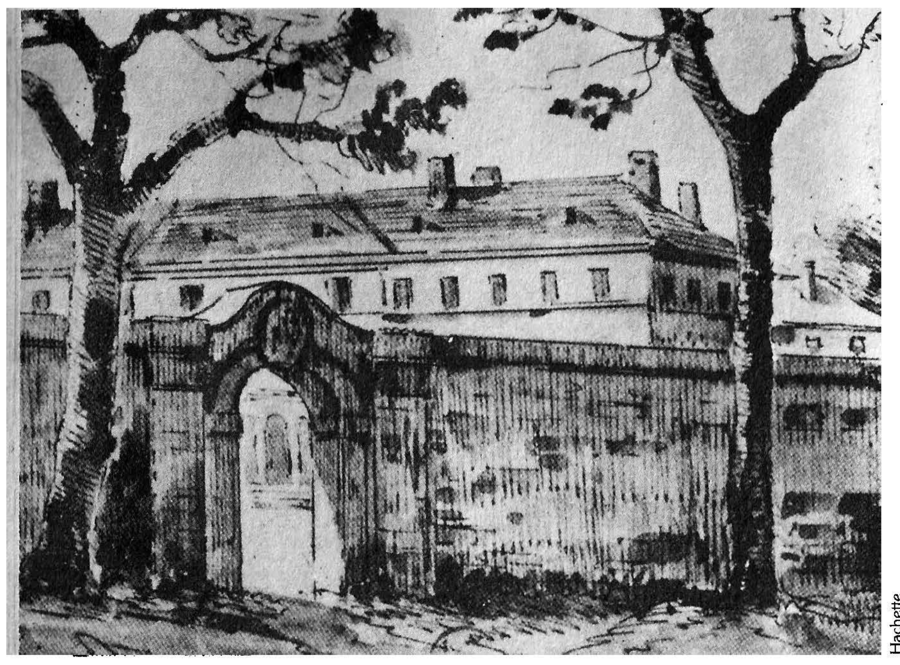


Hachette

Busto de Napoleón en la etapa de su estancia en Brienne. El joven Bonaparte tenía un indudable talento para las matemáticas y una gran pasión por la historia y la geografía.

1779, pudo incorporarse a la corte francesa como diputado por Córcega. Un sobrino del general de Marbeuf, el arzobispo de Lyon, encargado de distribuir las subvenciones reales, concedió tres becas a la familia Bonaparte: una a José, para el seminario de Autun; otra a Napoleón, para la escuela militar de Brienne, y la tercera a una de las hijas, para el internado real de Saint-Cyr. En consecuencia, Napoleón, con nueve años de edad, fue llevado a Francia por su padre, suceso que en aquel momento parecía carecer de importancia. Napoleón era por entonces un niño corso inteligente, revoltoso, exaltado por el olor salvaje de su isla, poco o nada instruido, y que apenas hablaba otro idioma que el dialecto local.

«El carácter de Napoleón se fortaleció en la escuela de Brienne al sufrir la gran prueba de los espíritus orgullosos, ardientes y tímidos: el contacto con extranjeros hostiles» (Bainville). Sus camaradas le llamaban *la-paille-au-nez* porque pronunciaba su nombre con acento corso, lo que sonaba algo así como «Napolioné». Cabe imaginarlo como un niño triste, sensible, poco amante de los jue-

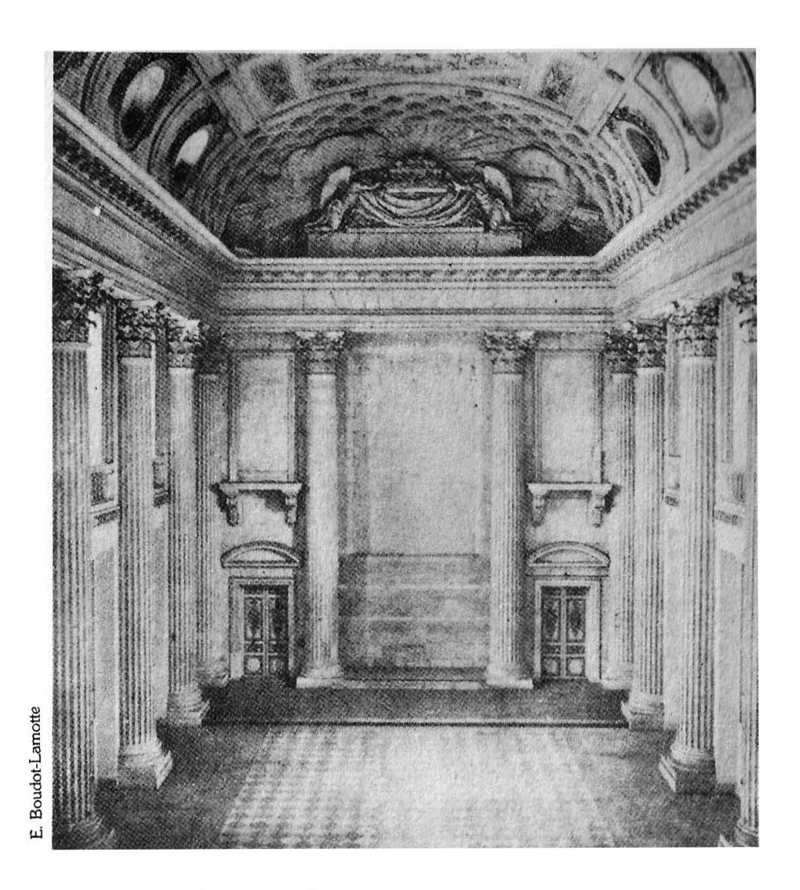

Hachette

Entrada del Colegio Militar de Brienne, en 1780.

Capilla de la Escuela Militar de París, diseñada por J. Gabriel. ▶

gos. Es un «pupilo del rey»; sus condiscípulos son chicos de buenas familias; pero él continúa pensando que Córcega, su patria, está ocupada y oprimida por los franceses. Poco a poco, sin embargo, su carácter se fue afirmando. En los juegos de guerra mostraba gran talento para la construcción de fortificaciones. Mediante el trato con los franceses empezaba a adquirir los prejuicios de éstos, se convertía en un hombre del siglo XVIII y recibía una educación religiosa más volteriana y mundana que evangélica. ¿Fue un alumno brillante? No, más bien un alumno corriente. Se le daban bien las matemáticas, aunque le costaba trabajo estudiar latín, y en francés tenía una ortografía muy peculiar. Pero le gustaba la historia, la geografía y leía vorazmente. Se dice que uno de sus profesores definía su estilo como «una roca de granito calentada por un volcán». Es posible.

Napoleón estuvo cinco años sin ver a su familia. Carlos Bona-


E. Boudot-Lamotte

parte continuaba teniendo apuros económicos. José, destinado al sacerdocio, se rebelaba. Luciano cumpliría pronto la edad adecuada para ingresar en Brienne, pero en esta institución no estaba permitido que dos hermanos fueran becarios al mismo tiempo y Napoleón todavía no había sido seleccionado para pasar a la escuela de París. La inspección de escuelas militares dudaba entre destinarlo a la marina o al ejército de tierra. Finalmente, sus buenas calificaciones en matemáticas le sirvieron para obtener un puesto como «artillero» en la escuela militar. Era el año 1784.

He aquí, pues, al joven cadete corso en los hermosos edificios diseñados por Gabriel que todavía pueden admirarse hoy. Napoleón se sintió inmediatamente seducido por la grandeza, por el estilo de vida de una escuela frecuentada por los hijos de las familias más nobles y, en general, por la riqueza de París y de Francia. Allí se granjeó algunos amigos, cuya amistad conservó siempre y a



Este dibujo, realizado en 1785 por un amigo de Napoleón cuando éste contaba 16 años de edad, es el primer retrato conocido de Bonaparte.

Giraudon

quienes más tarde ayudó en sus carreras. Su estancia en la escuela pasó casi inadvertida. El profesor de alemán le tenía por tonto; el de matemáticas le valoraba mucho. En 1785 superó un examen para entrar en artillería. Obtuvo el número doce de treinta y seis plazas vacantes, y fue nombrado alférez en el regimiento de La Fère. Stendhal dice que junto a su nombre aparecen escritas las siguientes palabras: «Corso de carácter y de nacimiento, este muchacho podrá llegar lejos, si las circunstancias le son favorables.»

En la misma fecha (1785), murió Carlos Bonaparte de un cáncer de estómago a los treinta y nueve años de edad. Leticia Bonaparte se quedaba sola con sus hijos, tan cargada de familia como carente de recursos. Afortunadamente Napoleón ya sólo tenía que pasar un examen para empezar a recibir un sueldo del ejército. Se convirtió en oficial a los dieciséis años y quince días. Era un logro verdaderamente destacable. No había conseguido deslumbrar al profesor que le examinó (el ilustre Laplace), pero podía estar contento de sí mismo. Del pequeño corso que sólo hablaba un dialecto local al teniente de los ejércitos reales había un abismo.



Retrato de Napoleón por L. Laffite. Instituto de Francia. En esta época Napoleón tenía un verdadero afán por la lectura.

Napoleón deseaba ir a una guarnición del sur para estar más cerca de Córcega; fue destinado a Valence. El reglamento en vigor, muy acertado, disponía que todo futuro oficial debía cumplir tres meses de servicio en filas como artillero. En esta ocupación Bonaparte aprendió a conocer a los hombres de tropa y la manera de hablarles. Por fin, en enero de 1786, le dieron el uniforme de oficial y las charreteras.

¿Qué clase de persona es Napoleón en aquel momento? ¿Qué quiere? Antes que nada, ganarse la vida, ayudar a los suyos y, si puede, volver a Córcega para hacer una carrera política y militar. El mito de Paoli le obsesiona. Sueña con escribir una historia de Córcega, tal vez porque en el fondo de su corazón, este artillero se siente un hombre de letras. En Valence devora todo cuanto la biblioteca local puede ofrecerle. Lee pocos libros militares; los que verdaderamente le apasionan son los de política: Rousseau, el padre Raynal; en ellos busca argumentos para liberar Córcega. Al mismo tiempo, escribe mucho y sueña con hacer brillar en literatura la firma de Napoleón Bonaparte. Al fin, le conceden un permiso e

inmediatamente parte para su isla llevándose un baúl lleno de libros: Tácito, Montaigne, Montesquieu y también Corneille, al que conoce y recita de memoria. En el regimiento ha aprendido un poco de arte militar. «Excepto en matemáticas, artillería y Plutarco», no es experto en ningún tema. Pero tiene el don de «encontrar ideas nuevas con una rapidez increíble» (Stendhal), y de abordar los problemas directamente, como si nadie los hubiera estudiado antes que él.

En Ajaccio se reúne con su madre, que vive en una situación penosa y sin apenas dinero. Napoleón, que tiene el prestigio del uniforme, se encarga de ir a Francia para interceder por su familia. En París consigue algunas audiencias, pero pocos resultados, con una importante excepción: en las galerías del Palacio Real conoce a una joven que comercia con sus encantos. Como parece ser tan tímida como él, Napoleón se atreve a dirigirle la palabra; al principio la alecciona *a lo Rousseau*, después acepta seguirla a su casa. Es su primera experiencia, no del amor, sino de la mujer. El mismo relató por escrito, con realismo y con cierto talento, este suceso. De vuelta a Córcega, permanece algún tiempo en la isla tras renovar su tiempo de permiso. Es el sitio en que más a gusto se encuentra. Pero en junio de 1788, muy a su pesar, tiene que volver a incorporarse a su regimiento.

Ahora no le destinan a Valence, sino a la guarnición de Auxonne, una pequeña ciudad de Borgoña. Su habitación apenas tiene muebles. Su hermano Luciano, que está a su cargo, duerme en su mismo cuarto en un colchón sobre el suelo. No obstante, fue un periodo provechoso para Napoleón, pues su jefe, el general du Teil, era un estudioso del arte de la guerra y le hizo leer el *Essai général de Tactique* del conde de Guibert, personaje célebre por haber sido el amante de Mademoiselle de Lespinasse, aunque también alcanzó cierta notoriedad por haber codificado la estrategia militar moderna. La teoría de lo que más tarde se llamará «guerra napoleónica» –adquirir la superioridad en un punto clave, atacar en ese punto con todas las fuerzas, obtener un efecto de sorpresa por la rapidez de movimientos– se encuentra ya por completo en Guibert. El teniente Bonaparte sacó el máximo partido de ella.

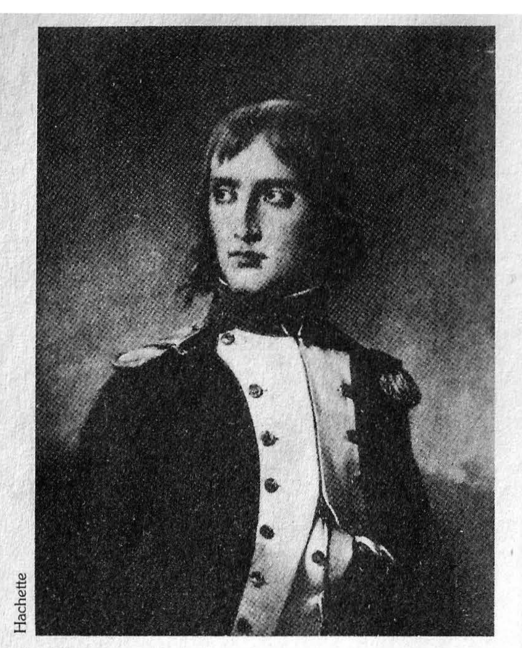
Napoleón tiene una ilimitada capacidad de trabajo, sabe aprovechar todas las ocasiones para aprender algo nuevo, convencido de que todo le podrá servir algún día. Analiza la *República* de Platón y la historia de Federico II. En una ocasión, durante un arresto, sólo dispone de un libro en su cuarto: *Las Instituciones*, de Justiniano. Gracias a su excelente memoria, retiene su contenido y un día asombrará al Consejo de Estado al citar las leyes romanas.

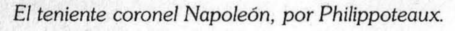


Retrato de Luciano por J. Réattu. Luciano Bonaparte está considerado como el más brillante e independiente de los hermanos de Napoleón.

Pero estamos en 1789, el año de la Revolución Francesa. Se producen disturbios en todas partes, y Borgoña no es una excepción. Allí donde el teniente Bonaparte tiene el mando, la represión es dura. En el convento de Cîteaux detiene a los cuatro o cinco monjes más alborotadores, los encierra en el calabozo de la abadía y consigue sofocar la rebelión. Cuando lo cree oportuno, amenaza con disparar, y no habría vacilado en cumplir su amenaza; como Goethe, prefiere la injusticia al desorden. Sin embargo, ésta no es *su* revolución. Al ser francés «de segunda mano» y soldado del rey por oficio, lo único que le interesa es aprovechar la situación para liberar a su país: Córcega.

Bonaparte contempla la Revolución desde fuera, como simple espectador y se aleja del escenario de los hechos siempre que puede solicitando continuos permisos para ir «a casa». Reside en Córcega desde septiembre de 1789 a enero de 1791, de octubre de 1791 a abril de 1792, de octubre de 1792 a junio de 1793, e interviene en los pequeños conflictos locales. Debido a su activa participación en los motines de Ajaccio, corre el riesgo de ser considerado un *émigré* y, en consecuencia, dado de baja en el ejército. Y como en realidad sólo tiene una posición, social y económica, en Francia, regresa a París muy preocupado y, gracias a los diputados corsos de la Asamblea que son amigos suyos (Salicetti, Chiappe, Casabianca), consigue su reincorporación e incluso el ascenso a capitán. El 10 de agosto, al ver a Luis XVI en la ventana con el

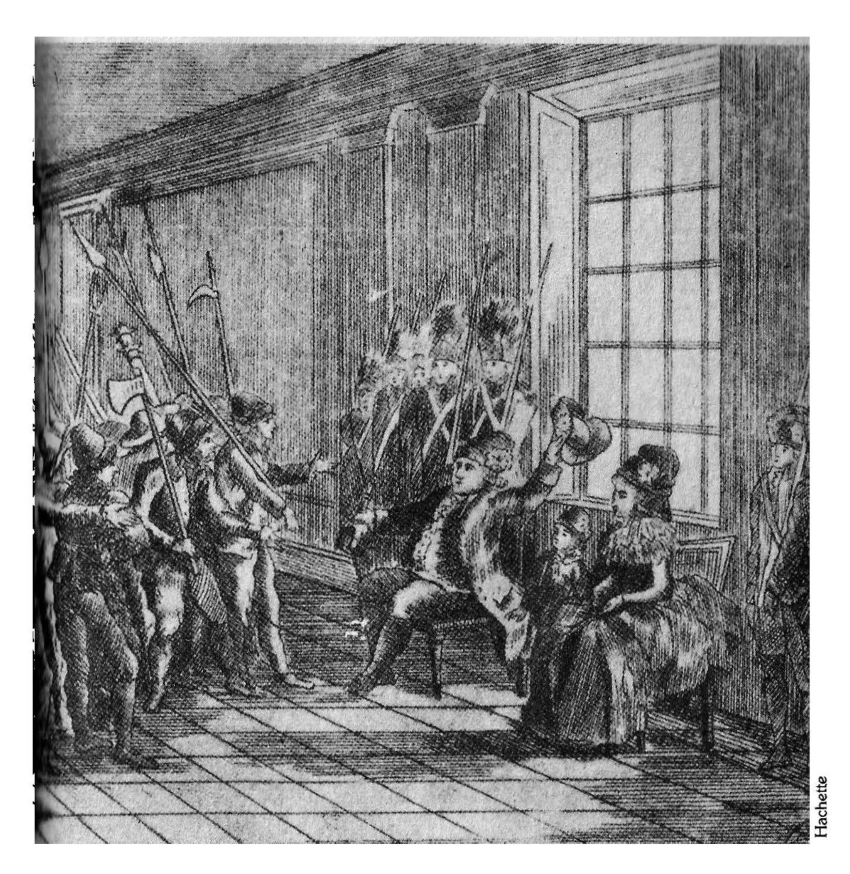



El teniente coronel Napoleón, por Philippoteaux.


El 20 de junio de 1792, Luis XVI brinda por la salud de la nación.

gorro frigio en la cabeza, grita: «*Che coglione!*». Si hubiera tenido ocasión, habría sido capaz de abrir fuego contra «este vil canalla». A sus veinticuatro años ha perdido la fe en los ideales de la revolución defendidos por los filósofos, a quienes en adelante llamará despectivamente *los ideólogos*. Desde este momento ya no le interesarán más las teorías, sólo la acción. Respecto a Córcega, aún alberga alguna esperanza; al ver que Francia se hunde en la anarquía, se pregunta si la caída del rey de Francia no favorecerá la independencia de la isla. En tales circunstancias, el colegio femenino de Saint-Cyr, de fundación real, cierra sus puertas y Napoleón tiene que llevar a casa a su hermana Elisa: es un buen pretexto para volver una vez más a la isla.

Durante el viaje, los dos hermanos pasaron por Tolón, donde estaba otro hermano, Luciano. En el puerto, una multitud hostil los tomó por aristócratas porque Elisa llevaba una cinta negra en el


Hachette

sombrero. Napoleón arrancó la cinta y la tiró al agua. No debe olvidarse que en aquel momento Francia estaba en guerra con Europa, lo cual no impedía que el teniente Bonaparte, oficial francés, se embarcase para Ajaccio. En su opinión, ésta no era *su* guerra.

En enero de 1793 los victoriosos ejércitos franceses, tras conseguir rechazar la invasión, han conquistado Bélgica, Saboya y Niza. El gobierno francés quiere anexionarse ahora Cerdeña, una isla de escasa importancia, pero perteneciente a la casa de Saboya. La operación va a ser llevada a cabo por tropas francesas reforzadas con voluntarios corsos. He aquí una oportunidad única para ser a la vez oficial corso y francés. Con mucha habilidad, Napoleón consigue ser nombrado teniente coronel en funciones de los voluntarios corsos y participa en la expedición al frente de la artillería, compuesta por dos cañones y un mortero.

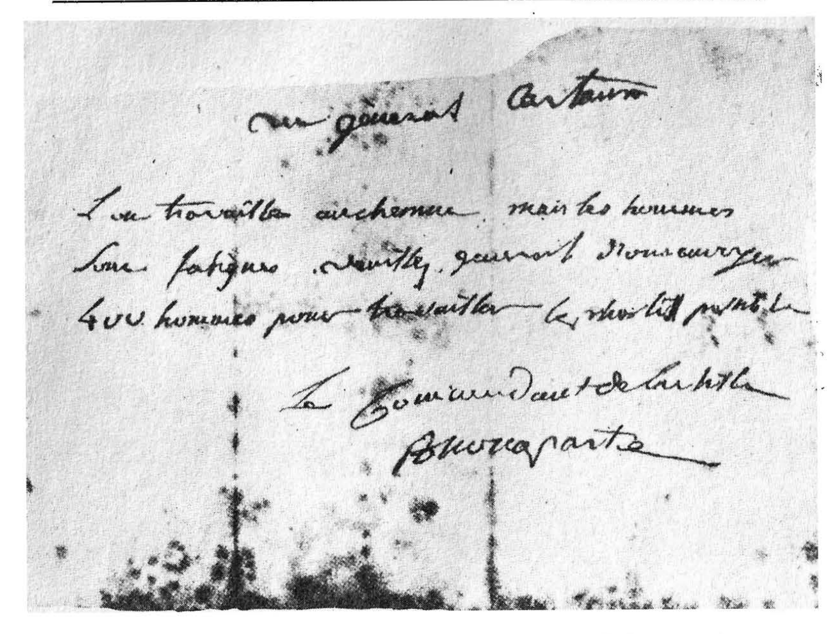
Es su primera campaña y se presenta muy difícil. Entre las tropas francesas y las corsas no existe confianza. Al mando de los corsos está Cesari, un primo de Paoli, a quien éste ha recomendado en secreto que haga fracasar la expedición. La traición será llevada a cabo. Bonaparte, que se había tomado muy en serio esta pequeña guerra, desembarca con éxito en la isla de San Stefano y dirige hábilmente la artillería. Pero los marinos se amotinan; Cesari, cumpliendo las instrucciones secretas de Paoli, se rinde, y Bonaparte, lleno de rabia, tiene que volver a embarcarse abandonando los tres cañones. Lo más sorprendente de este extraño episodio es la actitud ambigua del joven Napoleón a su vuelta: por un lado, firma una protesta de los oficiales voluntarios contra esta vergonzosa retirada, pero, por otro, envía una carta privada muy amable a Cesari (Godleweski).

En Córcega los Paoli declaran la *vendetta* contra los Bonaparte. El antiguo jefe corso, cada vez más francófobo, desconfía de esta familia que simpatiza con los franceses. Y en realidad no se equivoca, ya que Luciano (dieciocho años) le ha acusado en el club jacobino de Tolón de ser un agente de Inglaterra. En París cunde la alarma y se ordena detener a Paoli. La reacción de los paolistas se convierte en una furiosa campaña contra los Bonaparte, a quienes echan en cara la aceptación de las becas reales y la amistad con el conde de Marbeuf, al tiempo que denuncian las intrigas de Luciano. Napoleón envía un mensaje a su madre. «Prepárese para huir; este país no es para nosotros.» Leticia Bonaparte abandona su casa de Ajaccio momentos antes de que sea devastada. Con sus hijos más pequeños, anda de un lado para otro por la costa, hasta que José y Napoleón, que con muchas dificultades han escapado de las garras de los campesinos paolistas, vienen a buscarla en un barco francés. La familia se refugia primero en Calvi, más tarde, en junio de 1793, en Tolón y finalmente en Marsella.

Allí los Bonaparte sufren grandes apuros económicos, quizá incluso miseria. Sólo disponen de un sueldo de capitán y de los escasos recursos que el gobierno francés concede a los corsos refugiados en Francia. Pero Leticia Bonaparte tiene mucho coraje y sus hijos son apuestos. Ella se convierte en la amante de un marsellés, Clary, comerciante en tejidos, y José se casa con una de las hijas de éste, Marie-Julie, que un día será reina de España. Napoleón hubiera querido casarse con la segunda, Desirée; pero, según cuentan, Clary pensó que con un Bonaparte en la familia era bastante. Más tarde Désirée se casaría con Bernadotte y se convertiría en reina de Suecia. Clary se equivocó al rechazar al segundo de los Bonaparte. ¿Pero hubiera podido imaginar la increíble continua-


Hachette

Désirée de Clary, hija de un rico comerciante marsellés y más tarde reina de Suecia por su matrimonio con Bernadotte, en un apunte al óleo realizado por Gérard. Napoleón escribió una novela, Clisson et Eugénie, *en la que relata la historia de sus amores con Désirée.*



Au général Cartaux

Le Commandant de l'artillerie
Buonaparte

Carta enviada por Napoleón al general Cartoux, comandante de las tropas francesas en el sitio de Tolón (1793).

Durante el sitio de Tolón, Napoleón, segundo jefe de artillería, logró que se aceptasen sus ideas y ganó la batalla. ▶

ción de la historia? A los veinticuatro años, en un momento en que otros se aseguraban brillantes carreras, Napoleón sólo era un capitán sin empleo y, en apariencia, sin porvenir.

Había desperdiciado su tiempo persiguiendo en vano el sueño corso. Sus aventuras de Ajaccio y de Cerdeña le habían curado tanto de sus esperanzas corsas como de sus sueños revolucionarios. Entonces prescinde de toda ideología, de toda metafísica y de todo provincianismo, y deja de creer en la bondad de la naturaleza humana. La gente se mueve por temor y por interés; a veces, también por honor. De momento, servirá a la Revolución, porque no encuentra otra cosa a la que servir. Al principio lo hará sólo en puestos completamente secundarios. En Niza, al servicio de las baterías costeras, se encarga de encender los hornos para poder disparar proyectiles incendiarios contra los barcos ingleses; en Aviñón orga-



Bulloz

niza convoyes para el ejército de Italia. Su carrera militar no progresa. Napoleón vuelve a coger la pluma y escribe *Souper de Beaucaire*.

Es el mejor de sus escritos, el más agudo y sugerente. El sur de Francia se había sublevado contra la Convención. La ciudad de Marsella era partidaria de los girondinos. El capitán Bonaparte escribió un diálogo brillante y divertido, en el cual demostraba a un federalista marsellés que la Convención sin duda acabaría venciendo porque tenía el mejor y, en realidad, el único ejército. Si los marselleses se obstinaban, su ciudad sería destruida. El asunto estaba muy bien resumido, y agradó a los comisarios de la Convención, pues era una propaganda excelente para ellos. Uno de los comisarios, Salicetti, también corso y amigo de Bonaparte, al que había ayudado a luchar contra Paoli, propuso que se nombrara jefe de

batallón a su compatriota, «el único capitán de artillería capaz de disponer las operaciones», y que se le destinara al asedio de Tolón.

Esta ciudad, tras sublevarse, había pedido ayuda a los ingleses, hecho que suponía un grave peligro para la Revolución, sobre todo porque, al mismo tiempo, Lyon enarbolaba también la bandera blanca de los monárquicos y la guerra civil continuaba en Provenza. Los ingleses, los españoles y los sardos podrían formar un ejército en Tolón, remontar el valle del Ródano y reunirse con las tropas del Piamonte y con los lioneses sublevados. Por todo ello, la Convención había enviado al general Carteaux para asediar y reconquistar Tolón. Carteaux era un hombre valeroso, pero poco inteligente, y no entendía por qué el joven artillero afirmaba que la posición clave de Tolón era la punta de la Eguillette, y que por tanto era allí, y no sobre la ciudad, donde había que concentrar todos los esfuerzos.

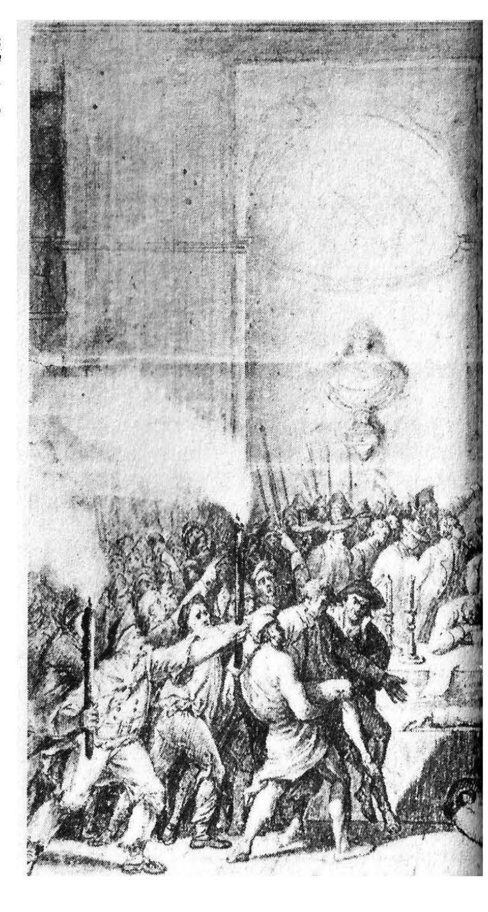
El joven capitán tenía razón frente al general. El episodio puso de manifiesto una de las facetas del genio de Napoleón: estudiarlo todo, prepararse para todo. Cuando había pasado por Tolón como simple viajero, había examinado el puerto buscando posiciones adecuadas para las baterías. Entonces se había dado cuenta de que desde la punta de la Eguillette se podían lanzar bombas incendiarias sobre los buques de la rada y obligarlos a abandonar el puerto. Aunque Carteaux no comprendió nada, su sucesor, Dugommier, se dejó convencer por la tenacidad y la claridad de Bonaparte. Todo ocurrió como éste había predicho. Bonaparte, que disparó personalmente el cañón, resultó herido y fue ascendido a general de brigada, a propuesta no sólo de Salicetti, sino también de otros dos comisarios: el más joven de los Robespierre y Barras.

2. El general Bonaparte

No debe pensarse que este primer éxito señalaba necesariamente el principio de una gran carrera militar. En la época del Terror, se nombraban alegremente muchos generales de brigada, que después eran destituidos también con la misma facilidad. Bonaparte se había ganado el aprecio de los Robespierre, pero ¿cuánto tiempo tardarían los Robespierre en ser depuestos? En marzo de 1794, Napoleón fue nombrado jefe de artillería del ejército de Italia. Era un nombramiento importante porque iba a permitirle familiarizarse con la geografía de un país en el que más tarde llevaría a cabo una de sus mejores campañas, y con la dirección de las grandes unidades. El general en jefe y los representantes de la Convención en seguida comenzaron a tomar en serio al nuevo general porque, si bien era joven y algo enclenque, la deliberada solemnidad y el rigor de su conducta imponían respeto. No pasó mucho tiempo antes de que se le encomendara el desarrollo del plan de las operaciones, y todo cambió inmediatamente. Desde hacía tres años «estaban disparando al azar»; en unos pocos meses arregló la situación. Bonaparte estaba preparando el plan que más tarde le abriría el camino del Piamonte, cuando el 9 Thermidor puso fin al Terror en París. Los Robespierre fueron derrocados y el joven general fue detenido por orden expresa de su amigo Salicetti. En tiempos de revolución la amistad es frágil e insegura. Bonaparte fue liberado, pero quedó como sospechoso. En 1795, las autoridades de París le apartaron del frente italiano para destinarlo al ejército de la Vendée.

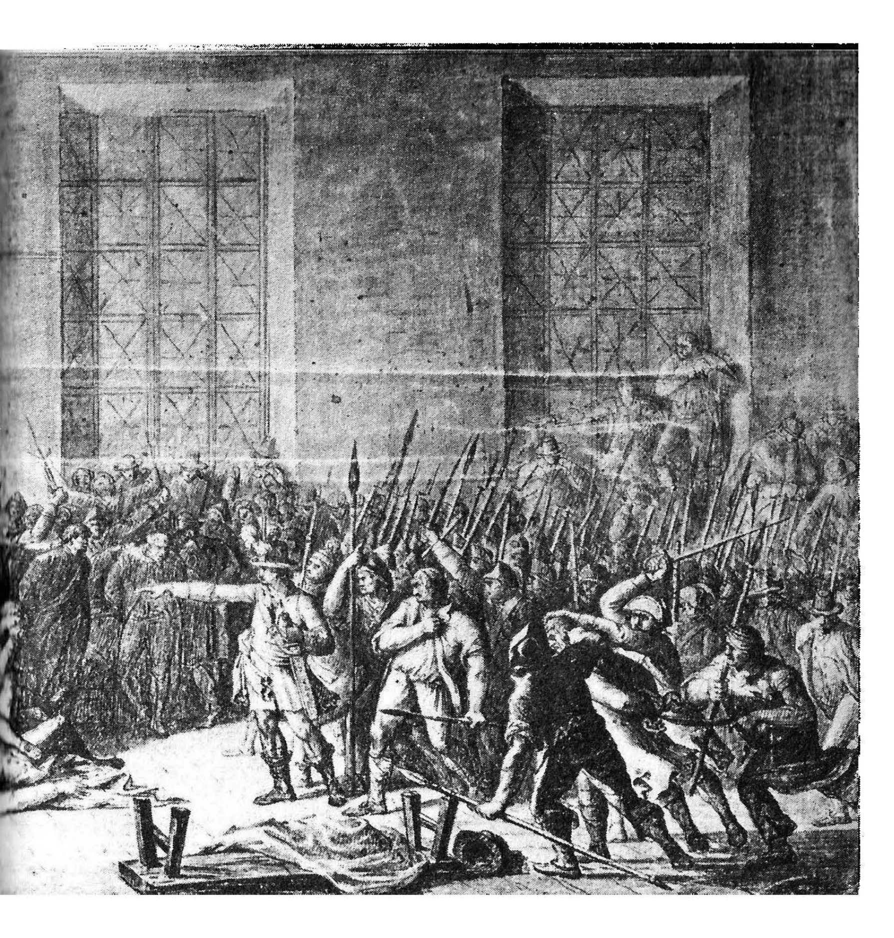
Napoleón rechazó el destino. En un hombre que no tenía otro porvenir a la vista, esta decisión puede parecer una audacia. No aceptó el destino, en parte porque querían destinarlo a infantería: «No es mi arma», dijo; en parte también porque no estaba dispuesto a cambiar un gran teatro de operaciones (Italia) por una guerrilla local; pero sobre todo, porque no quería luchar contra los franceses. Sin embargo, otros generales lo habían hecho: Kléber, Hoche. Sí, pero eran franceses y no corsos. La verdadera, la razón fundamental, es que Bonaparte valora mucho su independencia y tiene

Arresto de Robespierre y sus partidarios por la Guardia Nacional en el Ayuntamiento de París, la madrugada del 10 Thermidor. Poco después, todos ellos serían guillotinados. Dibujo de P. Pueur. Museo del Louvre, París.



demasiada confianza en sí mismo como para no rebelarse. Pero es necesario comer. Su hermano José le envía un poco de dinero; su ayudante de campo, Junot, reparte con él sus escasos recursos. Junot quiere casarse con Paulina Bonaparte, que es muy guapa, pero Napoleón le hace desistir: «Tú no tienes nada, ella no tiene nada. ¿Cuál es el total? Nada.»

Aquel mes de septiembre de 1795 fue siniestro para Napoleón. Su negativa indispuso a los ministros contra él. Con el uniforme raído, va de antecámara en antecámara, donde a veces se le piden consejos técnicos para el frente italiano. Al mismo tiempo frecuenta las camarillas de gente corrompida que se arremolina alrededor de Barras. Una vez más experimenta el sentimiento amargo del fracaso. En Tolón y en Niza, había estado a punto de



remontar el vuelo, pero ha caído otra vez. Al enterarse de que el sultán pide a Francia oficiales de artillería, le tienta la idea de alistarse. El Gran Turco paga bien y Oriente es el país de las *Mil y una noches*. En este momento interviene el azar: la oficina topográfica del ejército reclama sus servicios y la oportunidad oriental se le escapa. Al mismo tiempo, un oscuro representante del Comité de Salvación Pública abre de nuevo su expediente de general de Robespierre y borra su nombre de los cuadros del ejército. Bonaparte parece perdido, pero de hecho nunca tuvo el destino tan a su favor. Si hubiera entrado al servicio del sultán, probablemente habría consumido allí toda su vida. Hubiera sido *bajá*, pero no emperador.

Veintiún días más tarde la Convención iba a necesitar un general enérgico. Los hechos ocurrieron así: Thermidor había liquidado


Bulloz

a los terroristas poniendo en el poder a Barras, a Tallien y a sus amigos. Estos estaban obligados a cambiar el régimen. Redactaron una nueva Constitución, en la que se creaba un directorio ejecutivo de cinco miembros y dos asambleas. Pero querían evitar a toda costa que la derecha monárquica, muy activa por entonces en París, llegara al poder. Los nuevos dirigentes eran regicidas. Habían puesto fin al Terror rojo, pero no estaban dispuestos a reemplazarlo con un Terror blanco que les pidiera cuentas. Y como nada les garantizaba que las elecciones que debían convocar no serían ganadas por los monárquicos, montaron un dispositivo de seguridad: dos tercios de la nueva asamblea tendrían que ser elegidos entre miembros de la antigua Convención. Así podrían ganar algún tiempo. Pero esta medida tan arbitraria levanta violentas protestas. Si los grupos «de derecha», que fueron los responsables de Thermidor, atacan la Convención, ¿quién la defenderá? Al condenar a Robespierre, la Convención ha perdido el apoyo de los «gorros frigios». Sólo queda un recurso: el ejército. Uno tras otro, los generales –Pichegru, Menou– son llamados para proteger a la Convención. París se levanta contra los decretos de «los dos tercios, un



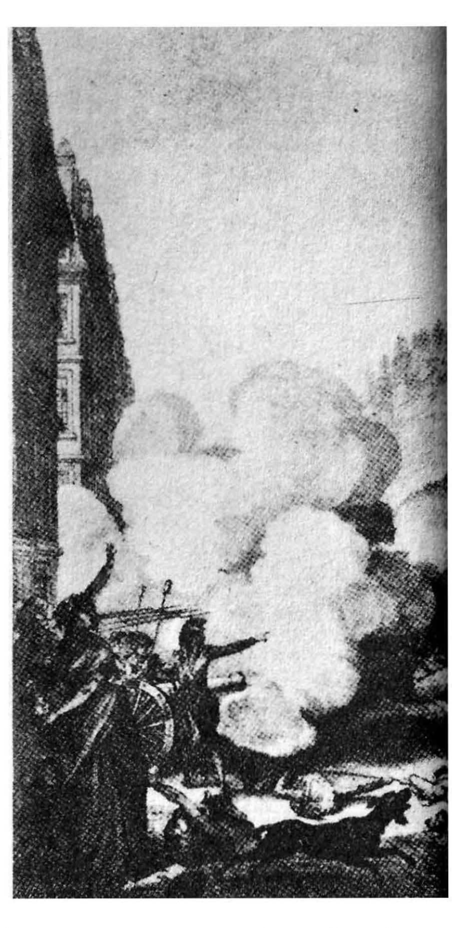
Paul, vizconde de Barras, fue uno de los principales responsables de la caída de Robespierre. El 18 Brumario dimitió de su cargo en el Directorio. En la imagen, retrato de Paul, museo Carnavalet.

◀ *Retrato del general Junot, ayudante de campo de Napoleón. Este hombre, futuro duque d'Abrantès y mariscal de Francia, sentía una auténtica reverencia por su jefe.*

ultraje a la nación». En la tarde del 12 Vendimiario (4 de octubre de 1795), Menou parlamenta con los sublevados. ¿Han vencido?

Si han vencido, la Convención está perdida. Y decide defenderse: destituye a Menou y nombra general en jefe del ejército del interior a Barras, que desde Thermidor era considerado un excelente soldado y llevaba un gran sable a la cintura. Pero Barras era más bien un libertino autocomplaciente. Para ejercer el mando necesitaba a un técnico a su lado. Con frecuencia se tropezaba con un pobre general, cuyos dotes de mando le habían impresionado en Tolón, pero que ahora había caído en desgracia. Barras pidió a la Asamblea que le asignara a Napoleón como ayudante. La Convención estaba aterrorizada y dispuesta a darle a quien fuera. «¿Bonaparte? –preguntan los soldados–, ¿quién es?» Todos comentan su descuido en el vestir, su pelo largo y despeinado, pero sobre todo su enorme actividad. «Parecía estar en todas partes a la vez», dice Thiébault en sus *Memorias*. «La autoridad de sus disposiciones asombró a todos y los llevó de la admiración a la confianza.»

La Convención sólo contaba con ocho mil hombres; las facciones rebeldes, con treinta mil, pero separadas en dos por el Sena,

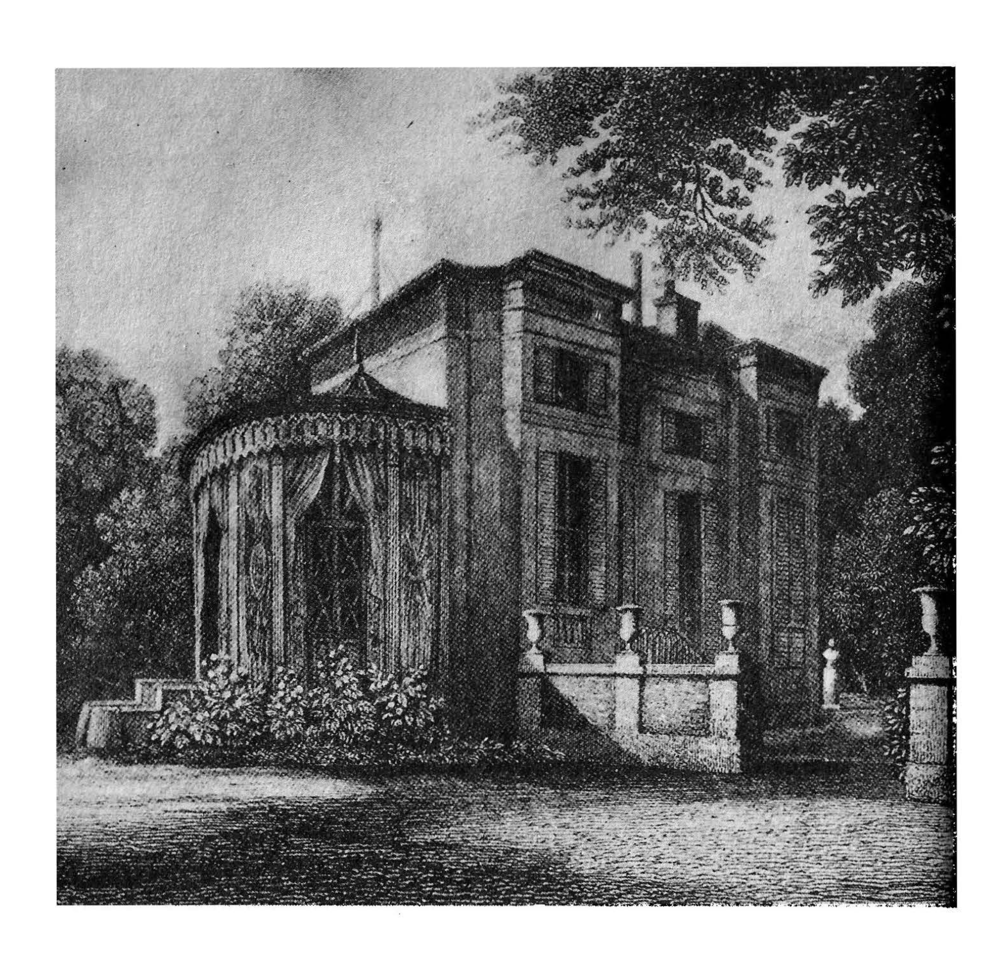

El 13 Vendimiario (5 de octubre) de 1795 Bonaparte, comandante de la guarnición en París, hizo fusilar a los rebeldes monárquicos en la escalinata de la iglesia de Saint Roch. Grabado de Helmann, según dibujo de C. Monnet.

mientras que Bonaparte ocupaba una posición central más fácil de defender. Los insurrectos enviaron un batallón para apoderarse de unos cañones que había en el campamento de Sablons, cerca de Neuilly. Pero Bonaparte se les adelantó y encargó a un jefe de escuadrón, Murat, que fuera a buscarlos con trescientos hombres a caballo. En cuanto llegó la artillería, ametralló sin descanso a los insurrectos sobre la escalinata de la iglesia de Saint-Roch. Hubo trescientos o cuatrocientos muertos. Esta brutal matanza hizo desistir a los demás. Vencedor también en la plaza del Carrusel y en el Pont Royal, Bonaparte había liberado y salvado la Convención. ¿Por convicción política? Ciertamente no. Si los insurrectos le hubieran ofrecido el mando, habría hecho «saltar a los *convencionales*». Napoleón simplemente aprovechó la ocasión para distinguirse.



En adelante sería conocido como «el general Vendimiario», célebre por la rapidez de sus decisiones. Barras le confirmó en su grado y le puso al frente del ejército del interior. Por fin tenía el pie en el estribo.

A partir de este momento, Napoleón se propone controlar el ejército. Los conflictos callejeros, las tareas policiales, no le gustan. El general Bonaparte, debido a su cargo, ve con mucha frecuencia a Carnot, miembro del Directorio encargado de los asuntos militares, y habla con él sobre la situación de Italia. Las noticias que llegan de allí no son muy alentadoras. Al mismo tiempo, el Directorio, que acaba de tomar la grave responsabilidad de anexionarse Bélgica, granjeándose, por tanto, la enemistad de Inglaterra, necesita victorias. «Si estuviera allí –dice Bonaparte– los austríacos se-



rían derrotados muy pronto.» «Irá», responde Carnot, que aprecia mucho al joven general. Ser comandante en jefe del ejército de Italia a los veintiséis años es un hermoso sueño.

Un sueño que iba a convertirse en realidad. Barras también mira con buenos ojos «al pequeño capitán.» Tolón y Vendimiario no son los únicos lazos entre estos dos hombres; está también Josefina de Beauharnais. Es una criolla graciosa y complaciente, «peor que bonita» (Bainville), cuyo marido, el general de Beauharnais, fue guillotinado durante el Terror. Tiene treinta y dos años y dos hijos: Hortensie y Eugène. Napoleón contó más tarde que en una ocasión Eugène había ido a pedirle que le permitiera conservar la espada de su padre y que, tras serle concedido, había alabado el trato exquisito del general Bonaparte, y que Josefina quiso ir a dar

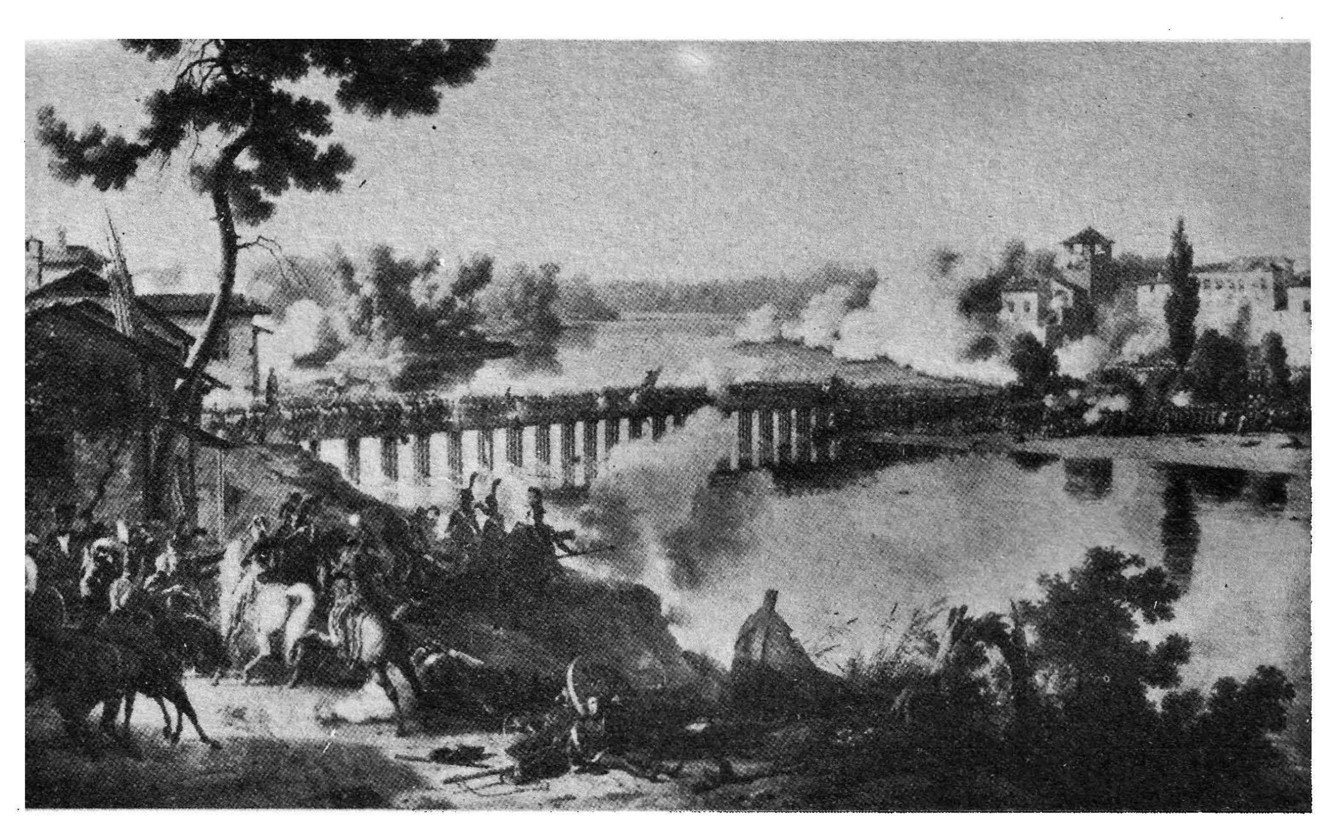


El matrimonio civil de Napoleón Bonaparte y Josefina Beauharnais se celebró el 9 de marzo de 1796. Ambos esposos falsean su edad para reducir la diferencia de años. Josefina había nacido en 1763.

◀ *La casa donde vivía Josefina, en la rue Chantereine, fue después la residencia del matrimonio Bonaparte.*

personalmente las gracias al héroe de moda. Lo cierto es que Napoleón debía de haberla visto más de una vez en casa de Barras, de quien ella había sido amante.

Muy pronto, Napoleón fue un asiduo visitante de la pequeña casa de Josefina en la calle Chantereine, y se enamoró locamente de ella. Hasta entonces, las mujeres no le habían hecho mucho caso. Josefina dominaba los hábitos mundanos, poseía un conocimiento perfecto de la vida sensual, carecía de dinero pero estaba muy bien relacionada. Barras aconsejó al joven general que se casara con ella. ¿Se quitaba años Josefina? ¿Tenía seis más que él? ¡Qué más daba! Ella podía aportarle no sólo el *antiguo régimen* (como Madame de Berny a Balzac), sino también contactos útiles en el nuevo; le daría «consistencia». El matrimonio se celebró, y



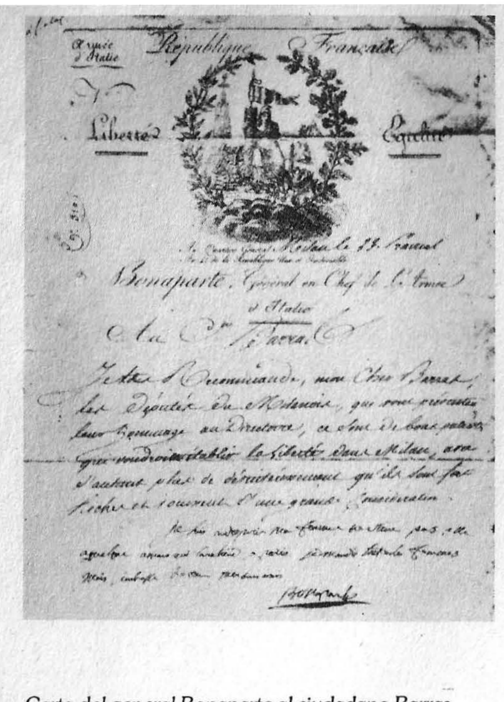
Lodi, escenario de la victoria de Napoleón el 10 de mayo de 1796.

Barras entregó a Napoleón como regalo de boda el mando supremo del ejército de Italia.

Era lo que Bonaparte ambicionaba desde hacía mucho tiempo, pero la tarea que le esperaba no era fácil. Cuando el 27 de marzo de 1796 el nuevo comandante en jefe llegó a Niza, el ejército activo contaba con unos cuarenta mil hombres. El enemigo –austríacos y piamonteses– disponía de ochenta mil. Los soldados franceses vivían en una increíble miseria; no tenían zapatos ni ropa y los víveres no llegaban. Disparaban sus fusiles para salvar el honor, pero nunca avanzaban. La llegada del nuevo general «supuso una verdadera revolución en sus costumbres» (Stendhal). Los generales Masséna, Augereau y Berthier, más antiguos que Bonaparte, estaban furiosos porque un mozalbete sin experiencia viniera a mandarles. Se habían acostumbrado a la familiaridad republicana y estaban dispuestos a mostrarse tanto más insolentes cuanto que el aspecto exterior del nuevo jefe –pequeño de estatura, el pelo mal cortado, su fajín tricolor muy mal puesto y su acento corso– no les impresionaba.

Desde los primeros momentos, Napoleón supo hacerse obedecer. Su actitud, su mirada, el tono de su voz, mantuvieron a distancia «a los viejos mostachos». Con los generales se mostró severo, tajante; a los soldados supo devolverles en seguida la esperanza. «Soldados, estáis desnudos y mal alimentados. Yo os llevaré a las llanuras más fértiles del mundo. Ricas provincias y grandes ciudades caerán en vuestro poder. Allí encontraréis honor, gloria y riqueza.» Era una arenga a la antigua usanza, propia de un lector de Plutarco y de Tito Livio. Pero era preciso cumplir las promesas para no perder la autoridad. ¿Tenía un plan de lucha? En las oficinas de Carnot se había preparado uno y él lo siguió al principio.

No hay que olvidar que Napoleón prácticamente no tiene ninguna experiencia en el manejo de grandes unidades. Pero aprende rápidamente e improvisa. Cuenta para ello con algunas cualidades muy importantes. En primer lugar, no le importa aprender en público. Su conversación es un tiroteo de preguntas pertinentes, bien ligadas. Una persona menos segura de sí misma hubiera temido evidenciar su ignorancia. El no. Está seguro de llegar a saber más que sus informadores; su cerebro retiene y clasifica. Además, posee una considerable riqueza de conocimientos adquiridos; ha leído mucho; en un país tan complejo como Italia, se orienta con facilidad, gracias a su dominio de la geografía y la historia. Ha estudiado estos reinos, los Estados Pontificios. Su propia personalidad es esencialmente italiana. Por último, tiene un asombroso sentido de la política y sabe aprovechar al máximo toda coyuntura favorable.



Armée d'Italie

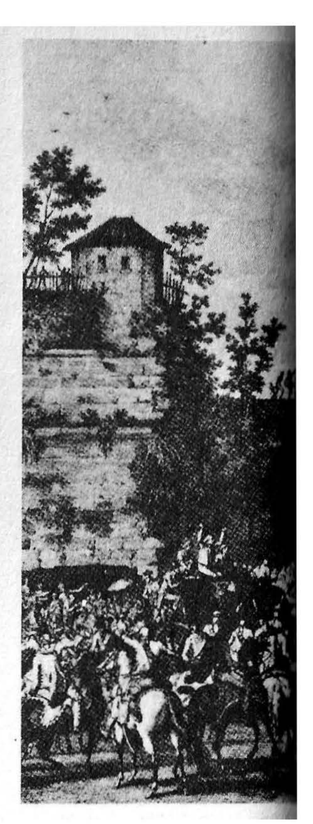
République Française

Liberté

Égalité

Bonaparte, Général en Chef de l'Armée d'Italie

Carta del general Bonaparte al ciudadano Barras, fechada en Milán el 23 de mayo de 1796.



Entrada de los franceses en Milán en 1796.

Durante las dos primeras semanas sigue los principios de Guibert: ser más fuerte que el enemigo en un punto y atacar en ese punto. Esto le permite vencer, uno por uno, a diferentes ejércitos rivales, abrir el camino del Piamonte y firmar un armisticio con el rey Víctor Amadeo. ¿Quién ha dado a este joven general el poder de negociar en nombre de Francia? Nadie. Pero el gobierno de Francia ante el que debe rendir cuentas es débil, necesita dinero y tiempo; muy pronto Napoleón le enviará numerosas banderas ganadas al enemigo, carros repletos de dinero, obras de arte admirables. ¿Qué gobierno se atrevería a rechazar semejantes regalos? Por otra parte, el comisario colocado por el Directorio junto a Bonaparte es Salicetti, cuyas debilidades conoce y sabe aprovechar. Napoleón se inicia en la alta política al mismo tiempo que en la gran estrategia.

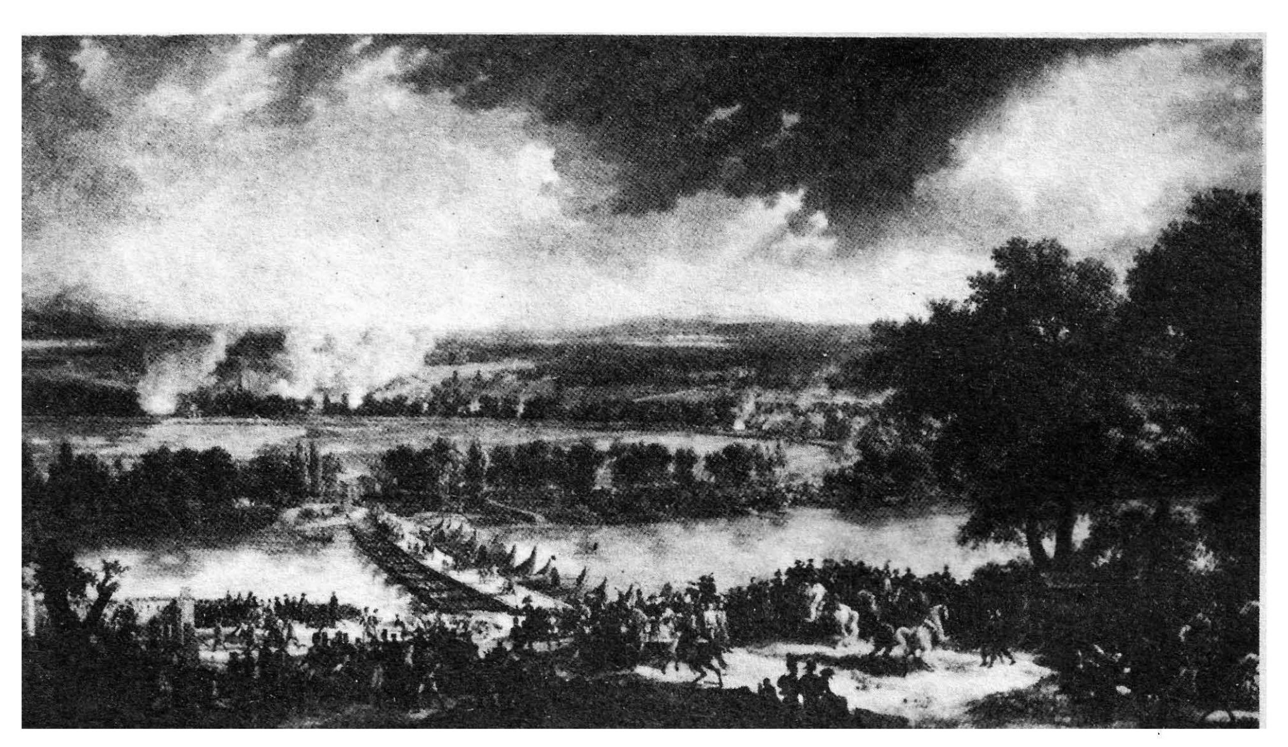
Los austríacos están bajo las órdenes de un general muy conocido: Beaulieu. ¿Pero qué hacer contra un joven diablo corso que



Hachette

no respeta los principio clásicos de la guerra, que se arriesga descaradamente y que está en todas partes al mismo tiempo? Un país tan montañoso resultaba idóneo para atacar por sorpresa y favorecía la estrategia de Bonaparte. El 10 de mayo la victoria de Lodi le granjeó la confianza de todo el ejército. Sin miedo a exponerse personalmente, él mismo dirigió el ataque final. Aquel día Napoleón intuyó por primera vez su gran destino. Más tarde dirá a Las Cases que después de Tolón, después de Vendimiario, aún estaba lejos de considerarse un ser superior; pero que después de Lodi, había comprendido que las ambiciones más altas estaban a su alcance. A Gourgaud le dijo: «Veía girar el mundo a mis pies, como si caminara por el aire.»

Ahora, era dueño de la fértil Lombardía, de Milán. Todos los demás Estados italianos querían negociar con él. En cuanto al ejército, Stendhal ha contado mejor que nadie la embriaguez de aquellos jóvenes oficiales –muchos de los cuales no poseían más que un



La batalla de Arcole, el 17 de noviembre de 1796, según una pintura de Bacler d'Albe.

par de zapatos y un par de pantalones para tres– cuando bellas mujeres los recibieron en sus palacios. Una parte de la nobleza italiana no veía con buenos ojos al ejército republicano, pero el pueblo italiano se alegraba de verse libre de la ocupación austríaca. Bonaparte supo ganarse hábilmente a los sacerdotes. Uno de sus parientes italianos era un viejo canónigo y fue a hacerle una visita. Al Directorio quizá no le agradaba demasiado, pero ¿qué podía hacer contra él? Cuando le propusieron compartir el mando del ejército con Kellermann, Bonaparte planteó su dimisión. «Solo o nada.» No lo dijo tan tajantemente, pero sin duda fue un ultimátum.

Le necesitaban más que nunca. Para mantener todavía alguna autoridad en el interior, el gobierno desacreditado de París debía ofrecer la gloria en el extranjero, conservar Bélgica y, si era posible, adquirir la orilla izquierda del Rin. Esto último dependía de Austria, y para obligarla a negociar era preciso implantarse sólidamente en Italia, de modo que fuera posible ofrecer en el futuro un cambio a los austríacos: el norte de Italia por las fronteras naturales de Francia. Esto es lo que Bonaparte se propone. Tiene un plan para Italia: fundar dos repúblicas bajo su protección y, en compensación, entregar Venecia a Austria. Pero Austria todavía no quiere negociar y envía contra los franceses a sus mejores generales, Würmser y Alvinzi. Bonaparte lucha como un tigre.

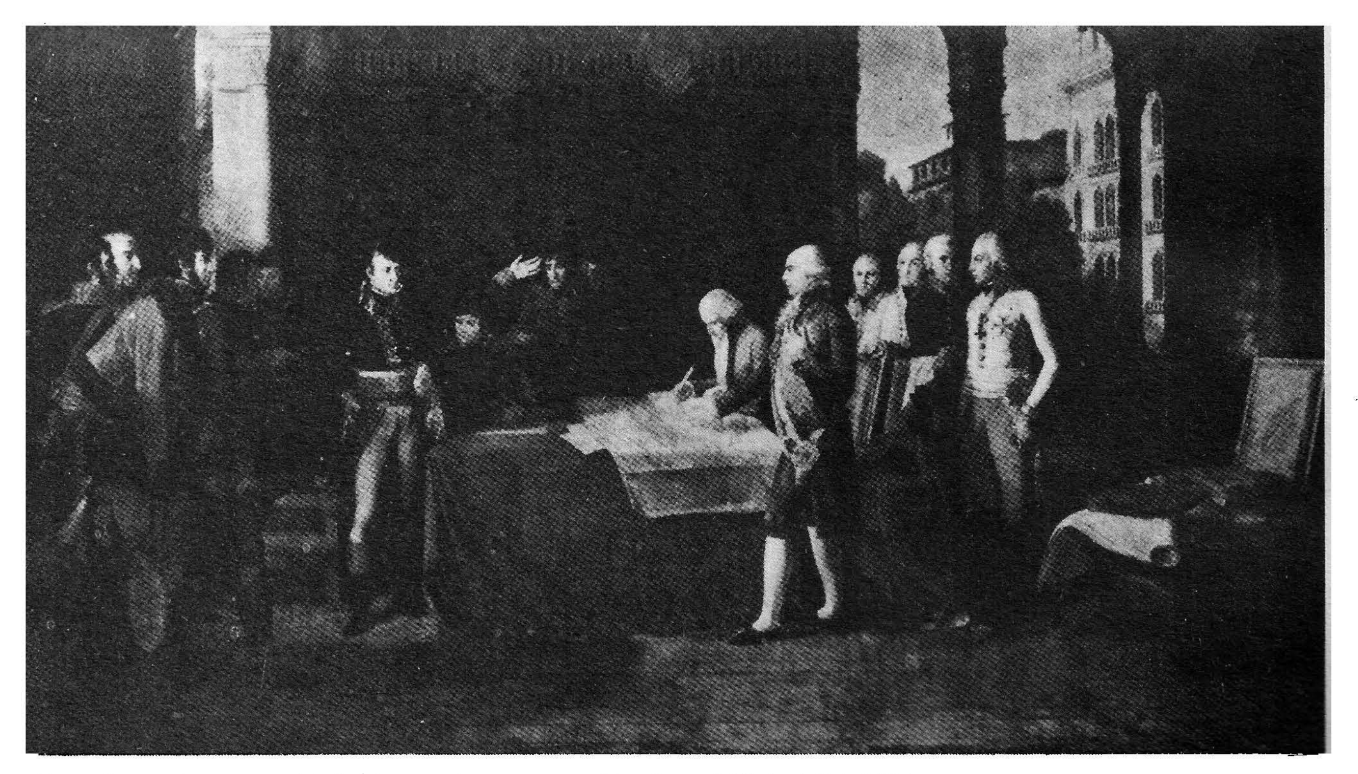
Y con mayor empeño incluso, porque es un marido celoso y atormentado. Josefina, a la que escribe cartas inflamadas de deseo, «cartas de amor ardiente en las que no habla casi más que de besos» (Merimée), le engaña con un tal Charles al que «debemos el furor salvaje que caracterizó a la campaña de Italia» (M. Vox). Estas cartas no carecen de belleza, a pesar de su ortografía descuidada. «No estoy contento. Tu última carta es fría como la amistad. No he encontrado en ella rastros de ese fuego que brilla en tus ojos...» «¿No sabes que sin ti, sin tu corazón, sin tu amor, no hay para tu marido ni felicidad, ni vida...?»... «Lejos de ti, las noches son largas, tristes y melancólicas. Cerca de ti uno quisiera que siempre fuera de noche.» Pero la cruel Josefina se burla; no comprende que se ha casado con el hombre más poderoso de su tiempo.

Cuando al fin Josefina decide reunirse con él, llega en el momento en que Würmser capitanea un nuevo ejército austríaco, e Italia, inmersa en un estado de inseguridad, está preparada para sublevarse si los franceses son vencidos. Se trata de una situación muy peligrosa, pero Napoleón realiza milagro tras milagro. Würmser tiene que refugiarse en Mantua. Alvinzi, que acude en su auxilio, también es derrotado. Precisamente del famoso paso del puente de Arcole existe un impresionante cuadro, en el que puede

Bildarchiv der Ost Nationalbibliothek, Viena



El archiduque Carlos de Austria tuvo que detener su avance por el Rin debido a la destrucción del puente de Huningue.



Firma del tratado provisional de Leoben, por los austríacos y Napoleón, el 17 de abril de 1797.

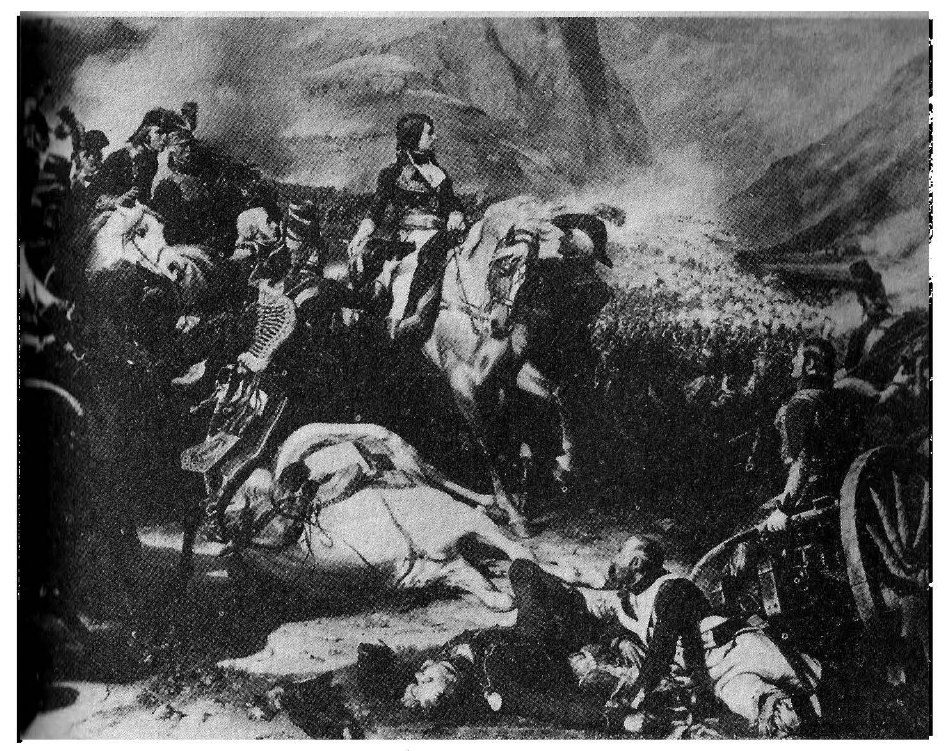
verse cómo el pequeño general sostiene una bandera tricolor con heroico ademán. Thiébault afirma que los hechos tuvieron un desarrollo menos romántico, pero la leyenda ha logrado imponerse.

Josefina se había casado con una especie de Gato con Botas tocado con el gorro de la suerte, un pequeño soldado con aspiraciones; en Italia se encuentra con un soberano. Miot de Melito, agente diplomático del Directorio en Toscana, que visita a Napoleón en el castillo de Mombello, cerca de Milán, es introducido en una verdadera corte real. Las audiencias y los banquetes se organizan siguiendo un estricto protocolo. Hay un constante ir y venir de generales franceses, de nobles italianos, de proveedores. Mientras tanto, el general Bonaparte discute, decide, administra y, en suma, reina como si toda su vida hubiera sido jefe de Estado.

«Lo que he hecho aquí –dice a Miot– todavía no es nada. Me encuentro solamente al principio del camino que debo recorrer. ¿Cree usted que hago esto tan sólo para engrandecer a los abogados del Directorio, a Carnot y a Barras?» Miot concluye diciendo que acababa de ver «al hombre más alejado de las ideas y las instituciones republicanas».

El Directorio conoce perfectamente los sentimientos de Napoleón, desconfía de él y envía al general Clarke para vigilarlo y para que, llegada la ocasión, busque el acuerdo con Austria. Bonaparte no tiene prisa por discutir las cuestiones pendientes; eso significaría el fin del reinado que de hecho ejerce en Italia. Además, está convencido de que los ideólogos de París no comprenden nada de los asuntos italianos, obcecados como están por sus ideas revolucionarias. También él ha sido un poco jacobino y está dispuesto a serlo de nuevo si las circunstancias lo exigen. Mientras tanto, Italia es lo que es; los sacerdotes siguen siendo poderosos y hay que andar con miramientos con el papa. El ejército francés, por otra parte, tiene un fuerte componente de *sans-culottisme* y también debe ser tratado con tacto. Napoleón, que concede poca importancia a las doctrinas, deberá representar el papel de conciliador realista.

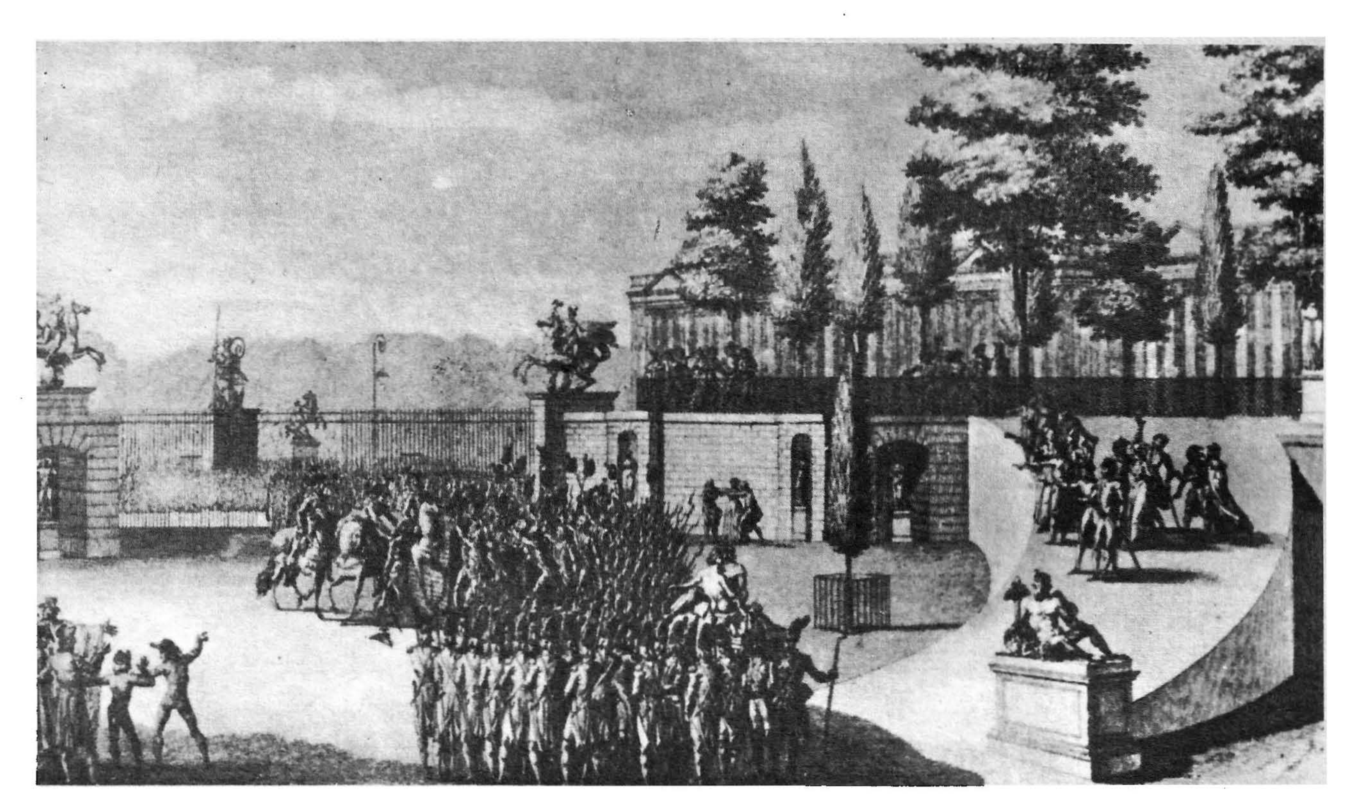
En enero de 1797 Alvinzi es derrotado en Rívoli y Würmser capitula. Pero todavía no es la victoria final. Austria aún cuenta con un gran general: el archiduque Carlos. Ante Bonaparte no resiste más que los otros y con su retirada el camino de Viena queda abierto. Si los ejércitos franceses del Rin atacaran, sería posible una campaña en Austria. Pero el ejército del Rin no se mueve. En Italia la retaguardia no está asegurada. Ha llegado el momento de negociar. En abril, Bonaparte firma en Leoben los preliminares de paz. ¿Por qué la paz, cuando él adquiere tanto prestigio durante la guerra? Porque en Francia se preparan unas elecciones que segu-



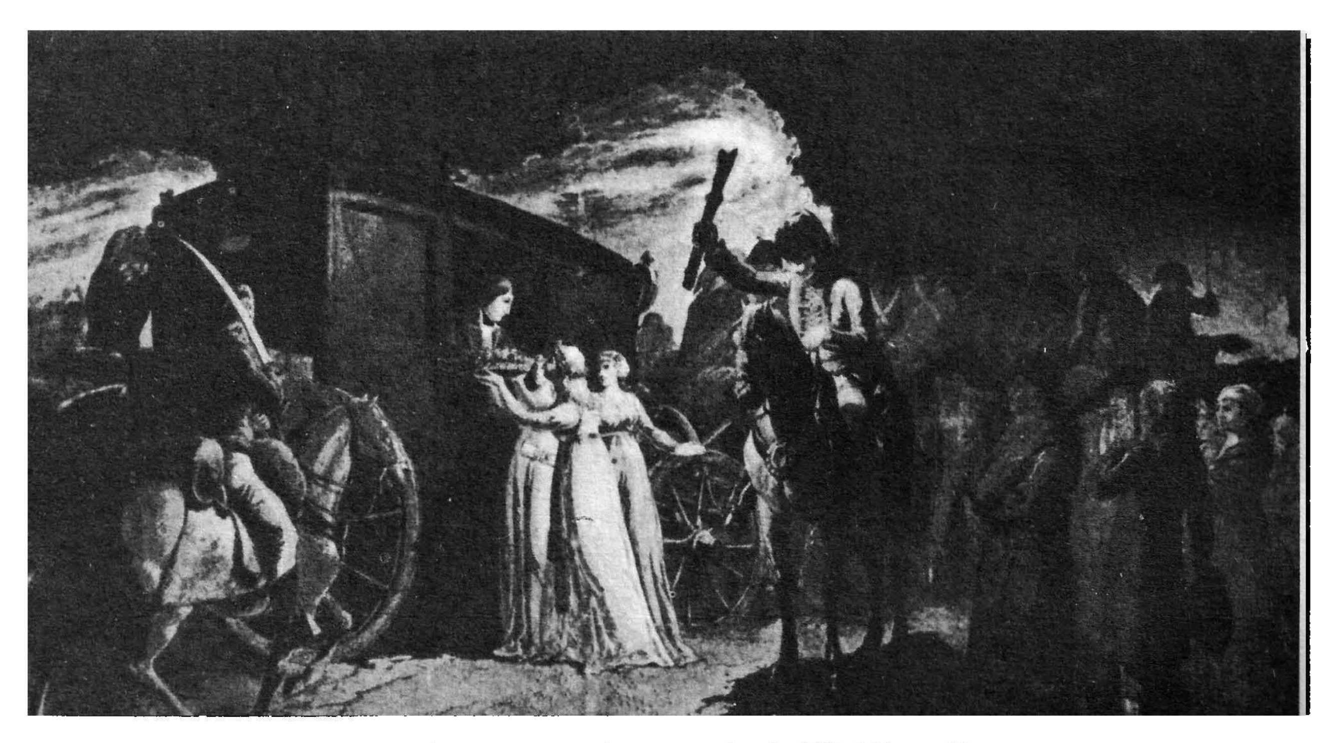
La batalla de Rivoli, enero de 1797, según un cuadro de Philippoteaux.

ramente pondrán en el poder a representantes de aquella derecha que Napoleón batió en la escalinata de Saint-Roch y que ahora desea la paz. Dándosela, se reconciliará con ella, del mismo modo que sus conquistas le aseguran el apoyo de los patriotas de la izquierda. El joven general razonaba ya como un político astuto y experimentado.

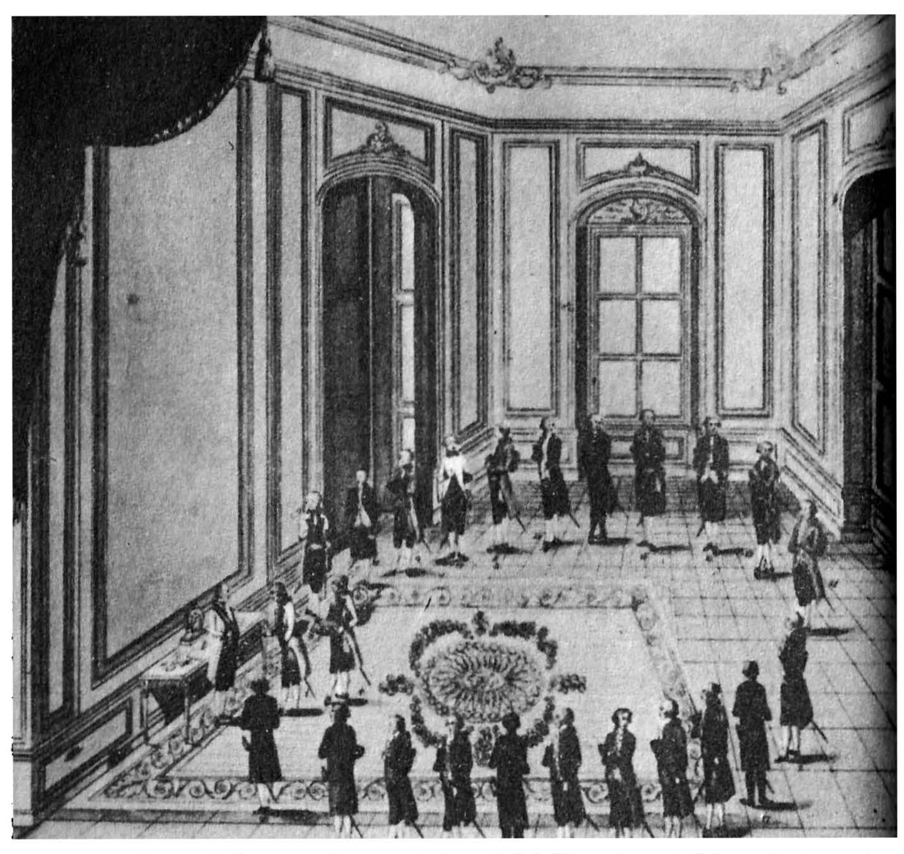
Los preliminares de Leoben no son la paz definitiva. ¿Debe firmarse un tratado de paz? «No quisiera dejar el ejército de Italia más que para desempeñar en Francia un papel semejante al que tengo aquí, y ese momento no ha llegado todavía...» Un papel semejante sólo podía ser el de árbitro supremo, y el Directorio está decidido a impedírselo. Bonaparte aguarda hasta saber de qué lado se inclinará la balanza en Francia. Si ganan los monárquicos, tendrá que intervenir, pues no desea la restauración de la monarquía. Y efectivamente, al ganar la derecha envía a Augereau en auxilio de



Golpe militar del 18 Fructidor (4 de septiembre) de 1797 llevado a cabo por el general Augerau.



Napoleón en Lausana, de camino hacia el Congreso de Rastadt, en noviembre de 1797. Biblioteca Maruisttau.



Entrega de las cartas de gracia de la ciudad de Viena después del tratado de paz de Campoformio (17 de octubre de 1797). Bonaparte no hizo caso de las instrucciones del Directorio y se mostró particularmente moderado con Austria. Grabado de Johann Renard.

los tres miembros izquierdistas del Directorio. Augereau, brutal y poco inteligente, liquida en unas horas a la nueva mayoría reaccionaria. Es el 18 Fructidor, un golpe militar seguido de deportaciones y arrestos. Bonaparte ha procurado no intervenir personalmente: deja que Augereau sufra los efectos de la impopularidad para así poder actuar en nombre propio, «llegada la ocasión».

Mientras tanto Napoleón inicia las negociaciones contra la opinión de un Directorio envalentonado por los sucesos de Fructidor, hasta el punto de que ahora habla de establecer una república en Viena. Bonaparte, contrario a semejante locura, está de acuerdo

con el ministro de Asuntos Exteriores, Talleyrand, que, como él, conoce la situación. La paz de Campoformio, dictada por Bonaparte, es razonable. El emperador de Austria renuncia a Bélgica; la orilla izquierda del Rin sigue siendo un asunto pendiente. Pasará a Francia, si los Estados alemanes dan su consentimiento. Todo estaría resuelto si Inglaterra hubiera firmado el tratado, pero no fue así. Inglaterra, por principio, es hostil a toda potencia continental demasiado fuerte.

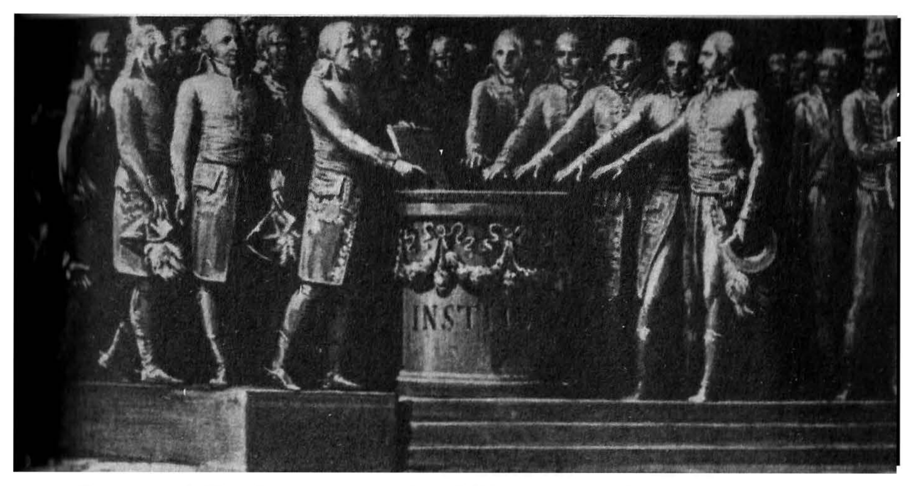
Reforzado por esta paz victoriosa, ¿utilizará Bonaparte su ejército para derribar al Directorio? Presiente que sería una gran imprudencia. El ejército sigue siendo republicano, y no está seguro de poder contar con todo su apoyo. La fruta todavía no está madura. Los miembros del Directorio, que le temen, tratan de encontrarle otro destino y le ponen al frente del ejército que ha de invadir Inglaterra. Pero este ejército no existe. Entonces envían al molesto vencedor al congreso de Rastadt con la misión de convencer a los Estados alemanes para que abandonen la orilla izquierda del Rin. Cuando parece que empieza a tener éxito en este sentido, le vuelven a llamar a París.

Hace veintiún meses que salió de la capital, veintiún meses durante los cuales el soldado desconocido se ha convertido en un héroe nacional. Ya empieza a colocar a su familia. José es comisario de la República en Parma; Luciano, comisario de guerra; Luis ha sido ayudante de campo de su hermano en Italia. Leticia Bonaparte vive en París con sus hijas. Los detractores dicen que Napoleón tuvo suerte. El no cree en la suerte; cree en su estrella, que es muy distinto: se trata solamente del arte de aprovechar las circunstancias, uno de los rasgos del genio.

3. El héroe disponible

Por el momento desea seguir siendo un enigma. París lo ha recibido demasiado bien. La calle Chantereine, en la que se encuentra su casa, ha sido rebautizada con el nombre de calle de la Victoria. Napoleón sabe que su popularidad preocupa a los miembros del Directorio y decide aparentar humildad y modestia. No se exhibe ostentosamente de uniforme, sino que viste de paisano. Tras su elección como miembro del Instituto (sección científica), lleva el uniforme académico en las ceremonias. En Italia se había hecho amigo del matemático Monge, el creador de la geometría descriptiva. En París se codea con los intelectuales: Laplace, Berthollet. Para alguien que, como él, se ha interesado por todo, estos especialistas son una compañía valiosa, que al mismo tiempo sirve para tranquilizar a los abogados del Directorio. Con los sabios no se conspira. Napoleón se aleja deliberadamente del poder; no pide nada; evita comprometerse. Sabe que su fuerza reside en su posición de héroe disponible, al margen y por encima de los partidos. Pero además, no le resulta difícil mantener esta postura porque no comparte esas pasiones francesas que son la monarquía y el jacobinismo. Es consciente de que toda iniciativa política de su parte sería prematura.

Sin embargo, tiene que hacer algo. «En París no se conserva el recuerdo de nada; si continúo sin hacer nada, estoy perdido.» El Directorio, por su parte, también desea tenerlo ocupado; sus miembros juzgan «inoportuna» la gloria de Bonaparte. Ya tiene oficialmente el mando del ejército para invadir Inglaterra, pero este proyecto le parece irrealizable. Francia no dispone de barcos suficientes para cubrir la travesía de un ejército que, por otra parte, todavía no es más que una esperanza. Hoche había perdido un año preparando una expedición a Irlanda y tuvo que abandonarla. Bonaparte sólo tarda tres semanas en rechazar el proyecto inglés. ¿Qué hacer? El Directorio ha recibido numerosos planes para atacar a Inglaterra en otro frente. ¿No se podría acortar la ruta hacia la India tomando Egipto y llegando hasta Persia? Es uno de los viejos sueños de la



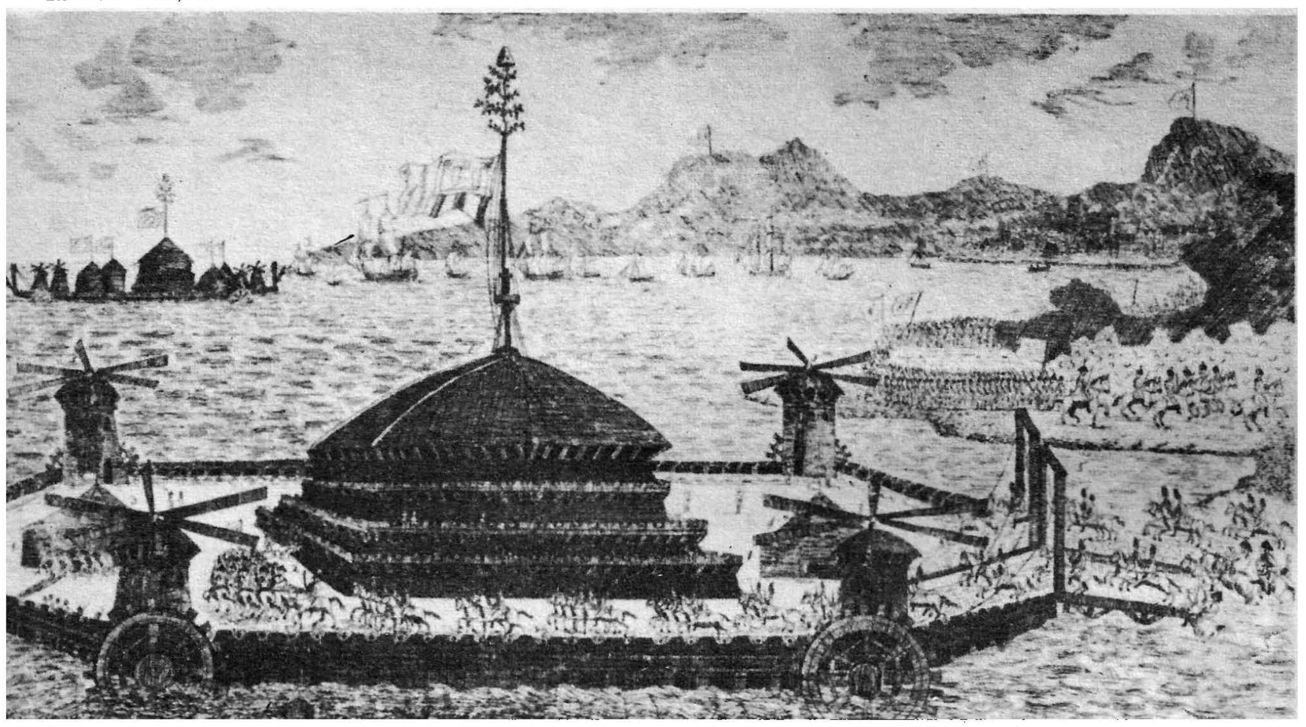
Recepción de Napoleón como miembro del Departamento de Ciencia del Instituto.

diplomacia francesa, un sueño que Choiseul primero y más tarde Talleyrand habían acariciado. Bonaparte también tuvo siempre sueños orientales. Los discutía con Junot cuando ambos, desdichados y sin empleo, callejeaban por París. ¿No había acariciado entonces la idea de alistarse en el ejército turco? ¡Mucho más emocionante sería conquistar Oriente a la cabeza de un ejército francés!

La empresa no era fácil. La flota de Nelson dominaba el Mediterráneo y habría que disponer por lo menos de cuarenta mil hombres para transportarlos a Egipto. ¿Cómo? Sin embargo, el Directorio prestaba oídos a estos proyectos fantásticos, y no sólo para tener controlado a un general que era demasiado popular. Este argumento no hubiera sido suficiente. Al fin y al cabo, el general en cuestión se estaba quieto, y el descontento de los franceses ya no era inquietante. Pero la Revolución había traído tantas cosas extraordinarias, conquistado tantos países, y vencido a tantos ejércitos, que parecía lícito pensar en los planes más grandiosos. El mismo Bonaparte creía en ellos y hablaba con Monge de las cosas gigantescas que un hombre como él podría hacer en ese Oriente tan rico, tan cargado de historia. El general y el ministro estaban de acuerdo: solamente desde Egipto se podría lograr que Inglaterra aceptase la nueva Europa.

Pero había que desembarcar en Egipto y el almirante Brueys no ocultaba que, si se encontraba con Nelson, la flota francesa, entorpecida por los barcos de su propia escolta, sería aniquilada sin

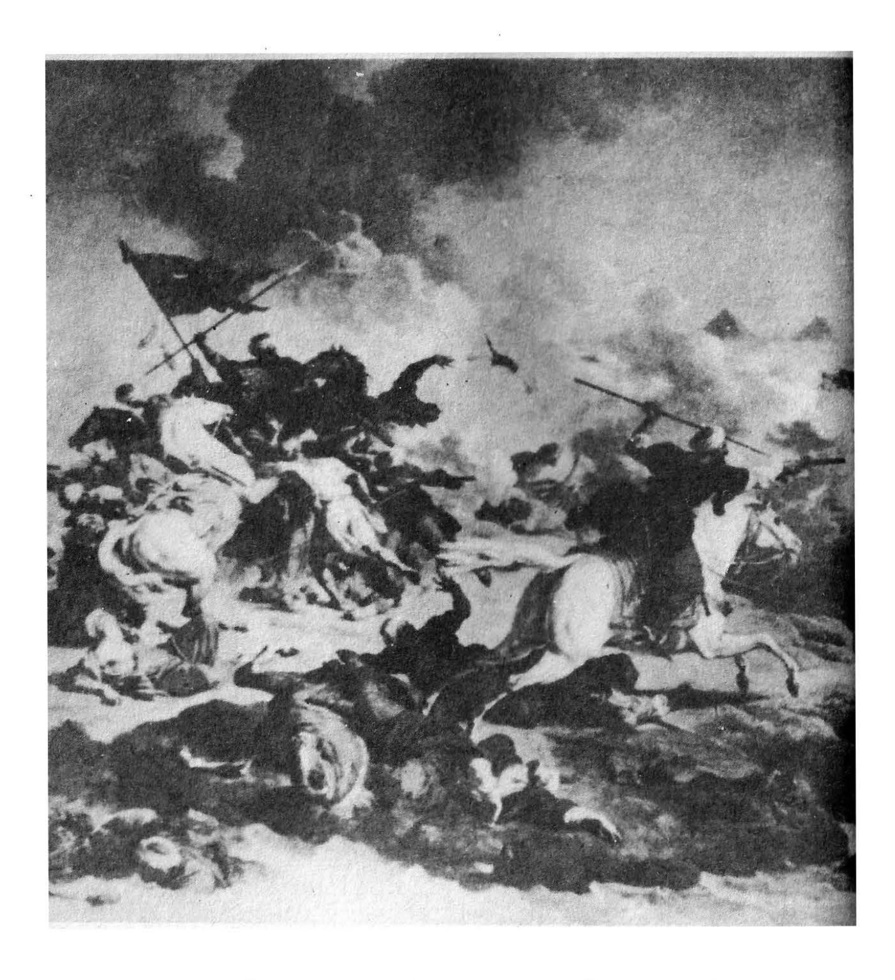
Biblioteca Nacional, París



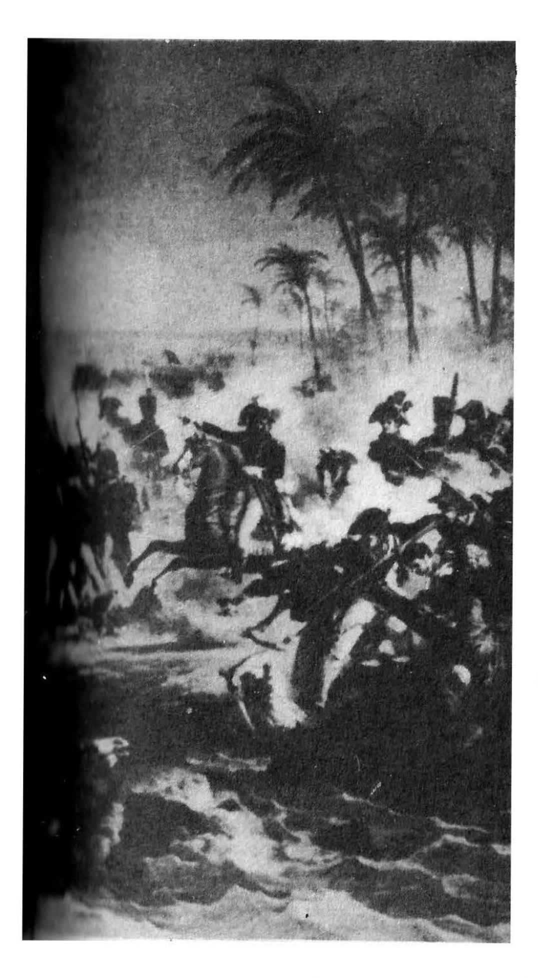
Plan para la invasión de Inglaterra mediante la utilización de medios bélicos anfibios.



Conquista de Malta por las tropas francesas al mando del almirante Brueys en junio de 1798.



lugar a dudas. El riesgo era inmenso, pero Bonaparte lo aceptó. Aunque generalmente era prudente y cauteloso, creía en la necesidad de llevar a cabo ciertos actos para cumplir su destino, y embarcó en el *Oriente* el 19 de mayo de 1798. En aquel tiempo los medios para iluminar una flota eran todavía rudimentarios. Brueys no sabía dónde estaba Nelson; Nelson ignoraba los planes de Brueys. Durante la travesía, este último se apoderó de Malta y después puso rumbo a Alejandría. A bordo, el general Bonaparte discutía de química y religión, oía música y miraba al mar buscando a Nelson. El inglés se cruzó con la flota francesa por la noche a una distancia de cuatro o cinco millas; no la vio y puso rumbo a las costas de Siria para buscarla. Si la hubiera visto, Napoleón, su



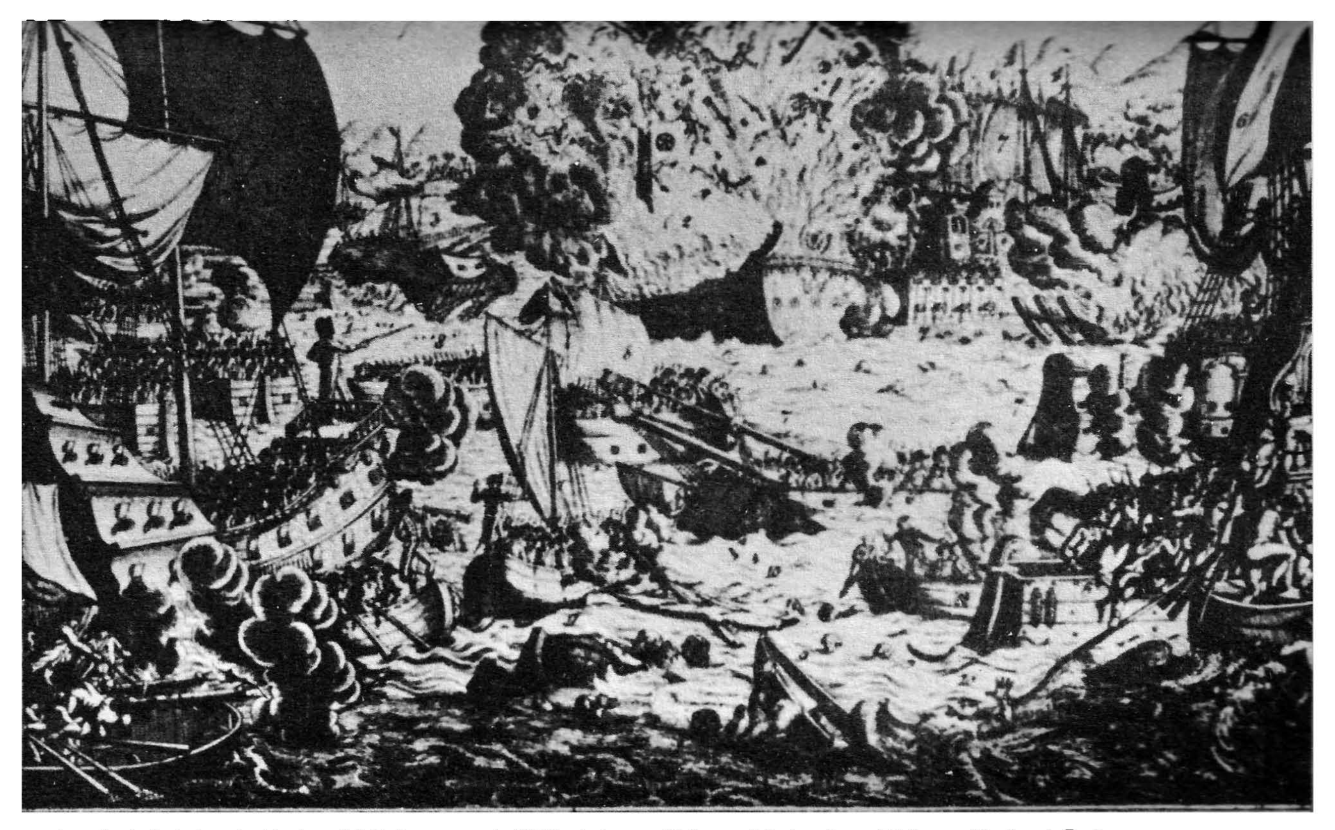
Antes de comenzar la batalla llamada de las Pirámides Napoleón arengó a sus tropas con las famosas palabras: «Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuatro mil años os contemplan.» En la imagen, La carga de los mamelucos, *de Vincent. (Por gentileza de la Tour d'Auvenge, Château de Grosbois).*

ejército, su estrella y quince años de historia habrían quedado sepultados en el fondo del mar.

El desembarco fue un éxito. Los mamelucos, milicia turco-egipcia que dominaba el país, fueron vencidos y Napoleón, como en Italia, comenzó a organizarlo todo. Había llevado con él juristas, administradores, naturalistas, artistas; en suma, el personal necesario para fundar una nueva civilización. Y la fundó. Creó el Egipto moderno, empeñándose en darle un sello francés, al mismo tiempo que respetaba el Islam. Hasta se hubiera hecho mahometano si hubiera sido necesario, pues, si bien conserva un fondo de catolicismo, no es más fanático en religión que en política. Manda celebrar las fiestas musulmanas; escribe a los bajaes en un estilo que él



La toma de El Cairo, el 24 de julio de 1798. Grabado de Le Roy, según Desrais.



La batalla de la bahía de Abukir, el 1-2 de agosto de 1798, de la que Nelson salió victorioso. Biblioteca Nacional, París.



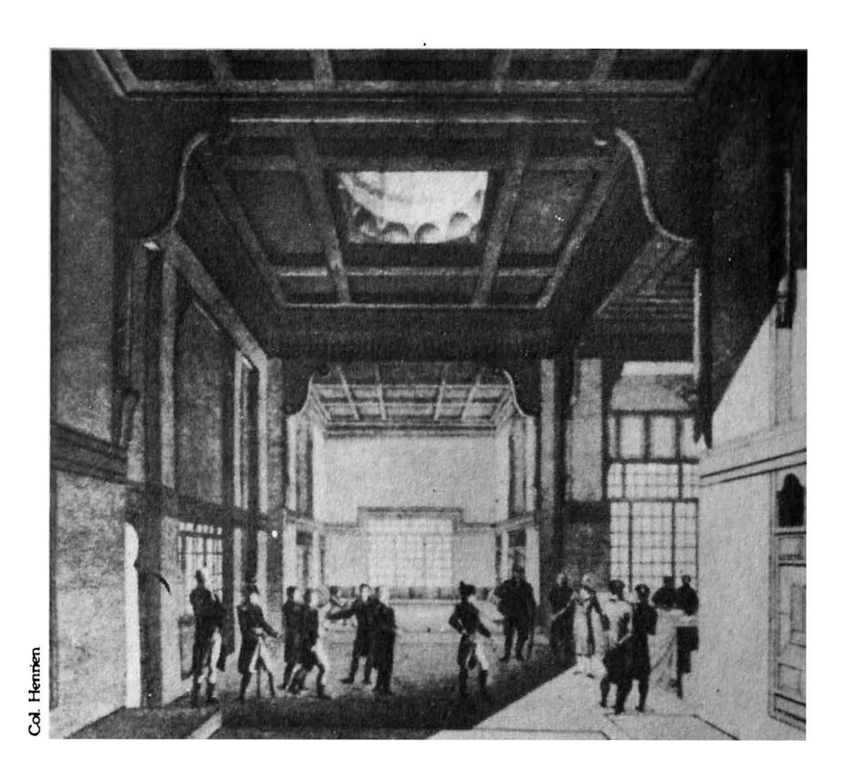
Hachette

Desde la conquista de Egipto, Napoleón demostró un gran respeto por la cultura y la religión musulmanas. En la imagen, Bonaparte, con ropa oriental, se entrevista con el bajá de El Cairo.

Bonaparte visita el Instituto de Egipto, creado por él al día siguiente de la batalla de Abukir. ▶

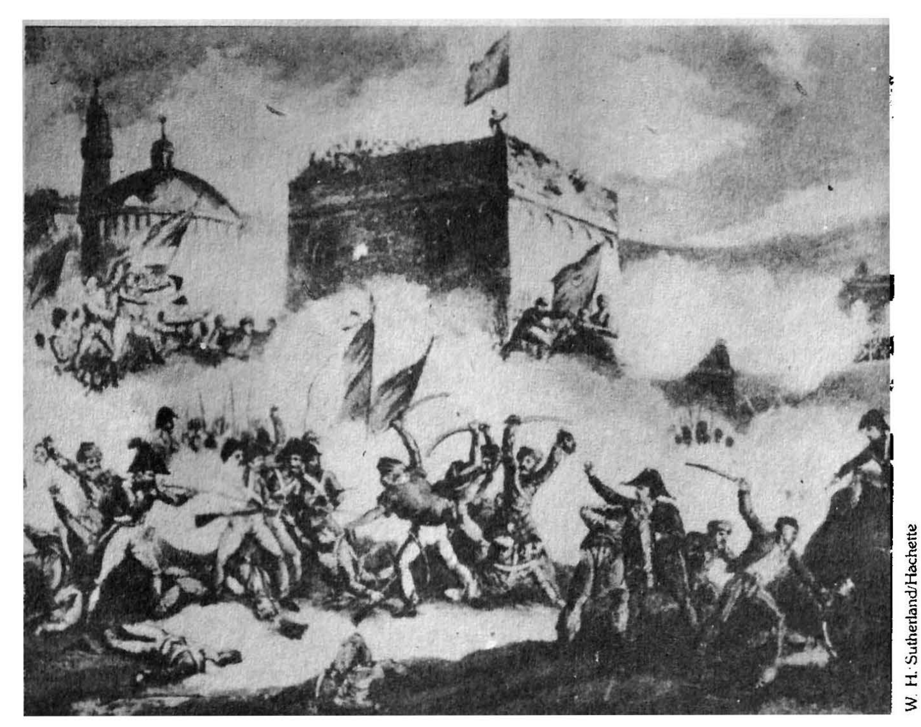
cree oriental. «Se representa a sí mismo escenas teatrales en las que M. Jourdain se codea con Zadig y los personajes de las *Cartas persas*» (M. Vox). Los mamelucos le llaman Bounaberdis Bey. Todo esto podría degenerar en una mascarada. Los «cuarenta siglos» que contemplan a sus soldados desde lo alto de las pirámides nos hacen pensar en Monsieur Perrichon. Pero Bonaparte lo arregla todo con su sentido de la grandeza y con su prodigiosa eficacia. «Egipto es, en su carrera, como *Atala* en la carrera de Chateaubriand» (Bainville). Efectivamente, y Chateaubriand estaría incompleto sin *Atala*.

El 1 de agosto Nelson, habiendo encontrado al fin la flota de Brueys en la bahía de Abukir, la destruyó. El mismo Brueys pereció sobre el *Oriente*, el buque que había llevado a Bonaparte. Fue un desastre irreparable. Inglaterra es ahora dueña absoluta de los mares; el ejército se encuentra aislado de Francia. Lo asombroso es que Bonaparte no parece darle excesiva importancia. Si tiene que quedarse en Egipto, se quedará en Egipto y gobernará allí, como antes en Italia. El país proveerá al ejército de todo cuanto necesite. ¿No es cierto que tiene sus propios expertos? Al día siguiente de


Col. Henrien

Abukir funda el Instituto de Egipto. A Bourrienne le dice: «¿Cuánto tiempo pasaremos en Egipto? Unos meses o seis años... No tenemos más que veintinueve; entonces tendremos treinta y cinco. Si todo va bien, estos seis años me serán suficientes para llegar hasta la India.»

Este es otro de los papeles que representa a veces: el de un Pirro o el de un Picrochol. Amontona proyecto sobre proyecto. ¿Los turcos avanzan en Siria para expulsarle de Egipto? ¡Muy bien! Irá a su encuentro, sublevará a los cristianos del Líbano, avanzará sobre Constantinopla y de allí sobre Viena, para conquistar Europa por la retaguardia, a menos que se decida a conquistar la India. Es un plan demasiado amplio para culminarlo con éxito. Vence a los turcos, pero a su vez es detenido frente a San Juan de Acre, posición defendida por un antiguo camarada de Brienne, Phélippeaux, un *émigré*, y por el inglés Sidney Smith. Las murallas son sólidas y Bonaparte carece de una artillería potente. Lleno de furia, se muestra muy cruel en el transcurso de esta campaña. En Italia había sido bastante humano (aunque también allí fusilara sin escrúpulos por razones de seguridad), pero durante la retirada de San Juan de

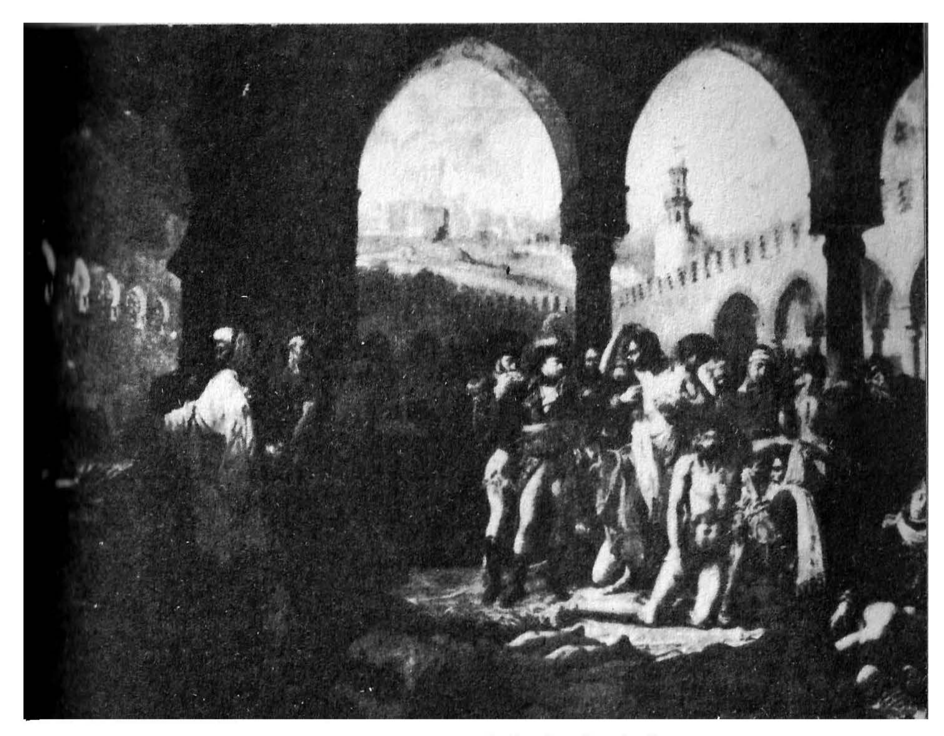


W. H. Sutherland/Hachette

El sitio de San Juan de Acre, asaltado sin éxito por Napoleón en 1799. Los ingleses opusieron una feroz resistencia.

Acre ordena quemar las cosechas y matar a los prisioneros que no puede transportar. Hay que recordar que había elogiado a Louvois por el incendio del Palatinado. «Un hombre de Estado no tiene derecho a ser sentimental.»

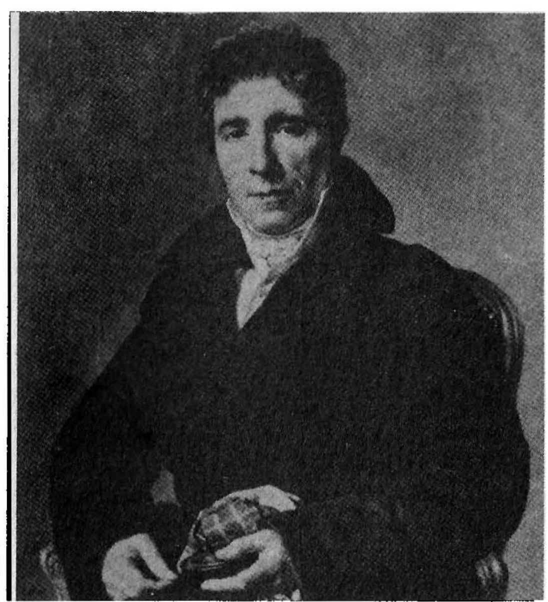
Es preciso añadir que como marido está más celoso que nunca. Ya no puede dudar de la infidelidad de Josefina, ni de que el mundo entero está al tanto de su humillación. Los ingleses se han apoderado de unas cartas ridículas y las han publicado en la prensa. Una de ellas está dirigida a su hermano José: «Soy muy desgraciado, pues el velo se ha levantado completamente. Sólo me queda tu apoyo sobre la tierra. Tu amistad me es muy querida. Lo único que me falta para hacerme misántropo es perderte también a ti y ver que me traicionas.» Napoleón pide a José que le encuentre para su vuelta un lugar en el campo donde poder aislarse, pues está harto de la naturaleza humana. «Necesito soledad y aislamiento, la grandeza me aburre, mis sentimientos están secos, mi gloria se



Napoleón visita a las víctimas de la peste en Jaffa. Cuadro de Gros. Museo del Louvre, París.

marchita; a los veintinueve años lo he agotado todo.» Ossian y Werther se mezclan en su espíritu con César y Maquiavelo.

En julio de 1799 Napoleón está cansado del sueño oriental. Sus grandes esperanzas se han desvanecido. Ha hecho algún buen gesto (como la visita a los apestados de Jaffa) que servirá para aumentar su leyenda; ha gobernado, ha creado, pero no en la medida suficiente para satisfacer su espíritu y su ambición. Necesita a Francia, pero tiene muy pocas noticias de ella. Todas las cartas son interceptadas por los ingleses, que no le dejan pasar más que algunos periódicos escogidos por ellos, de modo que las noticias que recibe parecen ser muy malas. Italia está perdida, el enemigo avanza sobre el Rin; existe peligro de invasión. Su presencia es ciertamente necesaria. En realidad, el Directorio le ha llamado, pero él lo ignora. Su decisión de volver es puramente intuitiva. Pero encuentra algunos inconvenientes: el abandono del ejército será impopular entre los soldados, ¿podrá Kléber, a quien va a dejar el



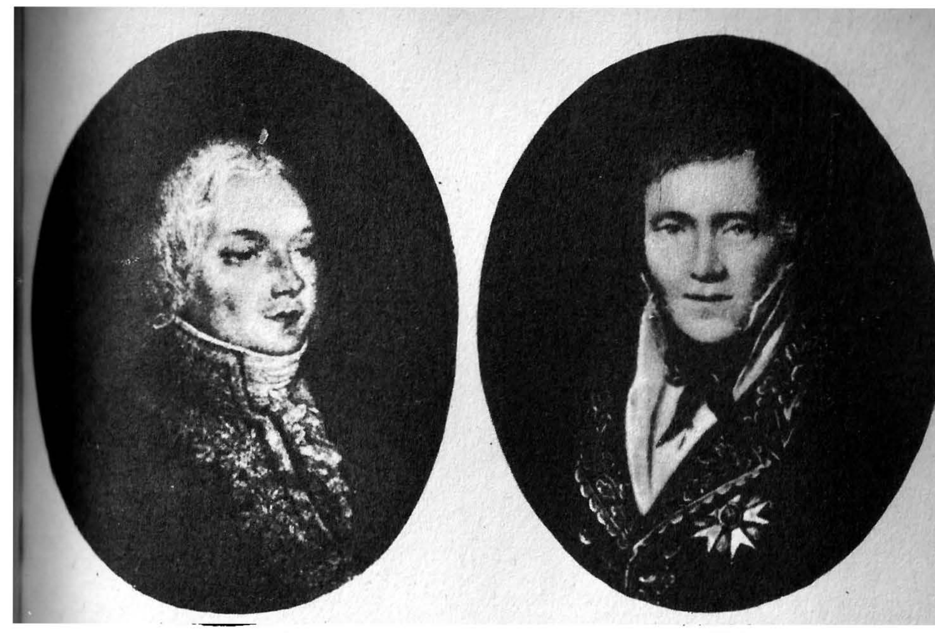
Hachette

Retrato de Sieyès por David. El abate Sieyès fue uno de los fundadores del Club de los Jacobinos, miembro del Directorio y cónsul.

Retratos de Talleyrand, ex obispo de Autun, y Fouché, ministro del Interior y duque de Otranto. ▶

mando, conservar Egipto? ¿Podrá pasar él mismo entre los buques ingleses que patrullan por el Mediterráneo? ¡Qué importa todo esto! Ya ha arriesgado en varias ocasiones todo su destino. También esta vez la fragata consigue pasar, y llega al puerto de Ajaccio. Es la última vez que lo ve (octubre de 1799). Allí se entera de que Masséna y Brune, con sus victorias sobre los rusos, los ingleses y los holandeses, han alejado el peligro de la invasión. La necesidad de un salvador de Francia es menos acuciante. Pero la fortuna todavía está al lado de Napoleón.

Bonaparte se hace de nuevo a la mar y desembarca en Fréjus, donde le sorprende el entusiasmo popular con que es recibido. Su hermano José se reúne con él y le pone al corriente de la situación. La mayoría del país se muestra hostil al Directorio. Nadie cree ya en este régimen, a no ser aquellos que tienen en él intereses personales. La joven República sufre, en palabras de Taine, «de degeneración senil. Nadie hace un esfuerzo para derribarla, pero parece que ya no tiene fuerzas para mantenerse de pie». El abate Sieyès, elegido recientemente como miembro del Directorio tras su regreso de Berlín, se ha convertido en la viga maestra de todo el edificio, pues ya nadie tiene en cuenta a Barras. Sieyès, que era un gran experto en temas constitucionales, aparecía en este último acto de la trage-



Archives Photographiques Col. Scrolette/Hachette

dia nacional como la divinidad del desenlace. El abate se da cuenta de que sólo puede apoyarse en el ejército: «Me hace falta una espada –comenta Sieyès– ¿quién la sostendrá?» Hoche y Joubert han muerto. Queda Bonaparte, menos seguro, menos franco, pero más brillante.

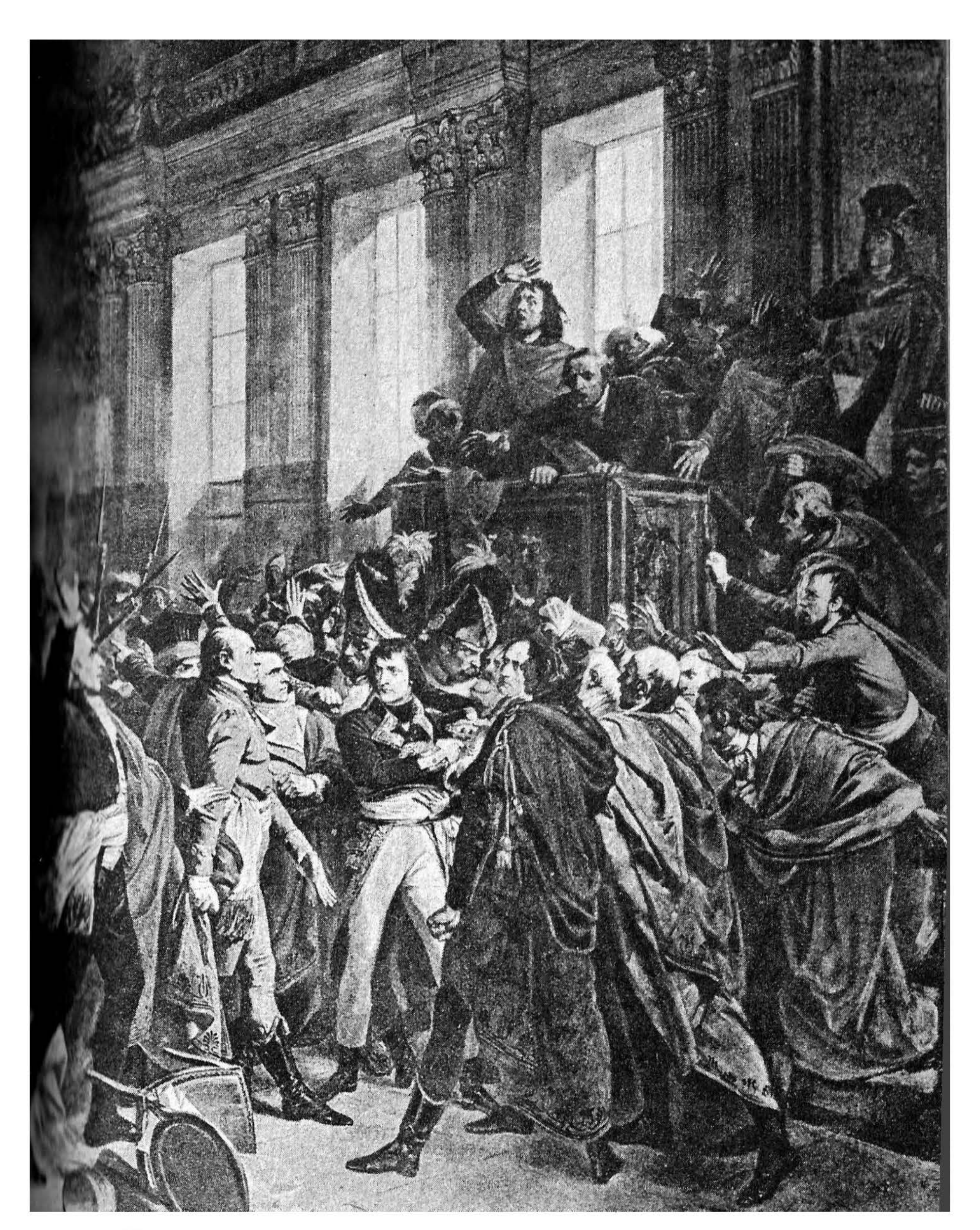
Durante su viaje a París, todo lo que Napoleón ve y oye le demuestra que Francia busca un jefe, aunque no se sabe muy bien para qué. La mayoría no quiere ni la vuelta del Terror ni el regreso de los Borbones. Sieyès deduce que es necesario un poder ejecutivo fuerte, y como la República está en guerra, parece conveniente que el jefe sea un militar. Desconfía de Bonaparte, pero no tiene elección. Ningún otro general es tan inteligente, tan objetivo, tan popular. Naturalmente el gobierno no puede aprobar que haya abandonado el ejército sin orden alguna, pero el Directorio no se atreve a censurarle abiertamente. Josefina mantiene muy buenas relaciones con Barras y con el poder. Después de haberse negado a ver a su infiel esposa, el general se ha reconciliado con ella, tal vez por exigencia de sus propios sentimientos, tal vez porque los servicios de una mujer tan hábil y bien informada le eran indispensables. Desde su vuelta a París Bonaparte ha evitado comprometerse y no ha dado ni un solo paso en falso. Sieyès, Fouché y Talleyrand, «trío

de sacerdotes», creen que es necesario un golpe de Estado. Para llevarlo a cabo con éxito, necesitan a Bonaparte, a quien, sin embargo, por razón de Estado, debían haber fusilado por abandonar su puesto. Pero la razón de Estado es tornadiza como una muchacha.

Desde sus primeras conversaciones con José, el general tenía la impresión de que todo sería muy fácil. Pero no fue así. Tres de los cinco miembros del Directorio (Gohier, Moulin y Barras) no dieron su consentimiento. Solamente Sieyès y Roger Ducos conocen el proyecto y lo aprueban. Los jacobinos del Consejo se opondrán violentamente. Ni siquiera el ejército es una baza segura: sigue siendo republicano y revolucionario, y podría negarse a participar en un golpe de fuerza. A Bonaparte no le gustaría tomar el poder a punta de bayoneta. Si el asunto pudiera resolverse legalmente, estaría más seguro del porvenir. El abate busca un sable y el soldado busca la virtud, por lo menos en apariencia. Es verdad que Luciano Bonaparte, presidente del Consejo de los Quinientos, puede prestar su ayuda y que Sieyès tiene amigos poderosos en el Senado; también es verdad que Barras, comprometido de mil maneras, no es peligroso, y que Gohier, enamorado de Josefina, vive en un mundo de felices ilusiones, que la criolla fomenta astutamente. Sea como fuere, es preciso actuar con rapidez; de lo contrario, el plan, conocido ya por muchas personas, se divulgará.

Sieyès intentó hacer la operación legalmente, tal como lo deseaba Bonaparte. No tenía rival en el arte de respetar la ley violándola. Este era su plan: El 18 Brumario, el Senado sería convocado por la mañana muy temprano, y se olvidarían de convocar a la oposición. Los senadores, informados de que una peligrosa conspiración amenaza a las Cámaras, decidirían el traslado de los Quinientos a Saint-Cloud, donde estarían protegidos por fuerzas armadas al mando de Bonaparte. Allí se les propondrá una nueva constitución que los Consejeros, incomunicados con París y rodeados de soldados, no tendrán más remedio que aprobar. Entonces, tres cónsules, Bonaparte, Sieyès y Roger Ducos, asumirán el poder.

La primera fase de la operación se desarrolló según el plan, aunque Bonaparte pronunció en el Senado un discurso demasiado largo y poco efectivo. En los Quinientos, Luciano había levantado la sesión después de la lectura del decreto. «Los debates —dijo— tendrán lugar mañana en Saint-Cloud.» Naturalmente muchos representantes se inquietaron. Adivinaban la continuación y el peligro que encerraba. Sieyès quería detener a los más hostiles. Bonaparte se negó a ello. Pensaba que si la operación aparecía como un golpe de fuerza, cualquier otro general estaría en condiciones de repetirla



El golpe del 18 Brumario convirtió a Bonaparte en dueño de Francia.



al día siguiente contra un gobierno que no podría apelar a la legitimidad. Sin embargo, el 19 Brumario hubo que emplear la fuerza en Saint-Cloud, pues el ambiente estaba revuelto. En los Quinientos, los jacobinos protestaron violentamente desde el principio de la sesión. Los amigos de Sieyès perdieron terreno. Bonaparte había pasado la mayor parte de los días anteriores con sus colegas del Instituto y había visitado el salón de Madame Helvétius. Le habría gustado que su investidura fuera considerada como un triunfo fácil de la razón. Cuando le dijeron que el debate tomaba un cariz peligroso, decidió intervenir personalmente, con la esperanza de que su presencia bastaría para intimidar a «los abogados».

Los senadores le recibieron bien, pero la torpeza de su oratoria consternó a sus partidarios. En los Quinientos, el clamor subió de tono desde que apareció. La izquierda jacobina gritaba: «¡Fuera de la ley!» Bonaparte nunca perdía el valor en los campos de batalla, pero le horrorizaban los tumultos. Incapaz de hacer frente a una

Hachette

LES REPRÉSENTANS

DU PEUPLE,

MEMBRES DE LA COMMISSION DU CONSEIL DES CINQ-CENTS, Soussignés.

Aux Administrateurs, aux Commissaires des Consuls de la République française, et aux Citoyens du Gard.

CITOYENS,

LEs immortelles journées des 18 et 19 Brumaire ont sauvé la République d'une prochaine et inévitable dissolution.

L'exercice des droits du Peuple français va enfin être organisé d'une manière stable et digne de lui par les Commissions des deux Conseils.

Les premiers Hommes de l'Europe sont à la tête du Gouvernement provisoire.

BONAPARTE, SIEYES; et leur digne Collègue ROGER-DUCOS ont l'initiative des moyens de bonheur et de félicité publique.

Le Corps législatif, tous les Membres de la grande Nation, en seront ensuite les Juges.

Loin de nous l'idée que cette mémorable journée soit souillée de souvenirs amers, ou de désirs de vengeance.

Habitans du Gard, nous sommes aux beaux jours de 1789, et nous avons acquis dix ans d'expérience.

Signés, J. P. CHAZAL. CHABAUD.

Imprimée par ordre de l'Administration Centrale du Département du Gard.

BRESSON, *Président.*

DUCHESNE, *Secrétaire en chef.*

Hachette

Proclamación de la elección de Bonaparte, Sieyès y Roger Ducos como cónsules.

Vista del castillo de Saint-Cloud.

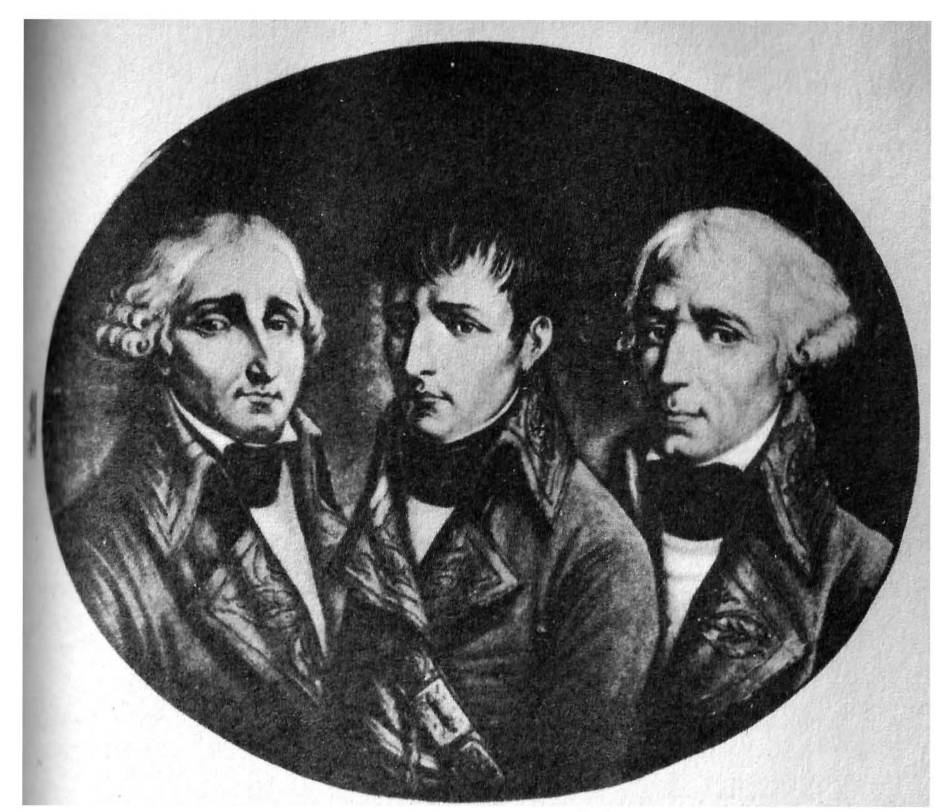
asamblea hostil, atropellado e insultado, sufrió una especie de síncope. Los granaderos tuvieron que sacarle fuera de la sala. Cuando recobró el sentido, se subió a su caballo y dijo a los soldados que habían querido asesinarle. Los granaderos, vacilantes entre su respeto a los diputados de uniforme y el debido a su general, no sabían si su obligación era obedecerle o detenerle. Luciano salvó la situación. Como presidente de los Quinientos, tenía derecho a requerir el apoyo de la tropa contra todo diputado que turbara las deliberaciones de la asamblea, e hizo uso de este derecho. A un redoble de tambor, los granaderos, conducidos por Joaquín Murat, evacuaron la sala. El golpe de Estado se había producido. Luciano consiguió reunir por los pasillos un número suficiente de diputados para aprobar la dimisión de los miembros del Directorio y su sustitución por tres cónsules: Bonaparte, Sieyès y Roger Ducos. El público oyó solamente un nombre. La legalidad del nuevo gobierno no fue discutida. Francia no era violada; se entregaba ella misma.

4. El primer cónsul

Al día siguiente Bonaparte recorrió las calles de París en coche para dirigirse al Luxemburgo. Era día décimo en el calendario republicano y, por tanto, festivo; el clima estaba templado y ligeramente lluvioso. En las paredes, carteles oficiales anunciaban el cambio de régimen. Los barrios obreros no se levantaban en defensa de los jacobinos. La ciudad parecía sumida en un estado de relajación y bienestar colectivo. Por la tarde, en los teatros, se aplaudía todo lo que pudiera parecer una alusión a la gran aventura. En la calle había desfiles y los pregoneros, escoltados por portadores de antorchas, iban gritando la proclamación del Consulado. Sonaban las trompetas, los tambores redoblaban. Los transeúntes se abrazaban gritando: «¡Abajo los tiranos! ¡Paz!» Todos pensaban que aquel general invencible, venido del misterioso Oriente, iba a conquistar Europa sin entablar una sola batalla. En las pastelerías se vendían *Bonapartes* de azúcar con esta inscripción: «*Francia le debe la victoria; Francia le deberá la paz.*»

Las masas estaban de acuerdo. En el fondo, sólo pedían, en política interior, el mantenimiento de las conquistas de la Revolución; es decir, la abolición de los derechos feudales y la propiedad pública de los bienes nacionales; en el exterior, las fronteras naturales de Francia y la paz. Los regicidas acomodados querían también la garantía de su inmunidad, al mismo tiempo que muchos *émigrés* ansiaban volver. Satisfacer todos estos deseos no era nada fácil. Había que andar con miramientos con los acaparadores, los propietarios, los jacobinos e incluso con el Instituto, que ejercía una considerable influencia moral. El 21 Brumario el general tomó posesión de su sillón en la Academia de Ciencias. En el palacio de Luxemburgo vestía ropas de paisano, incluyendo su habitual y amplia levita verde. Allí recibía a sus futuros colaboradores.

Napoleón quería que Talleyrand siguiera ocupándose de los Asuntos Exteriores y Fouché de la policía; Cabanis, hombre del Instituto y filósofo al estilo del siglo XVIII, se encargaría del ministerio del Interior. El general los cautivaba a todos por su inteligencia,



Bonaparte con Cambacérès y Lebrun.

por la sencillez de su trato y por su empeño en instruirse. Como era él quien dirigía la conversación y estaba constantemente preguntando, nadie se daba cuenta de sus lagunas. «Lo que nadie ha pintado todavía –escribe Molé– es un Bonaparte maestro en todo antes de conocer nada; que aprendía las cosas al mismo tiempo que las gobernaba... ¿Quién ha descrito este primer vuelo del genio hacia lo nuevo y lo desconocido?»

¿Qué quería hacer Napoleón? Navegar con seguridad teniendo en cuenta los vientos y las mareas. «La Revolución –dijo una vez– debe enseñarnos a no dar nada por supuesto.» Vivía al día. Ese fue el secreto de su éxito. Francia estaba muy enferma; después de cinco años de fiebre, se encontraba completamente exhausta. Había que curar las heridas y gobernar a todo trance. A fines de Brumario de 1799, Bonaparte no parecía ser aún el personaje más importante del Estado. Sieyès, el gran pontífice de la Revolución, trabajaba en la sombra en la constitución que iba a ser

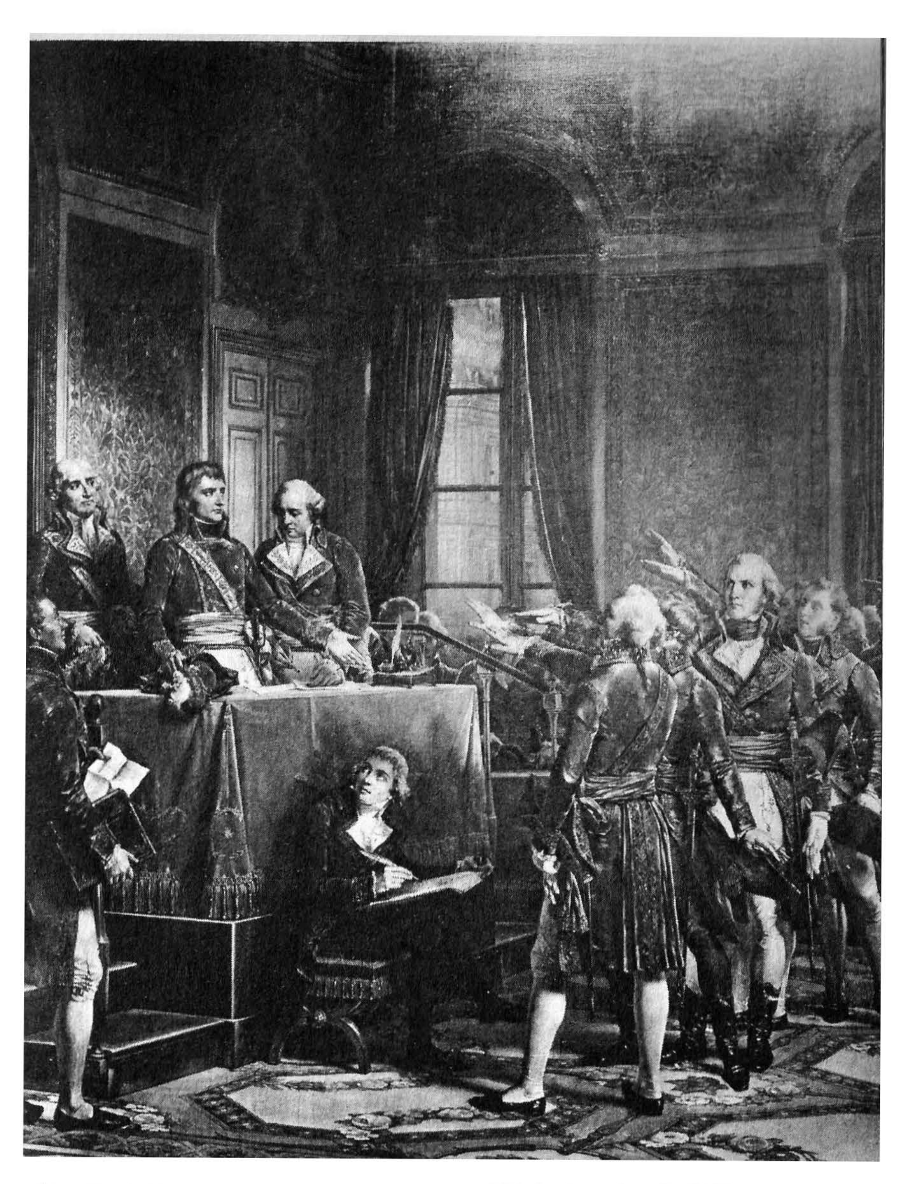
su obra maestra. Su secreta ambición era suprimir las asambleas, cuyos inconvenientes había descubierto. Pero como no se atrevía a hacerlo abiertamente, sustituyó las elecciones directas por el establecimiento de listas de notables aprobadas por el pueblo, de las que se elegirían los miembros de los consejos. En la cima de la pirámide, un gran elector permanente, que viviría en el palacio de Versalles, elegiría dos cónsules y sería el único representante del poder nacional.

«El poder debía venir de arriba, la confianza de abajo.» Un cuerpo legislativo votaría las leyes, un Tribunado las discutiría; un Senado conservador actuaría como corte suprema para mantener la constitución. La asamblea que discutía no era la que votaba. Bastaba, pues, con suprimir el Tribunado para suprimir toda discusión. Jamás constitución alguna había sido más antidemocrática. Sieyès ofreció el cargo de gran elector a Bonaparte, quien rehusó prefiriendo no ser nada antes que «un cerdo para cebar o un rey holgazán». Entonces Sieyès creó la figura del primer cónsul como jefe del poder ejecutivo, que naturalmente desempeñaría Bonaparte. El y Roger Ducos quedaron en un segundo plano; Bonaparte, cuya máxima aspiración era hacer «la fusión», es decir, la unión de los franceses, eligió como ayudantes a dos políticos moderados: Cambacérès, antiguo presidente del Comité de Salvación Pública, y Lebrun, hombre del Antiguo Régimen. Poner etiquetas diferentes a las mismas realidades: he ahí el secreto de la unidad.

Esta república consular, en la que un solo hombre elegido por un periodo de diez años gobierna, nombra y revoca a los ministros, magistrados y funcionarios, es de hecho «una monarquía personal». La única diferencia es que la norma básica y el elegido son aprobados por el pueblo. En febrero de 1800 tuvo lugar un plebiscito y sobre tres millones de votantes, sólo mil quinientos votaron «no».

Es cierto que la votación se hizo a resgistro abierto. Pero aunque hubiera sido secreta, se habría producido aproximadamente el mismo resultado. Los franceses aceptaron alegremente ser desposeídos de su destino por un hombre al que admiraban. Estaban deseosos de paz interior. En cuanto a la antigua élite revolucionaria, creía conservar los resortes del mando. Los enriquecidos pensaban que Francia simplemente había cambiado de aristocracia. Para las masas, la constitución se resumía en una palabra: Bonaparte.

Bonaparte asumió el poder como un hombre que se siente nacido para ejercerlo. En Italia y en Egipto había experimentado ya el sabor de esta embriaguez. Pero Francia era su verdadera amante, la que se entrega completamente confiada. Había que reconstruirlo todo. Los cónsules, al ocupar su puesto, habían declarado: «Ciuda-



Creación del Consejo de Estado por Napoleón, el 25 de diciembre de 1799.

danos, la Revolución está firmemente asentada en los principios que la motivaron; ya está completa.» Pero todavía había que pacificar la Vendée, reconciliar a los partidos, permitir el regreso de los *émigrés*; en resumen: «exorcizar el miedo». Bonaparte está dispuesto a perdonar, a olvidar el pasado, a cambio de la lealtad al gobierno de la nación. No quiere saber lo que los ciudadanos hicieron ayer, y les dice: «¿Queréis ser buenos franceses conmigo? Si me contestáis "sí", yo os enseñaré el camino del honor.»

El problema más urgente es establecer el erario público, pues en la tarde del 19 Brumario el Directorio no tenía un solo franco a su nombre. En este punto, Bonaparte demuestra su extraordinario talento para organizar la administración. Llama a los hombres más eminentes, sin distinción de partidos, para formar el Consejo de Estado, su gran instrumento de trabajo. Prefiere las mentes prácticas y los buenos trabajadores a los ideólogos. «A mí me parece que los sabios y los intelectuales son como las mujeres coquetas; hay que verlos, charlar con ellos, pero no elegir a éstas para esposas ni a aquéllos para ministros.» Y muy sabiamente consulta a los técnicos de hacienda; siguiendo sus consejos, crea el Banco de Francia y estabiliza la moneda. Esta última medida por sí sola debió de granjearle el reconocimiento de los franceses, pueblo enormemente ahorrativo. Respecto a la prensa, la vigila de cerca; los periódicos no deben «ser instrumentos en manos de los enemigos de la República». Solamente permite que continúen apareciendo trece, advirtiéndoles que serán inmediatamente suprimidos si publican «artículos que no respeten el pacto social, la soberanía del pueblo y el honor de las fuerzas armadas». El *Moniteur* oficial se encargará de informar a la opinión pública a su manera.

Este despotismo naciente se vio muy pronto reforzado por la centralización total de la administración. Los prefectos (palabra sacada de la historia romana, al igual que cónsul), subprefectos y alcaldes eran nombrados por el gobierno. París quedó sometido a un régimen especial bajo la vigilancia de un prefecto de policía. Los peligros de un poder tan fuerte y sin control no tardaron mucho en ponerse de manifiesto. En 1800 la moderación del tirano mitigaba los efectos de la tiranía. Bonaparte lo tenía todo calculado. Si desde el principio de su consulado se instala en el palacio de las Tullerías, lo que pretende es subrayar la continuidad del poder e indicar a los monárquicos del país que no tiene la intención de ser un guardián temporal de la dinastía de los Borbones. Sin duda le complace ocupar la residencia real, pero conserva el sentido del humor. «Vamos, mi pequeña criolla –dice a Josefina–, acuéstate en la cama de tus señores»; y a Bourrienne, su secretario: «Bourrienne, no todo



Retrato del mariscal Jean Baptiste Bernadotte, por Butay. Este antiguo sargento de infantería de Marina fue adoptado en 1810 por el rey Carlos XIII de Suecia, a quien sucedió en 1818.

Hachette

consiste en estar en las Tullerías, hay que quedarse aquí.» A su madre, que le regaña porque trabaja demasiado, le contesta con una expresión corsa: «¿Acaso soy yo el hijo de la gallina blanca?» Y a Roederer –un consejero de Estado que, al verle por primera vez en las Tullerías entre viejos y oscuros tapices, le había dicho: «Esto es muy triste, general», le contestó: «Sí, como la grandeza.» Respuesta de poeta y de filósofo.

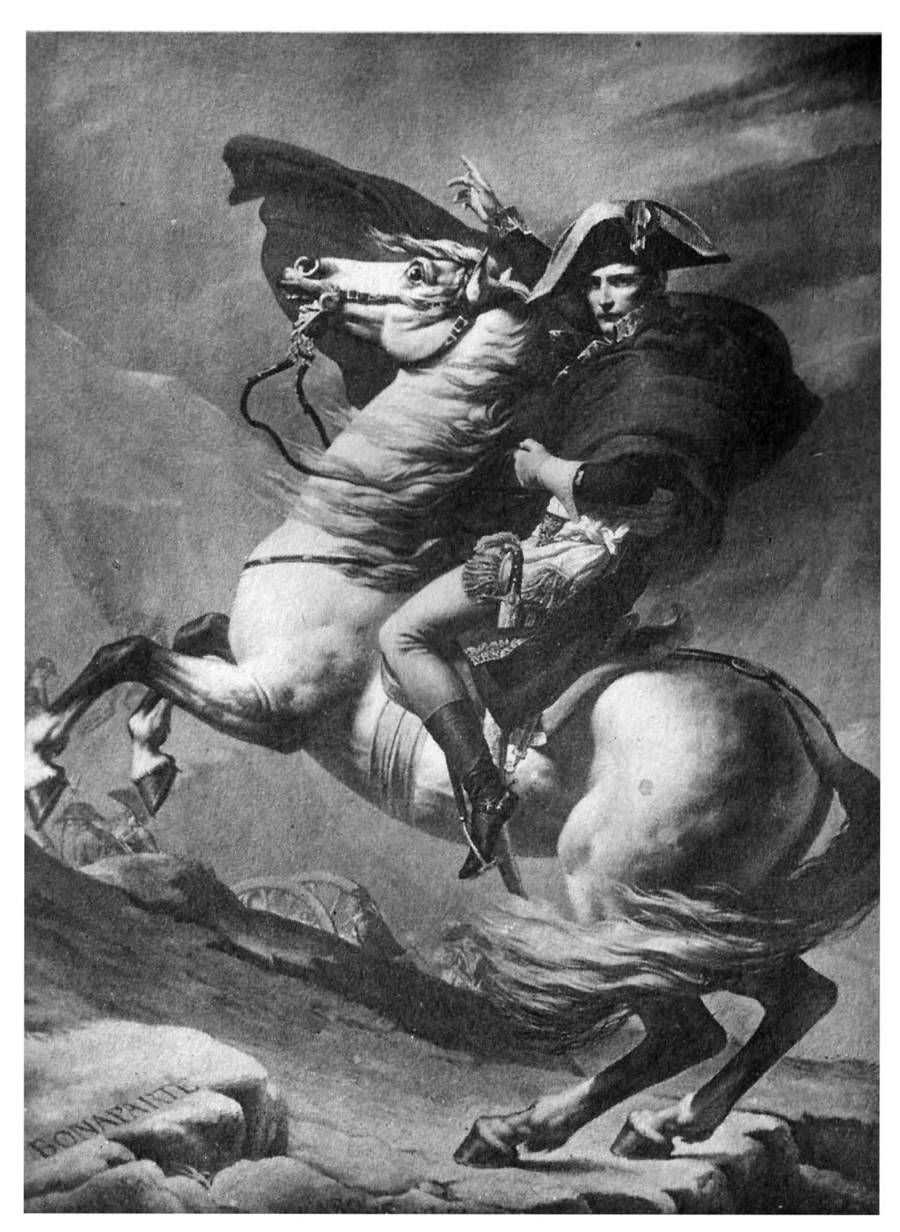
Napoleón sabe mejor que nadie que su aventura es milagrosa y que está a merced del azar. Para durar, hay que agradar a los franceses. «Mi política es la de gobernar a los hombres como lo desea la mayoría. Esta es, creo yo, la manera de reconocer la soberanía del pueblo.» Estaría dispuesto a hacerse católico en la Vendée del mismo modo que no le hubiera importado ser musulmán en Egipto. ¿Cómo agradar a los franceses? Napoleón cree que los franceses prefieren la gloria a la libertad. Hay que conservar la palabra República y respetar los signos externos de la Revolución. Por eso se hace llamar «ciudadano cónsul». Y coloca en las Tullerías las estatuas de Bruto y Washington al lado de las de Alejandro y César. Talleyrand le ayuda a rodearse de algunos grandes nombres del Antiguo Régimen. «Sólo esta gente –dice– sabe servir de ver-

dad.» Al mismo tiempo, sigue viendo a sus colegas del Instituto, que entonces eran muy «de izquierda» y estaban enormemente politizados. «No pertenezco a ningún círculo; soy del gran círculo de los franceses. No más camarillas. No las tendré, ni las toleraré.» Después de diez años de denuncias, de luchas, de angustias y de incertidumbre, esta política era la única que podía tener éxito.

Sin embargo, lo que el país esperaba sobre todo del primer cónsul era la paz exterior. Napoleón la había prometido: «Mientras viva, Francia estará en paz. Dos años después de mi muerte, estará en guerra con el mundo entero.» Pero las cartas pacificadoras que escribía al rey de Inglaterra y al emperador austro-húngaro no obtenían los resultados previstos. Ningún soberano contestaba al «usurpador». Austria se negaba a ceder Italia; Pitt no aceptaba las anexiones de Francia. Bonaparte debería resignarse a una «última guerra». La hizo de mala gana. Una derrota podría bastar para hundir a un régimen tan nuevo como el suyo; una victoria conseguida por Moreau o Desaix podría suscitarle un rival. Existían también razones de política interior para que Napoleón deseara la paz sinceramente. Pero si se la rechazaban, él debía imponerla.

En la primavera de 1800 Austria reanudó las hotilidades. Masséna quedó bloqueado en Génova. Bonaparte juzgó estúpida esta estrategia del enemigo. Incluso si los austríacos tomaban Génova, ¿a dónde les conduciría tal acción? ¿Hasta el sur de Francia? No era precisamente el corazón del país. Napoleón reúne un ejército en los alrededores de Dijon. Según la constitución, no tenía derecho a mandarlo él mismo. Salvó esta dificultad dando a Berthier el mando nominal. Tras confiar el gobierno a Cambacérès, atravesó el puerto del Gran San Bernardo, acción que se convirtió en un excelente tema de propaganda: «Luchamos contra el hielo, la nieve, las tormentas, las avalanchas... Bajamos como el rayo.» Después, en lugar de ir hacia Génova, se dirigió sobre Milán. Allí cometió la equivocación de dividir su ejército en tres cuerpos. El viejo austríaco Melas rompió sus líneas y estuvo a punto de vencerle en Marengo. Al mediodía la batalla parecía perdida; la llegada de Desaix le salvó y la muerte de éste dejó el honor de la victoria al primer cónsul. Verdaderamente había nacido con buena estrella. Al retroceder Melas, Lombardía cayó en manos de Bonaparte. Fiel a su política de fusión, asistió a un *Te Deum* en la catedral de Milán.

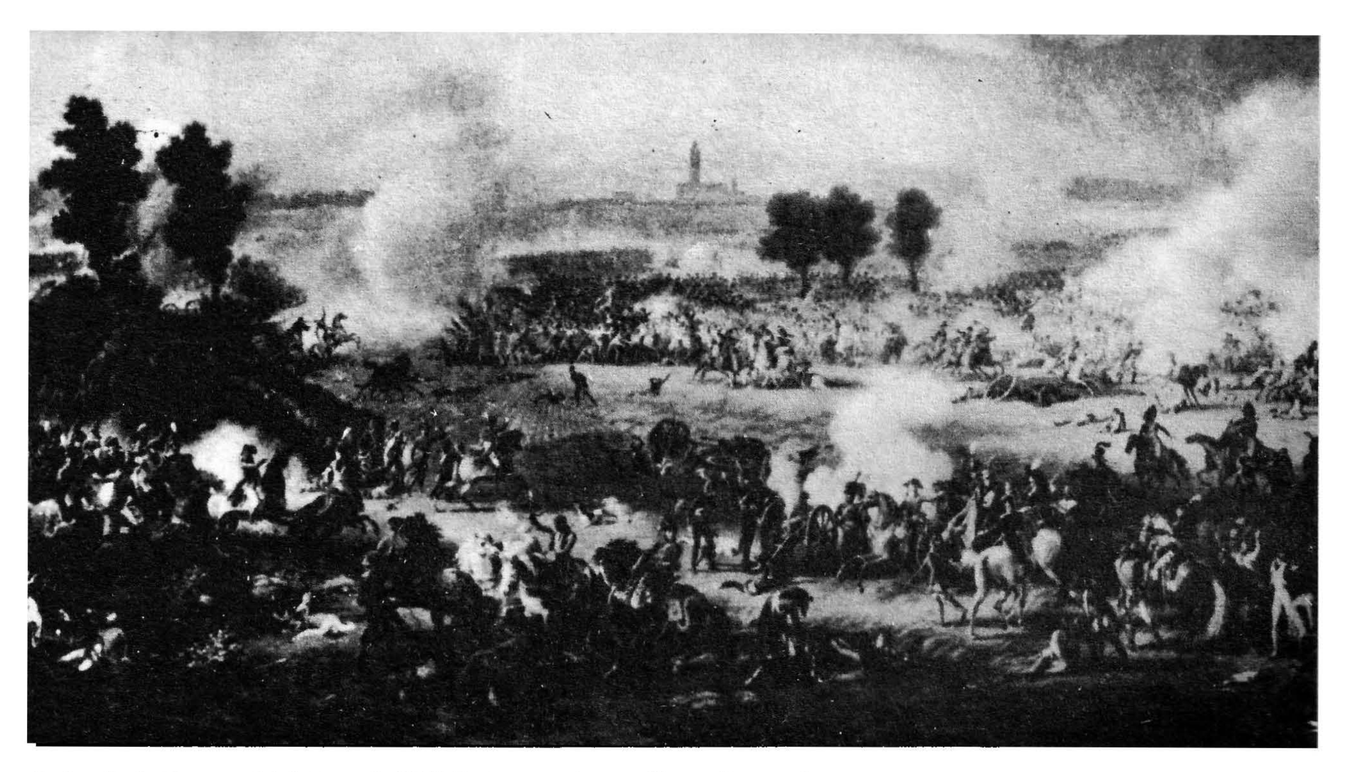
Durante su ausencia, París había sido escenario de numerosas intrigas. «Brumarianos» descontentos incitaban a Sieyès. Barras intrigaba con los monárquicos. Algunos pensaban que si Bonaparte moría en Italia, habría que llamar a Carnot o a Bernadotte para sustituirle. La noticia de Marengo dispersó a estos pájaros carroñe-



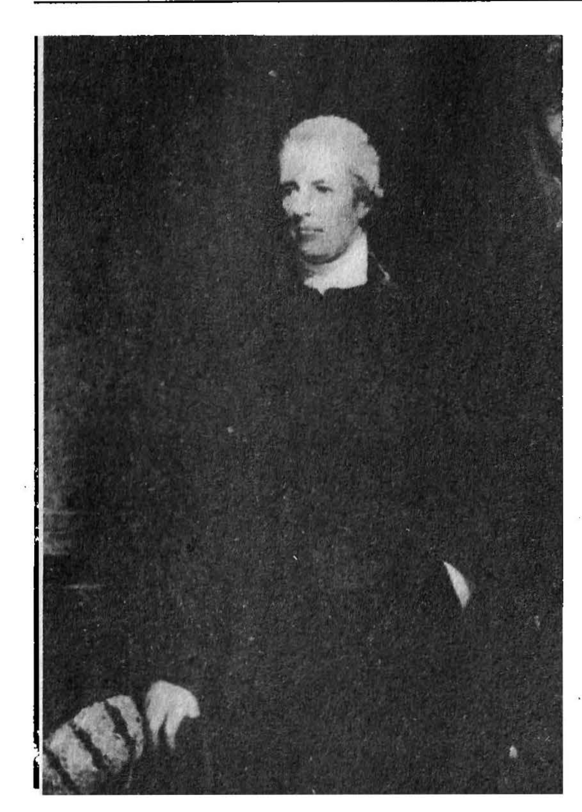
Napoleón cruzando los Alpes. Retrato por David. Museo de Versalles.



Bonaparte, como primer cónsul, pasa revista a las tropas en las Tullerías. Cuadro de Isabey y Carle Vernet.



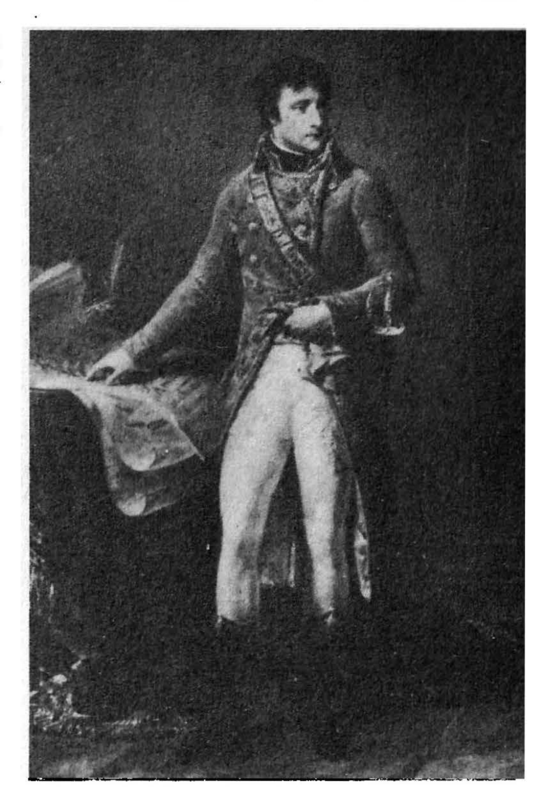
La batalla de Marengo, 14 de junio de 1800. Pintura por el general Louis-François Lejeune.



William Pitt, ministro de Su Majestad británica a los 24 años, se opuso obstinadamente a la revolución y el imperio. National Portrait Gallery, Londres.

ros, que prudentemente volaron hacia Josefina, a la que llamaban «Nuestra Señora de las Victorias». La vuelta de Bonaparte a París fue triunfal. «Dios nos lo ha conservado», gritaban las mujeres de los suburbios. Una victoria de Moreau en Hohenlinden, pese a ser de crucial importancia, no produjo la misma algarabía. La Fortuna tiene sus favoritos. Hyde de Neuville dice que Marengo fue «el bautismo del poder personal de Bonaparte». Pero el vencedor tenía un sentimiento de desencanto. Unas pocas semanas de ausencia y de incertidumbre habían bastado para que sus ministros, los cónsules e incluso sus propios hermanos le traicionaran. Su desprecio por la naturaleza humana, que ya era profundo, aumentó todavía más. «Mi corazón es muy viejo», decía. Tenía treinta y un años.

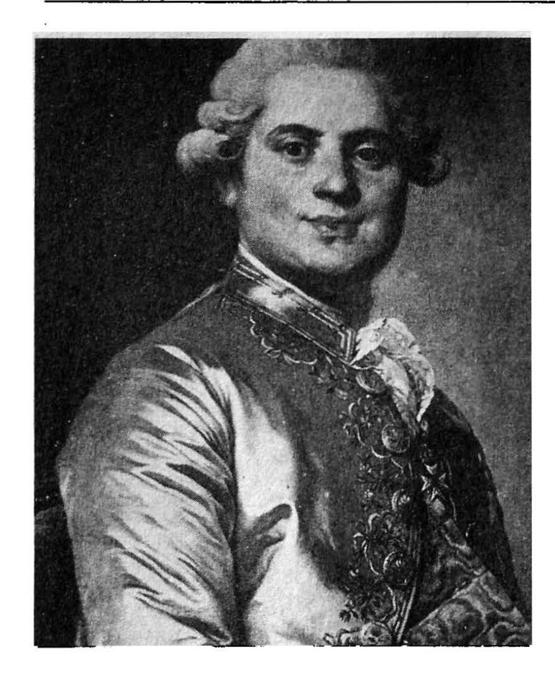
Sin embargo, esta fase inicial del Consulado fue, como el advenimiento de Enrique IV, una de las edades de oro de Francia. El país entero experimentaba un renacimiento, tanto de unión co-



Retrato de Napoleón vistiendo el rojo uniforme de primer cónsul, por Gros. Museo de la Legión de Honor.

mo de prosperidad. Bonaparte se convertía a los ojos de todos en un hombre providencial. Naturalmente, él pensaba que la reconciliación nacional se hacía en provecho suyo. Ningún otro hubiera podido decir a los regicidas: «Conservaréis vuestras cabezas y vuestros puestos, pero olvidaréis vuestros odios y permitiréis que los católicos practiquen su religión en paz.» Y a los antiguos exiliados: «Regresaréis; se romperá la lista de *émigrés*; tendréis vuestros sacerdotes, pero deberéis renunciar a todo deseo de venganza.» Mantener los principios de la Revolución aliándose al mismo tiempo con el pasado era una tarea sobrehumana, propia de un superhombre. Pero Napoleón era verdaderamente un superhombre, un ser completamente ajeno a las pasiones que no compartía.

El *Te Deum* de Milán respondía a una acción política deliberada: quitar a los Borbones la clientela católica. Por otra parte, a Napoleón le gustaban las ceremonias católicas y recordaba con

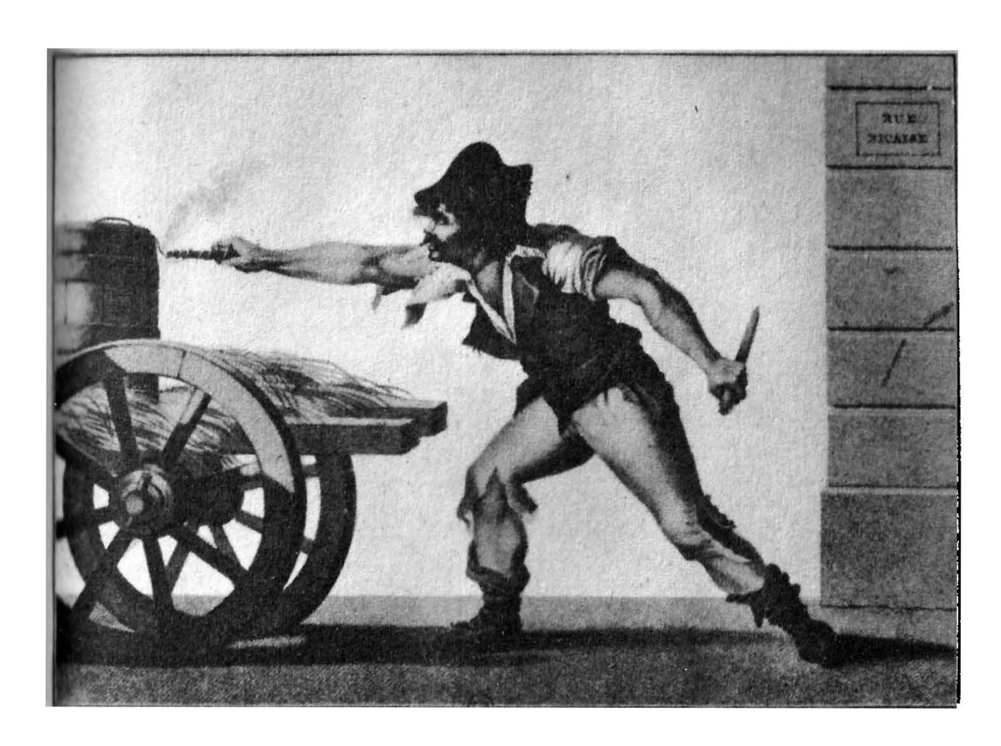


Retrato del conde de Provenza, más tarde Luis XVIII, por Duplessis. Museo Condé, Chantilly.

La «máquina infernal» en la calle Saint Nicaise, uno de los dispositivos utilizados en los diversos intentos de asesinar a Napoleón. ▶

emoción las campanas de su infancia. No era creyente sino más bien deísta a la manera de Voltaire. «¿Cómo crear buenas costumbres? No hay más que una manera: restablecer la religión... ¿Cómo mantener en orden un Estado sin religión? La sociedad no puede existir sin la desigualdad de la riqueza, y ésta es imposible sin la religión... Es necesario que haya pobres y ricos en este mundo, aunque más tarde, en la eternidad, el reparto se haga de otra manera.» Religión política. Su propósito era firmar un concordato con el papa y restablecer la Iglesia en Francia. Pero es preciso que pase el tiempo para que esta idea madure, porque no es del agrado de los antiguos revolucionarios que le rodean y mucho menos del ejército. En este terreno también hay que vivir al día.

Luis XVIII, animado por tanta moderación, creyó que Bonaparte preparaba la restauración de la monarquía. Pero era una ilusión. En respuesta a un mensaje conciliador del pretendiente al trono, el cónsul escribió: «No debéis pensar en vuestro regreso a Francia; tendríais que pasar sobre cien mil cadáveres.» Los monárquicos, decepcionados, decidieron asesinarle. Las revueltas de los chuanes (insurrectos del oeste de Francia contra la Revolución) les había acostumbrado al terrorismo. Se produjeron diversos atenta-



dos con pistolas, máquinas infernales... Bonaparte, entregado enteramente a su deseo de fusión y animado por Josefina, que quería ser duquesa, no quiso creer en la maldad de los monárquicos. Acusó a los antiguos partidarios de Robespierre y deportó a ciento cincuenta. Más tarde, Fouché descubrió a los verdaderos culpables: unos cuantos chuanes; pero los republicanos deportados no volvieron jamás. «Napoleón –dice Stendhal– tenía miedo de los jacobinos; son los únicos seres a los que siempre odió.»

Muchos de sus colaboradores más próximos se inquietaban por estos atentados repetidos contra Napoleón. «La causa es evidente –decían–. El Estado se encarna en un solo hombre. Los adversarios del régimen piensan que basta destruir al líder para derribar al régimen. Es preciso que se designe un sucesor.» A Bonaparte no le gustaba esta idea. «La única cuestión que ahí se ventila es mi muerte.» ¿Qué sucesor? El no tenía hijos y Josefina no se los podía dar ¿Sus hermanos? José era retorcido, Luciano violento, Luis débil y, además, ¿por qué un Bonaparte? ¿Eran acaso herederos legítimos? Resultaba ridículo. ¿Adoptar a Eugène de Beauharnais, a quien quería como a un hijo? ¿O designar como heredero a su hermano Luis, a quien había casado (contra la voluntad de la

propia pareja) con Hortensia de Beauharnais? Esta solución, que agradaba a Josefina, no habría sido aceptada por la nación. Napoleón prefirió confiar en su estrella y en la torpeza de los asesinos.

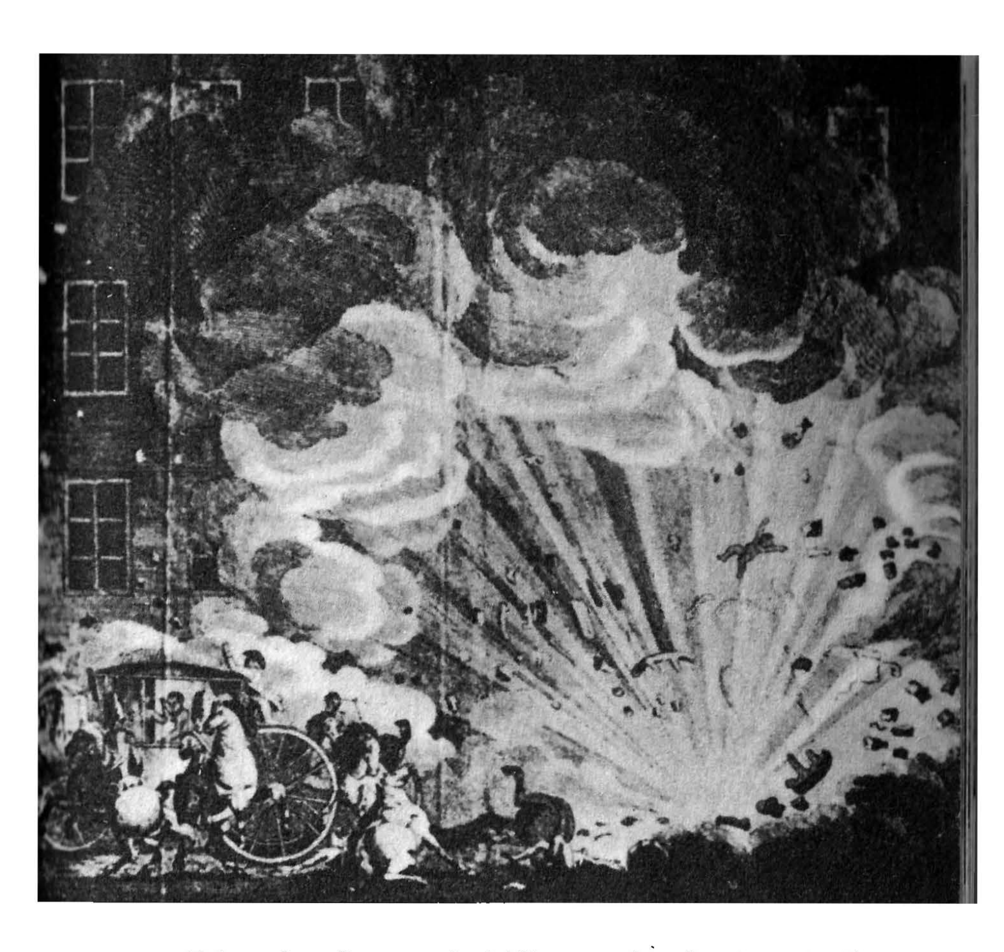
El verdadero peligro para él sería una derrota o una conspiración de generales. Cualquier militar afortunado teme más a otros militares que a un líder civil. Todo general vencedor se dice a sí mismo: «¿Por qué no yo?» Por eso el primer cónsul quiere que sus generales tengan siempre la impresión de que él puede hundirlos en un instante. Los trata bruscamente, incluso con brutalidad. El general Dumas, tras caer en desgracia, se muere de pena. En contrapartida, Napoleón se asegura el cariño de los hombres de tropa. Visita los campamentos, tira familiarmente de la oreja a los soldados, lleva una levita gris muy sencilla y un pequeño sombrero negro. Durante mucho tiempo el afecto de los soldados le protegerá contra las traiciones de sus generales.

Pero antes que nada, para consolidarse en el poder, debe conseguir la paz. En Marengo, ha podido comprobar los peligros del campo de batalla. En 1801 firma con Austria el tratado de paz de Lunéville en condiciones muy favorables para Francia, que con-

Atentado contra Napoleón en la rue Saint Nicaise, perpetrado el 24 de diciembre de 1800. Museo Carnavalet. ▶



El zar de Rusia, Pablo I, se reconcilió con Francia tras la ocupación de Malta por los ingleses. Col. Sementchenkoff, París.



serva Bélgica, la orilla izquierda del Rin y queda, además, protegida por una amplia extensión de repúblicas amigas: bátava, helvética, cisalpina y ligur. En el Rin se crean cuatro nuevos departamentos. Sólo falta conseguir que Inglaterra acepte este tratado. El primer cónsul dice a los delegados belgas: «Los belgas son franceses, de la misma manera que lo son los normandos, los alsacianos, los languedocianos y los borgoñones.» Pitt, sin embargo, no piensa lo mismo, sobre todo si se tiene en cuenta que Bonaparte pretende conservar también Egipto y Malta. Además, el primer cónsul acaba de comprar a España la Luisiana, en América –asunto que vuelve a enfrentar a los ingleses con el problema de las colonias francesas– y amenaza con cerrar las puertas de Europa al comercio británico. La alianza de Bonaparte con el zar Pablo I parece garantizar el éxito de



Caricatura de Gilray sobre la paz de Amiens, de la cual se dijo que había divertido mucho a Napoleón. British Museum, Londres.

estos proyectos tan ambiciosos. «¿Qué me importa –dice el zar– que Luis XVIII, Bonaparte u otro sea rey de Francia? Lo importante es que haya uno», y coloca en su palacio el busto del primer cónsul. Incluso promete crear con Dinamarca, Suecia y Prusia una liga «de potencias no alineadas» para defender la libertad de los mares.

El 23 de marzo de 1801 se produce un suceso dramático: Pablo I es asesinado. Bonaparte atribuye este crimen a las intrigas

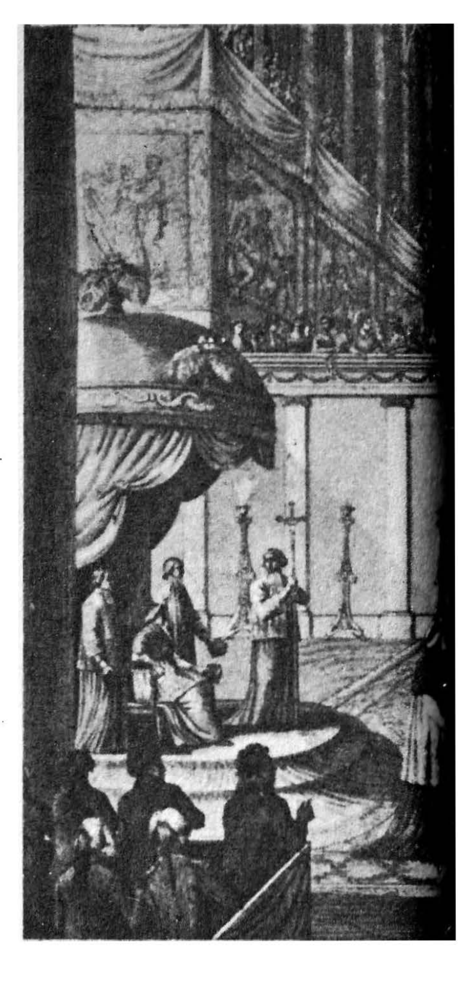


Anverso y reverso de la medalla conmemorativa de la paz de Amiens, firmada el 25 de marzo de 1802.

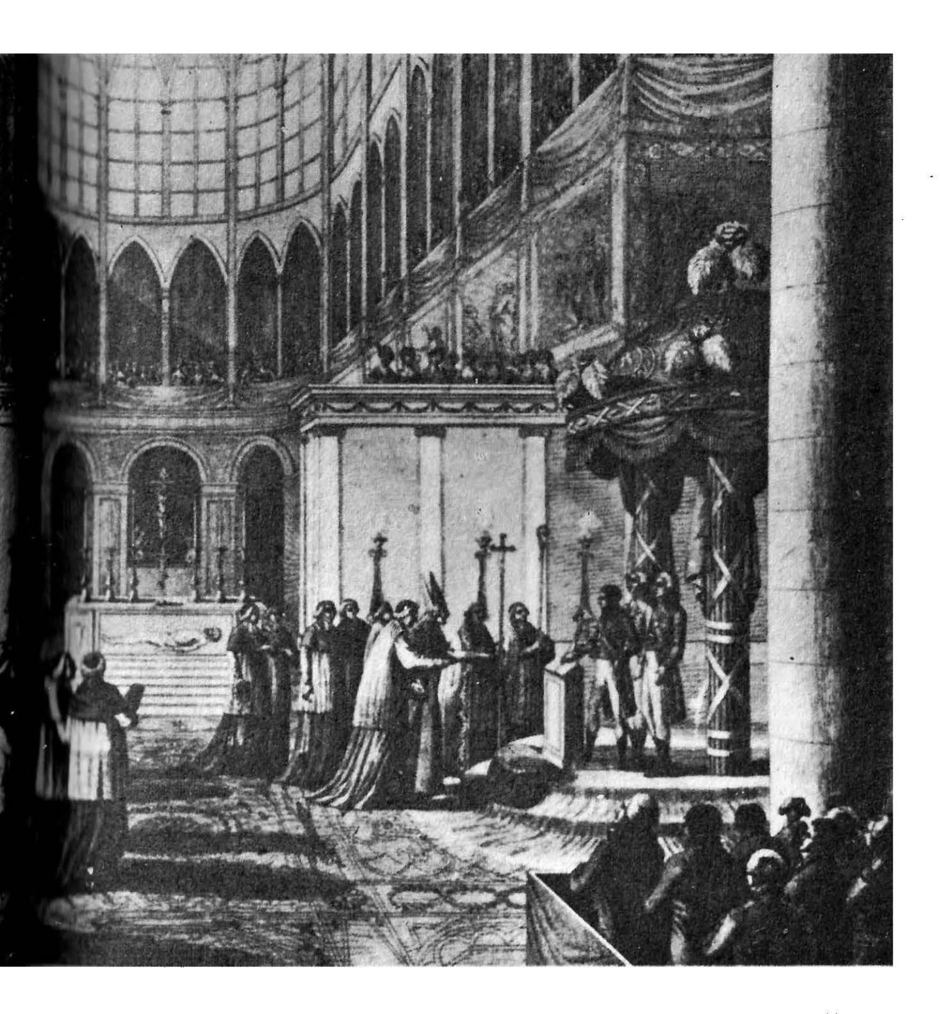
de los ingleses. El mismo, el 24 de diciembre, se había librado por unos segundos de la explosión de un carro cargado de pólvora en la calle Saint-Nicaise. «Los ingleses perdieron la ocasión el 3 Nivoso en París –dijo–, pero no la han perdido en San Petersburgo.» Tampoco la habían perdido en Egipto, donde las tropas francesas se han visto obligados a capitular. Pero a los dos países les interesaba entablar negociaciones. Los comerciantes ingleses estaban preocupados por el envío de una expedición francesa a Santo Domingo y por los gastos de la guerra. Bonaparte, por su lado, no ignoraba que Nelson había podido disolver en un solo día, en Copenhague, la liga de países neutrales. El control de los mares seguía siendo una baza decisiva. Ambas potencias llegaron a un compromiso en el tratado de Amiens (1802). Egipto era devuelto a Turquía y Malta entregada a los caballeros de la Orden. Francia conservaba sus conquistas europeas. Pero ambos gobiernos tenían segundas intenciones. Los ingleses prometían evacuar Malta sin tener la menor intención de hacerlo; el parlamento de Londres, al mismo tiempo que aprobaba el tratado, contaba «con la vigilancia de S. M. para tomar las medidas necesarias si los asuntos públicos evolucionan favorablemente». Bonaparte sabía que Inglaterra no se conformaría y que él tendría que defender Bélgica y el Rin hasta el final.

Mientras tanto, saboreaba el triunfo. Ni Richelieu ni Luis XIV

El día de Pascua de 1802 (8 de abril), Napoleón ratificó el concordato y el clero de Francia prestó juramento de fidelidad al primer cónsul en Notre-Dame, en presencia de una delegación del papa. Biblioteca Nacional, París.

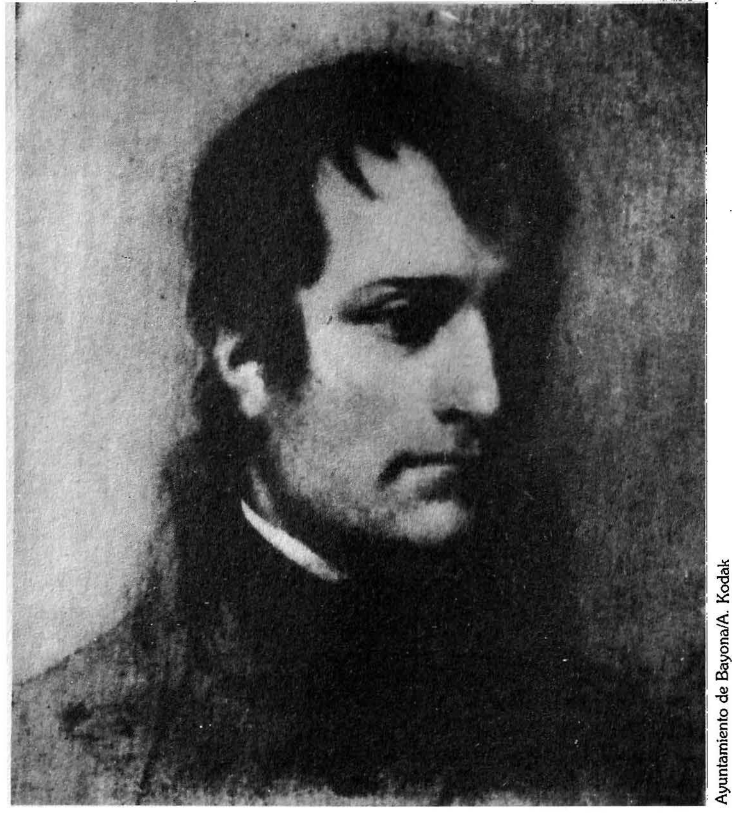


habían hecho una Francia tan grande ni, en apariencia, tan bien protegida. El pueblo francés creía que el tiempo de las guerras pertenecía al pasado, que amanecía una nueva era de paz duradera, de libertad comercial, y que Bonaparte era un semidiós. El primer cónsul se sentía ahora lo bastante fuerte como para imponer en Francia la paz religiosa. El 8 de abril de 1802 se votó el concordato (firmado desde enero de 1801) y el 18 de abril, domingo de Resurrección, se cantó un solemne *Te Deum* en Notre-Dame, para festejar conjuntamente la restauración de la paz y el restablecimiento de la religión. Ante la catedral, entre el alegre repicar de las campanas, el arzobispo y tres obispos recibieron al primer cónsul.



Vestido con un uniforme rojo que hacía resaltar la palidez «sulfurosa» de sus facciones, Napoleón llegó en una carroza con lacayos de librea. Muchos de sus oficiales reprobaron «esta mascarada». Cuando alguien preguntó al general Delmas sus impresiones sobre el acto, éste contestó: «Sólo faltaban los cien mil hombres que han muerto para abolir todo esto.» Pero en las calles el pueblo cantaba alegremente: «Festejaremos el domingo: ¡aleluya!»

Después de Marengo, el Senado había prolongado durante diez años más el mandato del primer cónsul. Sin embargo, Napoleón, dijera lo que dijera, soñaba con la corona. Como en otro tiempo a César, no le gustaba que se le hablara de ello. La Fayette



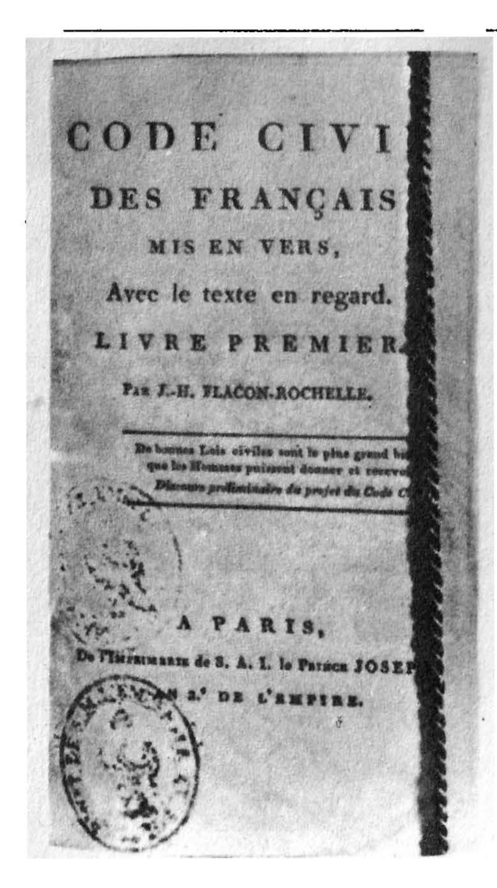
Ayuntamiento de Bayona/A. Kodak

Retrato de Bonaparte por Phillips, en 1802. Napoleón tenía entonces 32 años.

le enfureció un día al aludir a la posibilidad de ver cómo el papa le consagraba con óleo de la Santa Ampolla: «Debe admitir –le dijo La Fayette después del *Te Deum*– que todo esto no tiene otro objeto que romper el frasquito.» «Usted se burla del frasquito –le contestó Bonaparte– y yo también, pero crea que me importa, tanto de cara al extranjero como respecto al interior, que el papa y toda esa gente se sientan obligados a pronunciarse abiertamente contra la legitimidad de los Borbones.» Bonaparte, por tanto, acariciaba la idea. Los recelos del ejército republicano le hicieron reflexionar. Y decidió conseguir, no la monarquía hereditaria, sino el consulado vitalicio. Una aplastante mayoría (tres millones y medio de votos a favor frente a ocho mil en contra) se lo concedió.

En el plebiscito del 3 de agosto de 1802 Napoleón fue elegido cónsul vitalicio. Este pliego muestra los votos de la prefectura del Sena.

Más seguro de sí después de este plebiscito, Bonaparte modificó la constitución, obtuvo de «un senado servil» (Stendhal) el derecho a elegir sucesor y aumentó sus prerrogativas en detrimento del poder de las asambleas. Intimidadas por los granaderos y fascinadas por el genio, las cámaras se inclinaron ante lo inevitable. Francia nunca había sido gobernada por un hombre con tanta imaginación creadora. «Con mis prefectos, mis gendarmes y mis sacerdotes, haré todo lo que quiera», decía. Y era casi verdad. Para los asuntos económicos recurrió al servicio de expertos como Gaudin y Mollien, que completaron sus conocimientos en estos temas, con gran sorpresa ante la rapidez con que Napoleón los asimilaba. Creó el cuerpo de funcionarios de hacienda, que todavía existe hoy;



CODE CIVI

DES FRANÇAIS

MIS EN VERS,

Avec le texte en regard.

LIVRE PREMIER

PAR J.-H. FLACON-ROCHELLE.

De bonnes Lois civiles sont le plus grand bi
que les Hommes puissent donner et recevo
Discours préliminaire du projet du Code C

A PARIS,

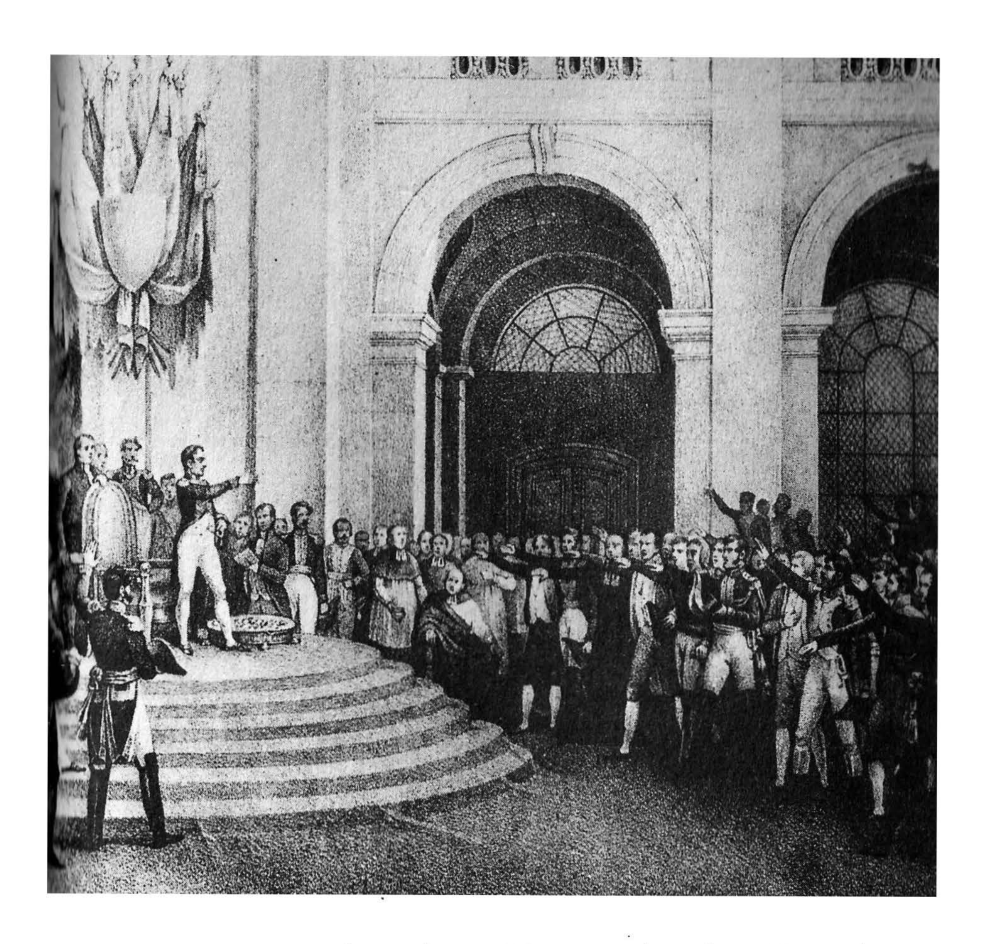
De l'Imprimerie de S. A. I. le Prince JOSE
2.e DE L'EMPIRE.

Portada del Código Civil publicado el 21 de marzo de 1804. «Mi gloria —diría Napoleón en Santa Elena— no consiste en haber ganado cuarenta batallas. Lo que nada podrá borrar y vivirá para siempre será mi Código Civil.» Col. Scrolette, París.

Ceremonia de entrega de las primeras cruces de la Legión de Honor, orden creada por Napoleón en 1802. ▶

fundó el Banco de Francia, una afortunada combinación entre banco estatal y privado; reorganizó el sistema judicial y supervisó la redacción del Código Civil. Durante la discusión de los artículos de este último, asombró a una comisión compuesta por juristas eminentes por la fuerza de su sentido común y la amplitud de sus puntos de vista. Este Código de Napoleón, que iba a ser adoptado por numerosos países, lleva todavía la huella de su mente precisa y matemática. Al mismo tiempo, organizaba la Universidad. En todos los liceos de Francia el tambor militar señalaba el comienzo de las clases. Esta costumbre todavía se conservaba en 1900, durante la Tercera República.

En 1802, Napoleón creó la orden nacional de la Legión de Honor, organización similar a las órdenes de caballería de los reyes de Francia. Su objetivo era formar una nueva aristocracia, cons-



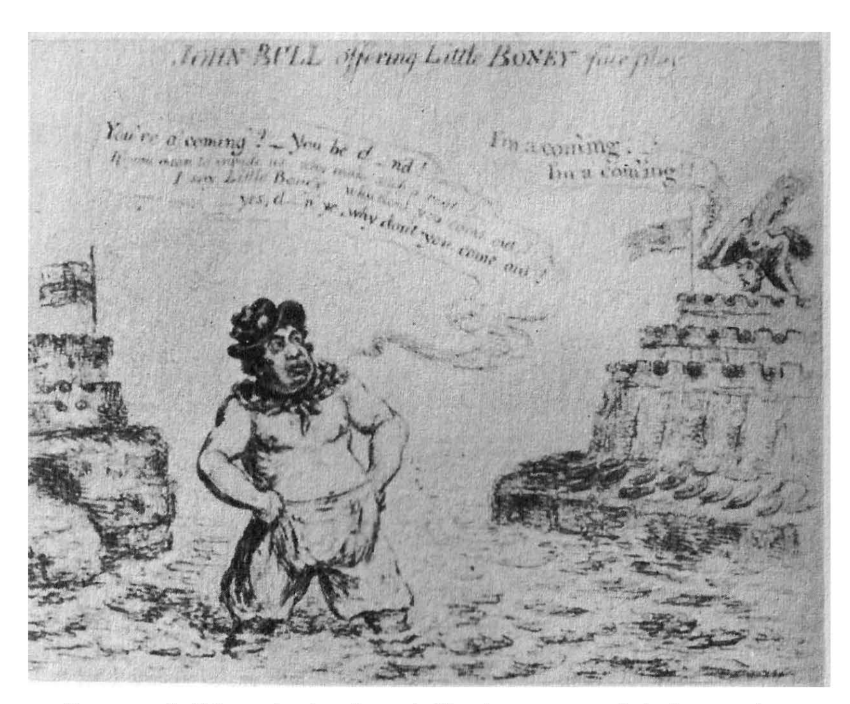
tantemente renovada por los servicios prestados y los méritos adquiridos. Esta vez, las asambleas se opusieron con fuerza. «Sonajeros», decían los legisladores. Pero los sonajeros son necesarios para dirigir a los hombres. Bonaparte pensaba que es importante ocupar a los ciudadanos con ambiciones pequeñas para desviarlos de las grandes rebeliones. En las Tullerías y en la Malmaison, el espadín y las medias de seda sustituían a las botas y al sable. Las damas de honor de Josefina procedían de familias de recio abolengo. Bonaparte adquirió también otros honores. Era presidente de la República Cisalpina, protector de Suiza y de la Confederación germánica. En Francia volvía a ponerse de moda «el encanto de vivir». La sociedad del Consulado parecía estable; era vitalista. El *Genio del Cristianismo* provocaba un renacimiento sentimental. Se comía mejor, se amaba más. En provincias, los informes de los prefectos



Luisiana, colonia francesa, fue vendida por Talleyrand a Estados Unidos por quince millones de dólares. Biblioteca Nacional, París.

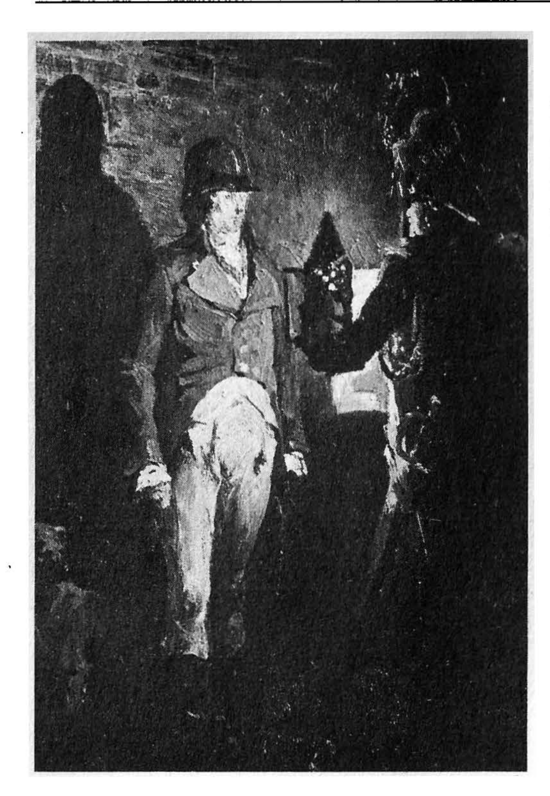
estimaban que el número de insatisfechos no pasaba del uno por ciento. El lema del primer cónsul —«ni tacones rojos, ni gorros frigios»— parecía responder a los deseos de los franceses.

Pero incluso los grandes hombres de acción sufren desfallecimientos. La expedición enviada a Santo Domingo a las órdenes del general Leclerc, marido de Paulina Bonaparte, con el objetivo de colonizar la Luisiana, quedó diezmada a causa de la fiebre amarilla. Muerto Leclerc, fue reemplazado por Rochambeau, que se vio obligado a capitular. Talleyrand vendió entonces la Luisiana a los Estados Unidos por quince millones de dólares. Era la renuncia definitiva al imperio americano. De hecho, ante la amenaza de una nueva guerra con Inglaterra, hubiera sido imposible defender esta lejana colonia frente a la flota británica. Los ingleses habían firmado el tratado de Amiens; sus comerciantes pedían la paz; los aristócratas ingleses se sentían felices por poder volver a París y encontrar en los campos Elíseos diosas desnudas envueltas en gasas, en vez de patíbulos sangrientos. Pero los dos gobiernos se acusaban mutuamente de actuar con mala fe.



Caricatura de Gillray sobre los planes de Napoleón para invadir Inglaterra, a la que se alude con el nombre de John Bull. *British Museum, Londres.*

Bonaparte acusaba a los ingleses de preparar su asesinato y de no evacuar Malta. Los ingleses echaban en cara a Bonaparte la anexión del Valais para asegurarse el paso del Simplon, la recomposición del mapa de Alemania en su provecho y el envío a Oriente de una misión «comercial» muy sospechosa. Si Bonaparte no renunciaba a las Indias, ¿cómo pretendía que Inglaterra abandonase Malta? Pero el primer cónsul no podía permitir este estado de cosas sin desprestigiarse. Amenazó con destruir a Inglaterra en su propio territorio. «Los ingleses quieren la guerra –dijo–, pero si son los primeros en sacar la espada, yo seré el último en envainarla.» Desde este momento comenzó a preparar la invasión de Inglaterra. Reunió en Boulogne un gran ejército y mandó construir una flota de barcazas ¿No era el maestro de lo imposible? Los insulares permanecían flemáticos. Las *nurses* inglesas asustaban a los niños con «Monsieur Boneypartee» y los caricaturistas pintaban la cabeza del tirano en la horca: «Ah, mi pequeño Boney, qué piensas ahora de John Bull (Inglaterra)» (*M. Vox*). La flota inglesa estaba en todas partes, se apoderaba de los barcos y de sus cargamentos. «Yo no

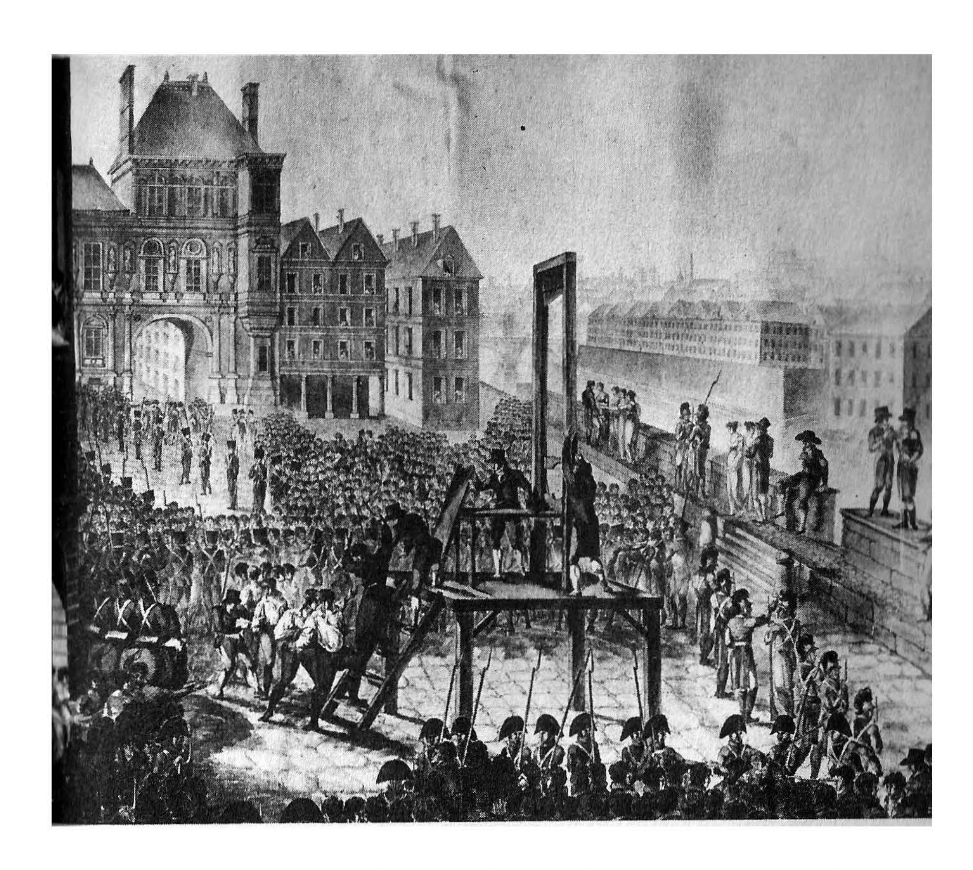


La ejecución del duque de Enghien originó un gran escándalo político. En la imagen, el duque en la fosa de Vincennes, donde fue fusilado. Obra de J. P. Laurens. Museo Condé, Chantilly.

Pintura sobre la ejecución del monárquico Georges Cadoudal, por A. de Polignac. Museo Carnavalet. ▶

digo –gruñía el primer *lord* almirante– que los franceses no puedan venir; digo solamente que no pueden venir por mar.»

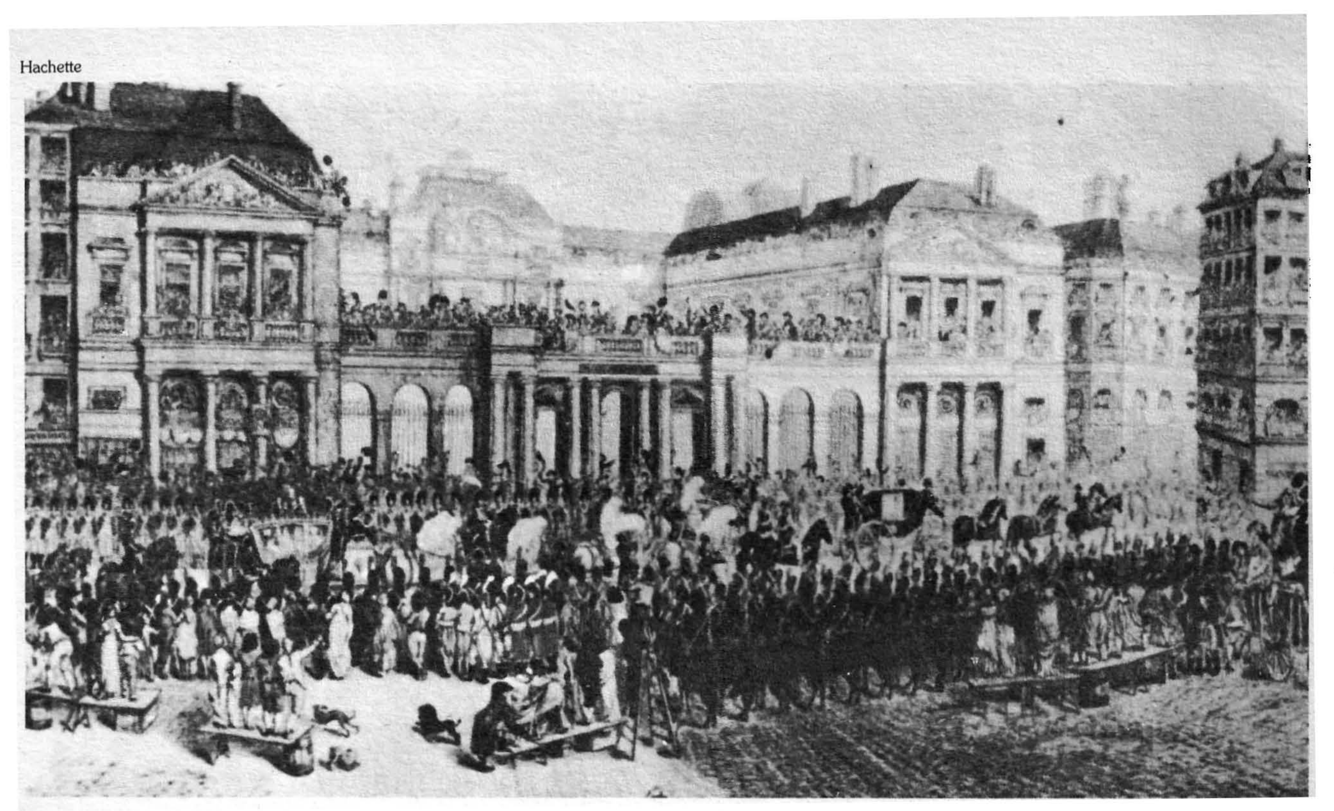
Fue una guerra extraña, sin operaciones, aunque no sin crímenes. Los ingleses no tuvieron excesivas dificultades para encontrar gente dispuesta a asesinar. Chuanes, republicanos, militares, todos los enemigos de Bonaparte estaban dispuestos a ofrecer sus servicios. Dos de los *monárquicos* más fervientes, Georges Cadoudal y el general Pichegru, desembarcaron en Francia a bordo de un buque inglés. El mismo Moreau, el vencedor de Hohenlinden, también conspiraba. «El aire estaba repleto de puñales.» Talleyrand y Fouché aseguraban a Bonaparte que Cadoudal sólo estaba esperando, para intervenir, la llegada a Francia de un príncipe de la casa de Borbón porque no quería poner el poder en manos de Moreau. ¿Qué príncipe? Había uno cerca de la frontera, en el gran ducado de Bade: el duque de Enghien, un Condé, valiente, joven y encantador. Y aquí se sitúa el episodio menos honroso de la vida de



Bonaparte. Decidió adelantarse al atentado, apresó al duque de Enghien y lo fusiló.

La fosa había sido construida en Vincennes antes incluso de que se celebrase el proceso. Este crimen político escandalizó a muchos franceses. Chateaubriand, que entonces era diplomático, dimitió. El primer cónsul se justificó invocando la sempiterna «razón de Estado». Con esta acción esperaba conseguir dos cosas: atemorizar a los monárquicos que querían asesinarle, y convencer a los regicidas de que, al haberse convertido en uno de ellos mediante este crimen, no tenían nada que temer del Imperio. Pocos días después de recibir tan sangrienta garantía, el Senado ofreció a Napoleón la corona imperial. Pichegru se suicidó en la cárcel. Cadoudal fue ejecutado. «Vine a crear un rey –dijo– y he creado un emperador.» Como un embajador decía de Bonaparte, «este muchacho sabe sacar partido de todo».

La restauración monárquica habría sorprendido a los france-



El cortejo imperial dirigiéndose a Notre-Dame, el día de la consagración de Napoleón como emperador.



Napoleón corona a Josefina. Cuadro de David. Museo del Louvre. París.

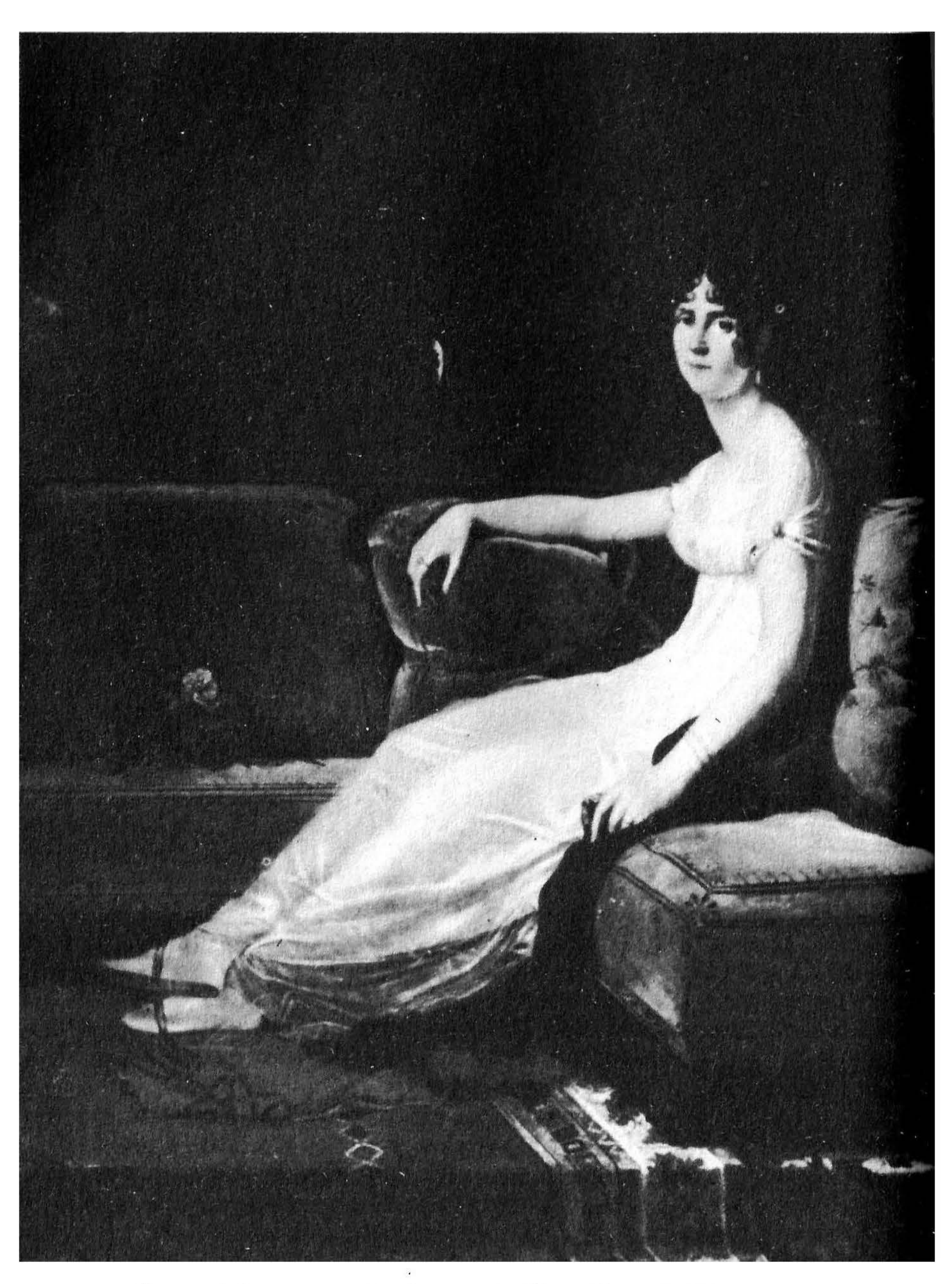
ses. Para aquellos ciudadanos atiborrados de historia romana, el Imperio era la continuación natural del consulado, un ascenso normal. Lo que sí causó extrañeza fue que Napoleón se empeñara en que el papa le consagrara en Notre-Dame. En el consejo de Estado se discutieron los pormenores de la ceremonia. Algunos proponían que se realizara en el Campo de Marte, aunque ello «significaba depender completamente del clima». Si llovía, la ceremonia resultaría ridícula. Y además, «el tumulto del populacho... El pueblo de París ha visto espectáculos mejores en la Opera». Respecto al papa, bastaba imaginar «el disgusto que tendrán nuestros enemigos». Bonaparte se daba cuenta de la fragilidad de un régimen carente de tradiciones y echaba «el ancla de salvación» para conseguir estabilidad. Cuando llegó Pío VII, Josefina, que iba a ser coronada emperatriz, le comunicó con hábil diplomacia que no estaba casada por la Iglesia. El matrimonio religioso se celebró apresuradamente en el Louvre la noche antes de la consagración.

El 2 de diciembre de 1804 Napoleón se convirtió en emperador de los franceses. Toda la familia estaba en Notre-Dame. José, prudentemente, se había colocado entre los consejeros de Estado. Tenía miedo de un atentado y procuraba salvar al posible sucesor. Napoleón le dijo: «¡Ah, si pudiera vernos nuestro padre!» Conservaba su sentido del humor y calculaba el camino recorrido en diez años por aquella oscura familia corsa.

Desde hacía mil años el papa conservaba el derecho de poner personalmente la corona sobre la cabeza de los emperadores. Napoleón cortó este nudo gordiano cogiendo la corona del altar con gesto orgulloso. Después de la ceremonia, el papa protestó y exigió que el incidente no se mencionara en el *Moniteur*. Se le dio esta satisfacción, pero el emperador había proclamado su supremacía. En Notre-Dame juró sobre la Biblia que mantendría la libertad, la igualdad, la propiedad de quienes habían adquirido bienes nacionales, y la integridad territorial de la República. Este juramento le obligaba a no ceder en el asunto de Bélgica y de las provincias renanas. Desde ese momento, el futuro quedaba escrito con letras de fuego sobre los muros de la catedral.

Retrato de Napoleón como emperador, por Gérard. Museo de Versalles. ▶
La indumentaria del emperador, en la que se mezclan vestiduras y objetos procedentes de diversas tradiciones monárquicas, resume simbólicamente los deseos de grandeza que le obsesionaban.





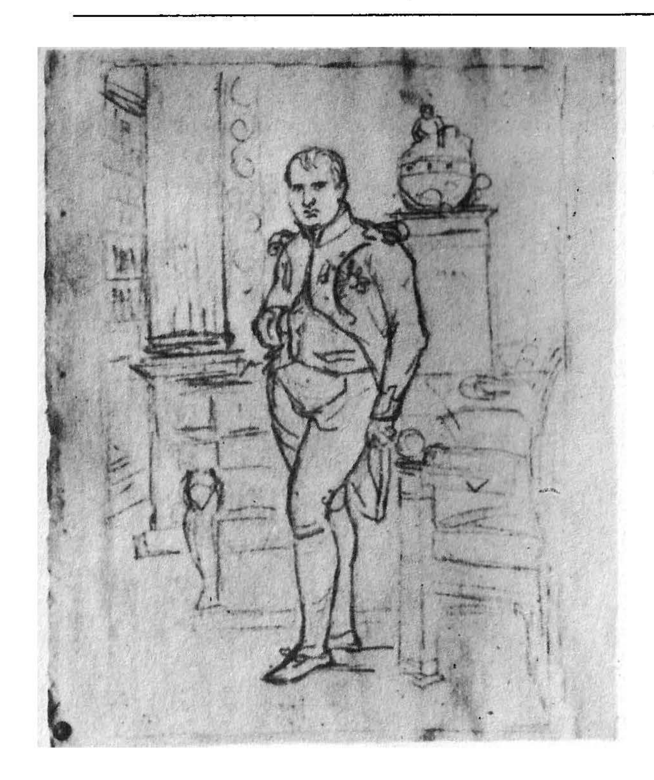
Retrato de la emperatriz Josefina, por Prud'hon. Museo de Malmaison, París.

5. La etapa triunfal del Imperio

«Echar el ancla de salvación en el fondo del mar...» Este mar era el pasado del pueblo francés. Napoleón pretendía sondear sus profundidades. Por eso fundó una corte, un ceremonial, una nobleza. En 1804 eligió mariscales del Imperio y más tarde una nobleza imperial. Hizo príncipes, como Berthier, príncipe de Neuchâtel; Talleyrand, príncipe de Bénévent; y duques, como Fouché, duque de Otranto, Davout, duque de Auerstädt y príncipe de Eckmühl; Lannes, duque de Montebello, Lebrun, duque de Plaisance, etc. En ocho años creó 4 príncipes, 30 duques, 388 condes y 1.090 barones. Josefina y las princesas hermanas del emperador dispusieron de damas de honor. Ségur enseñó el ceremonial de la antigua corte a los hombres y Madame Campan a las mujeres. La Revolución, una vez coronada, recomponía de la mejor forma posible los hilos de la tradición.

El prodigioso acierto de esta improvisación es admirable. La nobleza de Imperio sobrevivió al emperador; la Legión de Honor todavía conserva hoy su prestigio. Napoleón patrocinó un estilo *Imperio* tan fuertemente marcado por su espítiru como el estilo Luis XIV por el del gran rey. Pero más aún hay que admirarlo por no haberse tomado demasiado en serio este cuento de hadas. El tuvo siempre «algo del alférez corso, del jacobino y del admirador de Maquiavelo». A veces, hablaba como un revolucionario: «Un trono no es más que una plancha de madera forrada de terciopelo.» Si insistía en que sus mariscales fueran a la corte en traje de calzón corto, era porque temía los peligros que para la situación interna del país podrían derivarse de un ejército brutal e indisciplinado. Sin embargo, como último recurso, sólo creía en la fuerza. «Solamente se puede gobernar con botas y espuelas.» Por eso, en palacio sólo él vestía de uniforme. El calzón corto y las medias de seda civilizan. El vestido hace al cortesano.

Las mujeres, que han sido la perdición de tantos monarcas, tenían poco poder sobre él. Napoleón tuvo cortesanas, y muy bellas, como Mademoiselle Georges, pues un signo suyo bastaba para atraerlas al lecho. Pero mientras ellas se desnudan, él revisa los



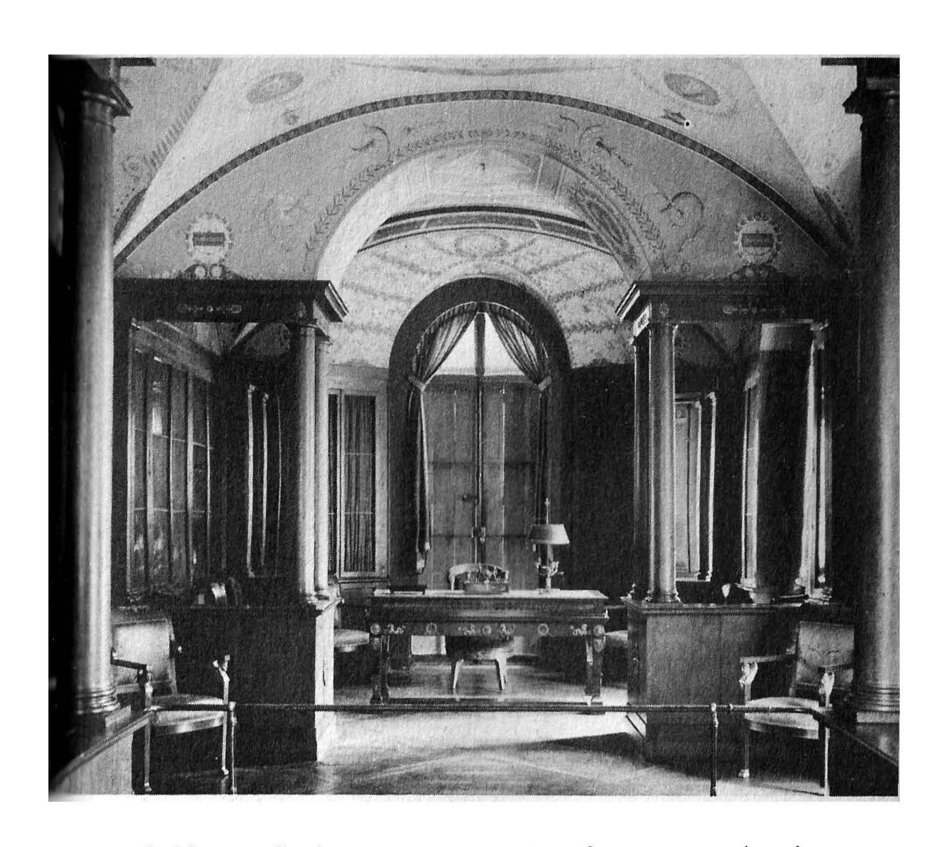
Un apunte de Napoleón en su despacho. El emperador se sentía muy a gusto en su gabinete de trabajo, donde pasaba buena parte de su tiempo.

Gabinete de trabajo de Napoleón en la Malmaison, con mobiliario de estilo imperio, inspirado en la antigüedad y caracterizado por las líneas rectas y severas de su diseño.

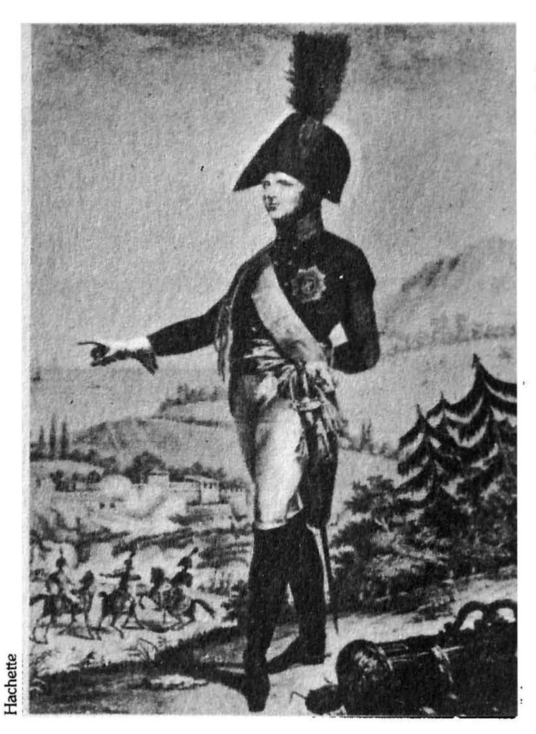
documentos oficiales; en cuanto las ha poseído (y a veces incluso antes), las despide. Su verdadero placer es su trabajo. Y se entrega a él hasta veinte horas al día, sin demostrar nunca cansancio.

Era feliz sentado a la larga mesa en forma de herradura del Consejo de Estado, rodeado de grandes funcionarios, a los que sabía utilizar y seducir. «Exprimía el limón» y sacaba de cada uno lo que quería saber. Tenía una mente ágil, gran imaginación, mucha lucidez y ninguna confianza en los hombres; pero también dos debilidades. En primer lugar, «nunca tuvo un plan», como dice Stendhal. Y es cierto. Napoleón tenía *varios* planes que cambiaban constantemente. En segundo lugar, su exceso de imaginación le privaba del sentido de las proporciones. Cuando hacía proyectos a largo plazo, se dejaba llevar. «Se puede dar un primer impulso a las cosas –decía–; después, ellas nos arrastran.»

Triunfa en lo inmediato, en el campo de batalla, en su despacho y especialmente en el Consejo de Estado, donde, al mismo tiempo que toma rapé, improvisa con contagioso entusiasmo. Sabe



que habla con fluidez y correctamente; sabe que esos hombres eminentes le admiran. Por eso se le ve relajado, accesible y directo. Todas sus precisiones son pertinentes. «La sociedad necesita un sistema legal estricto, y en esto consiste la humanidad del Estado; la otra es la humanidad de la ópera...» «Queremos tener buenos campesinos; eso es lo que hace fuertes a los ejércitos, y no esos mozalbetes haraganes que acostumbran pasearse por las calles de la ciudad...» En ocasiones permite que le contradigan. Como cuando un consejero de Estado le dijo acerca del cuerpo legislativo: «Los representantes de la nación son los que ella ha escogido, sus mandatarios.» El emperador le interrumpió: «¡Bah!, ésas son ideas de 1789.» «No, Sire, son ideas de todos los tiempos...» Lo verdaderamente encantador, según Stendhal, era su franqueza, su sencillez. Un día, discutiendo un asunto relacionado con el papa, dijo: «Esto les parece fácil a ustedes. Pero si el papa viniera a decirme: "el ángel Gabriel se me ha aparecido esta noche y me ha ordenado tal cosa", yo estoy obligado a creerle.»

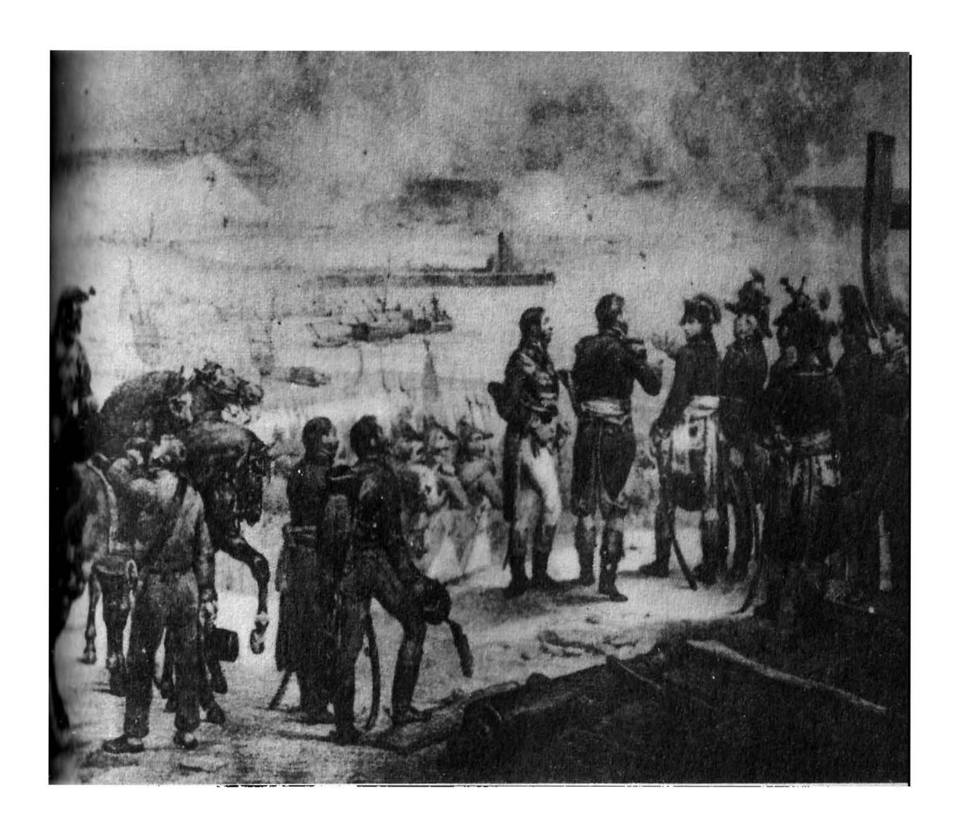


Hachette

Retrato de Alejandro I, zar de Rusia, a la edad de 33 años. Napoleón intentó en vano convertirse en su cuñado casándose con la gran duquesa Ana.

El campamento del puerto de Boulogne, durante los planes de invasión de Inglaterra en los que Napoleón veía el mejor medio para consolidar su supremacía en Europa. ▶

En su despacho se encuentra muy a gusto, rodeado de instrumentos de trabajo ideados por él mismo: su escritorio, diseñado por él; los informes sobre la situación, que lee «con el mismo placer que obtiene una muchacha al enfrascarse en la lectura de una buena novela»; sus mapas. Poseía una asombrosa capacidad de asimilación y una memoria prodigiosa. Sus secretarios, perfectamente adiestrados, eran para él un instrumento de trabajo más: les exige que permanezcan callados, que cojan al vuelo sus dictados y que después reconstruyan su pensamiento. No le gustaba escribir. Primero, porque sus manuscritos eran casi ilegibles, y además, porque su ortografía había mejorado muy poco desde sus años de escolar en Brienne. Napoleón continuaba diciendo «armisticio» por «amnistía», renta «vital» por «vitalicia» y confundía «infancia» con «infantería». Pero sus dictados eran impecables, tanto por su exposición clara y directa, como por el conocimiento de los temas. Por ejemplo, era capaz de componer de un tirón un reglamento bastante largo para los centros educativos de la Legión de Honor, debido a



que ya lo tenía muy pensado. En otra ocasión, llegó a dictar tres cartas diferentes al mismo tiempo. Su mente trabajaba día y noche, examinando continuamente las posibles respuestas a sus incesantes preguntas: «¿Cuántos hombres?, ¿cuántas municiones?, ¿cuántos sacos de trigo?»; y por la noche, cuando se reunía con la emperatriz y su corte: «¿Cuántos niños?» Pensaba en todo.

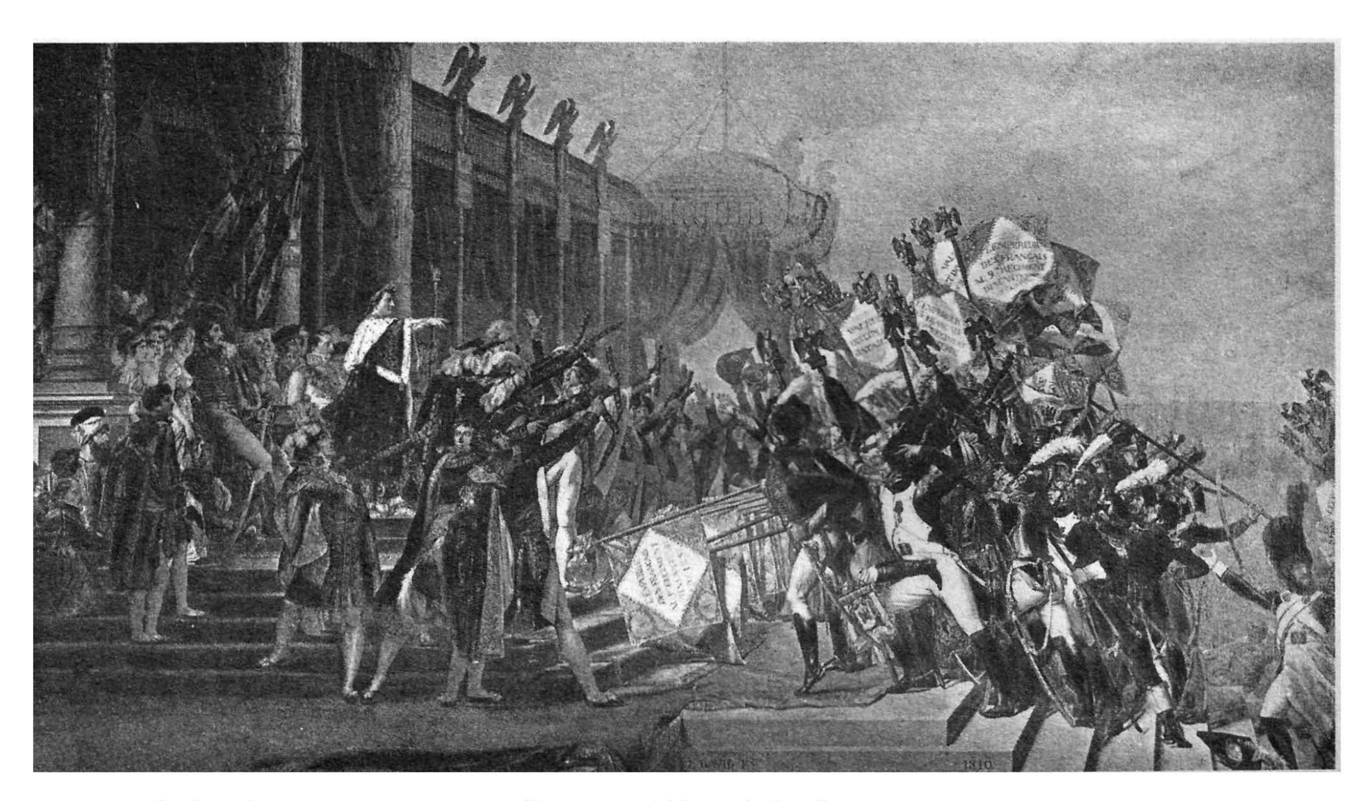
Napoleón había creído ingenuamente que al hacerse coronar en Notre-Dame sería admitido en el círculo de los soberanos legítimos. Era sólo una ilusión. La aristocracia austríaca estaba decidida a fustigar la arrogancia de este «soldado de fortuna». Inglaterra fraguaba una nueva alianza contra él (la tercera coalición, según Napoleón, que se inició en 1792). Pitt no tendrá dificultades para convencer al nuevo zar, Alejandro. El Sacro Imperio Romano Germánico se hunde, decía Pitt; en adelante, el Imperio ruso deberá enfrentarse al Imperio corso. En 1804, la coalición comienza a hacerse realidad: Inglaterra, Austria, Rusia, Suecia y Nápoles se proponen hacer volver a Francia a sus antiguas fronteras. No lo

dicen abiertamente para evitar que el pueblo francés se alborote. Solamente hablan de las inquietantes ambiciones de Napoleón. Este, por su parte, tiene un único propósito: aplastar a Inglaterra antes de que Inglaterra le aplaste a él.

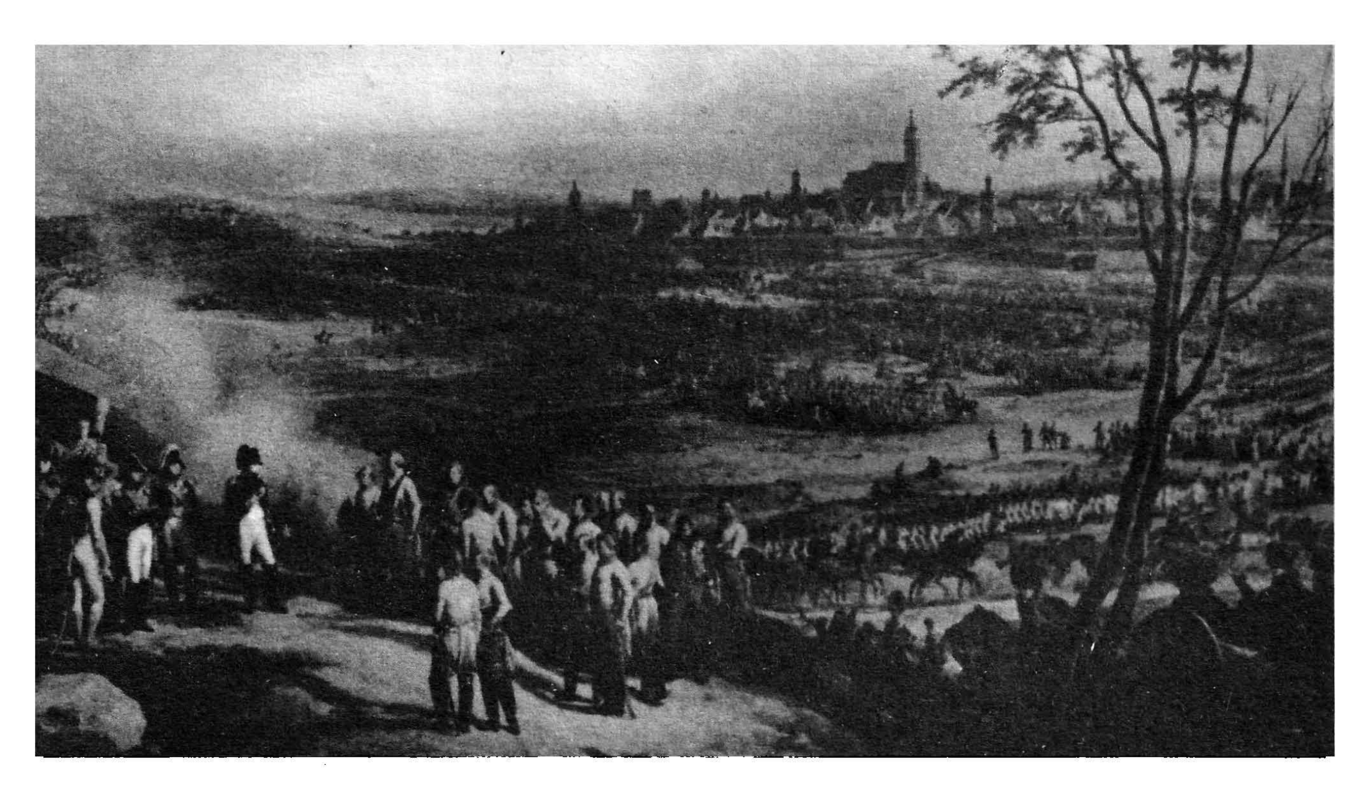
Algunos historiadores afirman que el campamento de Boulogne no era más que una ficción, pero cuesta trabajo creerlo. Napoleón comprendía que los ingleses no lo abandonarían. El emperador hizo construir dos mil barcos, con el convencimiento de que la travesía contra Inglaterra era posible. «Podremos cruzar el canal tan pronto como tengamos audacia suficiente para intentarlo.» Para tener éxito en esta empresa bastaba con atraer a la flota inglesa fuera del Canal de la Mancha durante tres días o incluso durante uno solo. Entonces, Napoleón podría hacer pasar a 130.000 hombres y el populacho de Londres recibiría a los franceses como libertadores. Bonaparte infravaloraba a Inglaterra, e infravaloraba también los peligros del mar. Algunas travesías desde Marsella a Ajaccio y un viaje a Egipto no habían sido suficiente para convertirle en un marino. Sus almirantes no compartían su entusiasmo. El emperador estaba furioso. A Decrès, ministro de Marina, le reprendía con estas palabras: «Usted sólo ha logrado exponerme sus dudas, sus recelos, sus temores... Estoy completamente indignado.»

La flota francesa, sin embargo, permanecía bloqueada en Tolón y Brest. Napoleón ordenó a Villeneuve, almirante de una flota franco-española, que volviera a toda vela y atrajera a los ingleses hacia las Antillas. Pero Villeneuve no logró llegar a la cita con los demás almirantes franceses y se refugió en el puerto de Cádiz. No quería arriesgar la única flota importante que todavía le quedaba a Francia. «¡Qué armada!» bramaba el emperador, que no hacía más que hablar del «infame Villeneuve». Pero la Revolución sólo le había legado un número reducido de buques y algunos marineros mediocres. Para distraer la atención de sus enemigos sobre el «inmenso plan» de invasión de Inglaterra, Napoleón se trasladó a Italia y recibió la corona de hierro de los reyes de Lombardía. Eugène de Beauharnais fue nombrado virrey, después de que José y Luis Bonaparte rehusaran serlo. Ambos se consideraban sucesores legítimos de la corona francesa.

Pero el tiempo pasaba, agosto estaba apunto de terminar y las tropas austríacas comenzaban a moverse. Si Napoleón no actuaba pronto, Rusia podía aliarse con Austria. El 23 de agosto el emperador escribió a Talleyrand: «Me muevo con la mayor rapidez posible; he mandado desmontar el campamento; marcho sobre Viena.» Napoleón dejó estupefacto a Daru al comunicarle sus planes para una guerra continental, que sin duda había madurado durante largo

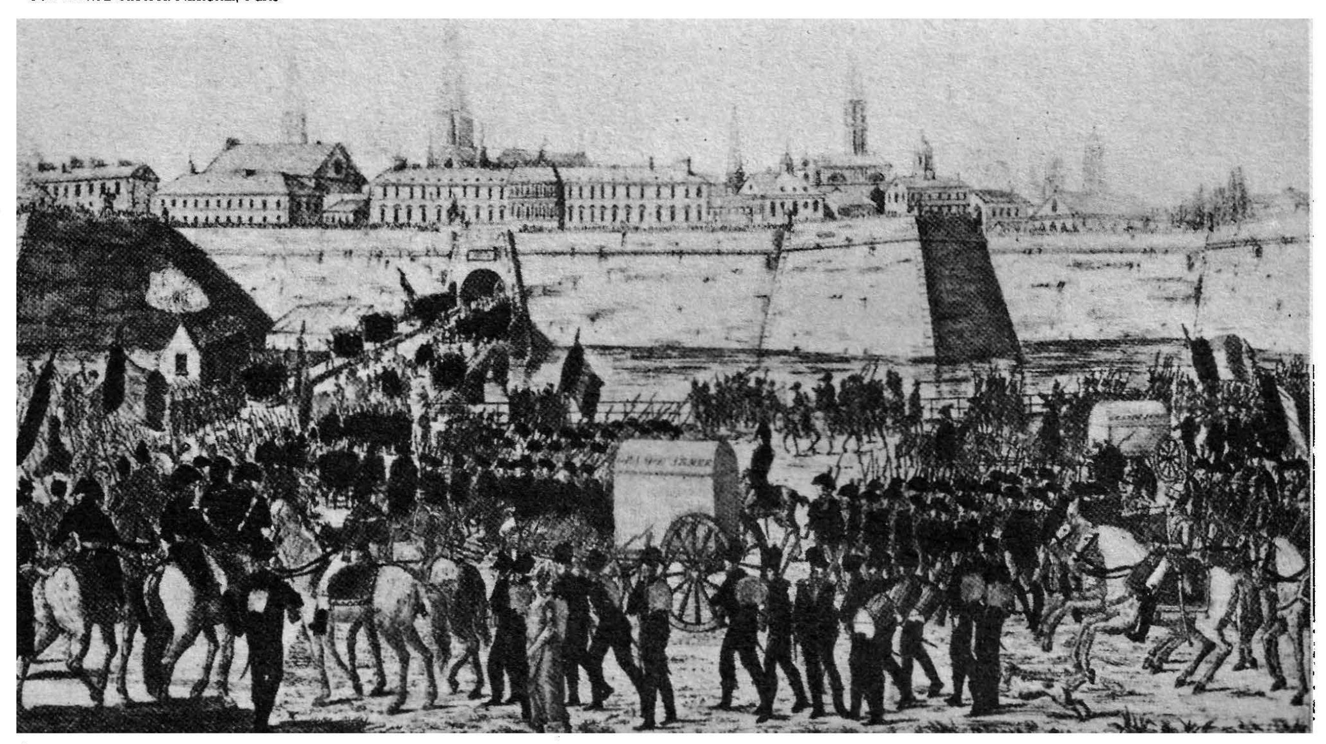


Napoleón distribuye las «águilas» entre su ejército. Obra de David. Museo de Versalles.



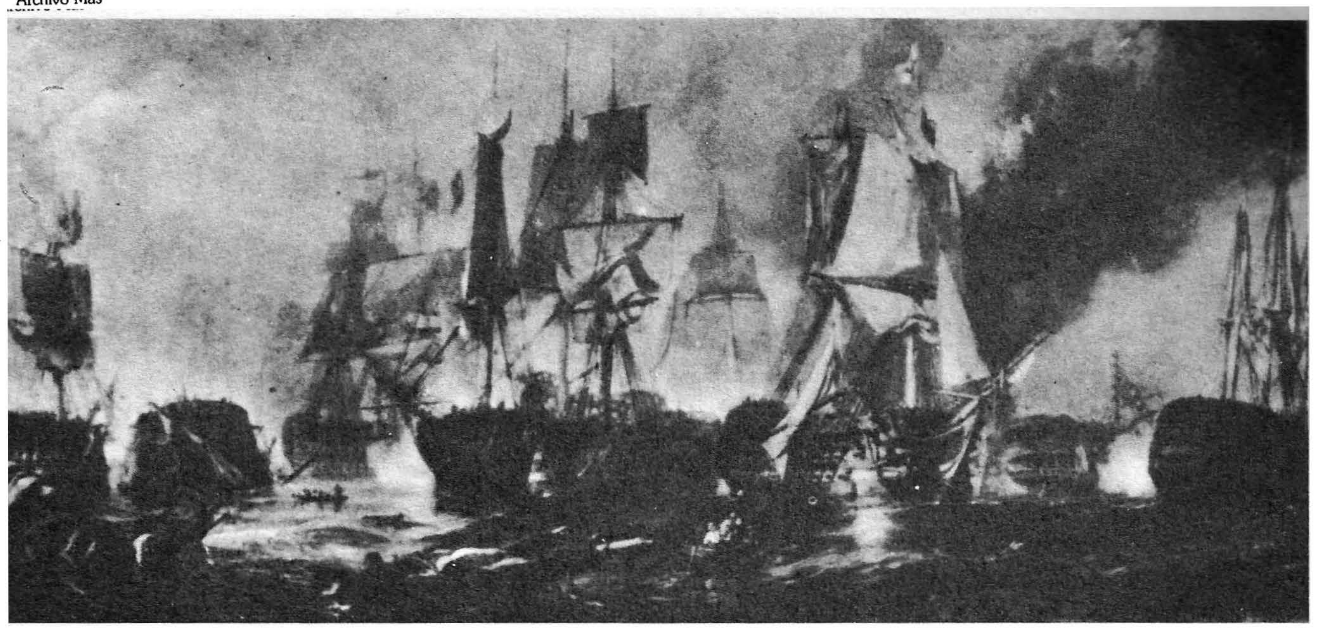
Capitulación del ejército austríaco en Ulm, el 20 de octubre de 1805, por Charles Thevenin. Museo de Versalles.

Col. Vinck/Biblioteca Nacional, París



Entrada triunfal de la Grande Armée en Viena, con Napoleón al frente, el 13 de noviembre de 1805.

Archivo Mas



La batalla de Trafalgar, por Stanfield. Tate Gallery, Londres. Nelson, ya mortalmente herido, al recibir la noticia de la victoria exclamó: «¡Alabado sea Dios! He cumplido con mi deber.»



La batalla de Austerlitz, el 12 de diciembre de 1805, por Gérard.

tiempo. Lo había previsto todo, incluso el día de la entrada en Viena. Se trataba de una buena y brillante campaña. Lo más sorprendente de la *Grande Armée* (que ahora ya recibe este nombre) es precisamente que, gracias al genio de su general, obtiene victorias sin luchar, gana batallas «con las piernas». El general austríaco Mack, que ha avanzado hasta Ulm, descubre de pronto que Napoleón está entre él y Viena. Capitula con sus cien mil hombres sin disparar un tiro. En seguida se convierte en artículo de fe que la *Grande Armée* era invencible: «Cuando los generales austríacos estaban en el medio con las tropas de Napoleón a su alrededor, los austríacos decían que estaban rodeados; cuando Napoleón estaba en el medio con los austríacos a su alrededor, decían que estaban envueltos.»

Pero su estrella sólo brillaba cuando conducía personalmente a sus tropas. Al día siguiente de Ulm, supo que «el infame Villeneuve», dolido todavía por los reproches del emperador, había zarpado de Cádiz, y que las dos flotas, la francesa y la española, habían sido destruidas en Trafalgar por Nelson, el cual había muerto en la batalla. El emperador no valoró toda la tragedia de este desastre. «Las tempestades –dijo– nos han hecho perder algunos buques tras una batalla emprendida con imprudencia.» Pero la situación era mucho más grave. Inglaterra era, más que nunca, dueña de los mares. Napoleón sólo podía vencerla aislándola en el continente. Le hubiera gustado negociar este extremo con el zar. Pero los rusos cometieron el error de atacar en Austerlitz, en un territorio que Napoleón conocía al detalle. «Este ejército es mío», dijo tan pronto como el enemigo inició sus movimientos. Atrajo a los rusos hasta la región de los lagos helados, y después rompió el hielo a cañonazos. Napoleón obtuvo esta brillante victoria militar y moral el 2 de diciembre, aniversario de su coronación. Lanzó uno de sus fulgurantes bandos: «Soldados, estoy orgulloso de vosotros... Bastará con que digáis: "yo estuve en la batalla de Austerlitz", para que os respondan: he aquí un valiente...»

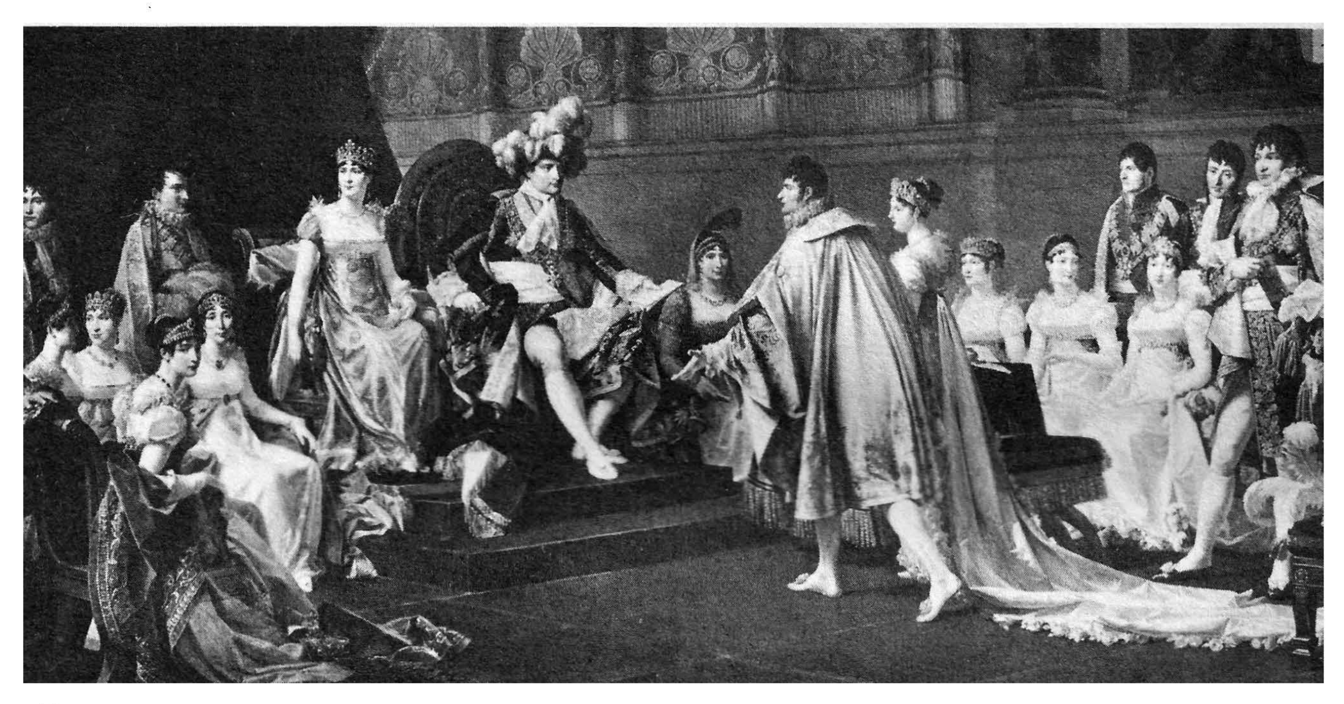
Los cañones de Austerlitz rompieron la coalición en mil pedazos. El zar inició el regreso a casa, Austria pidió la paz; Inglaterra también acusó el golpe. «Yo también fui herido en Austerlitz», musitaba Pitt antes de su muerte. La paz fue dura para Austria. Napoleón no exige nada de Rusia; quiere la amistad del zar. Pero a Austria le quita los territorios alemanes e Italia. En Alemania crea la Confederación del Rin, integrada por dieciséis príncipes y reyes, erigiéndose él mismo como protector. En Italia, expulsa de Nápoles a los Borbones y entrega el reino a su hermano José, hombre voluntarioso pero poco dotado para tareas de gobierno. Luis Bona-



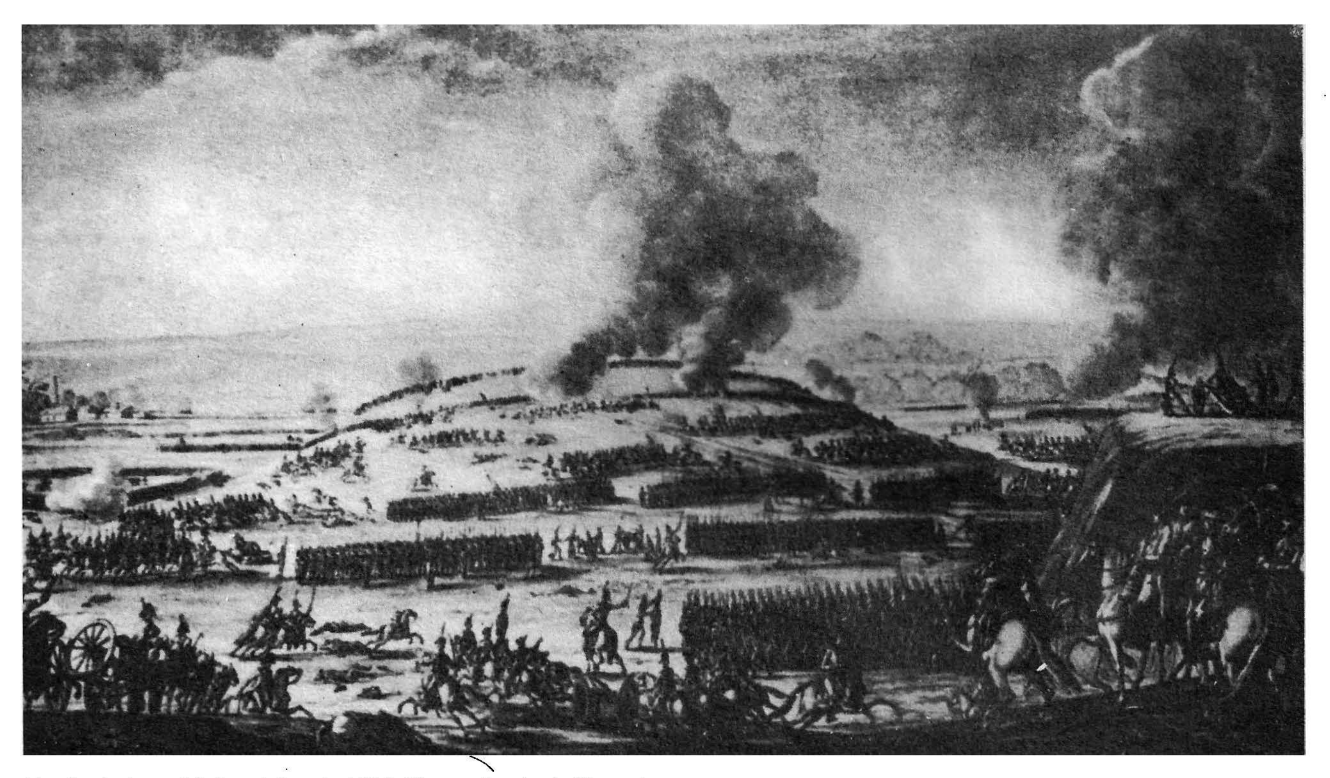
Elisa Bonaparte, retratada por Prud'hon. Esta hermana de Napoleón contrajo matrimonio con Félix Bacciochi, que llegaría a ser príncipe de Lucques y de Piombino.

parte, marido «honorífico» de Hortense de Beauharnais, fue nombrado rey de Holanda; Elisa Bacciochi, princesa de Lucques y de Piombino; Paulina Borghese (que se volvió a casar tras la muerte de Leclerc), princesa de Guastalla; Jerónimo (a quien el emperador obligó a anular su matrimonio por amor con una americana, Miss Patterson) desposó a la princesa Catalina de Württemberg; Eugène de Beauharnais se convirtió en yerno del rey de Baviera.

¿A qué se debe este delirio de esnobismo monárquico? ¿Cómo pudo un hombre tan inteligente como Napoleón no darse cuenta de lo ridículo que resultaba este clan corso encaramándose en los tronos de Europa? Napoleón no está ciego y ve los defectos de José y de Luis. Pero se sirve de su familia porque conoce la fuerza del espíritu de clan. Está seguro de poder obtener de todos ellos, que sin él no serían nada, unas garantías mínimas de lealtad, mientras que los auténticos príncipes siempre estarían dispuestos a traicionarle. A su regreso a París, después de los cuatro meses que empleó en remodelar el mapa de Europa, la capital se encontraba al borde del colapso económico. Los propietarios de bonos públicos exigían su reembolso al Banco de Francia. Corría el rumor de que el banco se había arruinado a causa de la rapiña de especula-



Matrimonio de Jerónimo Bonaparte con la princesa Catalina de Württemberg, por J. B. Renault.



Batalla de Jena, 14 de octubre de 1806. Museo alemán de Nuremberg.

dores corno Ouvrard y otros, lo cual no estaba muy lejos de la verdad. Barbé-Marbois, ministro de Hacienda, había prestado los fondos del banco a los intermediarios. ¿Se trataba de un fraude o sólo de incompetencia?

Napoleón, que regresó a toda prisa, actuó brutalmente. O los intermediarios devolvían el dinero o los enviaría a Vincennes, y ya se sabía lo que esto significaba. Barbé-Marbois, patéticamente, ofrece su cabeza «¿Que queréis que haga con ella, grandisímo c...?», le dijo el emperador. Consiguió recuperar los millones, pero desde entonces mantuvo un desprecio absoluto hacia los negociantes. Hijo de una madre cuyo concepto de inversión económica no sobrepasaba la adquisición de una tierra, unas moreras o algunas cabras, no le interesaban los créditos ni los capitalistas. A José le decía: «Estoy contento con mis asuntos; tuve grandes dificultades para arreglarlos y para conseguir que una pandilla de bribones, cuyo jefe era Ouvrard, vomitasen lo que se habían tragado. Estaba decidido a fusilarles sin juicio. Gracias a Dios, devolvieron el dinero; todo este asunto me ha puesto de mal humor. Te digo esto para que veas cuán viles son los hombres.» Un jefe de gobierno debe tener una gran dosis de bondad para no volverse misántropo.

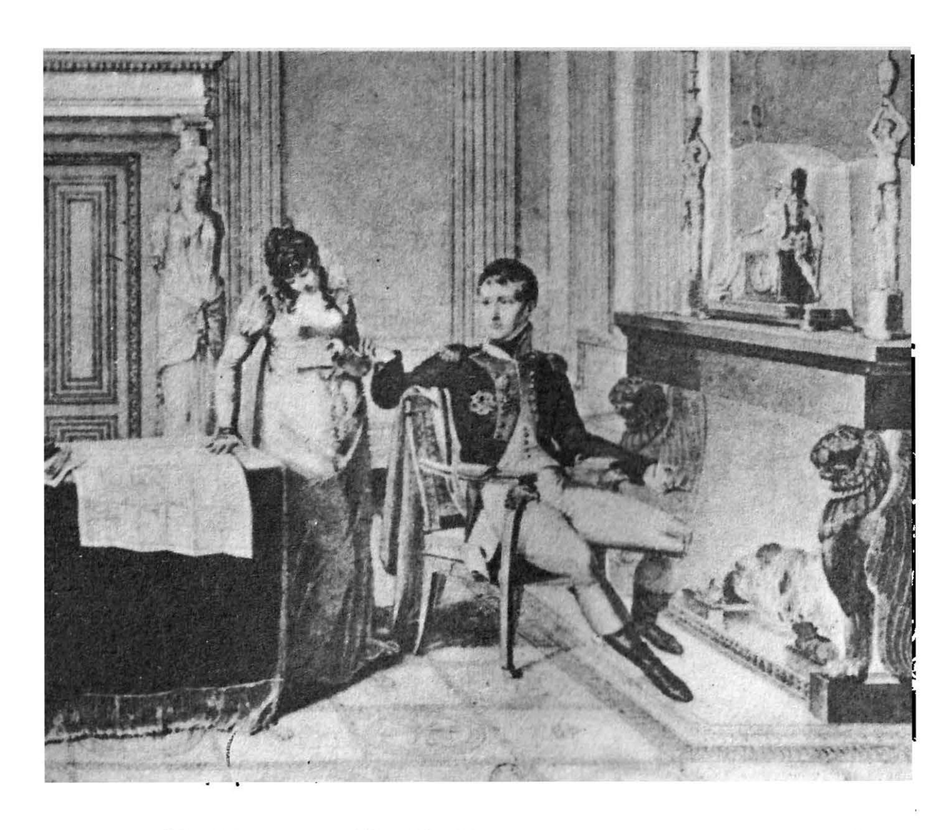
Después de estas espectaculares victorias, Napoleón esperaba una paz duradera, tanto más cuanto que Fox había sucedido a Pitt. Pero en Inglaterra es frecuente que los partidos de signo contrario sigan la misma política exterior. A Fox, que era amigo de los liberales franceses y especialmente de La Fayette, no le gustaba Napoleón. Por otro lado, en esta ocasión fue Prusia la que reanudó las hostilidades con el pretexto de la posesión de Hannover, prometida por Napoleón simultáneamente a los ingleses y al rey de Prusia. Pero la verdadera razón era que ni los prusianos, ni los austríacos, ni los rusos aceptaban de buena fe los tratados impuestos por la fuerza. Una vez reorganizados sus ejércitos, decidieron poner fin a la carrera de Napoleón. El rey de Prusia, Federico Guillermo, envió a Francia un ultimátum que concluía el 8 de octubre. *Napoleón a Berthier*: «Nos ha dado una cita de honor para el 8 de octubre; jamás un francés ha dejado de acudir a ninguna cita.» Fue una campaña alegre, guiada por el redoblar de los tambores. El emperador se siente tan asfixiado en París, entre las intrigas de la corte y los chismorreos maliciosos, como libre y seguro de sí mismo sobre su caballo, en medio de su ejército. *A la emperatriz Josefina*: «Las cosas marchan muy bien. Creo que en unos pocos días, con la ayuda de Dios, el pobre rey de Prusia se encontrará en una situación terrible. Lo siento por él, porque es un buen hombre.» 1806 es su *annus mirabilis*. Su *Blitzkrieg* (guerra relámpago) significa otro



Napoleón recibe a la reina Luisa de Prusia el 6 de julio de 1807. Museo de Versalles.

Austerlitz. Maniobra de ataque fingido por un flanco; el enemigo, al retirarse, encuentra cortadas sus líneas de comunicación; así ocurre, primero, en Saalfeld, después, en Jena. El ejército prusiano es aplastado. La hermosa reina Luisa de Prusia, que deseaba la guerra, huye. *A Josefina*: «Querida, he desplegado una excelente estrategia contra los prusianos. Ayer obtuve una gran victoria. Estuve muy cerca del rey de Prusia; por muy poco no logré capturarle a él y a la reina... Me siento maravillosamente bien.»

Sí, se siente maravillosamente bien, aunque sólo duerme cuatro horas diarias. Incluso está engordando. Experimenta la felicidad del artista que se da cuenta de que está llegando a la plenitud de su forma. Después de todo, los prusianos son los soldados de Federico el Grande, los mejores del mundo, y él los ha vencido, lavando así la afrenta de Rossbach, derrota de una época en la que los Bona-



Napoleón entrega a Mme. Hatzfeld las cartas que comprometían a su marido. Biblioteca Nacional, París.

parte no eran ni siquiera franceses. «Si existe un héroe al qué Napoleón haya querido personificar, sin duda es éste [Federico el Grande], hasta el punto de copiar los peculiares vestidos del rey filósofo; el pequeño sombrero, la levita gris son algo más que meras reminiscencias» (M. Vox). ¿Qué mayor placer puede obtener un hombre que ha moldeado su vida a imitación de Federico el Grande que el de dormir en el palacio de Potsdam y enviar la espada de su héroe para los Inválidos de París? Los boletines de la *Grande Armée* reflejan la alegría exultante del emperador, que se traduce en un buen humor informal y prepotente, pero también en un nuevo acto de generosidad. Cuando el príncipe Hatzfeld va a ser fusilado por espía, Napoleón entrega a su esposa la carta que demuestra la culpabilidad de su marido: «Señora, arroje esta carta al



Entrada de Napoleón en Berlín, por Ch. Tardieu. La noticia produjo en París un entusiasmo extraordinario.

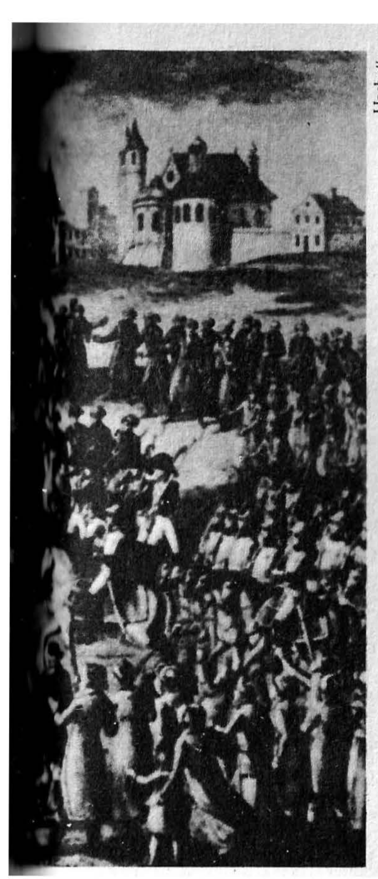
fuego.» En este aspecto, Napoleón está imitando más a Augusto –y a Corneille– que a Federico ¿Es un comediante? ¿O un actor trágico? Tal vez, pero interpreta de forma sublime ambos papeles y es perfectamente consciente de su propia representación.

«Napoleón sopló sobre Prusia, y Prusia dejó de existir» (Heine). Para gozo y sorpresa de Stendhal, Napoleón entró triunfalmente en Berlín al son de *La Marsellesa*, un himno republicano. ¿Iba el emperador a retomar su papel de general de la Revolución? En opinión de Stendhal, si en aquel día glorioso Napoleón hubiera depositado su confianza en la gente y hubiera colocado en Berlín y Viena a dos hombres leales en sustitución de los reyes, se habría vuelto invencible. Pero Napoleón soñaba con ser aceptado en el club de los soberanos. Era un tipo de humildad peligrosa. Para



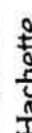
realizar sus deseos, aún tenía que vencer a dos enemigos: Rusia e Inglaterra. Contra esta última decretó el bloqueo continental el 21 de noviembre de 1806, por el cual se prohibía en Europa todo comercio con los ingleses. Sólo faltaba obligar al zar a aplicar el decreto, y con este objetivo Napoleón invadió Polonia.

Luchar contra los rusos es como perseguir a una sombra. Sus tropas se mueven sigilosamente. La nieve lo cubre todo. Los franceses combaten de noche contra un enemigo fantasmal que tiene la orden de no hacer ningún ruido. Las provisiones de la *Grande Armée* son escasas; los veteranos refunfuñan. También en esta ocasión, si Napoleón se hubiera presentado como el liberador de Polonia habría tenido al pueblo de su parte. La bella condesa María Walewska se sacrificó a sí misma (aunque sin demasiados prejuicios) y se entregó a Napoleón por patriotismo, para que liberara a



Hachette



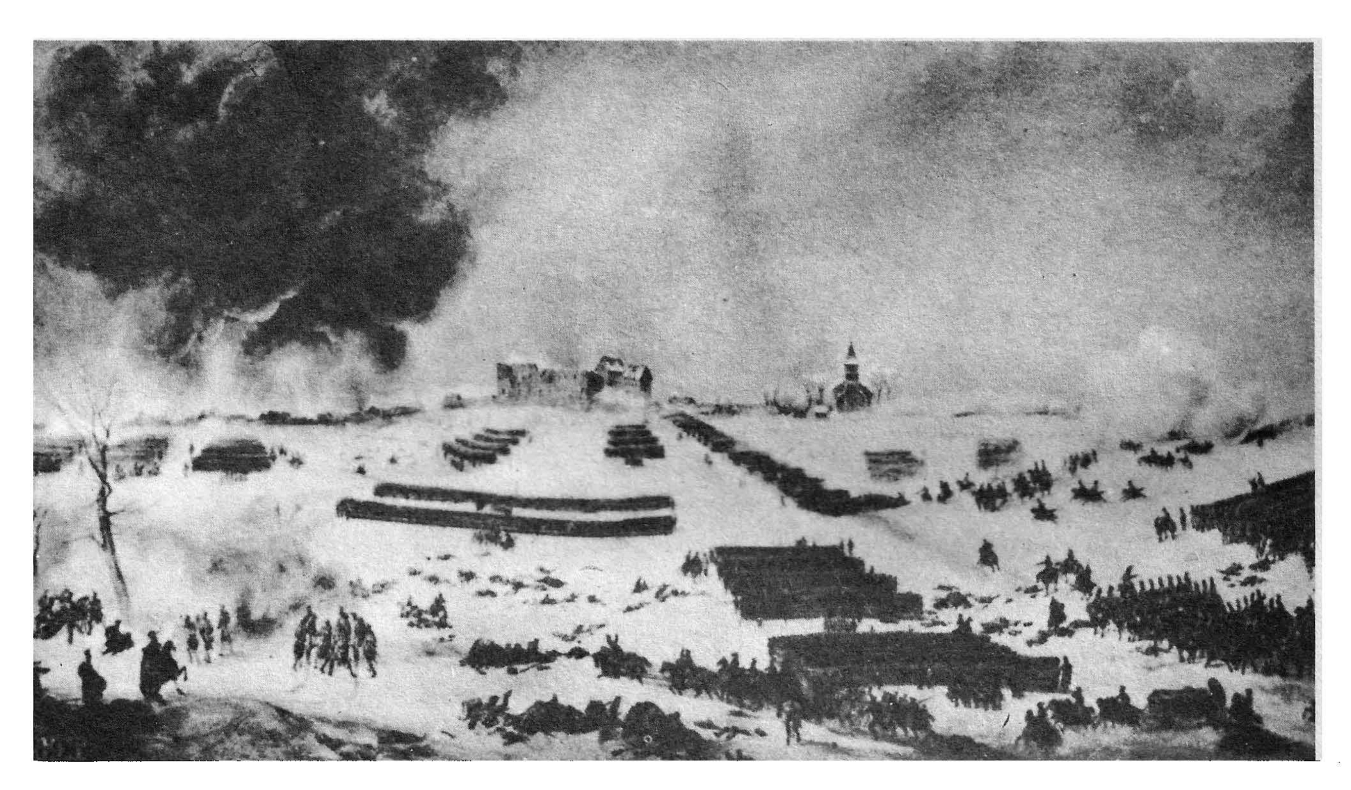


La condesa María Walewska de Polonia, en una miniatura por Isabey.

Las tropas francesas, al mando de Murat, gran duque de Berg, entran en Varsovia, el 28 de noviembre de 1806.

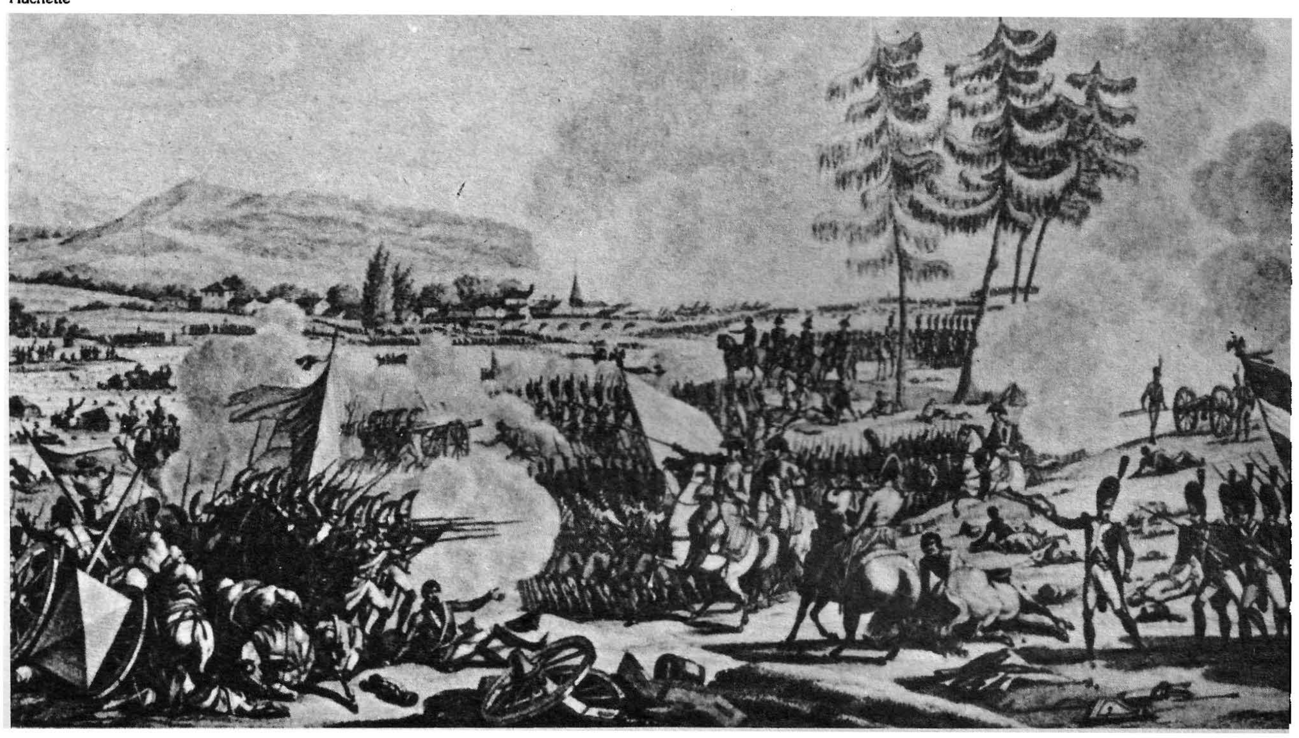
Polonia. Pero el emperador deseaba por encima de todo que su victoria sirviera para reconciliarle con el zar Alejandro, y no quería contraer ningún compromiso irrevocable. Este episodio no es por ello menos importante: la bella condesa quedó embarazada, lo cual demostraba que Napoleón podía tener hijos y, por tanto, engendrar un sucesor, y esto acabaría por conducirle al divorcio.

Si el ejército ruso hubiera utilizado su estrategia tradicional de retirarse sin combatir hacia las inmensas estepas y atraer al enemigo a las grandes llanuras heladas, la primera campaña de Rusia hubiera concluido desastrosamente antes de 1807. Pero Bennigsen deseaba tener «su batalla»: se desarrolló en Eylau y fue un combate sangriento en el que el ejército de Augereau fue aniquilado, y la caballería rusa llegó hasta el cementerio de Eylau, estando a punto de hacer prisionero a Napoleón, que nunca pudo olvidar esta horri-



La batalla de Eylau, el 8 de febrero de 1807, según una acuarela de Siméon Fort. Museo de Versalles.

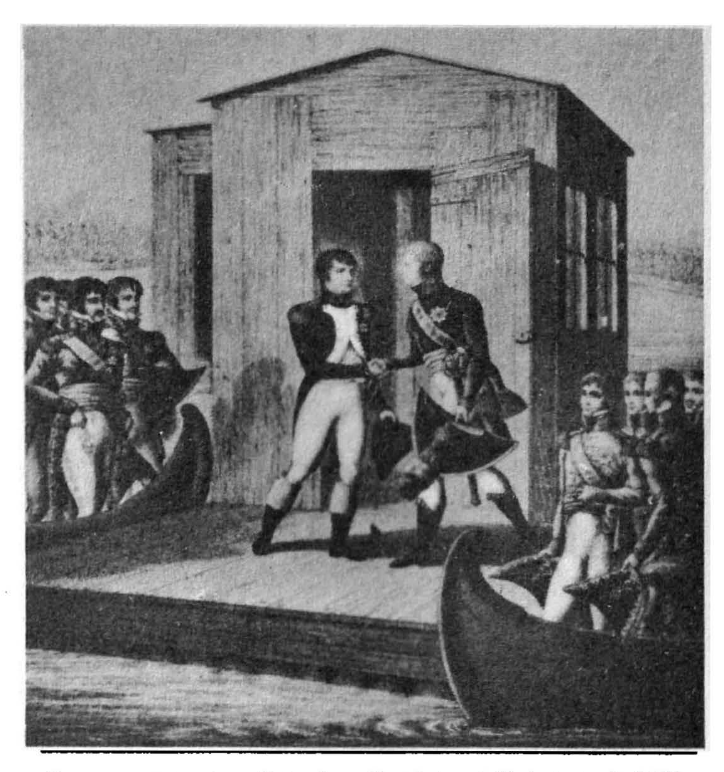
Hachette



La batalla de Friedland, 14 de junio de 1807, concluyó con una espectacular victoria de Napoleón sobre el ejército ruso.

ble carnicería. Hasta entonces había ganado las batallas basándose principalmente en las piernas de sus soldados y en su rapidez de reflejos. Pero ésta ya no era la guerra «reluciente y alegre». ¿Quién resultó vencedor o vencido en Eylau? «¡Qué masacre! –decía Ney– Y además, para nada.» Los rusos cantaron un *Te Deum*, probablemente para convencerse a sí mismos de que ellos habían sido los vencedores. Napoleón se instaló en Varsovia y esperó pacientemente, en gran parte debido a María Walewska, pero sobre todo porque tenía una «idea fija»: *debía* ganarse la amistad de Alejandro. Desde esta lejana capital gobierna Francia a través de cartas en las que se ocupa de todos los detalles hasta extremos increíbles: organiza fiestas en París, mantiene a Fouché al tanto de las fechorías de Mme. de Staël, da a los pintores temas para sus cuadros. Por fin está en condiciones de librar la batalla deseada: Friedland, el día del aniversario de Marengo (14 de junio de 1807). Esta vez la victoria de los franceses no ofrece dudas. Alejandro, irritado con sus aliados, solicita entrevistarse con Napoleón.

La entrevista se celebra en Tilsit, en una tienda montada sobre una balsa en medio del lago Niemen. Fue un combate floral. Ambos emperadores eran a cuál más vanidoso y el flechazo, al parecer, fue mutuo. Napoleón se había prometido ganarse a este «emperador tan guapo, bueno y joven», y todo indica que lo consiguió: «Nunca he querido a nadie más que a este hombre», dijo Alejandro. ¡Cómo no dejarse seducir por tanta inteligencia, por una «delicadeza de espíritu» (Bainville) que llega incluso a preocuparse por los escrúpulos del zar respecto a sus aliados! Alejandro no se entrevistó en la balsa de Tilsit con la Revolución calzada con botas y espuelas, sino con un cultivado hombre de mundo. Napoleón, por su parte, elogia a su nuevo amigo: «Nos levantamos muy pronto de la mesa para librarnos del rey de Prusia, que nos aburría. A las nueve en punto, el emperador vino a tomar el té a mi cuarto, vestido de civil... Hablamos de política y de filosofía. Es muy culto y está lleno de ideas liberales.» El soldado de oficio defendía la monarquía hereditaria; el déspota ilustrado argumentaba a favor de la monarquía electiva. Napoleón abandonó Tilsit convencido de haberse granjeado un amigo. La situación era «agradablemente absurda», y Napoleón no tardaría mucho en censurar en el hombre guapo y joven su astucia «de griego del Bajo Imperio». Pero, como señala nuevamente Stendhal, si Napoleón cometía errores de apreciación era por generosidad, por exceso de confianza. Napoleón mostró más grandeza de espíritu que Alejandro. El tratado de paz fue muy moderado, aunque Prusia perdió algunos territorios («las dos alas del águila negra estaban rotas») y al zar no le agradó nada



Encuentro entre el zar Alejandro y Napoleón, el 25 de junio de 1807, en Tilsit. Col. Sementchenkoff.

la creación de un Ducado en Varsovia como consecuencia de las negociaciones.

Más tarde, en Santa Elena, cuando preguntaban a Napoleón cuál había sido el periodo más feliz de su vida, él contestaba: «Tal vez, el de Tilsit... Me sentía victorioso, dictando leyes, rodeado de una corte de reyes y emperadores.» Napoleón regresó a París el 27 de julio «en la cumbre de su gloria», y el día 15 de agosto se celebró su cumpleaños con un esplendor sin precedentes. «No se festejaba sólo al héroe», sino también al soberano que los franceses adoraban. Si existía alguna oposición, permanecía en silencio. Claro que ¿dónde podría haberse manifestado? La prensa está amordazada. Se disuelve el Tribunado, sin ruido, sin resistencias, mediante un simple *senado-consulto*. Pero Napoleón todavía experimenta una

extraña sensación de inseguridad. El sueño es demasiado bonito, demasiado perfecto. «Con tal de que dure», repite su prudente y desconfiada madre, y el hijo sabe que tiene razón. Pone todo su empeño en mantener vivo el espíritu de Tilsit, y escribe al zar: «*Juntos* acabaremos con Inglaterra, pacificaremos el mundo»; pero sabe que las anclas que ha arrojado no son muy resistentes. Tanto en San Petersburgo como en Berlín e incluso en París, se duda de que la aventura pueda prolongarse durante mucho tiempo. El mismo Napoleón también lo duda. Europa es demasiado pesada y demasiado grande para que un solo hombre pueda abarcarla con sus brazos. En España surgen nuevos problemas. El Imperio es un edificio inmenso, espléndidamente diseñado y construido con asombrosa rapidez, pero está comenzando a llenarse de grietas por todas partes, y el emperador no ha acabado de arreglarlas en un sitio cuando ya han aparecido en otro.

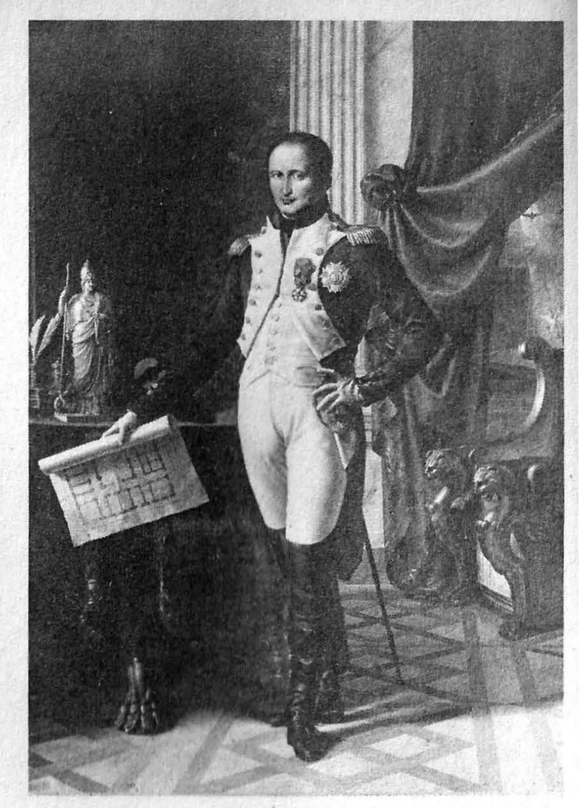
6. El ocaso del Imperio

La máquina infernal que amenaza al Imperio es el sistema continental. Naturalmente, el bloqueo perjudica a Inglaterra, que sufre un gran desempleo y ve cómo se agotan sus reservas de oro. Pero también tiene efectos negativos sobre el resto de Europa. Incluso el mismo Napoleón se ve obligado a conceder algunas licencias. Los boyardos rusos están furiosos porque ya no pueden vender su producción de madera y cáñamo. El contrabando comienza a organizarse. Algunos puertos permanecen abiertos a los barcos ingleses. Dinamarca, que había querido unirse al grupo de países neutrales, recibe serias advertencias. Suecia está de parte de Inglaterra. Portugal, que exporta vinos a los ingleses, vacila. Napoleón destrona entonces a la casa de Braganza y envía a Lisboa a Junot, que consigue entrar en la ciudad en el mismo momento en que la familia real huye a Brasil.

Se trata de una reacción en cadena. Los Estados Pontificios se niegan a cerrar sus puertos a los ingleses; el general Miollis toma Roma y se produce un conflicto con el papa. España ve con desconfianza cómo las tropas de Murat se instalan en su territorio con el pretexto de ayudar a Junot y proteger la península frente a los ingleses. La situación dinástica en España se complica. Sometido a la influencia de su ministro Godoy –el llamado «Príncipe de la Paz»–, el rey Carlos IV está desempeñando un papel lamentable. Su heredero, el príncipe de Asturias, conspira contra su padre y a raíz de un motín popular, sube al trono con el nombre de Fernando VII. Entonces Napoleón piensa que los españoles, ante semejante embrollo, aceptarán de buen grado a un rey elegido por él. Murat, que está en el escenario de los acontecimientos, le apoya en esta idea, con la esperanza de conseguir el trono. El emperador prefiere a José, y plantea un cambio de reyes: José irá a Madrid y Murat a Nápoles. Después atrae a Carlos IV y a Fernando VII a Bayona y los hace prisioneros.

Fue una mala jugada y un grave error. Esta vez, Napoleón se equivoca por completo. El, que sabe tantas cosas, lo ignora todo

José I, a quien Napoleón situó en el trono de España contra la voluntad popular. Retrato por J. B. J. Wilcar. Museo de Versalles.



En abril de 1808, Napoleón planteó al rey Fernando VII, a quien tenía secuestrado en Bayona, un claro ultimátum: o la cesión del trono, o la muerte. Grabado de B. Pinilli.





El general Dupont capitula en Bailén (1808). Cuadro de Casado del Alisal. Museo de Arte Moderno, Madrid.

respecto a España. Cree que los españoles se alegrarán de verse librados de un soberano ridículo, de unos frailes lunáticos y de una nobleza codiciosa. Pero se encuentra con un pueblo religioso y, por supuesto, patriota, que no teme morir ni matar, y para el que el honor lo es todo. José, abandonado a sus propias fuerzas, escribe una carta tras otra a su hermano avisándole del grave peligro. «Hacen falta muchos medios para someter a España –escribe José–. Este país y este pueblo no se parecen a ningún otro... No hay un solo español dispuesto a defender mi causa.» José no miente. España lo rechaza como a un cuerpo extraño. Algunos sacerdotes organizan grupos de guerrilleros. La guerra es encarnizada. En 1808 se produce el desastre: el general Dupont, con veinte mil hombres, capitula frente a los guerrilleros en Bailén. La furia de

Napoleón es tan violenta como la que sintió contra Villeneuve en el periodo de Boulogne. Y es comprensible que así sea, porque si Europa se da cuenta de que es vulnerable, o de que está herido incluso, puede lanzarse como un solo hombre sobre el nido del águila. Para arreglar la situación, Napoleón decide entrevistarse una vez más con su «amigo» Alejandro, antes de ir a España. Una vez cubierta de esta forma la retaguardia, podrá conducir a la *Grande Armée* hasta Madrid y acabar con «esos guerrilleros». Sabe que si él está presente, la victoria es segura.

Entonces se produce la famosa reunión con el zar y los príncipes alemanes en Erfurt. Napoleón ha llevado consigo a la *Comédie Française*, y Talma actúa ante «una platea de reyes». Los monarcas de la Confederación germánica escuchan respetuosamente, mientras su anfitrión les relata jovialmente su juventud. «Cuando era teniente de artillería...» La vanidad del éxito; también, la coquetería de la cultura, del conocimiento de los grandes poetas alemanes: Goethe, Wieland. «Usted es un hombre, señor Goethe.» Alejandro tiene también reservado un papel y lo representa con igual perfección. Cuando Talma recita: «La amistad de un gran hombre es un don de los dioses», el zar se inclina hacia Napoleón y le dice: «Cada día me doy cuenta de ello.» ¿Era sincero? A pesar de las apariencias, el espíritu de Tilsit había desaparecido. Alejandro evita los compromisos concretos, siguiendo los consejos de Talleyrand, que teme las desmesuras de su emperador y pretende servirle creándole obstáculos y poniéndole límites. De la precaución a la traición sólo hay un paso. Muy pronto el príncipe de Bénévent dirá: «Es el principio del fin.» A Napoleón, que ya ha decidido su divorcio, le gustaría casarse con una gran duquesa. Talleyrand aprueba secretamente la negativa del zar. En resumen, Napoleón representa en Erfurt el papel de víctima. Su derroche de brillantez no le ha reportado beneficio alguno. No hay nada más triste que una fiesta fallida. Después de su última conversación con Alejandro, permanece durante largo tiempo absorto en sus pensamientos. Los asuntos de España le han costado caros, tanto en hombres como en prestigio.

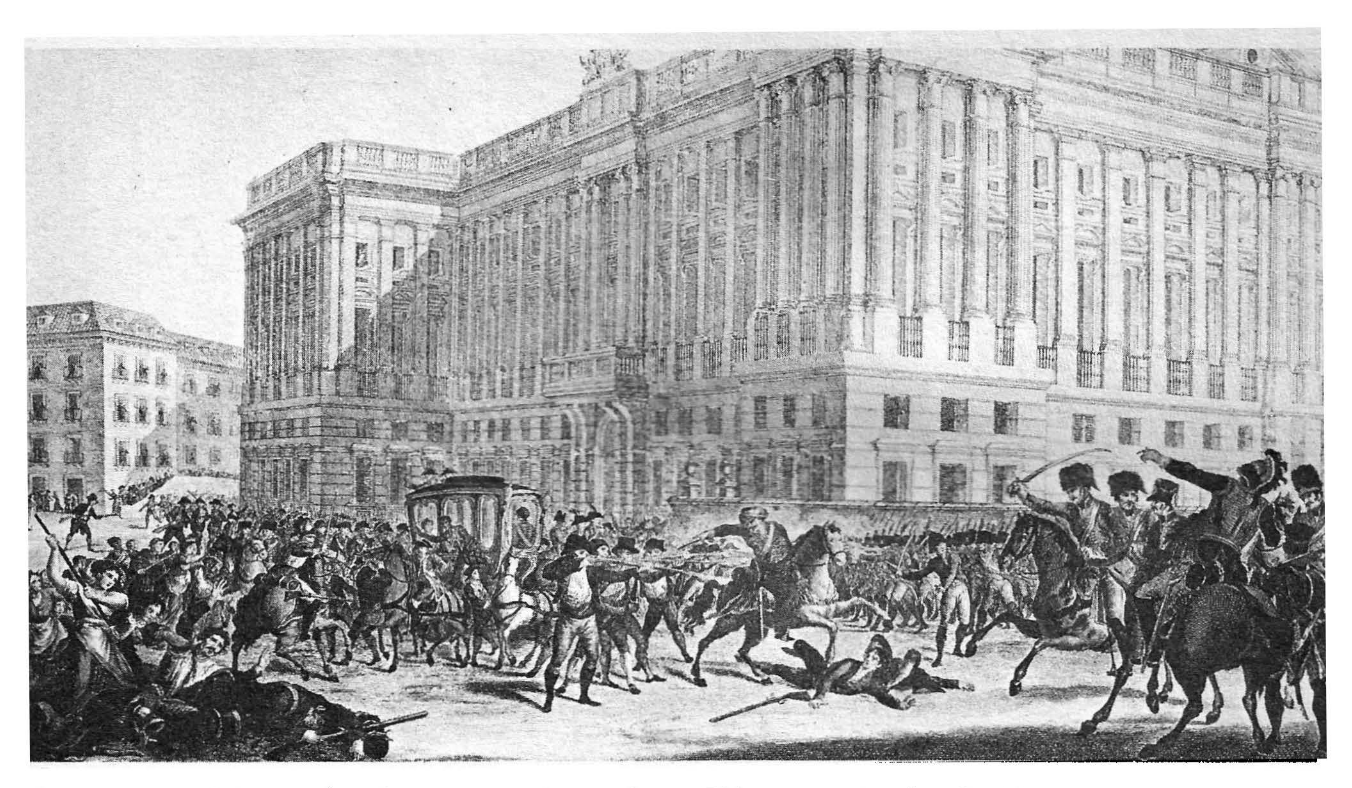
Pero ¿no dispone de «una renta de cien mil hombres»? Una noche en París será suficiente para arregrarlo todo. Mientras tanto, trasladará sus tropas desde Alemania hasta los Pirineos, movimiento de suma urgencia ya que los ingleses están desembarcando en España y Portugal. La política británica contra un enemigo que crea dificultades es siempre la misma: controlar el mar, adueñarse de las islas y de las colonias, forzar al rival a alargar sus líneas de comunicación terrestre, y atacarle entonces en un punto que permita el abastecimiento por mar y el suministro de armas y dinero a



Napoleón recibe en Erfurt al embajador de Austria, ante la presencia del zar Alejandro y del rey de Prusia. Museo de Versalles.

los aliados locales. Los generales ingleses John Moore y Arthur Wellesley (este último, futuro duque de Wellington) son excelentes. «Su infantería es la mejor de Europa –dice el joven Bugeaud–; afortunadamente no hay muchas como ella.» La presencia del emperador en este nuevo frente continental es indispensable.

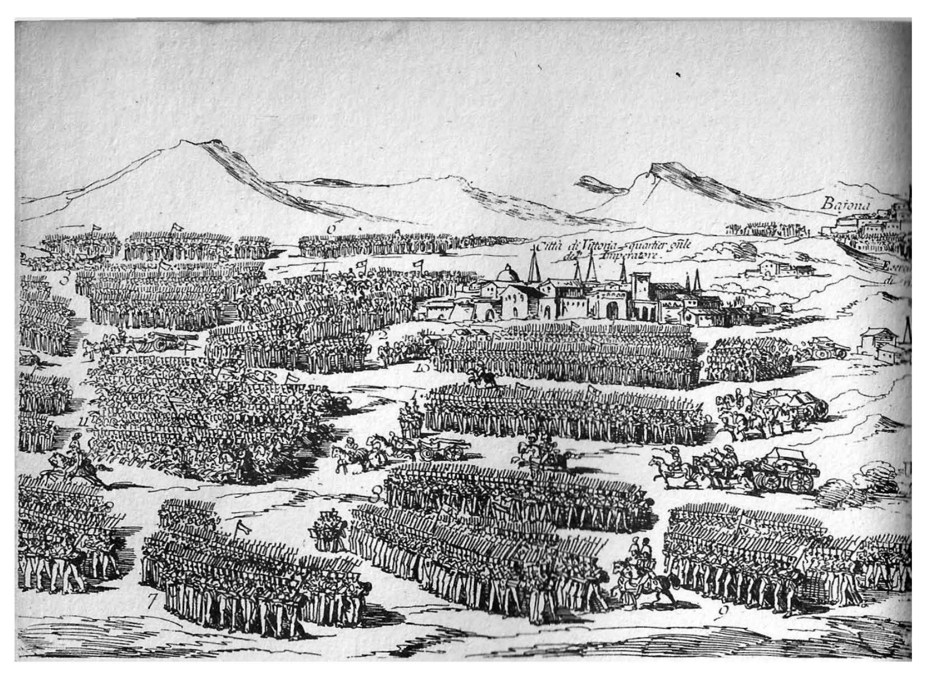
La carrera de Napoleón evoca el mito de Sísifo. Subió valerosamente su roca hasta la cima en Arcole, Austerlitz y Jena, pero la roca rodaba una y otra vez pendiente abajo, y para subirla de nuevo era necesario un esfuerzo mayor. En octubre de 1808, cuando la roca había llegado al punto más bajo, el emperador se dirige a España con ciento sesenta mil hombres, reclutas de 1810 llamados anticipadamente y reforzados con veteranos. Los patriotas españoles no pueden hacer frente a esta marea humana. El 2 de diciem-



2 de Mayo de 1808: los españoles se levantan contra el ejército francés. Biblioteca del Palacio Real, Madrid.



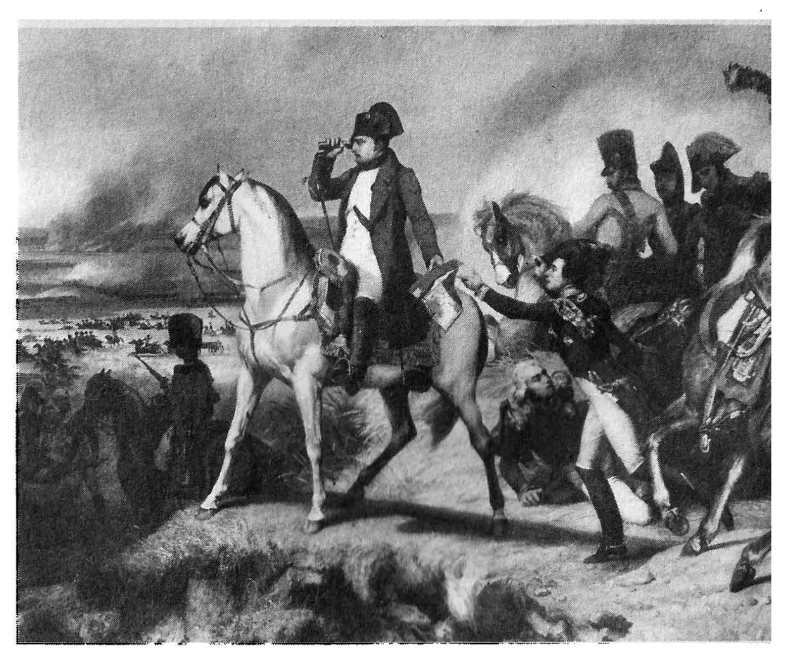
Ruinas del seminario de Zaragoza causadas por la explosión del 27 de junio de 1808. British Museum, Londres.



Entrada de los ejércitos de Napoleón en España.

bre, fecha fatídica para Napoleón, entra en Madrid. Repone a su hermano, suprime la Inquisición, los derechos feudales, cierra numerosos conventos, y piensa que con estas medidas se ha ganado a las masas. Una vez más demuestra desconocer este país indomable y la unanimidad exultante de su carácter rebelde. Desde París le llegan noticias de que, aprovechando su ausencia, Talleyrand y Fouché conspiran contra él. Vuelve rápidamente a París, reprende con dureza a los rebeldes, pero no se atreve a castigarlos. Desgraciadamente los necesita.

La opinión pública francesa está preocupada y Napoleón vuelve a prometer que no habrá más guerras. Pero la máquina infernal todavía está intacta. En España, Soult y Jannes se ven envueltos en una guerra atroz, con emboscadas en las sierras y revueltas callejeras en las ciudades. En Prusia, profesores y estudiantes incitan al país a luchar por la liberación. Austria todavía cree que puede encabezar este movimiento y organiza su ejército. La emperatriz borda las enseñas militares. Inglaterra envía ayuda económica, el zar sus buenos deseos. Los católicos están irritados por el tratamiento indigno a que ha sido sometido el papa. En abril de 1809 el

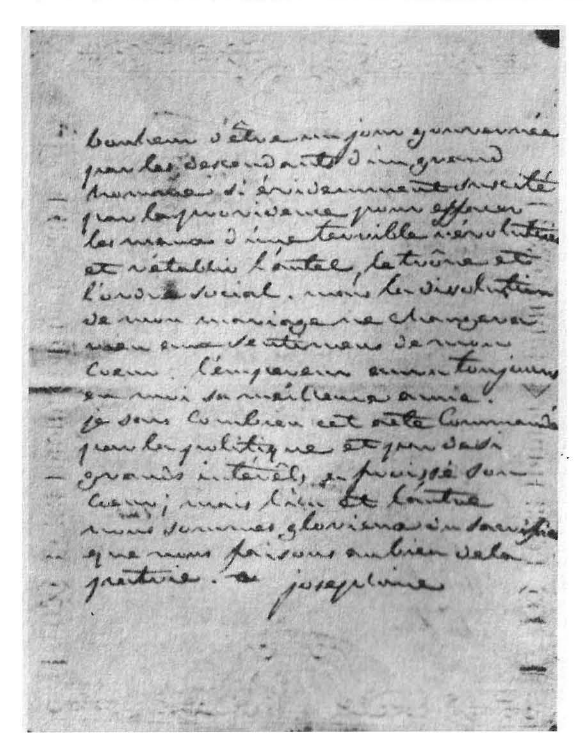


Napoleón dirige la batalla de Wagram, por H. Vernet. Museo de Versalles.

archiduque Carlos ataca en Baviera. Sísifo tiene que cargar de nuevo con su roca y escalar una vez más la maldita pendiente. El ascenso cada vez es más difícil. Su *renta* de cien mil hombres no es suficiente y ahora su ejército está compuesto por hombres demasiado jóvenes o demasiado viejos. Pese a todo, la victoria no abandona a su favorito y Napoleón entra en Viena por segunda vez, pero sólo después de haber sufrido terribles pérdidas.

Las malas noticias se suceden. Portugal está perdido, España amenazada. En Roma, el papa ha sido detenido, desterrado y trasladado de sitio en sitio en un carruaje. Pero Napoleón obtiene una brillante victoria en Wagram. Sin embargo, no puede sacarle partido porque le falta la caballería y la artillería y porque necesita recobrar fuerzas. No le interesa tanto aplastar a Austria como convertirla en un peón de su juego. La alianza con Rusia se le escapa, ¿por qué no una alianza con Austria? Si le niegan una gran duquesa, ¿por qué no conseguir una archiduquesa? El enorme Imperio aguarda un heredero. La razón de Estado exige el divorcio.

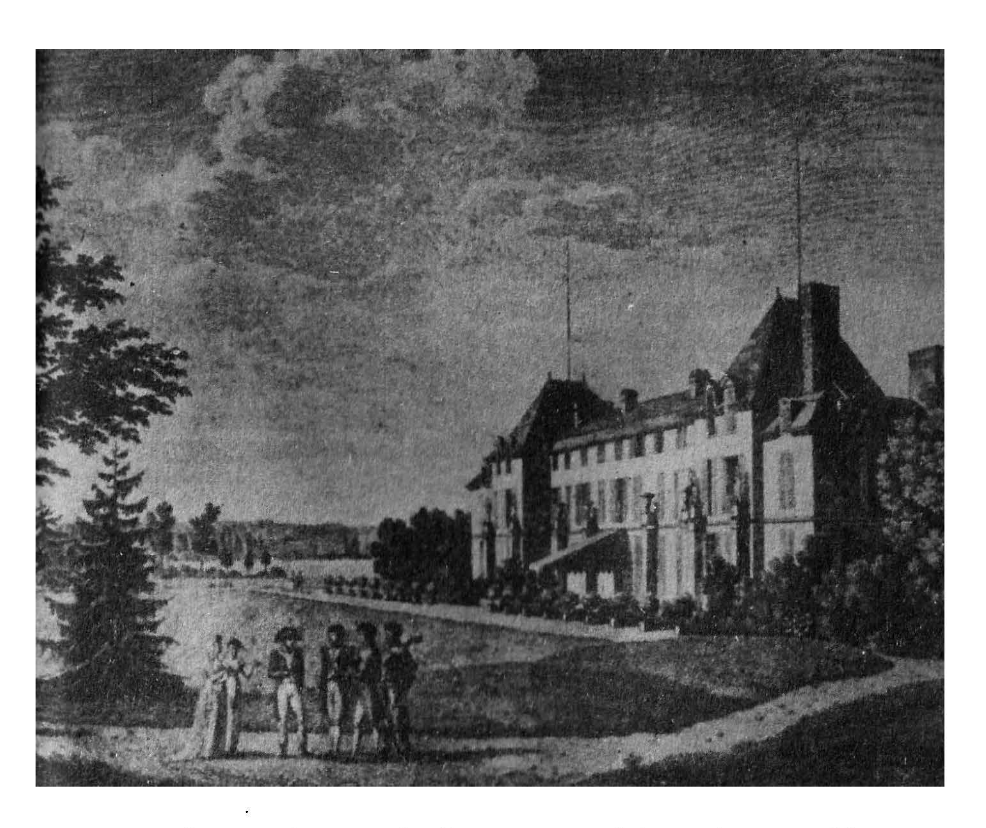
No es una decisión fácil de tomar. En primer lugar, Napoleón ha amado siempre a Josefina, no sólo físicamente sino, por así



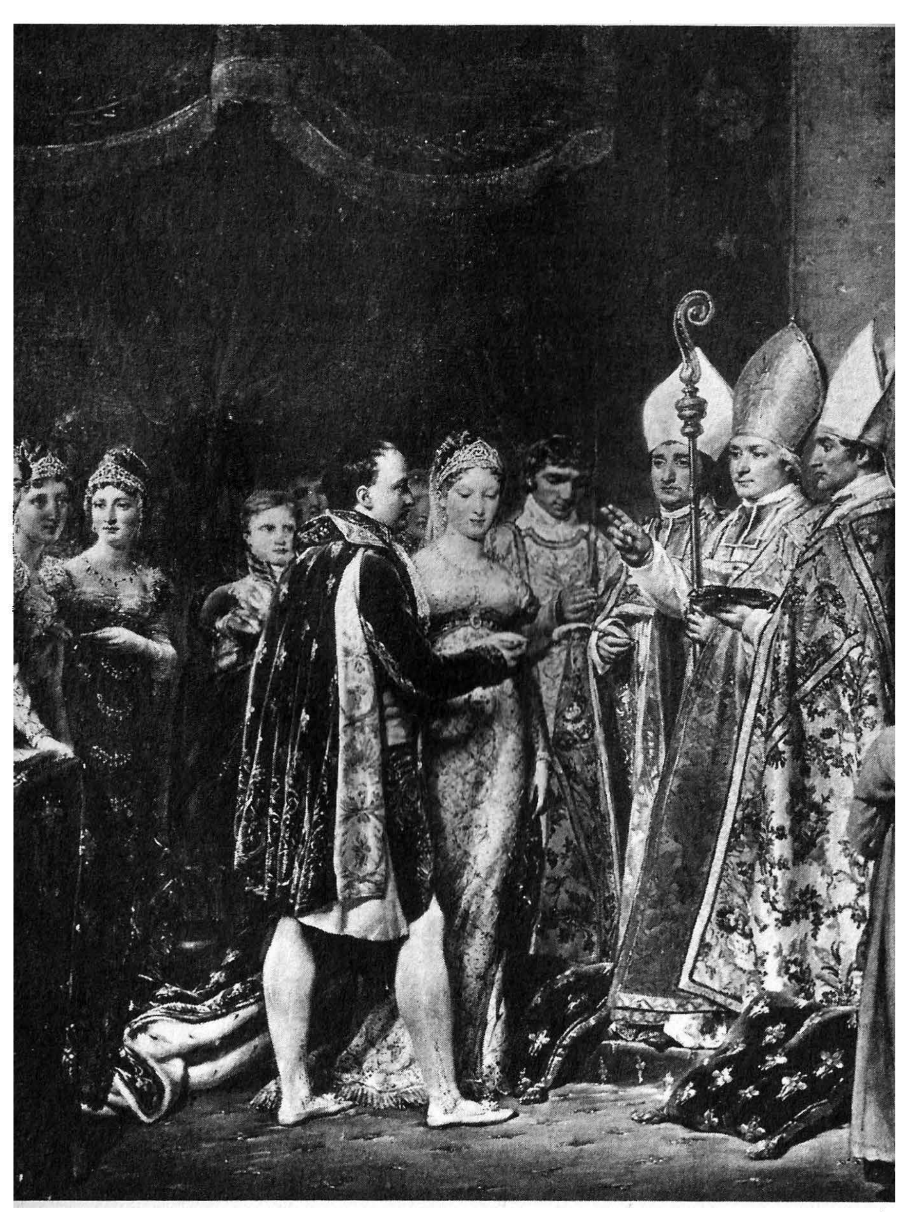
Vista de la Malmaison desde el parque. Josefina compró la casa mientras Napoleón estaba en Egipto. Grabado por Perdoux, según un dibujo de Bourgeois. ▶

Una carta de Josefina dirigida a Napoleón en la época de su divorcio.

decirlo, socialmente; es la emperatriz ideal, un poco extravagante, pero eso no tiene demasiada importancia. Además, está el hecho de que la emperatriz es popular; ella lo sabe y se opone al divorcio. Pero poco a poco Fouché y su hijo Eugène la convencen de que «se trata de un acto exigido por la política, una prueba de la abnegación absoluta que las obligaciones de un trono hereditario imponen al emperador, un sacrificio personal en favor de los intereses del Estado». El divorcio civil se consuma. Josefina continúa siendo emperatriz con una pensión de dos millones y la Malmaison. El único obstáculo es el matrimonio religioso celebrado precipitadamente la noche antes de la consagración. En principio, sólo el papa tiene potestad para anularlo, pero está prisionero del emperador y se niega a despachar asuntos eclesiásticos. Las autoridades católicas de París aceptan la atrevida sugerencia de sustituir al soberano pontífice y anulan el matrimonio religioso alegando insuficiente representatividad eclesiástica debido «al carácter clandestino de la ceremonia».

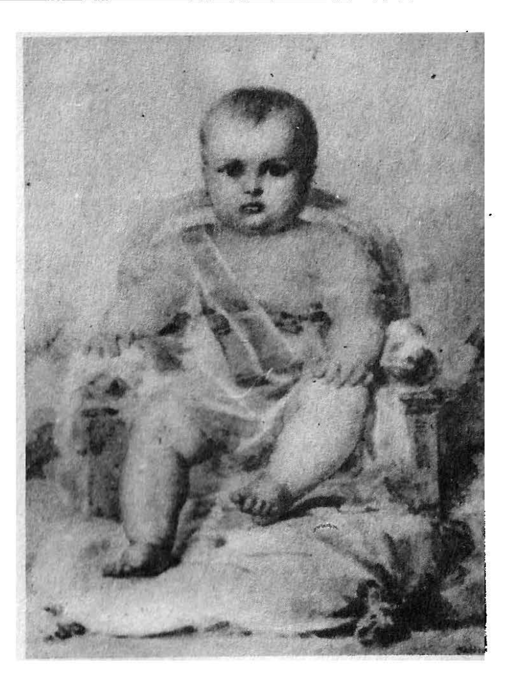


Ahora, si el emperador Francisco está de acuerdo, es posible llevar a cabo el matrimonio austríaco. Da la casualidad de que los dos emperadores lo desean: Napoleón porque así compromete a un poderoso miembro del club de las monarquías hereditarias en la defensa de la nueva dinastía francesa; Francisco porque desea «separar a Napoleón del zar y atraer al "dueño del destino" a la alianza austríaca», aunque reservándose la posibilidad –añadió Metternich– de volverse contra él si su estrella comenzaba a oscurecerse. En febrero de 1810, Viena da el consentimiento oficial. María Luisa, una atractiva princesa de dieciocho años, es sacrificada como Ifigenia para ganar tiempo. En cuanto a Napoleón, está muy contento por convertirse en miembro de la familia Habsburgo. Este tipo de esnobismo era su debilidad. Había empezado personificando la Revolución en su aspecto más agresivo, y terminaba llevando a su cama a una sobrina de María Antonieta. Tenía tantos deseos de verla que salió a su encuentro a la carretera de Saint Germain, hizo detener el coche y la llevó directamente a su habitación. Al fin y al



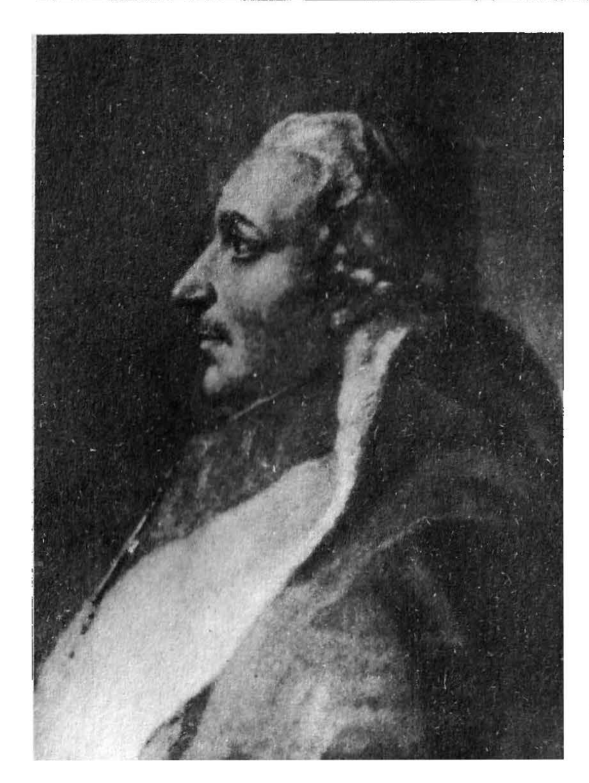
Matrimonio de Napoleón con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador Francisco I de Austria. Cuadro de Rouget. Museo de Versalles.

El rey de Roma, nacido el 20 de marzo de 1811. Después de la abdicación de su padre, tomó el título de duque de Reichstadt y vivió en la corte Imperial de Austria. Acuarela por Isabey.



cabo, estaba en su derecho. Maria Luisa se había casado en Viena por poderes, con Berthier como representante del novio, y llegaba ya como emperatriz. Indudablemente no era estéril porque, pasado un año (20 de marzo de 1811), dio a Napoleón un hijo y heredero, que, en memoria del Sacro Imperio Romano Germánico, recibió desde su nacimiento el título de rey de Roma.

Napoleón tuvo entonces el presentimiento de que el futuro era suyo y de su hijo. ¿Pero hasta qué punto este matrimonio pondría fin a sus problemas? Mientras Inglaterra fuera un enemigo invencible, no existía posible solución. El emperador había calculado cuánto tiempo podría resistir Inglaterra el bloqueo continental antes de rendirse. La fecha prevista llegó, pero Inglaterra no cedía. Su rey estaba loco, el regente carecía de autoridad, sus ministros eran mediocres. No importaba. Sus instintos y sus virtudes la sostenían. Gracias a su dominio del mar, Inglaterra se apoderó de las colonias, liberó Sudamérica y promovió un enorme contrabando en Europa manteniendo así su prestigio. Rusia permitió que atracaran en sus puertos ciento cincuenta barcos ingleses con bandera americana. Napoleón mismo tuvo que reconocer la realidad de los hechos y permitir la reventa de algunos productos confiscados que Francia

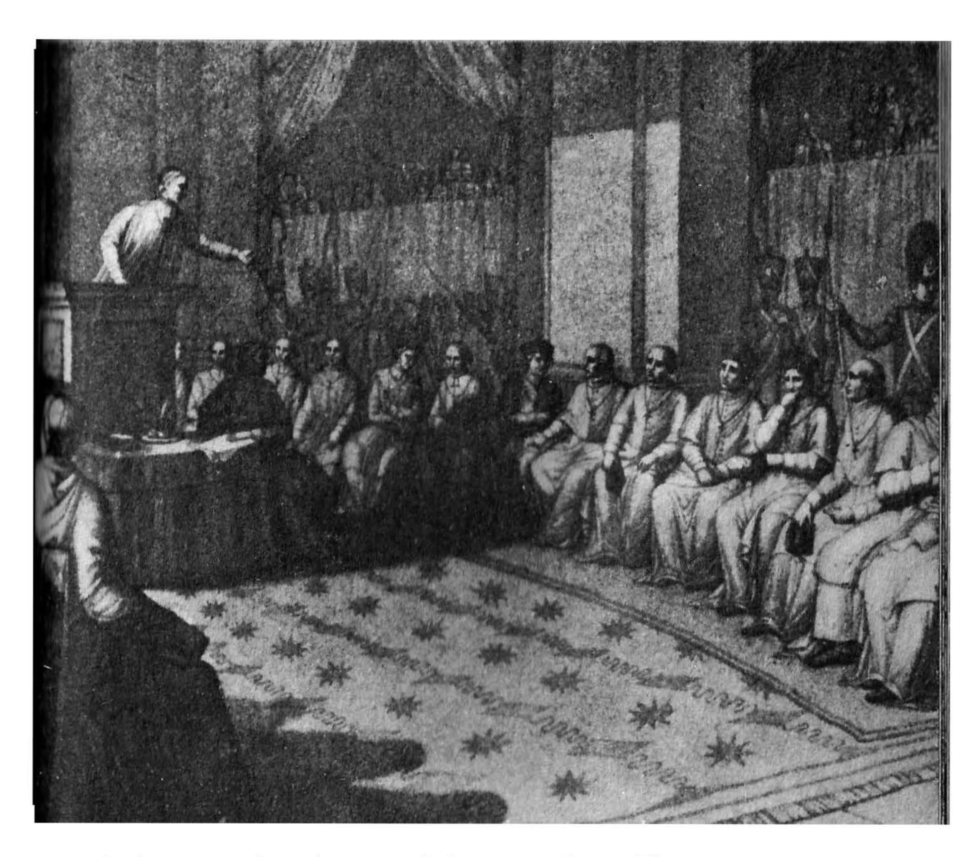


Retrato del cardenal Fesh, hermanastro de Leticia Bonaparte, arzobispo de Lyon y gran capellán del Imperio. Col. particular, Roma.

Concilio del 17 de junio de 1811, convocado en París para considerar la cuestión de la investidura de los obispos. Col. Hennin. Biblioteca Nacional, París. ▶

necesitaba. Suecia había elegido como rey al mariscal francés Bernadotte (cuñado de José, ya que éste se había casado con Desirée Clary), y el emperador pensaba que un rey francés favorecería el bloqueo, pero Bernadotte manifestó su lealtad al zar. Y sabía perfectamente de qué lado estaba el zar. El mar Báltico permanecía abierto de par en par al comercio británico. La situación en España tampoco mejoraba. El ejército anglo-luso de Wellington combatía con éxito a Ney, a Masséna, a Junot. La roca oscilaba nuevamente en la cumbre de la montaña.

Por otra parte, el conflicto con el papa resultaba cada vez más impopular. Napoleón quería imponerle su autoridad a toda costa. Si Pío VII no recapacita, el emperador convocará un concilio nacional, un concilio de Occidente, para que «la Iglesia de mi Imperio esté unida por una sola disciplina, igual que lo está en una sola fe». Al fin y al cabo, ¿no tiene en su poder a casi toda la cristiandad? Napoleón vuelve a poner de actualidad una vieja polémica, olvida-



da durante siglos: el asunto de las investiduras. El papa se niega a consagrar nuevos obispos. Un concilio reunido en París bajo la presidencia del cardenal Tesch, primado de Francia, decide que, tras un periodo de seis meses, el metropolitano o el obispo más antiguo podrán conceder la investidura. Por último, en mayo de 1812, el emperador da por concluido el concordato y ordena que el papa sea trasladado a Fontainebleau «vestido como un simple sacerdote». La dignidad del rehén suponía un serio peligro para el carcelero.

Todas éstas son las grietas que amenazan al Imperio. ¿Pero verdaderamente corre peligro? Algunos hombres perspicaces –Talleyrand entre ellos– sienten que se avecina la tormenta, pero Napoleón todavía tiene confianza en sí mismo. Pretende hacer de París la capital de Occidente. Desde los días dorados del Consulado, la sociedad francesa nunca había sido tan brillante. Pero es pura apariencia. El paro aumenta de forma alarmante y las cose-

chas son malas. Los artesanos y los obreros se dan cuenta de que la política de bloqueo impide las exportaciones. En Rouen, Verviers, Lyon y Gante se acumulan grandes cantidades de calicó y terciopelo sin vender. La política no marcha acompasada con la economía. Durante algún tiempo los franceses se sienten satisfechos con la gloria. Y al emperador que se la ha proporcionado todavía le guardan admiración y cariño, pero empiezan a temer que una «última guerra», ahora contra Rusia, sea inevitable. Una vez que se produzca la victoria –y parece indudable–, la Europa francesa será un hecho consumado.



Napoleón en 1812, por H. Vimet.

7. Los últimos años

A partir de Erfurt, Alejandro ha mantenido una actitud negativa, tanto política como personal, hacia Napoleón. El emperador de los franceses no puede seguir pensando por más tiempo que el emperador de Rusia está a su favor. El matrimonio austríaco, el sistema continental y el Gran Ducado de Varsovia inquietan profundamente al zar ruso. En relación con esta última cuestión, Napoleón mantiene una violenta entrevista con el embajador de Rusia: «Aunque su ejército estuviese acampado en las colinas de Montmartre, no cedería ni un palmo del territorio de Varsovia» –una actitud bizarra, sin duda, pero difícil de mantener si los cosacos se instalaran realmente en Montmartre. El 25 de abril de 1812 Alejandro toma la iniciativa y exige que los ejércitos franceses abandonen Prusia. Napoleón demora la respuesta a este ultimátum y se traslada a Dresde con María Luisa para visitar a sus familiares austríacos, el rey de Prusia y los príncipes alemanes. En esta ocasión se muestra sumamente brillante y persuasivo, obtiene contingentes de tropas extranjeras –polacos, prusianos, sajones, gente de Westfalia, de Baviera, y austríacos a las órdenes de Schwarzenberg– y promete que «en tres meses *eso* estará resuelto». *Eso* es la derrota de Rusia.

El plan que prepara es muy sencillo. La *Grande Armée* dispone de más de seiscientos mil hombres (la mitad de ellos extranjeros), a cuyo mando se sitúa personalmente el emperador con sus mejores mariscales. No duda ni por un momento que aplastará a los rusos. El zar se verá obligado a pedir la paz, el espíritu de Tilsit volverá a renacer y Europa estará unida. Es preciso que todo sea muy rápido, pues no quiere adentrarse en las enormes estepas rusas. Pero está seguro de su plan. «Cada vez que se le metía en la cabeza una idea que consideraba útil –dice Caulaincourt–, el emperador se animaba a sí mismo. La asumía, la acariciaba, llegaba a obsesionarse con ella.» Lo que Napoleón ignora es que el zar, sus generales, la nobleza rusa y los siervos están todos unidos contra el invasor, decididos a desalojar pueblos y ciudades antes de que Napoleón los saquee; y que van a batirse en retirada, obstinada-



El príncipe Kutuzov se distinguió como mariscal de campo en las guerras entre rusos y turcos. Fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos del zar en 1812. Col. Sementchenkoff, París.

Batalla de Smolensko, 17 de agosto de 1812. Tras una dura lucha, la ciudad cayó en manos de las tropas francesas. Museo del Ejército, París. ▶

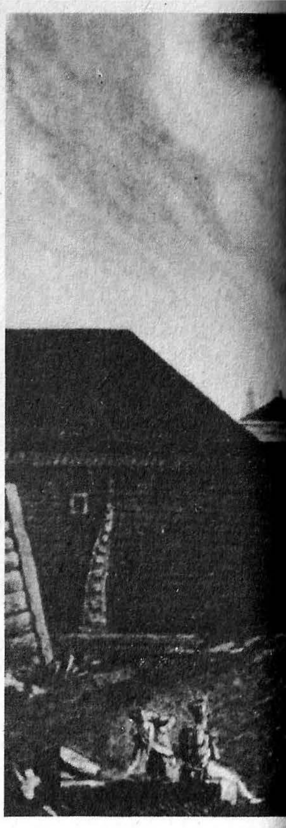
mente, para obligarle a hacer lo que el propio Napoleón sabe que sería fatal: adentrarse en el corazón de Rusia. Los dos generales rusos, Barclay de Tolly y Bagration, evitan comprometer sus tropas. A Napoleón le hubiera gustado hostigarles mediante una de esas maniobras que consistían en atacar siempre sobre la retaguardia del enemigo. Pero en este país las batallas no se ganan simplemente con las piernas de los soldados. Una noche le dice a Murat: «Mañana a las cinco brillará el sol de Austerlitz.» Al día siguiente el enemigo ya no está allí. El emperador, perplejo e indeciso, se ve obligado a reconocer que sus cálculos han sido desmentidos por los hechos: Alejandro no pide la paz.

La *Grande Armée* toma Smolenko. El ejército ruso ha incendiado la ciudad y ha desaparecido. Kutuzov, un ruso de vieja cepa, ha tomado el mando. En *Guerra y paz,* Tolstoi nos ha dejado un retrato inolvidable de este indómito anciano, que dormita en las reuniones, que no cree en las estrategias, pero que tiene una fe ciega en la Santa Rusia. Por fin, el 7 de septiembre, el emperador encuentra al ejército ruso atrincherado en Borodino. Los ataques



de Ney, Murat y Eugène consiguen romper las posiciones rusas, que también son superadas por Davout. Las pérdidas de ambos bandos son numerosas, pero Napoleón puede vencer si utiliza las fuerzas de su guardia mantenidas en la reserva. Pero no se decide. Sus generales están furiosos. «¡Qué regrese a las Tullerías!», dice Ney. ¿Por qué esta repentina debilidad? Porque detrás de él, entre la *Grande Armée* y Francia, hay un inmenso territorio. Alemania y Austria podrían volverse contra él en cualquier momento. Napoleón no da la orden y las tropas rusas prosiguen su retirada. En esta circunstancia, el emperador se ve obligado a dirigirse hacia Moscú.





Retrato del conde Teodor Rostopchin, gobernador de Moscú. Col. de la vizcondesa de Pitray-Ségur.

Al parecer, fue Rostopchin quien provocó el incendio que asoló Moscú, representado en la imagen.

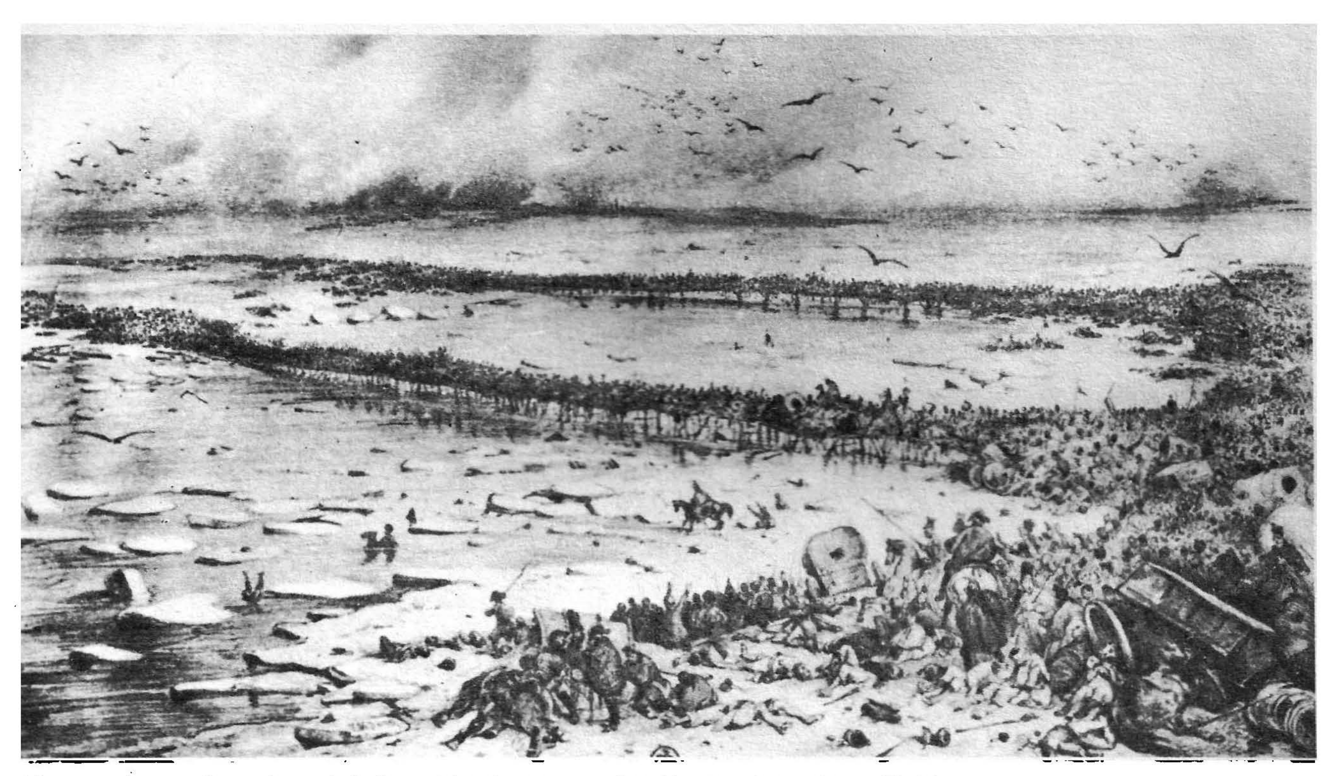
Muy pronto las torres y palacios del Kremlin están a la vista. Esta vez Alejandro no tendrá más remedio que pedir la paz. Moscú será el nuevo Tilsit.

Pero no ocurre así. Cuando cae la noche, Moscú arde «como una antorcha». ¿Quién ha encendido el fuego? Probablemente el gobernador Rostopchin. Los rusos, que culpan a los saqueadores franceses, sienten que su odio crece tanto como su firmeza. Los veteranos franceses están desanimados. ¿Merecía la pena venir desde tan lejos para ver cómo arden las casas? Los austríacos de Schwarzenberg sólo piensan en ponerse a salvo. En un primer momento, el emperador se siente abrumado: «Es un presagio del desastre que se avecina.» Pero después, con una impresionante capacidad de reacción, se sobrepone. «Moscú es una excelente posición política» para lograr la paz. Mientras aguarda, reorganiza la

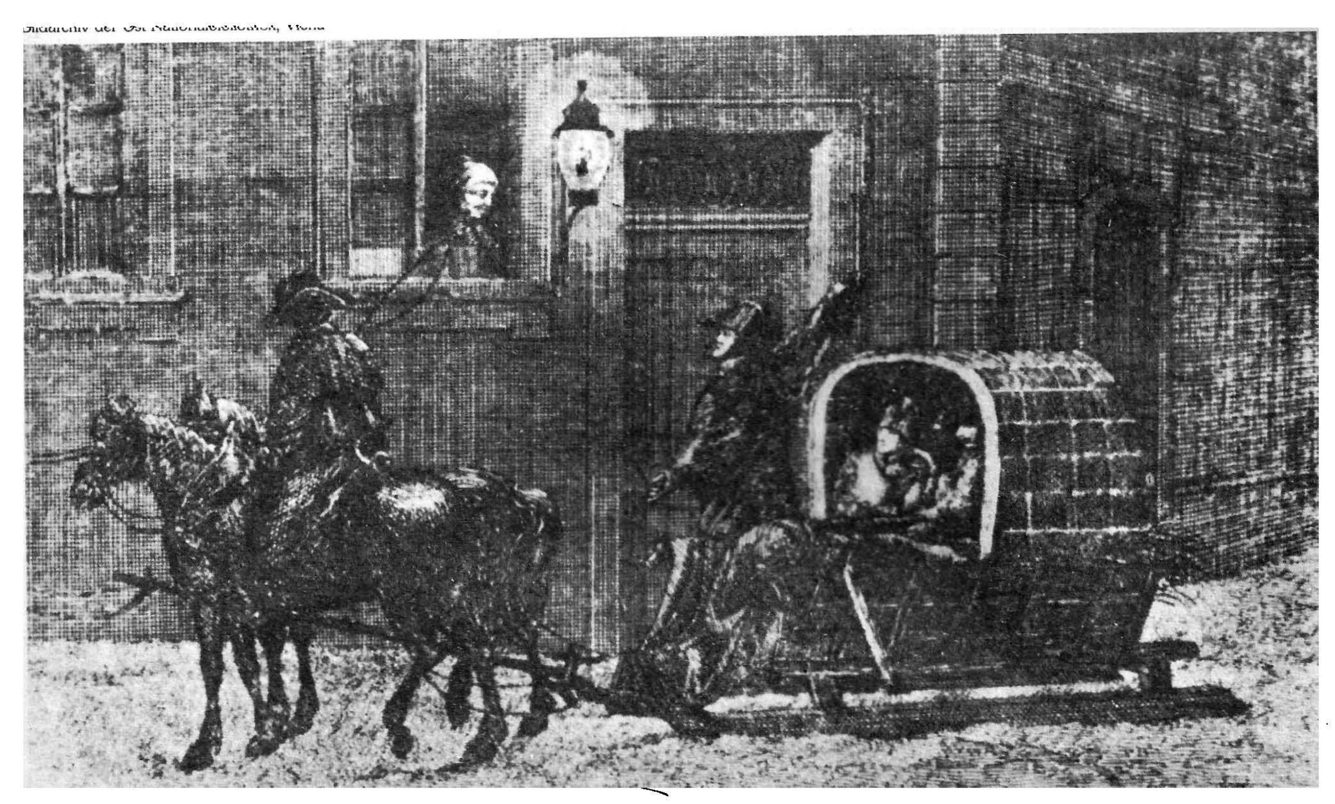


Comédie Française (por medio de un decreto fimado en Moscú), y como la esperada petición rusa no llega, toma la iniciativa y escribe a su buen amigo Alejandro. No obtiene respuesta. Octubre se aproxima y con él el terrible invierno ruso. Pero el clima todavía es agradable y Napoleón trata de convencerse a sí mismo: «El otoño es aquí más hermoso e incluso menos frío que en Fontainebleau.» El antiguo calculador se ha convertido en un jugador. Arriesga un último envite: una oferta de paz a Kutuzov. Es rechazada. Ahora debe marcharse; ya se ha entretenido demasiado tiempo.

Y así comienza una retirada muy dura, entre el acoso de los cosacos, de los campesinos y del *general* Invierno (35° C bajo cero). El ejército no puede detenerse en Smolensko y continúa hacia el Beresina, sobre el hielo, bajo la nieve y con las provisiones a punto de acabarse. Catorce mil rezagados marchan detrás. El paso del



El ejército francés, diezmado por la lucha y el frío, logró cruzar el río Beresina. Litografía por V. Adam.



Llegada de Napoleón a Dresde, a su regreso de Rusia, en 1812.

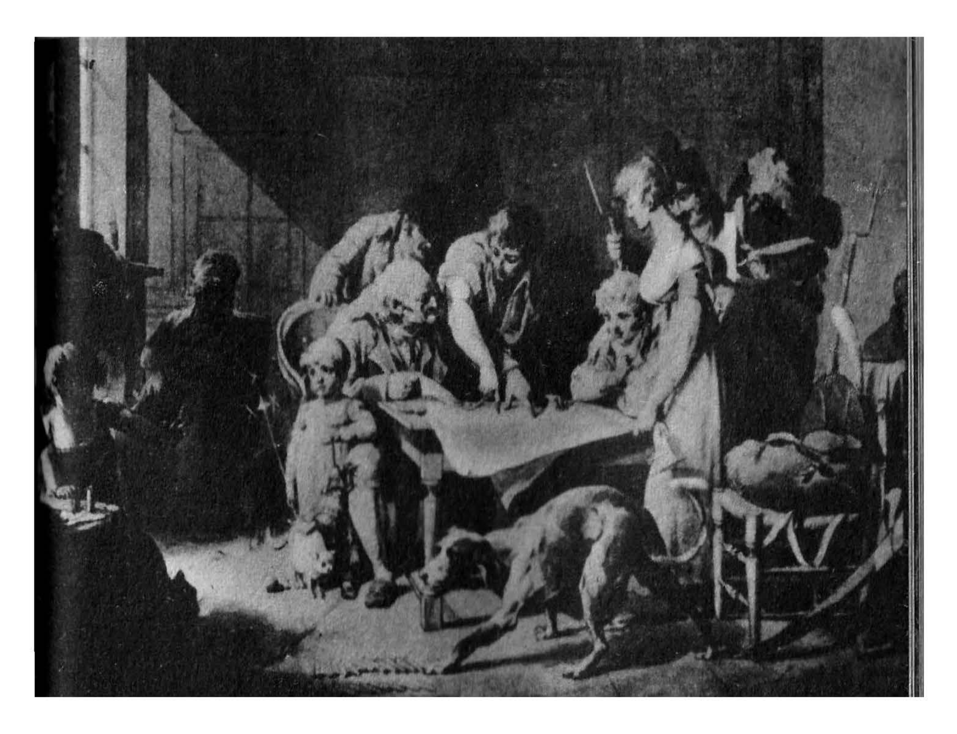


A. de Caulaincourt, marqués de Caulaincourt y duque de Vicenza, fue embajador de Francia en San Petersburgo. Dibujo por David. Museo de Besançon.

Lectura del XXIX Boletín de la Grande Armée, *el «terrible boletín» en el que Napoleón reconocía el ocaso de sus ejércitos.* ▶

Beresina, con los cañonazos rusos rompiendo el hielo, se convierte en un holocausto. Pero la persona del emperador se ha salvado. Un correo procedente de Francia le informa de que, aprovechando su ausencia, una conspiración organizada por el general Malet le ha depuesto por una noche tras anunciar su muerte. La situación ha sido controlada, pero el suceso demuestra lo frágil que es la estructura del Imperio. «¿Y la emperatriz? ¿Y el rey de Roma?» Nadie ha pensado en ellos. Napoleón dice a sus subordinados más cercanos que su retorno a Francia es imprescindible. «En las actuales circunstancias solamente puedo imponerme a Europa desde el palacio de las Tullerías.» En consecuencia, tiene que abandonar al ejército. Deja el mando a Murat, general que, aunque menos capacitado que Berthier, es rey. La jerarquía es la jerarquía. Antes de partir, debe explicar su marcha y el desastre militar al pueblo francés. A este fin, dicta el sorprendente XXIX Boletín de la *Grande Armée* que relata todo lo sucedido con gran serenidad y con cierto tono imperturbable. Después, se pone en camino con Caulaincourt, primero en coche, más tarde en trineo.

Resulta asombroso este viaje de un emperador que atraviesa Europa de incógnito, acompañado de un reducido grupo de perso-



nas y vestido con un abrigo que apenas puede protegerle del frío. Pero más soprendente todavía es la alegría, tal vez inconsciente, del emperador. «Los desastres que hemos sufrido –dice– producirán un gran revuelo en Francia, pero mi llegada compensará sus malos efectos.» Cree que Europa volverá a caer en sus manos. «Los reveses que Francia acaba de sufrir terminarán con todas las envidias... Sólo me queda un enemigo en Europa: el coloso ruso.» Caulaincourt, más perspicaz, le responde: «Es a Vuestra Majestad a quien se teme.» Napoleón se sorprende. ¿Temerle a él, que nunca ha querido la guerra? Inglaterra le ha obligado a hacer todo lo que ha hecho. «No soy un Quijote deseoso de aventuras. Soy un ser razonable que sólo hace lo que cree que es útil.» Respecto a la retirada de Kutuzov y al incendio de Moscú, los considera sendos disparates. «Hemos sido víctimas del clima. El buen tiempo me ha engañado.» ¿Y España? No le preocupa. «Si treinta mil ingleses ocuparan Bélgica o desembarcaran en el puerto de Calais, me harían más daño que el hecho de verme obligado a mantener un ejército en España.» En Posen recibe correo de Francia. Abre los sobres con gran impaciencia. Lee una carta de la emperatriz: «¿Verdad que tengo una buena esposa?» Después, otra de Mme. Mon-

tesquieu, institutriz de su hijo. «En tales momentos –apunta Caulaincourt–, este hombre, tan absorbido por sus asuntos, se convertía simplemente en un buen marido, el mejor de los maridos, el más cariñoso de los padres.»

Su llegada a París demostró, en cierta medida al menos, que la serenidad de Napoleón estaba justificada. El terrible XXIX Boletín ya había sido publicado en el *Moniteur*, pero la presencia del emperador en la capital disipó muchos temores: «El pueblo se siente más afligido que desanimado», dijo Napoleón. Y dirigiéndose a sus ministros: «Bien, señores, la fortuna me ha deslumbrado; me he confiado. Estaba en Moscú, pensaba que podía firmar la paz y permanecí allí demasiado tiempo.» Caulaincourt era mucho más duro. Creía en el genio del emperador, pero pensaba que su punto fuerte era la creación, no la conservación. El emperador no tenía en quién apoyarse, pues sus prodigiosas hazañas habían favorecido que tanto los mariscales como los ministros dejaran en manos de Napoleón la administración de las victorias. Los rápidos resultados obtenidos en las campañas de Italia y Grecia habían acostumbrado mal a todo el mundo. La retirada de Rusia se planificó sólo en el último momento y, por tanto, muy mal. La *Grande Armée* no estaba acostumbrada a replegarse. Por otra parte –y éste es el defecto más grave de un jefe–, a Napoleón no le agradaba pensar en lo que le contrariaba. «La fortuna le habia sonreído tantas veces, que pensaba que nunca podría serle completamente infiel.»

Pero ahora lo era. En Rusia, Murat cede a Eugène el mando de lo que queda del ejército. Schwarzenberg se burla de estos cambios. «Habíamos pasado de manos de un emperador a las de un rey; ahora estamos bajo un virrey.» El general austríaco parlamenta con Kutuzov y deja así al descubierto el flanco derecho del ejército. ¿Qué ocurre en Prusia? Los patriotas quieren aliarse con Rusia. ¿Y Austria? Procurando atraerse a Francisco II, Napoleón propone entregar la regencia a María Luisa. Pero no tiene en cuenta a Metternich. En cuanto a Inglaterra, el emperador sabe que no habrá paz mientras él no abandone Bélgica, pero también que un pacto deshonroso puede poner en peligro a Francia. Su posición, más que difícil, es desesperada. El derrumbamiento ha comenzado. En 1813, Prusia le declara la guerra. Gana algunas batallas –Lützen, Bautzen–, pero la caída continúa. Los monarcas de Europa no sólo se alían contra él, sino que al mismo tiempo tratan de echarle de Francia.

Muchos mariscales creen que el fin está próximo. Después de la batalla de Leipzig, en la que cien mil franceses se enfrentaron a trescientos mil enemigos, Europa entera se lanza contra Napoleón.

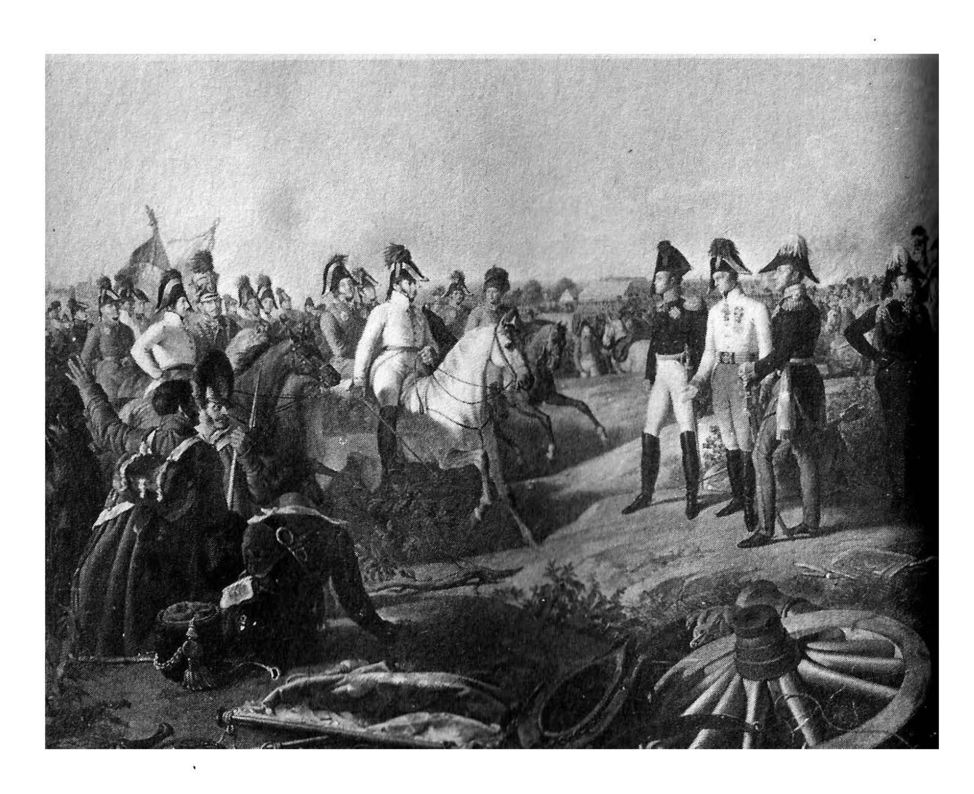


Bildarchiv der Ost Nationalbibliothek, Viena

Retrato de Mettenich, canciller de Austria.

Seiscientos mil rusos, austríacos, alemanes e ingleses invaden Francia por todas partes. Nunca el emperador había hecho tanto alarde de su sabiduría estratégica como en esta campaña. «Sólo el general Bonaparte –dijo él mismo– puede salvar ahora al emperador Napoleón.» El general está a la altura de sus responsabilidades y de su genio, pero ya no queda nadie dispuesto a ayudarle o a servirle. Los mariscales piensan en su porvenir y tratan de situarse. Los soldados son casi niños. Napoleón está en todas partes: vence a los austríacos, hostiga a los prusianos, libra en Montmirail y Champaubert batallas semejantes a las de Arcole y Austerlitz, «pero en última instancia –como había dicho él mismo– la victoria corresponde a los grandes batallones.» El círculo de los invasores se cierra alrededor del héroe y sus soldados.

París es el corazón de Francia. En marzo de 1814, el emperador aún soñaba con realizar algunas brillantes maniobras en Lorena contra la retaguardia del enemigo, cuando se enteró de que Blücher y Schwarzenberg estaban a las puertas de la capital. José ha



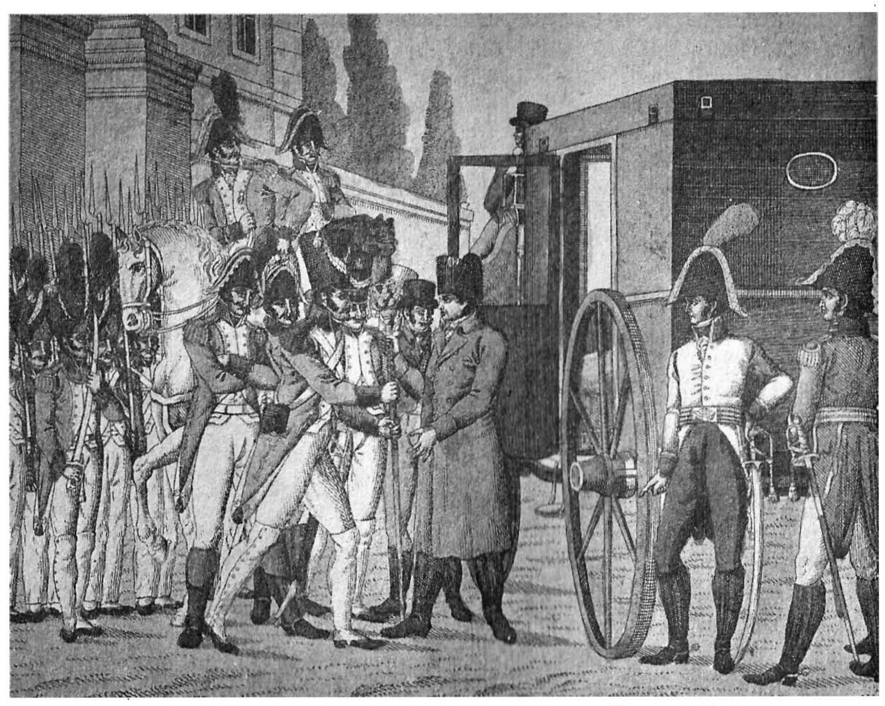
capitulado. Las primeras palabras de Napoleón fueron: «¡Qué cobardía! Si hubiera llegado cuatro horas antes, se habría salvado todo.» Después, furioso, añadió: «Donde no estoy yo, no se cometen más que disparates.» Le dijo a Caulaincourt que fuera a ver «qué se podía esperar». Caulaincourt se entrevistó con el zar, con el rey de Prusia, con Schwarzenberg. Los tres dijeron que querían la paz, pero sin Napoleón. El zar Alejandro ofreció «todo lo necesario» desde el punto de vista económico, a condición de que Napoleón no se quedara en Francia ni en Italia. ¿Dónde? Caulaincourt sugirió Córcega, Cerdeña o Corfú. Alejandro mencionó la isla de Elba. Caulaincourt convirtió el ofrecimiento en «un compromiso» en caso de que el emperador abdicara. María Luisa y el rey de Roma ya habían salido de París.

Mientras tanto, Napoleón había encontrado libre el camino hacia Fontainebleau y se había instalado allí. Una delegación de mariscales presidida por Ney fue a pedirle que abdicara. Pensaban que la única salida para Francia era la vuelta de los Borbones.



El mariscal Schwarzenberg (página anterior) comunica a los emperadores y reyes aliados la victoria sobre Napoleón en las cercanías de Leipzig. Tras su derrota, el emperador francés firmó su abdicación en Fontainebleau (arriba, en un cuadro de Bouchot. Museo de Versalles), documento que aparece reproducido bajo estas líneas.

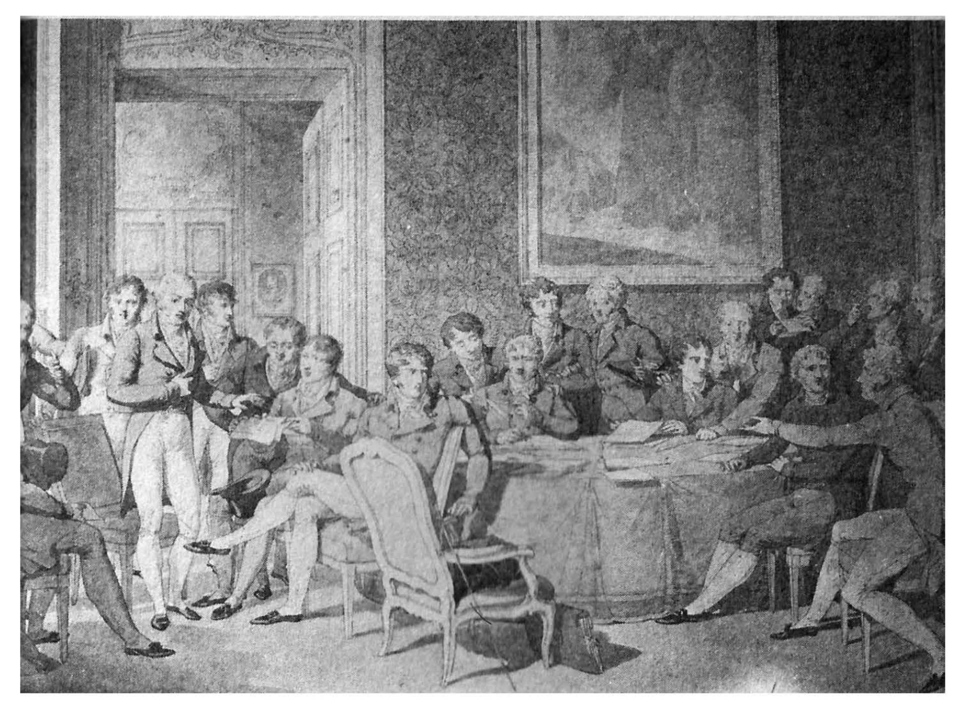
6 avril 1814.



Partida de Napoleón hacia la isla de Elba. Biblioteca Nacional, París.

«Luis XVIII –dijeron– será bien visto por los reyes de Europa.» Napoleón les dirigió una última arenga: «¡Combatiremos!», les dijo. La delegación guardó un silencio glacial. Por las memorias de Caulaincourt sabemos que Napoleón intentó suicidarse, pero le falló el veneno, y tuvo que resignarse. ¿Qué iba a pasar con la regencia, con el rey de Roma? Napoleón sabía que pensar en esto era una quimera. Desde la escalera de acceso al palacio se despidió de la vieja guardia con un gesto digno de un gran artista: «Si he decidido continuar mi vida es para engrandecer aún más nuestra gloria. Quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos...» Cuando besó el águila, los veteranos lloraban. Sólo ellos le habían querido, sólo ellos permanecían fieles.

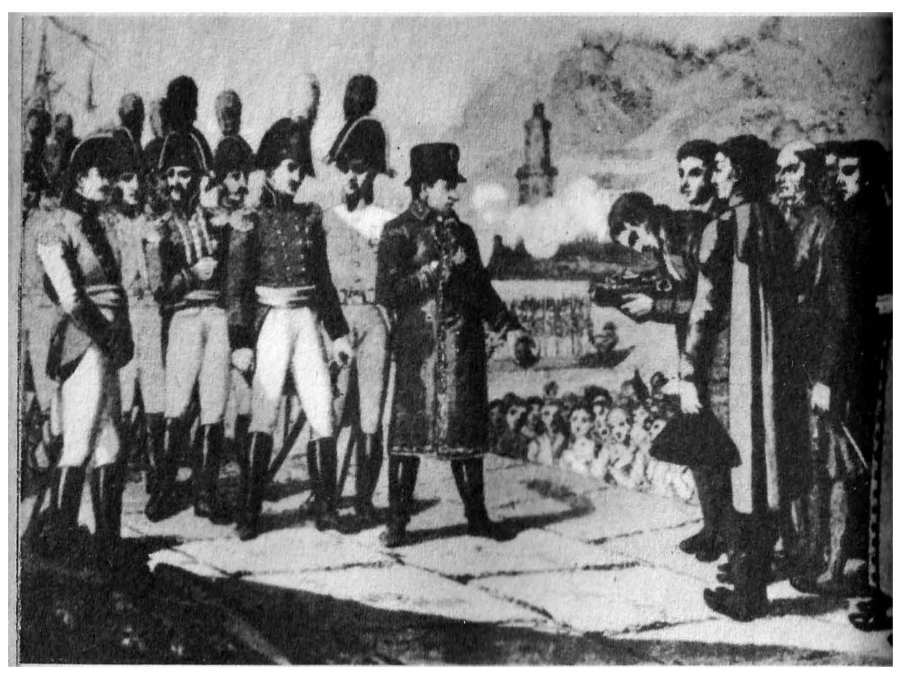
Un hombre bien colocado sólo piensa en su puesto. A eso se reduce su política. Los mariscales y los altos funcionarios, navegando siempre a favor del viento, ofrecieron sus servicios a los Borbones. En París, se recibió al conde de Artois, e incluso a los soberanos enemigos, con un entusiasmo vergonzoso. «Parecía como si



Congreso de Viena (1814-1815). Museo del Louvre, París.

todos regresaran de Coblenza... Los pañuelos y las enaguas se habían convertido en banderas blancas» (Mme. de Chateaubriand). El mismo Napoleón quería marcharse cuanto antes de Fontainebleau. «Estoy estorbando... ¿Por qué no acaban con esto de una vez?» Confiaba en que María Luisa se quedaría en Parma e iría con frecuencia a Elba a visitarle. Tras emprender por fin la partida, fue bien acogido en su trayecto, excepto en el sur, donde algunos monárquicos furiosos le buscaban por los coches con la intención de ahorcarle. Es bien sabido que Napoleón, tan valiente en el campo de batalla, tenía miedo a los tumultos, según se demostró durante el 18 Brumario. En esta ocasión, se disfrazó con un uniforme austríaco para eludir los atentados y por fin embarcó en Fréjus en una fragata inglesa. La gran aventura parecía terminada.

Mientras en Viena los monarcas y diplomáticos intentaban reorganizar juntos Europa, y mientras María Luisa, la emperatriz infiel, iba de fiesta en fiesta, el destronado emperador se dedicaba, con su empeño característico, a organizar su diminuto Estado. Para



Napoleón recibe las llaves de Porto Ferrajo, a su llegada a Elba, el 4 de mayo de 1814.

los auténticos hombres de acción ninguna tarea es demasiado pequeña. En Elba Napoleón dedicaba todos sus esfuerzos a la administración de su «ínsula Barataria». Construyó carreteras, un hospicio y un teatro. Hizo roturar tierras para cultivos. Tal vez se hubiera resignado por completo si su mujer y su hijo hubieran estado con él. Pero sólo apareció María Waleswka con el hijo de ambos. Napoleón, contrariado, rechazó este ofrecimiento de cariño.

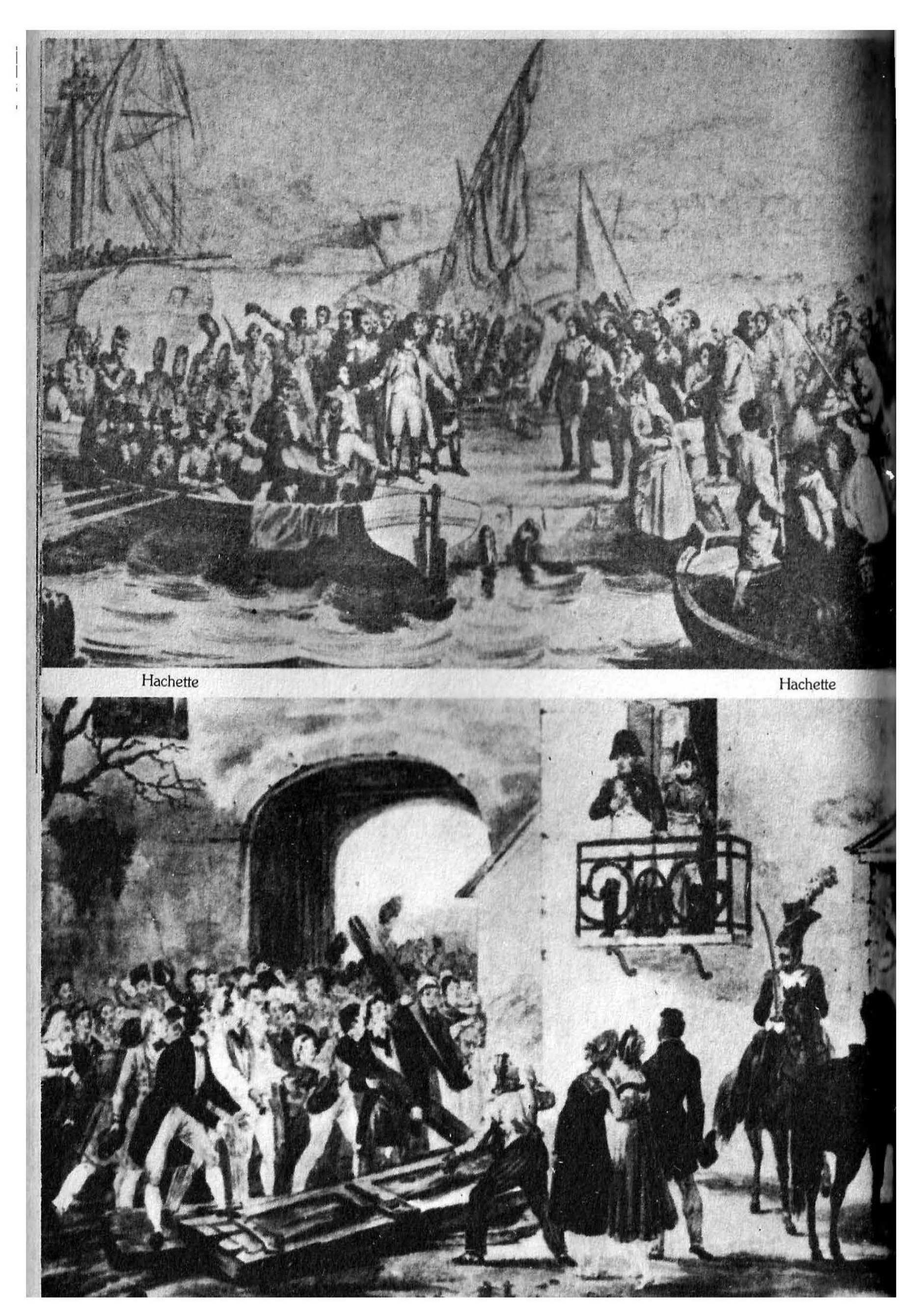
¿Por qué motivo, a principios de 1815, había ya decidido volver a Francia? Sólo tenía 45 años y aún se sentía capaz de desafiar a Europa. Además, tenía muchas razones para estar descontento, entre ellas la permanencia de su mujer en Viena y el impago de la renta que le habían prometido. Pero sobre todo, tenía causas fundadas para temer por su vida. Talleyrand decía con frecuencia: «Hay que deshacerse del hombre de la isla de Elba.» José, desde Suiza, alertaba a su hermano frente a los posibles asesinos, unas veces chuanes, otras prusianos. Las noticias que Napoleón recibía de Francia confirmaban la impopularidad de los Borbones. Su retorno impuesto por las potencias extranjeras había herido el



Dormitorio de Napoleón en el palacio San Martino de Elba.

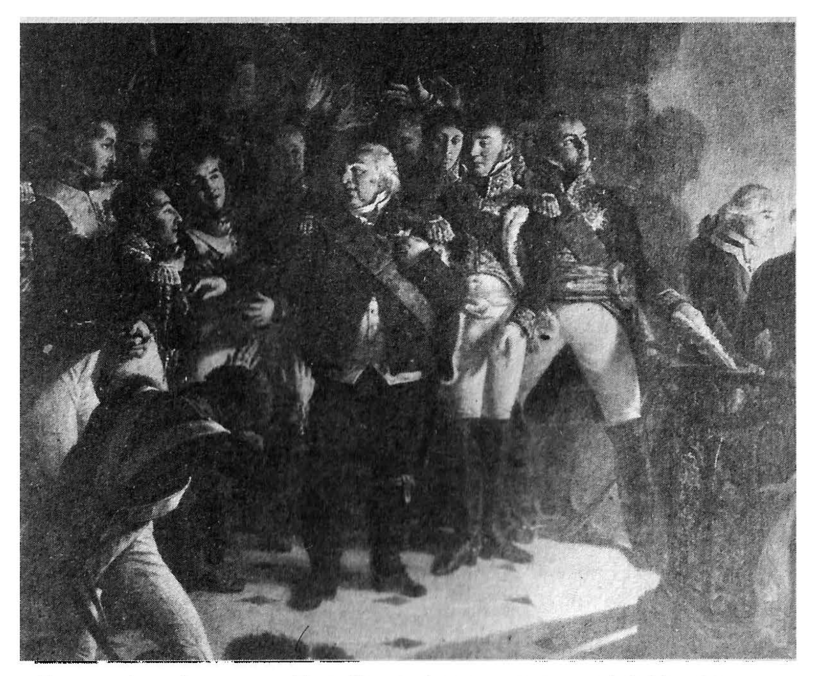
orgullo de la nación. Los oficiales y soldados que habían combatido con la *Grande Armée* y que ahora sólo recibían la mitad de sus sueldos para poder subvencionar a los *émigrés*, se sentían furiosos por la claudicación. Bebían «a la salud *du petit tondu*» (Napoleón). El 15 de Agosto de 1814 celebraron el cumpleaños del emperador. «*Le petit caporal* vendrá y nos librará de estos *lilas*», decía el pueblo llano. Algunos visitantes procedentes de Francia hicieron saber al emperador que los republicanos y bonapartistas conspiraban contra Luis XVIII y que, si Napoleón no se apresuraba, el duque de Orleans le tomaría la delantera.

Esta posibilidad aceleró su decisión. Napoleón preparó su marcha con toda la minuciosidad de un jefe de Estado. En la isla se publicó un manifiesto rotundo. «El águila con los colores nacionales volará de campanario en campanario hasta las torres de Notre-Dame.» Su retorno fue espectacular. El emperador sólo contaba con un millar de hombres y no disponía de recursos bélicos. Sus auténticas armas eran el recuerdo de quince años de gloria, el amor del pueblo y el afecto de sus soldados. El 1 de marzo de 1815



Hachette

Hachette



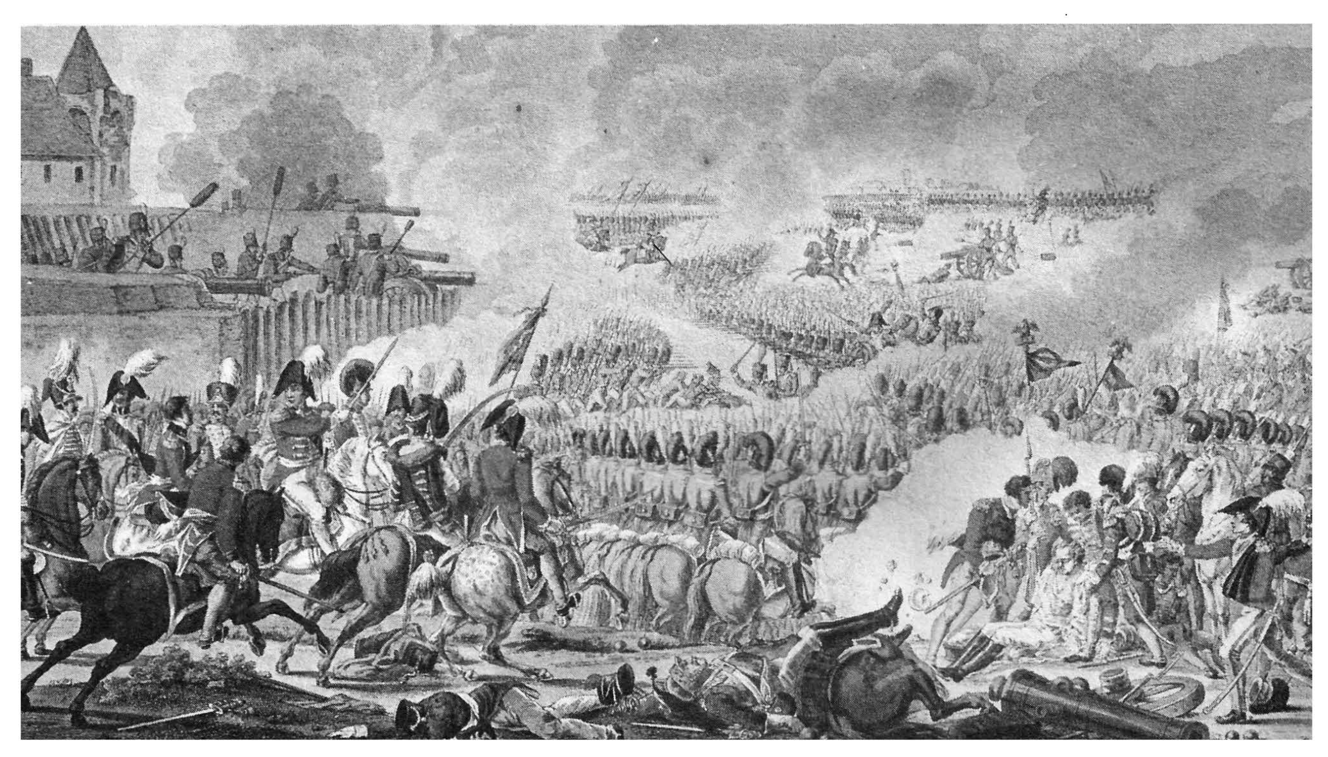
Después de embarcarse en Porto Ferrajo (página anterior, arriba), Napoleón emprendió su regreso a Francia. En Grenoble, el pueblo le abrió las puertas de la ciudad (página anterior, abajo). Al enterarse de la llegada de Napoleón, Luis XVIII huyó de Versalles (sobre estas líneas).

desembarcó en el golfo Juan (cerca de Cannes). Su plan consistía en seguir la carretera de los Alpes hasta Grenoble, ciudad en la que tenía muchos partidarios, evitando a los monárquicos de Provenza, de los cuales guardaba muy mal recuerdo. Al toparse con unos soldados que tenían orden de detenerle, descubrió su pecho diciéndoles: «Si entre vosotros hay alguien que quiera matar a su emperador, aquí estoy...» Nadie disparó. Grenoble le abrió sus puertas; Lyon hizo lo mismo. Regimientos enteros se unían al emperador hasta formar un pequeño ejército. Ya disponía de bastantes hombres para tomar París; pero ¿se defendería París? Luis XVIII rechazó el consejo de Chateaubriand de esperar al usurpador «sentado en el trono, con el título real en la mano». «No estoy de humor para eso», decía el viejo rey gotoso. Ney juró que iría a buscar a Napoleón y lo traería en una jaula de hierro. Pero una

carta y dos palabras fueron suficientes para hacerle desistir. El 20 de marzo el emperador durmió en las Tullerías. Se había adueñado de París «sin disparar un solo tiro.» El rey y sus ministros habían huido.

El genio había triunfado, ¿pero qué se podía hacer con este triunfo? Era indudable que los monarcas aliados, reunidos en Viena, denunciarían a Napoleón como usurpador e invadirían Francia. ¿Podría Napoleón hacerles frente? Empeñado en ganarse a todo el mundo, Napoleón se mostraba indulgente y liberal. «No guardo rencor a nadie.» ¿Que Chateaubriand le había atacado? Perfecto. ¿Que Benjamin Constant le había censurado? Le encomienda la redacción de un capítulo adicional a las leyes constitucionales del Imperio en el que se establezca la convocatoria de elecciones libres, la responsabilidad de los ministros ante las Cámaras y la libertad de prensa. Estas concesiones disminuían su prestigio ante los jefes militares, que preferían la estricta restauración del Imperio. Eran los mismos hombres. No tenía elección. Debía utilizar a los mariscales que le habían traicionado, poner al frente de la policía a Fouché, que había dicho: «Napoleón es para Francia lo que el Vesubio para Nápoles», y llamar a Carnot para tranquilizar a los viejos republicanos. Entre todos no constituían un equipo muy fuerte. Los antiguos dignatarios, desacreditados por su incesante cambio de lealtades, carecían de convicciones y de autoridad. La nueva constitución fue aprobada en plebiscito, pero hubo muchas abstenciones. Napoleón quiso que su jura de la constitución fuera una ceremonia similar a la de los campos de mayo de Carlomagno. El y sus hermanos se presentaron vestidos a la usanza romana. El pueblo de París sonrió. Hubiera preferido la levita gris. Mme. de Staël lo vio claramente: «Era absurdo disfrazar a un hombre como éste de rey constitucional.» Lo verdaderamente necesario hubiera sido la declaración de estado de emergencia, una llamada general a las armas, la dictadura militar. Pero este recurso había sido usado muchas veces y ya no servía.

Entre mayo y junio de 1815 el emperador consiguió reunir medio millón de hombres; los aliados, más de un millón. Además, Wellington promovía nuevos disturbios en la Vendée, inmovilizando allí a veinticinco mil hombres que eran muy necesarios en otra parte. El enfrentamiento empezó en Ligny el 16 de junio, después en Waterloo, una sombría llanura belga, el 18 de junio de 1815. La estrategia de Napoleón fue brillante. Los historiadores todavía discuten los errores cometidos por Ney, por Grouchy y por el propio Napoleón, quien, después de vencer en Ligny, no persiguió a los prusianos al amanecer del día siguiente. El mismo día 18, el último

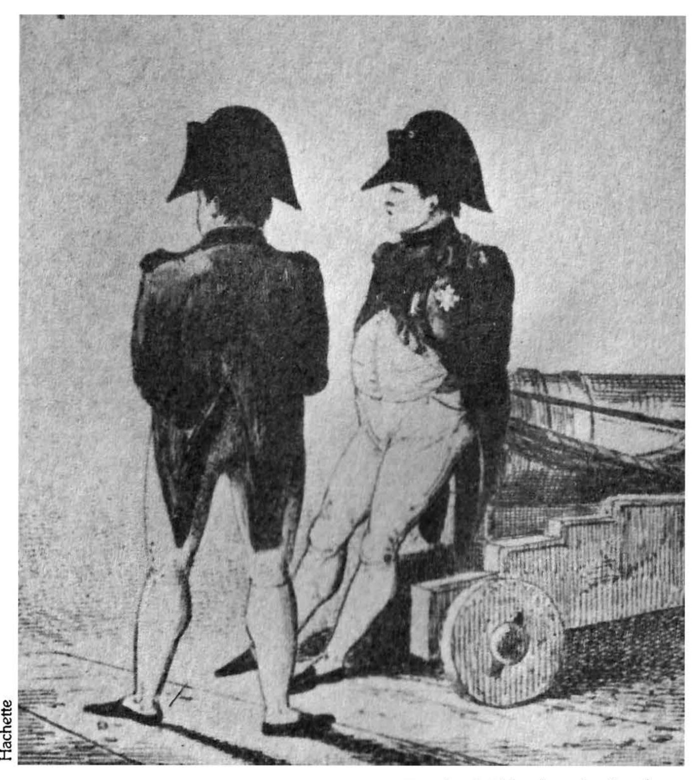


La batalla de Waterloo supuso el principio del fin de Napoleón. Biblioteca Nacional, Milán.



Napoleón sumido en sus pensamientos, después de la derrota sufrida en Waterloo. Litografía por Raffet.

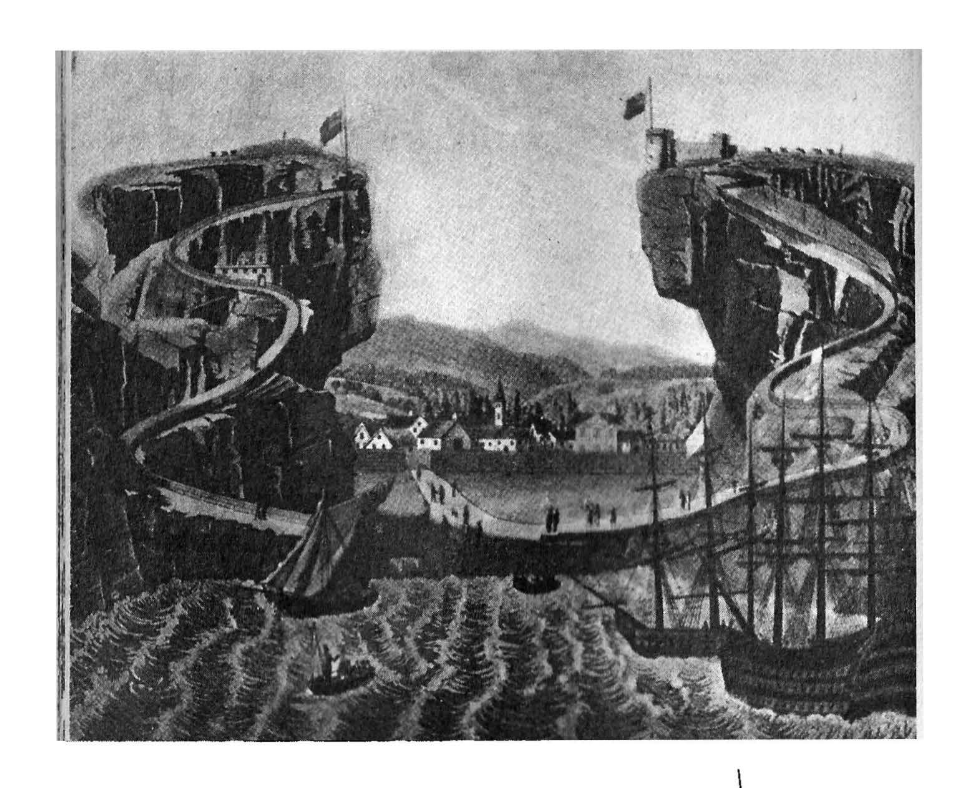
ejército francés, vencido, se replegaba desde Waterloo hacia París. Toda Francia pedía ahora la abdicación del emperador. Napoleón fue primero a la Malmaison, a casa de su hijastra Hortense; después se traladó al puerto de Rochefort y a la isla de Aix. Pudo haberse escapado y huir a Estados Unidos. Sus admiradores de Nueva Orleans le ofrecían asilo, pero prefirió entregarse a los ingleses. La idea misma de huir escondido en un barco, arriesgándose a ser capturado, le parecía indigna. Por el contrario, entregarse sin condiciones a sus peores enemigos era un gesto digno de Plutarco. Napoleón sabía que su carta al príncipe regente podía convertirse en una espléndida página de la historia. «Alteza, expuesto a los bandos que dividen mi país y a la hostilidad de las grandes potencias de Europa, he llegado al final de mi carrera política. Como



Dos bocetos que muestran a Napoleón a bordo del Northumberland, *durante la travesía a Santa Elena.*

Temístocles, vengo voluntariamente a sentarme junto al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, protección que solicito a Vuestra Alteza como el más poderoso, el más firme y el más generoso de mis enemigos.»

A los ministros ingleses les preocupaban menos las leyes de la hospitalidad que las reglas de la prudencia. La experiencia de Elba les impedía caer en la tentación de ser indulgentes. Decidieron enviar al general Bonaparte a Santa Elena, una pequeña isla perdida en el océano, «lejos, más allá de Africa». Algunos partidarios leales, como Montholon, Bertrand, Courgaud, Las Cases y Marchand, pidieron compartir su exilio. Cuando, a bordo del *Northumberland*, se hablaba del «emperador», el almirante inglés fingía no entender: «No hay ningún emperador a bordo.» Ni el propio empe-



rador de Austria, que había dado su hija a Napoleón, ni el zar de Rusia, que con tanta frecuencia le había llamado «hermano», se hubieran atrevido a negarle este título. Los ingleses, que no habían reconocido nunca al emperador victorioso, trataron con dureza al emperador prisionero. Las barracas de madera donde fueron alojados Napoleón y sus acompañantes en Longwood habían sido construidas para guardar ganado. El carcelero, Hudson Lowe, era un hombre que parecía un verdugo y su comportamiento fue miserable y torpe. Pero estos malos tratos de los que Napoleón fue objeto sirvieron para su propósito final. En Santa Elena su genio de director teatral disponía de todos los elementos necesarios para el último acto. «El infortunio también encierra gloria y heroísmo. En mi carrera faltaba la adversidad. Si hubiera muerto en el trono, con la aureola de la ommipotencia, mi historia quedaría incompleta para mucha gente. Hoy, merced a la desgracia, puedo ser juzgado por lo que realmente soy.»

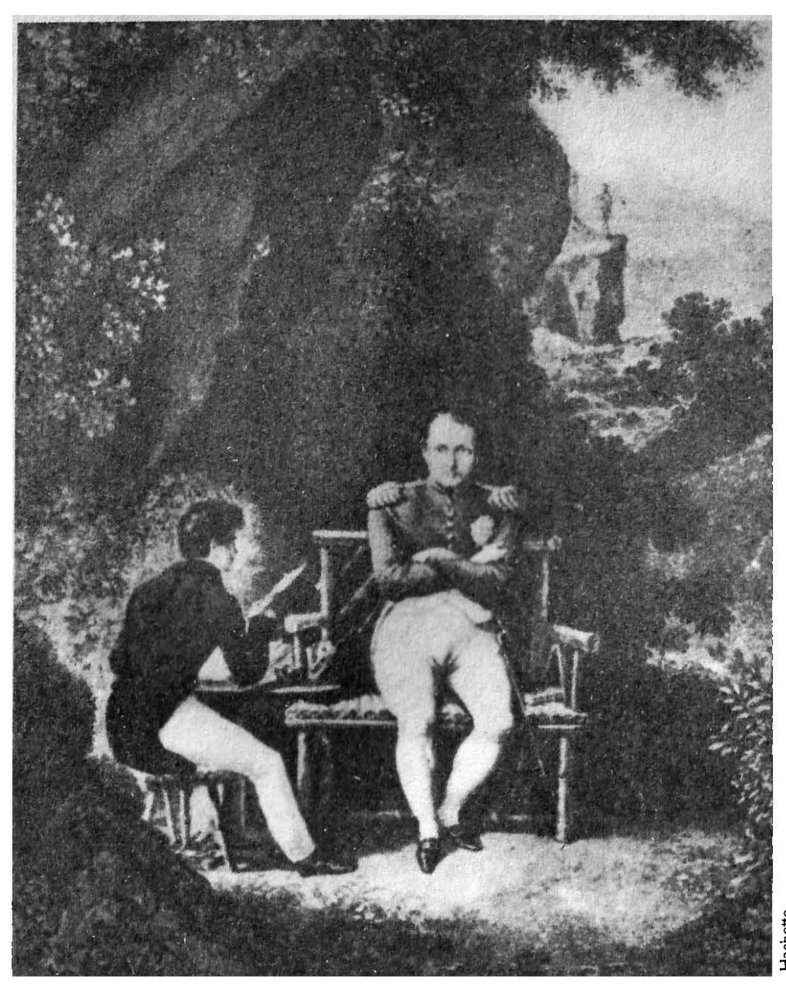
¿Por lo que realmente era? No del todo, pues la plena objetividad hacia uno mismo no es una cualidad humana. En Santa Elena,

Napoleón sabe que está rodeado de posibles biógrafos, cada uno de los cuales publicará su biografía, y naturalmente se muestra en la actitud que más puede favorecerle a los ojos de la posteridad. Procura agradar, y de hecho lo consigue, debido a que experimenta un inesperado resurgir mental y emocional, una especie de segunda juventud. En el *Memorial* de Las Cases, el teniente Bonaparte salva al emperador Napoleón. Un día, hojeando un atlas encuentra un mapa de Córcega y se detiene ante él durante largo tiempo. Allí todo había sido mejor, incluso el olor del estiércol. Le hubiera bastado sólo el olor del suelo para saber, con los ojos cerrados, que estaba en Córcega. No lo había vuelto a encontrar en ninguna parte. Al igual que aquel niño corso, el subteniente todavía estaba vivo en su interior. Ha sido cónsul, emperador, dueño del mundo; ha compartido su lecho con la hija del César, pero continúa siendo un soldado. En Santa Elena, este recuerdo de sus orígenes le hace más soportable el brutal descenso desde el palacio a la choza. En su isla rocosa piensa a menudo que hubiera preferido vivir en París con veinte francos por día, comer por treinta reales, frecuentar tertulias literarias y las bibliotecas, sentarse en las butacas de la *Comédie Française*, vivir en una habitación que le costase un luis por mes. No era tan diferente de Stendhal, y Stendhal había hecho todo eso.

◀ *Vista de la isla de Santa Elena, según un oficial que acompañó a Napoleón en el destierro. Biblioteca Nacional, París.*



Sir Hudson Lowe, carcelero de Napoleón en Santa Elena, un hombre al que Wellington consideraba estúpido, suspicaz y envidioso. British Museum, Londres.

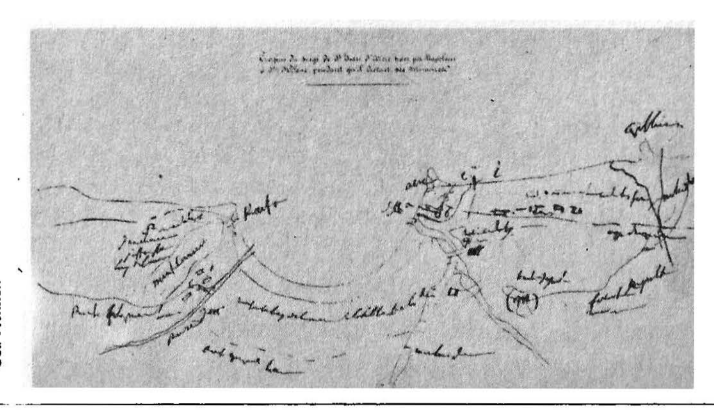


Napoleón dicta sus memorias a Las Cases en Santa Elena. El conde de Las Cases acompañó a Napoleón a bordo del Bellerophon *y fue él quien le sugirió que relatase sus memorias. El* Memorial de Sainte-Hélène *fue publicado después de la muerte del emperador.*

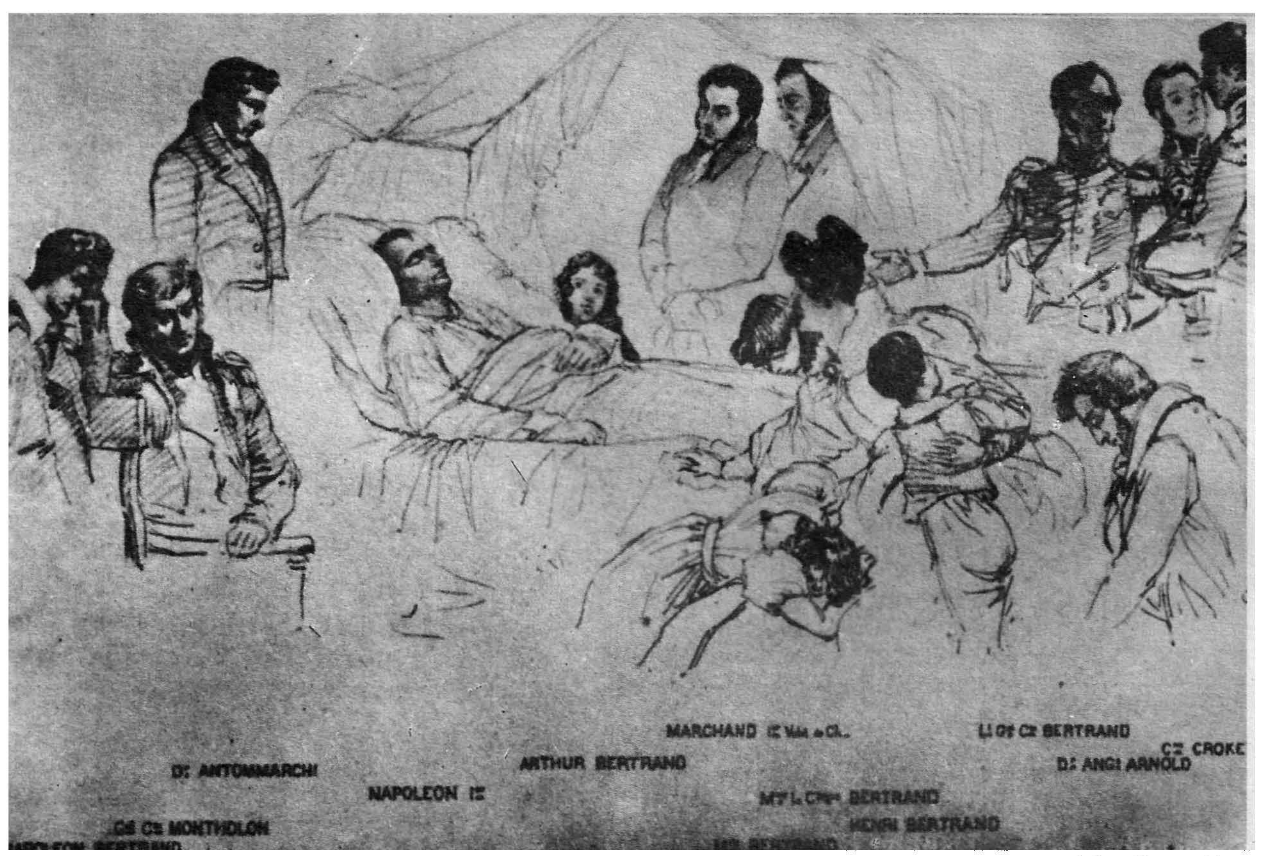
El sitio de San Juan de Acre, según un boceto realizado por el propio Napoleón cuando estaba ocupado en relatar sus memorias. ▶

Comenzó su vida como un hombre de letras y la terminó, tal como prometió en Fontainebleau a sus soldados, dictando las memorias de sus grandes batallas. Las Cases y Gourgaud le ayudan. Una cualidad que no ha perdido nunca es la pasión por la lectura. Hace que le lean los evangelios y le encanta la belleza del sermón de la montaña. Aunque se sabe a Corneille de memoria, todavía encuentra placer en leer sus libros. ¿Acaso no es él mismo un excelente escritor? A veces, como Tácito, concluye sus frases con un giro original: «¿Pero cuál fue la respuesta de los ingleses a tanta magnanimidad? Fingieron tenderle su mano hospitalaria, pero cuando él [Napoleón] se rindió de buena fe, le inmolaron.» Sin embargo, en el fondo, es más un soldado que un escritor, y juzga las obras maestras desde una perspectiva política y militar. Así, critica un plan estratégico que aparece en el *Mithridates* de Racine: «Puede que sea un hermoso relato, pero no vale nada desde el punto de vista militar.» Cuando lee la Biblia, se detiene en los nombres de los lugares y describe las batallas que ha librado en ellos. Le gusta la *Odisea*, pero critica a Ulises: «No está bien que los soberanos luchen como mendigos.»

Tampoco está bien que haya peleas alrededor de un soberano. Pero el tedio de Santa Elena, la mediocridad del alojamiento y los celos provocan conflictos entre aquel reducido grupo de hombres y mujeres, cuyo único lazo es el emperador. El pequeño Las Cases tiene un espíritu noble, pero ha dejado a su familia en Francia y quiere regresar tan pronto como consiga reunir material suficiente para su *Memorial*. Gourgaud, excelente espadachín, no puede compartir con nadie su afecto por el emperador y reta en duelo a Montholon. «No tiene quejas contra él, sino contra su esposa, Mdme. de Montholon, una bella mujer madura, de la que con

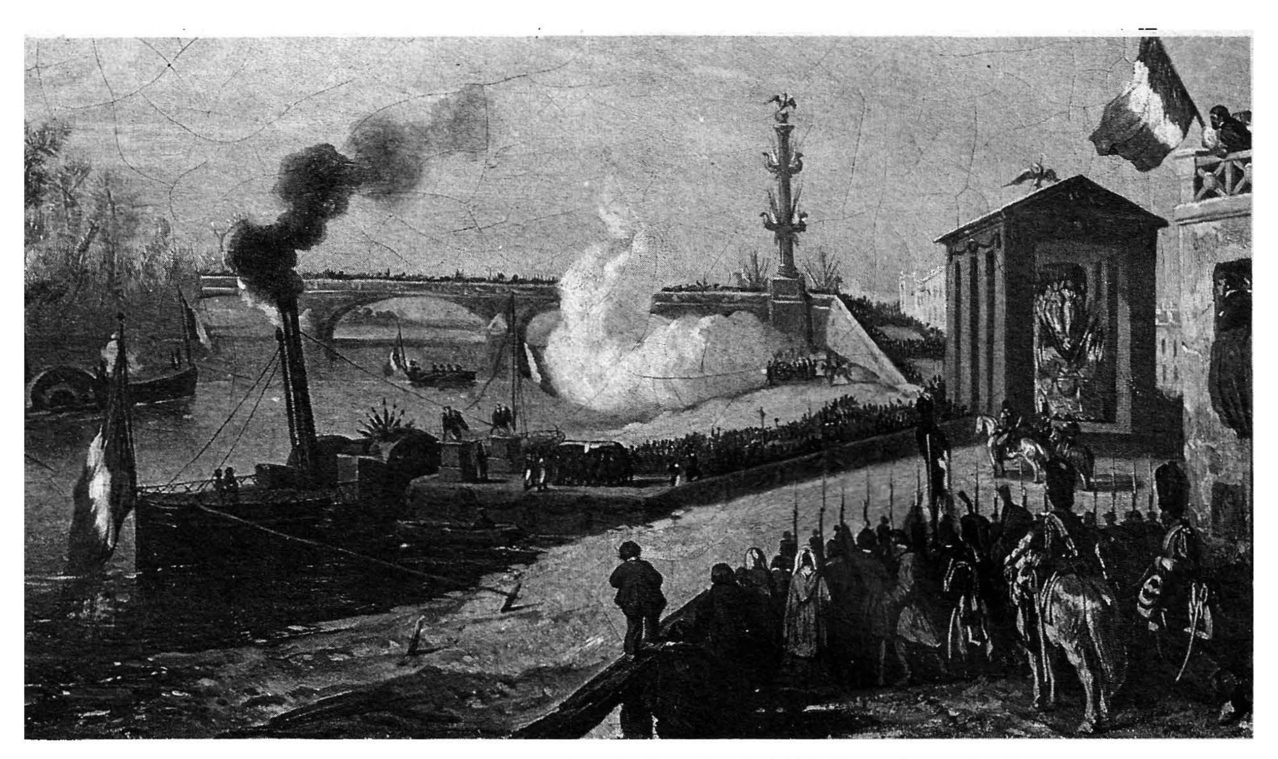


Col. Henrien



Napoleón en su lecho de muerte, por Steuben.

Archives Photographiques

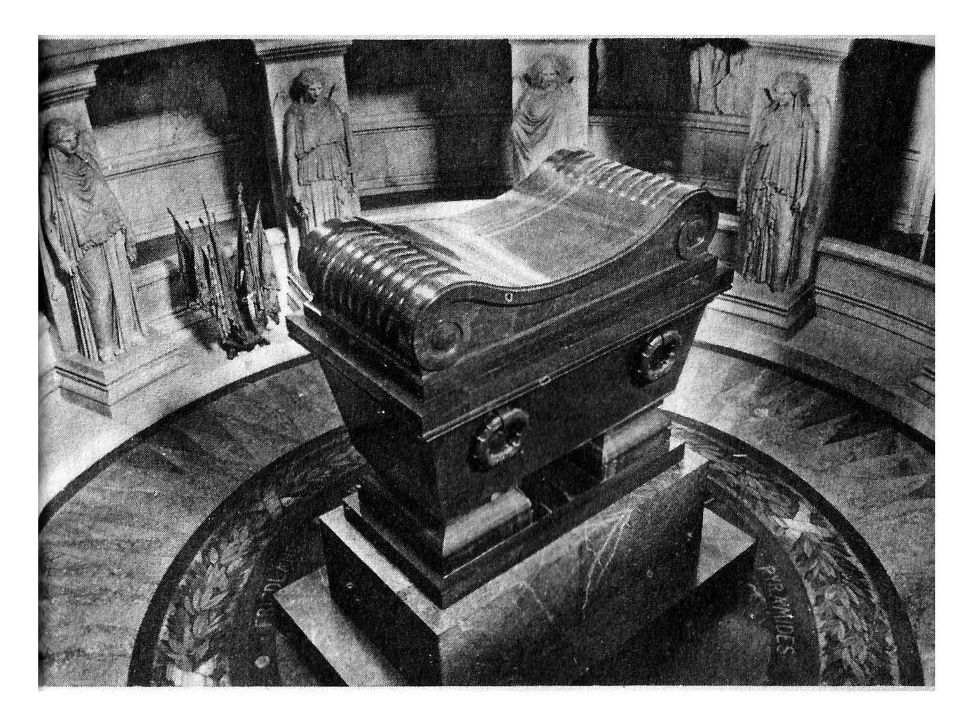


Desembarco de las cenizas de Napoleón en Courbevoie, el 15 de diciembre de 1840. Museo Carnavalet, París.

razón sospecha que prodiga su interesada presencia en el lecho del emperador» (M. Vox). Napoleón trata de calmarle, le tira de las orejas, le llama «Gorgo..., mi buen Gorgo», y le confiesa su propia angustia: «¿Crees que cuando me despierto por la noche no paso malos ratos al recordar lo que fui y el lugar en que estoy ahora? ¡Qué largo se hace el tiempo! ¡Qué cruz! Se necesita mucho valor para vivir aquí.» Tras una disputa con su *dios*, también Gourgaud abandona Santa Elena.

Cada vez quedan menos testigos. Están todavía Bertrand, con sus *Cuadernos*, y Marchand y el «mameluco» Ali Saint-Denis, con sus *Recuerdos*. Se adivina una existencia monótona y penosa. A aquel pequeño grupo de personas, aferrado a sus recuerdos y a la nostalgia, le resultaba difícil mantener una serenidad espiritual digna de su condición. El emperador se amarga. ¡Cómo no! Está enfermo, irritable, amarillo e inflado. Le atormenta la estrechez de su cama, la falta de ejercicio y la certeza de que nunca habrá una «vuelta de Santa Elena». De cuando en cuando, se recupera y amenaza con disparar sobre quienes merodean por los alrededores tratando de invadir su último refugio. Otras veces, como solía hacer antes, acosa a preguntas a quienes le rodean. Pero esa máquina perfecta de asimilar información que es su mente, ahora trabaja en el vacío. Se repite una y otra vez, utiliza el lenguaje grosero que aún recuerda de sus primeros tiempos de soldado; cada vez se aleja más del retrato ideal que Las Cases pintará de él. Está a punto de caer el telón.

Hudson Lowe le ha privado de los cuidados del doctor O'Meara, único médico que Napoleón podía soportar, y el emperador rehúsa ser examinado por un médico militar inglés. Su madre y el cardenal Fesch le envían otro médico y un sacerdote corso. El médico es un inútil y el sacerdote no consigue nada. El emperador sufre atrozmente y vomita todo cuanto toma. ¿Murió, como su padre, de un tumor en el píloro? Durante mucho tiempo así se ha creído. El doctor Guy Goldlewski, después de examinar el cuerpo en Santa Elena, no diagnosticó un cáncer, sino una úlcera producida por una dieta malísima y, sobre todo, por la ansiedad. Napoleón murió el 5 de mayo de 1821. Una tempestad azotaba la isla. Marchand le envolvió en la capa que había utilizado en Marengo. Montholon y Bertrand querían grabar una sola palabra sobre la tumba: «Napoleón». Hudson Lowe quería que se pusiera «Napoleón Bonaparte». ¿Soberano o general? Fue imposible llegar a un acuerdo y la lápida quedó vacía. Lejos, en Europa, a la hora de su muerte, Las Cases oyó de repente un terrible trueno. Empezaba la leyenda.



Tumba de Napoleón en la cripta de los Inválidos. El monumento fue realizado según un diseño de Visconti (1843).

La leyenda es «lo que debe ser contado» y, con Stendhal, tenemos que decir que Napoleón fue «un gran genio». Al examinar su brillante carrera, muchas veces uno se siente tentado de atribuir –como hizo el propio Stendhal– gran parte de los éxitos de Napoleón al general Azar. «Es el éxito lo que hace a los grandes hombres», decía. Pero la casualidad no suele ser tan constante. Todos los grandes líderes tienen ciertos rasgos comunes que parecen ser los factores básicos de su prestigio. En primer lugar, conceden escaso valor a las cosas que desean los seres vulgares. Nunca hubo un hombre que tuviera a su alcance tantas riquezas como Napoleón y que se apropiara de menos. Además, los hombres geniales suelen ver las cosas como son y no como les gustaría que fuesen. Napoleón, en todos los momentos estelares de su carrera, fue profundamente realista y despreció los sistemas. Más tarde, entró en decadencia «porque había dejado de sorprender». Pero seguía siendo un gran hombre. Como no esperaba que los seres humanos fueran perfectos, perdonaba fácilmente sus faltas. «Existen vicios y virtudes

impuestos por las circunstancias –decía–; cualquier hombre plenamente honrado puede cometer una mala acción.» Una mente abierta y perspicaz, una increíble capacidad de trabajo, honradez intelectual, ninguna confianza en sus semejantes, habilidad para ganárselos sin recurrir a la adulación: tales son las cualidades que pudieron contribuir a inclinar la fortuna de su lado. Su fracaso final puede explicarse por un exceso de imaginación. Sus planes eran admirables, pero hizo demasiados. El supremo arte no consiste tanto en seguir siempre hacia adelante como en saber detenerse a tiempo.

Pese a lo que pueda pensarse de la vida de Napoleón, nadie puede negarle la grandeza de su muerte. Como un Prometeo amarrado a su roca solitaria, soportó penas y humillaciones con la dignidad de un mártir. En junio de 1815, después de Waterloo, muchos franceses odiaban a Napoleón porque les legaba un país invadido. Pero muy pronto, el paso del tiempo y la comparación con los Borbones, junto con los hermosos recuerdos y los numerosos relatos de su prisión, cambiaron el odio, primero en compasión y más tarde en nostalgia. Los poetas cantaron sus alabanzas. Victor Hugo le dedicó hermosos versos. Incluso en Inglaterra, Byron y Hobhouse le deificaron. El ejército francés no olvidó nunca aquel pequeño sombrero y aquella levita gris, detrás de los cuales «había cruzado los Alpes y el Rin», vencido a todas los reyes de Europa y llevado la bandera tricolor hasta Moscú. El pueblo llano nunca ha dejado de asociar el recuerdo de Bonaparte con el de la Revolución. En 1830, los bonapartistas y los jacobinos aliaron sus fuerzas para echar de nuevo a los Borbones.

A veces en Santa Elena, en aquel desierto de amargura y aburrimiento, Napoleón lamentaba no haber muerto en Moscú. «Señor –le respondía Las Cases–, la historia se habría visto privada del retorno de Elba, el acto más heroico que jamás hombre alguno haya realizado...» «Bien –decía el emperador– supongo que algo de eso hay, pero pongamos Waterloo... Allí sí que debería haber muerto.» Existen hombres que, habiendo experimentado la gloria, son capaces de distanciarse de su propia vida, se alzan sobre ella y la contemplan como una obra de arte. Pero Napoleón, en sus momentos de completa lucidez, sabía que Santa Elena era el sórdido, sublime e indispensable epílogo de la historia de su vida. También salió victorioso de su derrota. Si su tumba en la cripta de los Inválidos se ha convertido en un lugar de constante peregrinación para el pueblo francés, no se debe al recuerdo de Arcole, Austerlitz y Montmirail, sino a que la Francia moderna sabe que fue modelada por la mano de Napoleón.

Cronología

1768 15 de mayo: Córcega se convierte en una posesión francesa, comprada por Luis XV a la República de Génova. Paoli dirige la resistencia corsa.

1769 15 de agosto: nace Napoleón en Ajaccio.

1779 Carlos Bonaparte va a Francia como diputado corso.
1 de enero: Napoleón Bonaparte ingresa en el Seminario de Autun, pero en mayo le conceden una beca para la escuela militar de Brienne.

1784 22 de octubre: Napoleón obtiene una plaza de artillero en la escuela militar de París.

1785 Febrero: muere Carlos Bonaparte a la edad de 39 años. Napoleón se traslada a Valence como oficial-cadete.

1786 Enero: Napoleón es ya un oficial de pleno derecho. En septiembre, regresa a Córcega con un permiso.

1788 De enero a fines de abril, nuevo permiso en Córcega. El 1 de junio se reincorpora a su regimiento.

1789 Revolución Francesa. Napoleón desempeña un papel activo en la resistencia corsa.

1792 1 de abril: es nombrado segundo comandante en jefe de los voluntarios corsos con el grado de teniente coronel en una expedición para anexionarse Cerdeña.
Junio: se reincorpora al ejército francés como capitán.

1793 25 de mayo: la casa de la familia de Napoleón en Ajaccio es saqueada por los revolucionarios de Paoli. Leticia Bonaparte se refugia en Francia. Napoleón escribe *Souper de Beaucaire.*
Octubre: le nombran comandante de un batallón de artillería en el sitio de Tolón.
22 de diciembre: después de Tolón, es ascendido a brigadier a sugerencia de varios miembros de la Convención (Robespierre, Barras).

1794 Marzo: Napoleón es destinado a Italia como comandante de artillería.

1795 Septiembre: le hacen regresar del frente italiano.
13 Vendimiario (5 de octubre): nombrado por Barras comandante de la guarnición de la capital, aplasta la insurrección monárquica y salva la Convención. La Convención le designa general en jefe del ejército del interior.

1796 2 de marzo: ascendido a comandante en jefe del ejército de Italia.
9 de marzo: se casa con Josefina, viuda del general Beauharnais.
27 de marzo: toma posesión de Niza.
10 de mayo: victoria en Lodi.
15 de mayo: Napoleón entra en Milán.
15-17 de noviembre: batalla de Arcole.

1797 14 de enero: batalla de Rívoli.
18 de abril: Napoleón firma en Leoben un tratado de paz con los austríacos.
17 de octubre: Tratado de Campoformio. Napoleón se anexiona los territorios cedidos por los austríacos.
25 de diciembre: es elegido miembro del Instituto.

1798 19 de mayo: Napoleón embarca rumbo a Egipto.
1 de julio: llega a Alejandría después de haber sido tomada la isla de Malta por Brueys.
21 de julio: batalla de las Pirámides.
24 de julio: entrada de los franceses en El Cairo.
1-2 de agosto: Nelson destruye la escuadra francesa en la batalla de la bahía de Abukir. Napoleón crea el Instituto de Egipto.

1799 19 de marzo-10 de mayo: sitio de San Juan de Acre.
24 de julio: victoria francesa contra los turcos en Abukir.
Agosto: Napoleón se va de Egipto.
16 de octubre: llega a París.
18 Brumario (9 de noviembre): dimisión de los miembros del Directorio Barras, Moulin y Gohier. Traslado de los Consejos a Saint-Cloud, donde el *Conseil des Anciens* y parte de los Quinientos aprueban la nueva constitución. Bonaparte, Sieyès y Roger Ducos son nuevos cónsules.
25 de diciembre: entra en vigor la nueva constitución, ratificada en febrero de 1800 por un plebiscito. Napoleón es elegido primer cónsul por diez años. Cambacérès y Lebrun son los otros dos cónsules.

1800 Febrero: Napoleón funda el *Banco de Francia*. Centralización administrativa y creación de las prefecturas.
Marzo: reforma del sistema legislativo. En la primavera, Austria reanuda las hostilidades, y en mayo Napoleón conduce su ejército a través del paso del Gran San Bernardo.
14 de junio: batalla de Marengo.
24 de diciembre: intento de asesinar a Napoleón.

1801 9 de febrero: Tratado de Lunéville con Austria. Francia se anexiona la orilla izquierda del Rin.
23 de marzo: asesinato de Pablo I.
15 de julio: firma del concordato.

1802 25 de marzo: tratado de Amiens, firmado con Inglaterra.
8 de mayo: fundación de la Legión de Honor.
3 de agosto: plebiscito que elige a Napoleón cónsul vitalicio.

1803 7 de abril: la Ley del 12 Germinal fija el sistema monetario.
13 de mayo: se va gestando la guerra entre los franceses y los ingleses. Inglaterra se niega a abandonar Malta, y Francia a evacuar Holanda, Suecia y el Piamonte.

16 de mayo: embargo británico de los barcos franceses. Napoleón proyecta la invasión de Inglaterra.

1804 9 de marzo: Cadoudal es detenido cuando preparaba un atentado contra la vida de Napoleón.
20 de marzo: es ejecutado el duque de Enghien en Vincennes.
21 de marzo: entra en vigor el Código Civil.
18 de mayo: el Senado ofrece a Napoleón la corona imperial.
2 de diciembre: consagración y coronación de Napoleón y Josefina.

1805 11 de abril; tercera coalición entre Inglaterra, Austria y Rusia.
Mayo: Napoleón recibe la corona de hierro de los reyes de Lombardía, como rey de Italia.
20 de octubre: batalla de Trafalgar.
2 de diciembre: batalla de Austerlitz.
26 de diciembre: Tratado de Presburgo. Napoleón conquista la mayoría de las provincias alemanas e italianas a Austria, que pierde así todo acceso al mar.

1806 Enero: muerte de William Pitt.
Marzo: José Bonaparte, rey de Nápoles. Mayo: Luis Bonaparte es proclamado rey de Holanda.
Napoleón crea en Alemania la Confederación del Rin, de la que se hace Protector.
Agosto: se deshace el Sacro Imperio Romano Germánico. Francisco II se convierte en Francisco I, emperador de Austria.
14 de octubre: batallas de Jena, Saalfeld y Auerstädt.
21 de noviembre: Napoleón ordena el bloqueo continental de Inglaterra. Invade Polonia. Se relaciona con la condesa María Walewska.

1807 8 de febrero: batalla de Eylau.
13-14 de junio: batalla de Friedland.
24 de junio-9 de julio: Napoleón se entrevista con el zar Alejandro I cerca de Tilsit. El zar reconoce las conquistas francesas en Europa y Napoleón admite que Rusia extienda sus fronteras incluyendo a Finlandia.
El reino de Westfalia es confiado a Jerónimo Bonaparte, y el Gran Ducado de Varsovia al rey de Sajonia.
27 de julio: Napoleón regresa a París.
Noviembre: cuando Portugal se niega al bloqueo contra Inglaterra, Napoleón envía a Junot a Lisboa.

1808 3 de febrero: las tropas francesas, mandadas por Miollis, entran en Roma bajo pretexto de que el papa Pío VII no ha contribuido al bloqueo.
Marzo: Napoleón funda la Universidad Imperial. Las escuelas privadas son controladas.
Marzo: Murat ocupa Madrid.
Abril-mayo: en España, un levantamiento popular obliga a abdicar al rey Carlos IV a favor de Fernando VII. Napoleón los tiene prisioneros a ambos en Bayona y hace rey de España a José Bonaparte. Murat sustituye a José como rey de Nápoles. Estalla en España un levantamiento patriótico.
23 de julio: Dupont capitula ante los españoles en Bailén.
1 de agosto: Wellington desembarca con las tropas inglesas en Portugal.
Septiembre: entrevista de Napoleón con el zar Alejandro I en Erfurt.
5 de noviembre: Napoleón llega a España. 2 de diciembre: ocupa Madrid.

1809 Enero: regresa a París al enterarse de que habían vuelto a romperse las hostilidades con los austríacos, y de que Talleyrand y Fouché habían conspirado contra él.
13 de mayo: Napoleón entra en Viena.
10 de junio: se apodera de Roma y de los Estados Pontificios. Destierra al papa Pío VII.
4-7 de julio: batalla de Wagram.
14 de octubre: Tratado de Viena. Austria cede Galitzia, dividida entre el Gran Ducado de Varsovia y Alejandro, y entrega a Francia otros territorios.
16 de diciembre: anulación del matrimonio de Napoleón y Josefina.

1810 2 de abril: Napoleón se casa con la princesa María Luisa de Austria.

1811 20 de marzo: nace el rey de Roma.

1812 25 de abril: ultimátum de Alejandro a Napoleón para que abandone Prusia.
24 de junio: Napoleón cruza el Niemen y entra en Rusia a la cabeza de la *Grande Armée*. Los rusos retroceden.
17 de agosto: conquista de Smolensko.
7 de septiembre: batalla de Borodino.
14 de septiembre: entra en Moscú y espera en vano que los rusos actúen.
19 de octubre: sale de Moscú, obligado a retirarse durante el invierno.
22 de octubre: golpe de Estado en Francia. Malet se hace con el poder por espacio de una noche y anuncia la muerte de Napoleón.
25-27 de noviembre: cruce del Beresina.
18 de diciembre: Napoleón deja su ejército y regresa a París.

1813 28 de febrero: Prusia firma un tratado de alianza con Rusia.
2 y 20 de mayo: victorias en Lützen y Bautzen.
21 de junio: Wellington derrota al ejército francés en Vitoria.
10 de agosto: Austria entra en la guerra.
16-19 de septiembre: batalla de las Naciones en Leipzig.

1814 25 de enero: Napoleón sale de París. Ha visto por última vez a la emperatriz María Luisa y al rey de Roma.
Febrero-marzo: victorias francesas en Champaubert, Montmirail, Vauchamp y Montereau. Pero los aliados siguen avanzando.
31 de marzo: el zar y el rey de Prusia entran en París con sus ejércitos.
1 de abril: Talleyrand forma un gobierno provisional.
2 de abril: el Senado proclama la caída del emperador.
6 de abril: Napoleón abdica.
20 de abril: parte para la isla de Elba.

1815 Al saber que los republicanos y los bonapartistas conspiran, Napoleón decide regresar a Francia.
1 de marzo: desembarco en el golfo de Juan. 20 de marzo: Napoleón llega a París. Luis XVIII ha huido.
18 de junio: batalla de Waterloo.
22 de junio: Napoleón se ve obligado de nuevo a abdicar.
15 de julio: se rinde a los ingleses a bordo del *Bellérophon*.

1816-21 En Santa Elena, Napoleón dicta sus *Memorias* a Las Cases.

1821 5 de mayo: muerte de Napoleón.

Testimonios

Ernst Moritz Arndt

No se debe juzgar a este hombre formidable con la simpleza con que lo hace la mayoría, es decir, dependiendo de su simpatía o antipatía. La Naturaleza que lo ha creado y que permite su nefanda actuación, tiene que tenerle destinada una tarea específica, que sólo él puede realizar. Napoleón lleva en su seno la impronta del genio, del monstruo excelso, que parece agigantarse aún más porque domina e influye sobre las personas y él no parece contarse entre ellas. Inspira asombro y temor, como los volcanes, las tempestades o cualquier otra fuerza extraña de la Naturaleza. Bonaparte es una de ellas.
(*Geist der Zeiten*. 1.ª parte. 1806)

La reina Luisa

Es un hombre de ambición insaciable que sólo piensa en sí mismo y en su propio interés... Cegado por su suerte, se cree omnipotente. Carece, además, de toda moderación y aquel que no es capaz de mesura acaba por perder el equilibrio y tarde o temprano cae.
(*Carta a su padre*. Abril, 1808)

Heinrich von Kleist

Pregunta: ¿Qué piensas de Napoleón, el corso, el famoso emperador de los franceses?
Respuesta: Perdona, padre mío, pero eso ya me lo has preguntado.
P.: ¿Sí? Entonces repítelo con mis mismas palabras.
R.: Es un hombre abominable, el origen de todos los males y el fin de todo lo bueno, un pecador al que para desenmascarar no basta la palabra del hombre; pero ya llegará el Día del Juicio y entonces los ángeles lo aniquilarán...
P.: ¿Debe, pues, sentir admiración por él algún alemán?
R.: Unicamente los altos jefes militares y los expertos en ese arte.
P.: ¿Cuándo les será lícito demostrarlo?
R.: Cuando haya sido aniquilado.
(*Catecismo de los alemanes*. 1809)

François René de Chateaubriand

Bonaparte es un hombre de indudable grandeza, pero tiene muchos aspectos negativos. Le falta la generosidad que caracteriza a los héroes y a los auténticos reyes; la Naturaleza le ha negado el amor y la compasión... Nacido para destruir, Bonaparte lleva en su seno el sello de la maldad con la misma naturalidad, alegría y orgullo que una madre a su hijo.
(*De Buonaparte*. 1814)

Johann Wolfgang von Goethe

¡Menudo personaje era Napoleón! Parecía un iluminado, un hombre con las ideas claras, decidido, y adornado de la suficiente energía como para poner inmediatamente en práctica lo que juzgaba útil o necesario. Su vida fue la marcha solemne de un semidiós, de batalla en batalla y de victoria en victoria. No sería injusto decir de él que padecía una sempiterna iluminación que le hizo brillar a los ojos del mundo como nunca se había visto en el pasado y quizá no llegue a verse en el futuro.
(J. P. Eckermann: *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida.* Marzo, 1828)

Leopold von Ranke

Bajo la amplitud de miras y la lógica interna de los actos de Napoleón, vemos la visión y el vuelo del águila tras su presa: su aguda vista capta el más mínimo detalle hasta el horizonte para precipitarse sobre ella en el momento decisivo. Sin embargo, carece de la grandeza de ánimo que hubiera debido tener de acuerdo con su posición, y muestra un corazón orgulloso que no desciende a nimiedades. Cuando no consigue algo recurriendo a la violencia, no escatima los medios para lograrlo, ni siquiera el castigo. No retrocede ante nada con tal de denigrar a su adversario y, como suele decirse, hacerle morder el polvo...
(*Kardinal Consalvi.* 1832)

Sören Kierkegaard

En mi opinión, Napoleón tiene muchas más similitudes con Mahoma que con cualquiera de los grandes estrategas del pasado. El se sentía, al menos en apariencia, una especie de misionero, un ángel que traía ideas concretas y luchaba por ellas (el evangelio de la libertad, que se oyó de forma clara y muy inteligible en su país natal); así lo demuestran, por ejemplo, muchas de sus proclamas y edictos promulgados en Italia. Pero por si esto fuera poco, Napoleón siguió un rumbo similar al fenómeno de expansión protagonizado por Mahoma, que le llevó a los mismos países, aunque en dirección opuesta: Mahoma de Este a Oeste, Napoleón, de Oeste a Este.
(*Diario.* 17 Septiembre 1838)

Victor Hugo

Fue una estrella para su pueblo y acabó convirtiéndose en su sol. No es de extrañar que la gente se dejara deslumbrar por él. A todos aquellos que se enfrentaron con él, quizá no les resultara tan fácil defender su propio castillo frente a ese conquistador irresistible... Tenemos que comprender, por un lado, el entusiasmo y, por otro, la resistencia, porque ambos extremos fueron legítimos.
(*Discurso de ingreso en la Academia Francesa.* 1841)

Franz Grillparzer

Odiaba a los franceses tanto como mi padre, y sin embargo Napoleón me atraía como un imán. En Schönbrunn y en la campiña de Schmelz asistí a todas sus revistas, pese a que mi corazón destilaba odio y a no ser en absoluto aficionado a la pompa militar. Aún le veo descender, a grandes zancadas, la escalinata del palacio de Schönbrunn con los príncipes de Baviera y Württemberg tras él, como si fueran sus ayudantes, pararse con las manos cruzadas en la espalda, e impasible, dominar con la mirada, con esa mirada fija del maestro a sus discípulos, las tropas que desfilaban ante él desprendiendo un aire de violencia. Todavía hoy recuerdo su figura, aunque, por desgracia, sus rasgos concretos se han ido confundiendo con los de los retratos tantas veces vistos. Napoleón ejercía sobre mí la misma fascinación que la serpiente sobre el pájaro.
(*Selbstbiographie.* 1853)

Heinrich Heine

No era Napoleón de la madera de la que están hechos los reyes, sino del mármol del que se hacen los dioses.
(*Poemas y pensamientos póstumos.* 1869)

Hippolyte Taine

Extraordinario en todo, incluso en la desmesura, Napoleón es un personaje que no admite parangón con otros porque es único. Por su temperamento, opiniones, aptitudes, imaginación y ética, parece hecho de una rara materia diferente a la de sus conciudadanos y coetáneos... Reconocemos en él al hermano tardío de un Dante y un Miguel Angel por la semejanza de sus visiones, la intensidad, lógica interna y profundidad de su pensamiento, y por la calidad sobrehumana de sus percepciones. Es su genio del mismo tipo y de la misma talla, es uno de los tres personajes más excelsos del Renacimiento italiano, con la única diferencia de que los dos anteriores utilizaban como materiales el papel y el mármol, y Napoleón, la materia sensible y resignada de hombres de carne y hueso.
(*Los orígenes de la Francia contemporánea.* 1891)

José Ortega y Gasset

Etica y jurídicamente, podrá ser Napoleón un forajido –cosa, por lo demás, no tan fácil de demostrar para quien no se halla inscrito previamente en determinadas parroquias–; pero, quiérase o no, es evidente que en él dio la naturaleza humana altísimas pulsaciones, que fue, como Nietzsche dice, «el arco con máxima tensión». No es sólo el valor cultural y objetivo de la verdad lo que mide la inteligencia. Mirada ésta como puro atributo vital, su virtud se llama destreza...
(*El tema de nuestro tiempo.* 1923)

Heinrich Mann

Las *Memorias* de Napoleón es un libro que releo a menudo. Las escribió en tercera persona, lo que produce un efecto de divina impersonalidad, y es justo que así sea. En ellas no glorifica tanto su propia persona como el destino que le exigió una tarea tan ingente y la legitimó... Se le puede comparar a los caudillos de hoy, a los intelectuales que recurren a la violencia. Los dirigentes actuales que pretenden influir en el futuro son siempre de este tipo. Sus memorias son nuestro manual, con el que nos entendemos a la perfección. Si volviera a estar de nuevo entre nosotros, lo rodearíamos del mismo «respeto profundo y silencioso» del que habla Stendhal, y volvería a ser «de todo punto incomparable a los ojos de todos».
(*Las memorias de Napoleón.* 1925)

Bibliografía

AUBRY, O.: *Napoleón*. Barcelona, Montaner y Simón, 1963.
DARD, E.: *Napoleón y Talleyrand*. Barcelona, Grijalbo, 1972.
GODECHOT, J.: *Europa y América en la época napoleónica*. Barcelona, Labor, 1976. 2.ª ed.
LAFONT, A.: *Napoleón, su vida amorosa*. Barcelona, Producciones Editoriales, 1981.
LEFEVRE, G.: *La revolución y el imperio (1787-1815)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1967.
LUDWIG, E.: *Napoleón*. Barcelona, Juventud, 1982.
MEREIJKOVSKY, D.: *Vida de Napoleón*. Madrid, Espasa-Calpe, 1962.
MISTLER, J.: *Napoleón y el Imperio*. Barcelona, Labor, 1970. 2 vols.
SIEBURG, F.: *Napoleón. Los Cien días*. Madrid, Revista de Occidente, 1964.
TARLE, E.: *Napoleón*. Barcelona, Grijalbo, 1972.
TULARD, J.: *Le Mythe de Napoléon*. París, A. Colin, 1971.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.



NAPOLEÓN

Pocas figuras históricas han despertado tanto interés como la de Napoleón Bonaparte. De él pueden hacerse los mayores elogios y las más duras críticas. La trayectoria de aquel pequeño soldado corso, que llegó a convertirse en el hombre más poderoso de su tiempo y a tener en sus manos el destino de Europa, ha dado pie a un fragmento del libro de la historia, de lectura inexcusable.

André Maurois, que debe buena parte de su justo prestigio como escritor a su capacidad para iluminar las sombras del pasado, ha escrito sobre Napoleón las que tal vez sean sus páginas más sugerentes. De ellas emerge el perfil biográfico, humano, político y militar del emperador, sobre el trasfondo de una época verdaderamente apasionante.